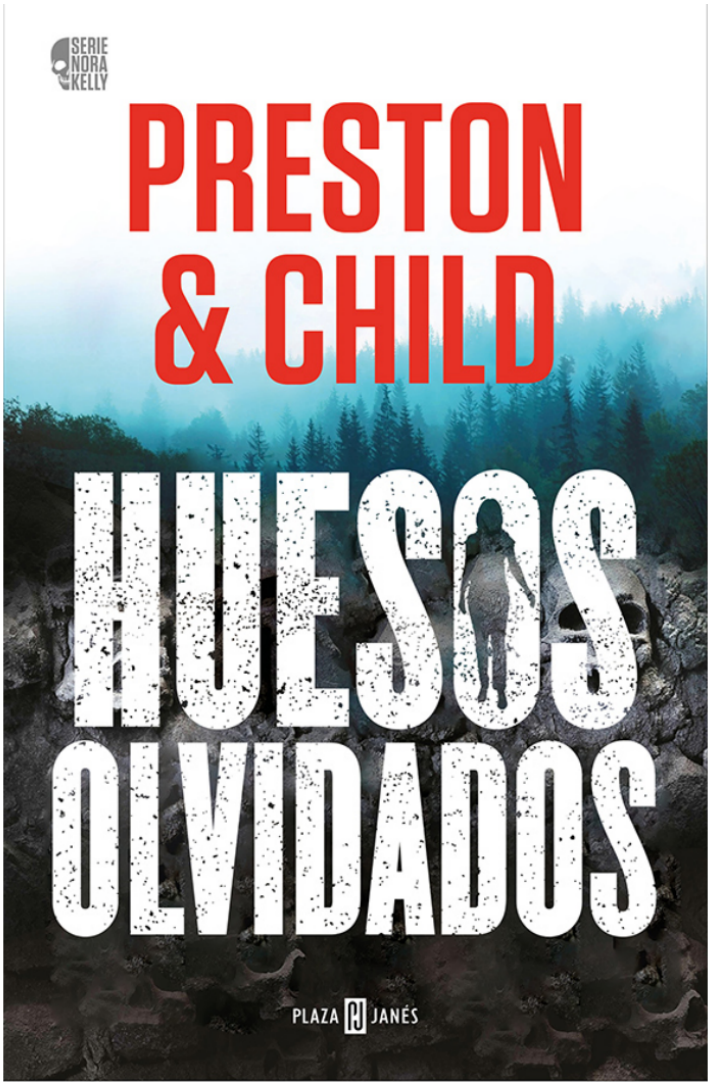

SERIE NORA KELLY
PRESTON & CHILD
HUESOS OLVIDADOS
PLAZA JANÉS

PRESTON & CHILD

HUESOS OLVIDADOS

Traducción de
Efrén del Valle Peñamil

PLAZA JANÉS

Dedicado a Michael Pietsch

1

13 de octubre

Había anochecido temprano en la Ciudad de la Luz, y a la una de la madrugada, cuando unos nubarrones taparon la luna, París ya no hacía honor a su nombre. Incluso allí, junto al río, todo estaba oscuro y desierto. Para los residentes era demasiado tarde en una noche entre semana, y hacía demasiado frío para los turistas y los románticos. Salvo por un transeúnte que pasó a toda prisa con el cuello subido para protegerse del frío y por un barco con laterales de cristal, fantasmagórico y vacío, que se deslizaba silencioso por el río, rumbo al puerto una vez terminada ya la cena a bordo, el hombre tenía el paseo fluvial para él solo.

Paseo fluvial tal vez era un término demasiado grandilocuente para la pasarela de piedras antiguas que discurría junto al Sena, un poco por encima del nivel del agua. Aun así, incluso a altas horas de la noche, aquel tramo ofrecía unas vistas extraordinarias: la Île de la Cité justo en la otra orilla, con la silueta oscura del Louvre y las torres de Notre Dame tapadas parcialmente por el Pont au Double y elevándose hacia un cielo amenazador.

El hombre estaba sentado en un banco estrecho al lado de un andamio de madera erigido para reparar el viejo puente. Tras él se alzaba un muro de piedra de unos seis metros que llegaba hasta la calle, donde de vez en cuando se oían los vehículos que recorrían Quai de Montebello, al sur del Sena. Aproximadamente cada cuatrocientos metros, una escalera de piedra desgastada descendía desde la avenida hasta el paseo fluvial. Alguna que otra luz instalada en lo alto del muro de contención proyectaba estrechos charcos de color amarillo sobre los

adoquines húmedos. La que se hallaba más cerca del hombre había sido retirada debido a las obras del Pont au Double.

A lo lejos apareció un gendarme con impermeable que iba silbando una canción de Joe Dassin. Sonrió y asintió en dirección al hombre, que le devolvió el saludo mientras se encendía un Gauloises y lo observaba pasar por debajo del puente al tiempo que se alejaban las notas de *Et si tu n'existais pas*.

El hombre dio una honda calada a su cigarrillo, extendió el brazo y observó la punta incandescente. Sus movimientos eran lentos y fatigados. No había cumplido los cuarenta años y llevaba un traje de lana de buena confección. Entre sus elegantes zapatos italianos había una gruesa y rayada bolsa Gladstone de piel, de las que utilizaría un atareado abogado o un médico privado de Harley Street. Apoyado en el banco había un patinete nuevo y brillante. Nada habría distinguido a aquel hombre de cualquiera de los innumerables empresarios ricos de París, excepto sus rasgos —difusos en la oscuridad—, que tenían un toque exótico difícil de ubicar: asiático quizá, o tal vez kazajo o turco.

El suave rumor de la ciudad se vio alterado por el zumbido de una bicicleta. El hombre levantó la cabeza justo cuando aparecía una figura en lo alto de la escalera más cercana. Llevaba unos pantalones cortos de nailon negro, un maillot de ciclista oscuro y una mochila con tiras reflectantes, iluminadas por los faros de un coche que pasaba. El ciclista apoyó la bicicleta en la barandilla, le puso el candado, bajó las escaleras y se acercó al hombre vestido de traje.

—*Ça va*? —saludó cuando se sentó en el banco.

A pesar del frío nocturno, llevaba la ropa empapada de sudor.

El hombre del traje se encogió de hombros.

—*Ça ne fait rien* —respondió antes de dar otra calada al pitillo.

—¿Y ese patinete? —siguió el ciclista mientras se quitaba la mochila salpicada de barro.

—Es para mi hijo.

—No sabía que estabas casado.

—¿Y quién dice que lo estoy?

—Me lo tengo merecido por preguntar —rio el ciclista.

El hombre del traje tiró el cigarrillo al río.

—¿Qué tal fue?

—Mucho peor de lo que decía tu hombre. Yo imaginaba que sería un parque remoto y vacío. *Putain de merde*. ¡Estaba entre Gare Montparnasse y las catacumbas!

El hombre trajeado volvió a encogerse de hombros.

—Ya conoces París.

—Sí, pero no es algo que veas habitualmente.

Ambos callaron y contemplaron el río mientras pasaba una pareja cogida del brazo que no les prestó atención. Entonces, el hombre del traje habló de nuevo.

—Pero estaba desierto, ¿no?

—Sí, tuve suerte. Estaba justo al lado del muro de Rue Froidevaux. Si llega a estar un poco más adentro, me habrían visto desde el edificio de apartamentos que hay al otro lado de la calle.

—¿Fue complicado?

—La verdad es que no, excepto lo de actuar silenciosamente en todo momento. Y la puñetera lluvia de ayer. ¡Mira! —exclamó, señalando sus zapatillas de correr, que estaban aún más sucias que la mochila.

—*Quel dommage*.

—Muchas gracias.

El hombre del traje miró a un lado y al otro del paseo, pero solo vio a los dos tortolitos alejándose.

—Vamos a echar un vistazo.

El otro abrió la mochila embarrada y mostró algo cubierto con varias capas de lona, plástico de burbujas y una suave gamuza. Entonces percibió un olor desagradable. El hombre del traje sacó una pequeña linterna para examinar cuidadosamente lo que había dentro y soltó un gruñido de aprobación.

—Bien hecho —dijo—. ¿Cuánto has tardado en llegar en bici?

—Unos diez minutos por los callejones.

—Será mejor que no nos quedemos aquí más tiempo del necesario.

El hombre se agachó y abrió la bolsa de piel que tenía entre las rodillas. En su interior, algo relució por un instante bajo la luz

indirecta.

—¿Qué es eso? —preguntó el ciclista, mirando dentro—. No acepto plástico ni metales preciosos.

—Nada. Tu dinero está aquí —le aseguró, dándose una palmada en el bolsillo de la americana.

El ciclista esperó mientras su compañero metía la mano en el bolsillo del traje. Entonces levantó la cabeza con rapidez.

—¡Espera un momento! —susurró, acercándose a él—. Viene alguien.

Por instinto, el ciclista también se inclinó. Su compañero le puso una mano en el hombro para denotar intimidad a la vez que ocultaban sus rostros. Pero no había ningún transeúnte; el paseo estaba vacío. Cuando sacó la otra mano de la americana empuñaba una Spyderco Matriarch 2, una navaja táctica cuyo perfil en S estaba diseñado para un único fin. El sistema de apertura Emerson significaba que la hoja ya estaba desplegada cuando el cuchillo salió de la chaqueta.

El arma era poco más que un borrón negro cuando la hoja se deslizó entre la segunda y la tercera costilla y cortó las grandes arterias por encima del corazón antes de salir de nuevo. El hombre del traje limpió rápidamente la navaja en los pantalones del ciclista y volvió a guardársela con un gesto delicado. No le llevó más de dos segundos en total.

El ciclista se quedó quieto, con una mezcla de sorpresa y conmoción. Aunque la cavidad torácica ya se estaba llenando de sangre, la herida era tan pequeña que apenas se apreciaba la hemorragia a través del desgarro en el maillot. Entretanto, el otro metió la mano en su bolsa Gladstone y sacó una pesada cadena de acero y un candado. El resto de la bolsa estaba vacío, excepto por un revestimiento acolchado de goma y látex. Cerciorándose de que no había nadie, cogió el patinete, lo plegó, lo apoyó en el pecho del ciclista y le inmovilizó los brazos con la cadena. Después, juntó los dos extremos y colocó el candado. Tras una última mirada al paseo y a la otra orilla, levantó al ciclista y lo arrastró por debajo del puente hasta el agua. Entonces pasó las piernas por encima del bordillo y soltó el cuerpo, que se deslizó lentamente hacia el río.

Habían transcurrido otros diez segundos.

El hombre vio cómo se hundía el cuerpo bajo el peso de la cadena y el patinete mientras recuperaba el aliento. Luego volvió al banco, pasó cuidadosamente el objeto de la mochila a su bolsa Gladstone y cerró ambas. Tras una pausa para enderezarse la corbata y alisarse la americana, echó a andar con brío por el paseo, subió la escalera de piedra y, al pasar junto a la bicicleta, tiró la mochila en una papelera cercana.

Después se encendió otro Gauloises, agarró la bolsa con fuerza y paró un taxi en la Place Saint-Michel.

2

Una hora después

Clive Benton aminoró en Wild Irish Road, tomó un desvío y circuló con su viejo Ford Falcon por un camino polvoriento hasta que se le perdió de vista desde la carretera. Luego bajó del coche, puso la capota y se echó una pequeña mochila a la espalda. Después sacó el teléfono, cargó una aplicación de senderismo, localizó su posición y echó a andar por el bosque. Los altos abetos y pinos contortos estaban muy espaciados, lo que dejaba mucho terreno abierto para caminar con facilidad. A pesar de la estación en la que estaban, no hacía ni pizca de frío y en el aire flotaba un calor somnoliento. Al mirar hacia el este entre los árboles, Benton divisó las laderas que se elevaban hacia los picos lejanos de Sierra Nevada, unos dientes grises recortándose contra el azul celeste que pronto estarían cubiertos de nieve.

Benton era historiador y sabía más que nadie sobre aquella región, que había sido el epicentro de la fiebre del oro en California. Conocía los lugares donde la minería hidráulica había herido las colinas con cortes y perforaciones, acribillando el terreno con gigantescos chorros de agua que hacían pasar la gravilla por enormes esclusas para atrapar las pepitas de oro. Pero aquello era cosa del pasado; en la actualidad, las laderas de la cara oeste de la sierra, situadas a unos setenta kilómetros de Sacramento, estaban prácticamente deshabitadas. Los antiguos pueblos mineros, con nombres como Dutch Flat, Gold Run, Monte Vista, You Bet y Red Dog, atravesaban tiempos difíciles. Algunos habían desaparecido por completo, mientras que en otros, los emprendedores habían reconvertido las chabolas de los mineros y los hoteles de listones en atracciones turísticas o casas de verano. De

hecho, la zona empezaba a atraer a un caudal de visitantes, excursionistas y gente que buscaba casas para sus vacaciones. Llevaban años pronosticando el auge de la construcción y parecía que por fin había llegado.

Aún podían encontrarse algunas mansiones de los pocos que se hicieron ricos con la fiebre del oro, ocultas en valles y llanuras, cerradas y deterioradas. Benton se detuvo para verificar el rumbo. Estaba aproximándose a una de aquellas mansiones en ruinas, una con un significado especial para él. El GPS le indicó que se encontraba mil metros al este, al otro lado de una pequeña colina. Se llamaba Donner House, ya que en su día perteneció a la hija de Jacob Donner, de la tristemente célebre expedición Donner.

Benton avanzó con cautela, sin apartarse de las zonas oscuras del bosque. Aminoró la marcha al subir la colina. Entre los árboles vio algo naranja y amarillo y un destello metálico. Sabía que eran dos grandes excavadoras aparcadas frente a un viejo camino minero, listas para abalanzarse sobre Donner House y convertirla en una montaña de ladrillos, estuco y vigas de madera astilladas, lo cual dejaría espacio para un nuevo campo de golf y un bloque de apartamentos a orillas del río Bear.

Cuando estuvo más cerca, empezaron a materializarse los perfiles de las excavadoras y el camión que las había transportado. El enorme vehículo estaba en marcha y podía oler el humo del motor mezclado con el aroma a cigarrillo y el murmullo de los trabajadores. Dio un gran rodeo para esquivarlos y cruzó apresuradamente la carretera en un punto donde no pudieran verlo. Descendió por la colina hasta que alcanzó a distinguir la vieja casa, uno de los primeros ejemplos del resurgimiento colonial español. Al final del bosque encontró un muro que marcaba los límites de la propiedad. Agachado tras él, inspeccionó la casa con atención. En sus tiempos debió de ser impresionante, con un porche largo encalado sobre el cual había una cúpula y un campanario moriscos. Pero los tejados de pizarra roja habían cedido, las ventanas habían desaparecido, dejando enormes agujeros oscuros, y los extensos jardines y arboretos se habían convertido en una jungla salvaje y casi

intransitable de hierbas, arbustos muertos y árboles ahogados por las enredaderas. El edificio estaba cubierto de hiedra, que crecía en las paredes y brotaba de los agujeros del tejado. Benton pensó que era un ejemplo tangible de la naturaleza efímera del mundo: *sic transit gloria mundi*. Que mañana a aquella hora todo hubiera quedado reducido a una montaña humeante de ladrillos y yeso era un crimen. Los conservacionistas habían hecho cuanto estaba en su mano por salvar aquella vieja ruina, pero los numerosos descendientes, que llevaban cincuenta años discutiendo por la propiedad, solo encontraron una solución: su demolición y venta. Y los dólares de la constructora ahogaron las súplicas de los conservacionistas.

Benton se volvió hacia la colina. Los trabajadores habían acabado de descargar las excavadoras y el camión se alejó escupiendo una nube de combustible negro. Los cuatro empleados a los que podía distinguir y sus vehículos particulares se encontraban más adelante, pero no tenían intención de marcharse. De hecho, parecían estar preparándose para hacer un reconocimiento final de la casa.

Sería mejor que se pusiera en marcha. Técnicamente, lo que estaba haciendo era un allanamiento de morada, pero se dijo a sí mismo que era al servicio de un ideal más elevado. Además, ¿era posible allanar una casa que estaban a punto de demoler?

Benton saltó el muro, echó a correr por el descuidado jardín y se cobijó en un porche desvencijado. Cuando comprobó que todo estaba tranquilo, franqueó una puerta abierta y entró en un recibidor amplio y fresco que olía a polvo y madera vieja. Se habían llevado todos los objetos de valor, pero aún quedaban algunos muebles destartalados. Benton hizo una búsqueda rápida en el piso de abajo —salón, cocina, patio, comedor, estancias del servicio, despensas y armarios—, pero no vio nada. No le preocupaba. No esperaba encontrar allí lo que andaba buscando.

Subió a toda prisa la ruinosa escalera de piedra que conducía a la segunda planta. Cuando se detuvo a mirar por la ventana, vio a los cuatro obreros abriéndose paso entre los matorrales en dirección a la casa. Tendría que haber ido más temprano. Eran las cinco, y dio por

sentado que ya habrían terminado la jornada.

Una búsqueda en el segundo piso tampoco reveló nada de interés. Los viejos baúles que quedaban se deshicieron en sus manos, los armarios estaban vacíos y las cómodas putrefactas solo contenían mantas y ropa que las ratas habían convertido en nidos. Varias cromolitografías adornaban las paredes o estaban esparcidas por el suelo, rotas, manchadas y enmohecidas.

Sabía que debajo de la cúpula morisca había una buhardilla, pero no encontraba las escaleras para acceder a ella. De repente oyó voces y fuertes carcajadas en el piso de abajo.

¿Subirían los trabajadores? Por supuesto que sí. Probablemente les habían ordenado que echaran un último vistazo a la casa para buscar cualquier cosa de valor y cerciorarse de que no había okupas, lo cual significaba que mirarían en todas partes.

Caminó despacio mientras examinaba las paredes en dirección al pasillo central del segundo piso. A menudo, en fincas antiguas como aquella había puertas ocultas. Y allí estaba: una librería empotrada en la que solo quedaban unos pocos libros infestados de gusanos. Al estar vacía, la unión del borde exterior resultaba aún más obvia. Benton empujó con el hombro el lateral del mueble y, tal como esperaba, este giró hacia fuera y dejó a la vista una escalera ascendente al otro lado. Entró y volvió a cerrar cuidadosamente la estantería con la esperanza de que los trabajadores no se percataran de su existencia. Seguro que no se daban cuenta de que en la cúpula había una buhardilla. ¿O sí?

Cuando subía asustó a un ratón, que huyó soltando un chillido. Las empinadas escaleras circulares lo llevaron hasta un techo de tablones con una trampilla. Al abrirla, las oxidadas bisagras chirriaron ruidosamente, y Benton se detuvo a escuchar. Más abajo seguían oyéndose pasos, pero las risas de los hombres indicaban que no habían oído nada.

La buhardilla era pequeña y, para su sorpresa, seguía abarrotada de muebles, cajas, armarios, espejos rotos, baúles antiguos, una mesa de póquer de ocho lados y otros cachivaches. Cuando Benton empezó a moverse por la buhardilla, una bandada de palomas que vivía en el

campanario situado sobre la cúpula echó a volar con un fuerte aleteo. Quedaban algunas piezas de cierto valor. A la empresa de transportes probablemente se le había pasado por alto aquella zona de la casa. Por desgracia, eso significaba que la búsqueda sería más larga. Y con el crujido del suelo de madera, esa búsqueda podía ser ruidosa. Sería mejor esperar a que se fueran.

Benton escuchó mientras las voces subían al segundo piso. Más pisadas y olor a tabaco. Parecía imposible que pudieran encontrar la puerta.

Pero lo hicieron. Benton se incorporó e intentó escuchar. Uno de ellos estaba gritando y los oyó empujar la librería y el sonido que hizo esta al deslizarse.

Con el corazón a cien, Benton buscó dónde esconderse. Había un gran armario, pero probablemente lo abrirían, así que levantó la tapa de un baúl que estaba lleno de trastos. Se dio cuenta de que no había un buen escondite. Estaba atrapado.

Ahora las voces resonaban en la escalera. No habían empezado a subir; al parecer, estaban discutiendo quién sería el primero.

Eran cuatro contra uno. Benton vio un voluminoso baúl junto a la trampilla. «Sí, eso es». Agarró la esquina y lo arrastró por encima de la puerta con gran estruendo.

De repente se hizo el silencio en el piso de abajo.

Tal vez no pesaba lo suficiente. Empujó otro baúl y amontonó varios muebles encima. El silencio indicaba que los hombres de abajo podían oír todo lo que estaba haciendo. Cuando Benton hubo apilado tanto peso como pudo sobre la trampilla, se sentó a esperar.

—¡Eh! —gritó uno de los trabajadores—. ¿Quién anda ahí?

Benton intentó no respirar.

—¿Quién coño anda ahí? —gritó de nuevo—. ¡Baja!

Silencio.

—¡Te estamos esperando!

Siguió conteniendo la respiración.

—¡Eh, gilipollas, si no bajas ahora mismo, subimos y te sacamos a rastras!

Benton los oyó intentar abrir la trampilla a golpes, pero con al menos cien kilos de trastos encima no se movería. Su aprensión se convirtió en diversión al oírlos empujar. Luego decidieron volver a los golpes.

—¡Vale, colega, vamos a llamar a la poli!

«Pues vale», pensó Benton. Tardarían como mínimo media hora en llegar, puede que más. Tiempo de sobra para finalizar la búsqueda.

Ahora que ya no era necesario actuar con sigilo, empezó a abrir baúles, a rebuscar entre la ropa y las mantas viejas y a sacar juguetes antiguos, cómics de los años cuarenta, juegos de mesa desmenuzados y libros de texto antiguos. Benton echó un vistazo a unos números mohosos de *National Geographic*, viejos ejemplares de las revistas *Life*, *Stag, Saturday Evening Post* y *Boy's Own,* y periódicos que databan casi de los tiempos de la fiebre del oro. Siguió oyendo golpes y amenazas durante un rato, hasta que los hombres bajaron de nuevo las escaleras. Desde la ventana del campanario los vio salir al patio. Al parecer, uno de ellos estaba buscando cobertura para usar el móvil.

Benton continuó con su rastreo, moviéndose rápida pero metódicamente de una esquina de la pequeña buhardilla a la otra. Era desalentador; tan solo un montón de trastos putrefactos sin ni siquiera un indicio de lo que andaba buscando. Quizá no estaba allí.

Y entonces, al fondo de un baúl marinero tapado con colchas, encontró una caja metálica. Supo que estaba allí incluso antes de abrirla. La caja estaba cerrada, pero introdujo una vara metálica oxidada por el arco del candado hasta que acabó cediendo. Expectante, Benton levantó la tapa con manos temblorosas. Dentro había un fajo de cartas atadas con un cordel, y a su lado un viejo diario cubierto con una mugrienta tela de color verde oscuro. Sacó el diario y lo sostuvo con sumo cuidado mientras lo abría.

En la primera página, escrita en una precisa caligrafía femenina, había una breve leyenda.

Benton apenas podía respirar. Aquel tesoro tan buscado, un santo grial de la historia de los pioneros estadounidenses, existía de verdad. Temblaba con una mezcla de sorpresa y alegría, consciente de que hasta entonces no se había atrevido a pensar que era cierto o que

tendría la suerte de encontrarlo. Ni siquiera mientras buscaba creía realmente que pudiera estar allí. Y, sin embargo, allí estaba, y lo tenía en sus manos.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para contener el impulso de seguir leyendo. Ya habría tiempo para eso. Ahora tenía que largarse de allí.

Volvió a guardar el diario en la caja y la metió en la mochila. Después se acercó de nuevo a la ventana. Tres de los trabajadores seguían fuera, y uno de ellos, encaramado a un pedestal roto que antaño sostenía una estatua, vociferaba por teléfono. El gilipollas había llamado a la policía.

Benton apartó a toda prisa los baúles de la trampilla y escuchó. ¿Dónde estaba el cuarto? ¿Lo estaría esperando? No oyó nada, así que levantó la puerta. La escalera estaba vacía. Bajó lo más silenciosamente que pudo hacia la estantería, que habían dejado abierta. Al cruzar el umbral, miró a ambos lados y comprobó que en el pasillo tampoco había nadie.

Echó a andar hasta que, de repente, el cuarto obrero apareció en una esquina y se abalanzó sobre él.

—¡Aquí estás, cabrón! —gritó el hombre, que le hundió el puño en el estómago.

Sorprendido, Benton cayó al suelo retorciéndose de dolor e intentando recobrar el aliento.

—¡Está aquí! —exclamó el hombre con aire triunfal—. ¡Lo tengo!

Se volvió hacia Benton, que trataba de levantarse, y le propinó una fuerte patada en las costillas. La violencia, y el innecesario regocijo del hombre al emplearla, lo enfurecieron. Se le había soltado la mochila al caer, pero la cogió, la volteó y golpeó al hombre en la cabeza con la caja de hierro que contenía. El hombre empezó a tambalearse y cayó pesadamente.

—¡Te voy a matar! —gritó cuando logró ponerse en pie.

Pero Benton ya había echado a correr como un poseso, mochila en mano. Bajó a toda prisa por las escaleras, se dirigió a la parte trasera de la mansión, saltó por una ventana y fue hacia la maleza en dirección al

río Bear. El trabajador le pisaba los talones, y los otros tres también habían salido tras él, pero el enjuto Benton se había pasado casi toda su vida caminando por las montañas y pronto los dejó atrás. Se abrió paso entre los árboles, se deslizó por el terraplén y cruzó los bancos de arena y los canales del río. En el canal principal sostuvo en alto la mochila y se hundió en el agua, nadando con esfuerzo hasta tocar tierra al otro lado. Entonces se dio la vuelta y vio a los trabajadores profiriendo amenazas desde la otra orilla.

Les mostró el dedo corazón y echó a correr por el bosque dando un largo rodeo, hasta que volvió a cruzar el río más arriba. Desde allí fue hacia su coche utilizando el GPS del móvil. Suspiró aliviado al comprobar que su reluciente descapotable seguía allí escondido. Metió la mochila en el maletero y puso rumbo a Wild Irish Road. Doce kilómetros más adelante entró en la autopista, donde se cruzó con dos coches patrulla con las sirenas puestas. No pudo evitar reírse a carcajadas.

3

20 de noviembre

Nora Kelly se levantó y estiró los músculos, agarrotados después de varias horas arrodillada sobre la tierra con palas, picos y brochas para excavar la cuarta y última sala de unas ruinas prehistóricas en Pueblo.

—Hora de irse —le dijo a Jason Salazar, su ayudante de campo.

El hombre se levantó del metro cuadrado en el que estaba escarbando y se sacudió el polvo de los vaqueros. Luego se quitó el sombrero, se enjugó la frente con un pañuelo y volvió a ponérselo. A pesar de que la estación estaba tocando a su fin, la temperatura seguía rondando los dieciséis grados.

Nora cogió la cantimplora de tela que estaba colgada en la camioneta del instituto y bebió un buen trago. El yacimiento no era gran cosa, pero las vistas eran espectaculares. Pensó que, en la antigüedad, la gente de Pueblo siempre construía pensando en las vistas. Las diminutas ruinas se hallaban en una elevación situada a los pies del cerro Pedernal, la meseta que se hizo famosa gracias a los cuadros de Georgia O'Keeffe. Se elevaba majestuosa detrás de ella, hendida por profundos desfiladeros, y la cima estaba cubierta de árboles. Más adelante, la tierra descendía hacia una extensa llanura que los españoles llamaban valle de la Piedra Lumbre. Al fondo, las colinas rojas, naranjas y amarillas de Ghost Ranch parecían brillar bajo la luz dorada de la tarde.

Cuando se acercó a su mesa de trabajo, vio una espiral de polvo avanzando por la vieja carretera de la mina de uranio que conducía al yacimiento.

Salazar se situó junto a ella.

—Adivina quién es.

—Ni idea.

Empezaron a guardar las herramientas y las metieron en un pequeño almacén prefabricado situado al lado del yacimiento. Al cabo de un rato apareció el vehículo, que avanzaba lentamente por una elevación. Ambos lo observaron mientras recorría con precaución la accidentada carretera sin asfaltar. Según pudo ver Nora, era un coche clásico, que se detuvo junto a la camioneta del instituto y esperó unos instantes a que se disipara la nube de polvo. Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre alto y desgarbado. Tenía una cara huesuda pero atractiva, con una mata de cabello negro y unos ojos de color azul intenso que no dejaban de mirar a su alrededor. Llevaba la camisa con estampado de cachemir más fea que Nora había visto en su vida, llena de remolinos púrpuras y naranjas. El hombre aparentaba algo menos de cuarenta años, unos pocos más que ella.

—¿Se ha perdido? —preguntó Nora.

El hombre se la quedó mirando.

—Si es usted la doctora Nora Kelly, no.

—Lo soy.

—Siento haber venido sin avisar. Me llamo Clive Benton. —Sacó una mochila del coche, se acercó y le dio un rápido apretón de manos a Nora—. Debería haber llamado, pero… —Titubeó un instante—. En el instituto me dijeron que estaba usted aquí, y por lo visto no hay cobertura. En cualquier caso, me preocupaba no poder describírselo adecuadamente.

Nora interrumpió el nervioso aluvión de palabras.

—Siéntese a tomar una taza de café.

Lo acompañó a la mesa de trabajo, situada a la sombra, en la que había termos y vasos de plástico.

Benton se sentó en el borde de una silla.

—¿Qué tipo de coche es ese? —preguntó Nora para intentar tranquilizarlo.

—Es un Ford Futura de 1964 —respondió él con entusiasmo—. Lo restauré yo mismo.

—No es un buen coche para esa carretera.

—No —reconoció él—, pero lo que tengo que contarle no puede esperar.

Nora se sentó al otro lado de la mesa.

—¿De qué se trata?

Benton se volvió hacia Jason Salazar.

—Lo que estoy a punto de decirle es confidencial.

—Jason es comisario adjunto del instituto y respondo de su discreción —dijo Nora—. Muchas de las cosas que hacemos como arqueólogos son confidenciales, así que no tiene de qué preocuparse.

Benton asintió, y la brisa le arremolinó el pelo. Seguía un poco aturullado, como si no supiera por dónde empezar. Finalmente abrió la mochila y sacó una bolsa de plástico con cierre hermético. Dentro había un viejo libro envuelto en papel de seda, que dejó con solemnidad encima de la mesa. Luego apartó el papel con delicadeza.

—El diario original de Tamzene Donner —anunció.

Nora observó el libro sin mover un solo músculo de la cara. Aquel nombre no le decía nada.

—¿Quién?

—Tamzene Donner. —Benton miró de soslayo a Nora y a Salazar—. Ya sabe, la mujer de George Donner. El líder de la expedición Donner. ¿Le suenan los emigrantes que quedaron atrapados por la nieve en Sierra Nevada y se vieron obligados a recurrir al canibalismo?

—Ah, esos Donner —dijo Nora—. Entonces, deduzco que este diario tiene una importancia histórica.

No entendía adónde quería llegar aquel hombre.

—Una importancia incalculable. —Guardó unos segundos de silencio tras esa afirmación—. Tal vez sea mejor que los ponga en antecedentes —prosiguió Benton—. Soy un historiador independiente especializado en la expansión hacia el oeste durante el siglo XIX. También soy descendiente lejano de algunos supervivientes de la expedición Donner, una familia llamada Breen. Pero eso no es relevante. Llevo años investigando esa tragedia. Una de las pocas cosas en las que coincidían los supervivientes de la expedición era en que Tamzene Donner llevaba

un diario en el que documentó todos los detalles del viaje. Durante mucho tiempo, los historiadores han especulado con que uno de los supervivientes debió de conservar y completar el diario, pero no se había encontrado hasta ahora. —Señaló con ostentación el libro manchado y raído que había sobre la mesa—. Adelante, ábralo.

Con suma delicadeza, Nora lo abrió por la página del título.

—¿Ve lo que escribió? «Tamzene Donner, mi diario, 12 de octubre de 1846 a…». Fíjese en que no hay fecha final, porque murió de hambre y luego —hizo una pausa y se aclaró la garganta— se la comió un hombre llamado Keseberg.

—¿Keseberg no fue acusado de asesinarla para comérsela? —terció Salazar.

Benton se volvió hacia él con cierta sorpresa.

—Sí, eso es. Parece que conoce la historia.

Salazar se encogió de hombros.

—En el instituto de Goleta nos hablaron de la expedición Donner en clase de historia. Me pareció interesante. —Esbozó una pequeña sonrisa —. ¿Y a quién no?

Nora asintió.

—Pero ¿qué pinto yo en todo esto?

—Bueno, he venido a preguntarle una cosa.

—De acuerdo. Adelante.

En lugar de responder, Benton hizo una pausa.

—Para empezar, ha dirigido varias excavaciones arqueológicas en Sierra Nevada. Conoce estas montañas.

—Hasta cierto punto.

—Es usted una arqueóloga de renombre que también tiene experiencia en yacimientos en los que hubo canibalismo, incluyendo Quivira, el asentamiento que descubrió en una colina de Utah.

—Cierto.

—Y cuenta con la legitimidad y el respaldo del instituto.

Nora se recostó en la silla.

—Empiezo a tener la sensación de que esto es una entrevista de trabajo.

—Ya ha conseguido el empleo si lo quiere. Es usted la persona ideal para lo que tengo en mente.

—¿Y qué es?

Todos aquellos rodeos empezaban a ponerla nerviosa.

—Debo pedirle que me dé su palabra de honor, al menos por ahora, de que nada de esto saldrá de aquí.

—¿No es un poco dramático?

—Lo siento —se apresuró a responder Benton, cuyo nerviosismo había vuelto a aflorar—. Entiendo cómo debe de sonar todo esto, pero cuando oiga lo que tengo que decir, comprenderá por qué debo llevarlo con discreción. Es una larga historia y, le advierto, inquietante.

Nora miró su reloj de pulsera. Aún no eran las cuatro y media. Les quedaba media hora de sol y era agradable estar en el desierto. Se cruzó de brazos con una tenue sonrisa. No podía evitar sentir curiosidad por la seriedad de aquel hombre.

—De acuerdo, oigámoslo.

Clive Benton respiró hondo, apoyó las manos en las rodillas y empezó a hablar con un tono mesurado. Sin duda, era una historia que se sabía de memoria.

4

—Oí por primera vez la historia de la expedición Donner cuando era niño —empezó Benton—. Me crie a las afueras de San Francisco. Ya he mencionado que mi familia por parte de madre es descendiente colateral de los Breen, que formaban parte del grupo de Donner. Mi madre me contó la historia cuando era pequeño y me fascinó. Eso me llevó a estudiar historia, y más tarde a obtener un doctorado en Stanford.

»La catástrofe de los Donner fue una de las mayores desgracias de la migración hacia el oeste. Eran un grupo de emigrantes dispuestos a civilizar una tierra indómita, California, pero acabaron reducidos a un barbarismo atroz. Era el sueño americano a la inversa.

»Los dos protagonistas del drama eran George Donner y su mujer, Tamzene. George era un hombre corpulento que ansiaba poseer tierras. Toda su vida quiso conseguir más para dedicarse a la agricultura. Su esposa era institutriz. Era menuda y esbelta, con los modales y la educación de una dama. Pero bajo esa apariencia había una mujer con un férreo sentido del bien y del mal. Tenían tres hijas en común, y George otras dos de un matrimonio anterior.

»En 1846, California aún era parte de México, pero estaba gestándose una guerra y todo el mundo creía que Estados Unidos no tardaría en hacerse con el territorio. Donner vio la oportunidad de colarse allí, por así decirlo, y adueñarse de parte de esa nueva tierra llena de riquezas. Era un hombre elocuente y convenció a su hermano Jacob y a su familia.

»George, Tamzene y sus cinco hijas pequeñas salieron de Independence, Missouri, en la primavera de 1846 acompañados por un numeroso grupo de emigrantes. No eran colonos desharrapados; tenían

dinero. Era una caravana de pioneros adinerados, ricos incluso, pertrechados con lo mejor de lo mejor. Tamzene tenía pensado abrir un colegio para chicas y llevaba libros, material escolar, pizarras, tizas, panfletos religiosos, biblias e incluso óleos y acuarelas. George había cargado un carromato con rollos de terciopelo, sedas y satenes para vendérselos por un buen margen a los californianos. Algunos llevaban dinero en efectivo. Por ejemplo, un hombre llamado Jacob Wolfinger tenía una caja fuerte llena de oro con el que pretendía comprar tierras, construir una casa y fundar una empresa.

»Lo cierto es que, al margen de su riqueza, era la típica caravana que emigraba hacia el oeste, y habría caído en el olvido de no ser por una funesta decisión que tomaron por el camino. En Wyoming, Donner y los demás decidieron tomar el atajo Hastings, del cual hablaba maravillas un constructor llamado Lansford Hastings. Donner y unas noventa almas votaron a favor, mientras que el resto de la caravana de emigrantes optó por seguir la ruta habitual.

»Así que se dividieron. El grupo de Donner fue hacia el oeste pasando por Utah. La nueva ruta los llevó a través de los escarpados montes Wasatch. Se dieron cuenta de que algo no iba bien cuando las montañas resultaron ser mucho peor de lo que Hastings había descrito. Pero era demasiado tarde para dar media vuelta. Cuando dejaron atrás las montañas, se vieron obligados a cruzar el gran desierto de Salt Lake. Durante su duro avance empezaron a sufrir terriblemente por falta de agua. A algunos niños desesperados les daban balas aplastadas para aliviar la sed. La comida escaseaba. Todo empezaba a desmoronarse. Había discusiones. Los indios les robaron unos cuantos bueyes y les dispararon flechas a otros. Algunos viajeros también resultaron heridos por disparos realizados desde detrás de las rocas y los árboles. A un hombre que no podía caminar lo sacaron de su carruaje y lo dejaron morir en la cuneta. Y, en todo momento, Tamzene Donner documentó meticulosamente los acontecimientos en su diario.

»Cuando cruzaban el desierto de Nevada, el carromato de Wolfinger quedó atorado y el resto de la caravana siguió adelante mientras él lo sacaba de allí. Poco después, dos hombres llamados Reinhardt y Spitzer

se ofrecieron voluntarios para volver y ayudar a Wolfinger. Desaparecieron durante unos días. Cuando más tarde dieron alcance a la caravana, dijeron que los habían atacado unos indios y que Wolfinger había muerto.

»Llegaron a los pies de Sierra Nevada a finales de octubre; iban muy retrasados y se estaban muriendo de hambre. Pero aún no había nieve en las montañas y esperaban poder cruzarlas antes de que llegara el invierno.

»Casi lo consiguen. Les faltaba menos de un día para llegar a la cima del puerto cuando una ventisca repentina los enterró. En aquel momento, las bestias de carga estaban dispersas por el sendero de montaña. La ventisca los inmovilizó a todos, y allí se quedarían. Las cincuenta y nueve personas que iban al frente del convoy se quedaron atrapadas cerca del lago Truckee y tuvieron que resguardarse. Otras veintidós, incluidos George, Tamzene y sus cinco hijas pequeñas, estaban diez kilómetros más atrás, en un prado situado junto a Alder Creek. Esos dos campamentos han sido encontrados y los arqueólogos han practicado excavaciones.

»Pero los archivos históricos mencionan un tercer campamento, ahora conocido como el Campamento perdido. Se trataba de un pequeño grupo que viajaba al final del convoy, integrado en parte por Reinhardt y Spitzer, una familia llamada Carville y un tal Albert Parkin, que abandonó a su familia en busca de una nueva vida en California. Nadie sabe con seguridad qué es lo que ocurrió, pero es probable que, debido a la confusión que provocó la tormenta de nieve, el grupo perdiera el rastro y subiera un desfiladero sin salida más allá de la desembocadura del río Little Truckee. Acabaron atrapados por la nieve en las profundidades de las montañas, a varios kilómetros del grupo principal. Algunos decían que el Campamento perdido estaba en un valle oscuro donde nunca daba el sol y rodeado de montañas rocosas. Circulan tantas leyendas sobre ese campamento que es difícil saber la verdad.

»En cualquier caso, todos los viajeros quedaron sitiados por la nieve durante meses, porque sucesivas tormentas acumularon de siete a

nueve metros y enterraron los rudimentarios cobertizos y refugios que habían improvisado. En aquellas mugrientas chozas se apiñaban, pasaban hambre y empezaron a morir uno a uno. Se comieron los últimos suministros. Luego se comieron a los bueyes y los caballos. Más tarde se comieron a los perros. Y luego empezaron a desenterrar los cuerpos congelados de sus compañeros.

»Arrancaban la piel y la cocinaban. Sacaban los órganos y se comían el hígado, el corazón, los intestinos y los pulmones. Rompían los huesos para extraer la médula y abrían los cráneos para comerse el cerebro. Cuando se acabó todo, hirvieron los huesos para extraer grasa.

Benton hizo una pausa para cambiar de postura y mirar al horizonte lejano. Nora y Salazar permanecían callados.

—Debo añadir que no todos participaron. Muchos se negaron a comer carne humana. Aún hoy, los historiadores siguen debatiendo cuántos miembros del grupo se convirtieron en caníbales. A medida que iban muriendo más a causa del hambre, había más comida para los que quedaban vivos. Es casi imposible imaginarse aquello, día tras día, semana tras semana, atrapados en aquellos espantosos campamentos abarrotados de hombres, mujeres y niños, en madrigueras sofocantes donde el aire apestaba tanto a heces y carne humana putrefacta que era casi irrespirable. Finalmente, un grupo de quince hombres desesperados decidieron cruzar las montañas e ir a California a pedir ayuda. Lo consiguieron siete, pero se comieron a los compañeros que murieron por el camino.

»En febrero llegó la primera expedición de rescate, que se encontró con unas escenas de horror casi incomprensibles. Más tarde, uno de los rescatadores explicaba que había visto a unos niños sentados en un tronco, con la cara manchada de sangre mientras se comían el hígado y el corazón medio asados de su propio padre y con partes del cuerpo esparcidas a su alrededor.

»Esa primera expedición de rescate solo pudo salvar a unos pocos. Ellos también murieron de hambre al cruzar Sierra Nevada para llegar hasta los viajeros atrapados. Tamzene y George Donner seguían vivos cuando llegó el primer grupo, pero Tamzene se negó a abandonar a su

marido, que se estaba muriendo de una infección en la mano. Una segunda expedición sacó a más gente de las montañas, y después llegó una tercera, pero Tamzene se negó a dejar a George incluso cuando se llevaron a sus hijas.

»En algún momento apareció un hombre llamado Asher Boardman en el campamento de Donner en Alder Creek. Fue a finales de febrero. Había huido del Campamento perdido y explicó que el lugar se había convertido en una especie de locura caníbal. Boardman era un predicador itinerante y decía que había escapado cuando Edith, su mujer, intentó matarlo y comérselo. Boardman acabó muriendo de hambre y agotamiento días después, más o menos cuando llegó la tercera expedición de rescate.

»Tamzene documentó todo esto y mucho más en su diario.

»Por fin, en abril llegó la cuarta y última expedición de rescate. Pero después de la tercera habían muerto muchos más y el canibalismo se había acelerado. Lo que encontraron los últimos rescatadores era aún más estremecedor. En el campamento de Alder Creek no quedaba nadie vivo. George Donner yacía en la nieve derretida, asesinado y parcialmente desmembrado, con la cabeza abierta y sin cerebro. Sin embargo, no había rastro de Tamzene. Los rescatadores se dirigieron a un tosco campamento situado cerca de allí, donde encontraron a un solo hombre llamado Keseberg. A su lado tenía una sartén con un hígado y unos pulmones humanos. Después de un intenso interrogatorio, reconoció que eran los restos de Tamzene. Les dijo que llevaba semanas comiéndose su cuerpo, y el hígado y los pulmones eran lo único que quedaba.

»El caso es que aquella cuarta expedición rescató a los últimos supervivientes. Las vivencias del grupo de Donner se convirtieron en una historia para el recuerdo, reelaborada, reimpresa y difundida con tintes sensacionalistas hasta que resultó prácticamente irreconocible. Nunca ha dejado de fascinar.

»Lo cual me lleva al motivo de mi presencia aquí. Como les mencionaba, se identificaron dos campamentos principales: el que estaba cerca del lago Truckee y el de Alder Creek. Pero el Campamento

perdido nunca ha sido encontrado. Solo lo visitó un miembro del tercer grupo de búsqueda. No conocemos muchos detalles de lo que encontró allí, pero sí sabemos que después de lo que vio, se negó a volver. A pesar de lo horrendos que eran los dos campamentos principales, lo sucedido en el Campamento perdido al parecer era peor, mucho peor. El rescatador solo encontró a un superviviente y lo sacó de allí, pero murió poco después entre delirios.

»Las esquivas historias sobre el Campamento perdido me perseguían. Durante unos seis años investigué, siguiendo una pista falsa tras otra, hasta que me dediqué a buscar el diario de Tamzene. Por supuesto, había muchos artículos periodísticos sensacionalistas, cartas y crónicas de segunda mano de dudosa fiabilidad, pero esta importante fuente primaria llevaba casi dos siglos perdida. Todo el mundo creía que lo habían dejado allí, pudriéndose en el bosque. Convencidos de que se había perdido, nadie emprendió una búsqueda sistemática. Les ahorraré los detalles, pero mi paciencia al fin se vio recompensada no de una manera, sino de dos. En primer lugar, encontré el diario justo a tiempo. Y, en segundo lugar, no solo incluye una lista de todas las personas que quedaron varadas en el Campamento perdido, sino indicaciones para llegar hasta él. Asher Boardman, el hombre que escapó del Campamento perdido, facilitó información sobre él a Tamzene antes de morir. Aparte de eso, el diario contiene notas con puntos de referencia y un mapa hecho a mano que muestra la ubicación de los tres campamentos. Puede que el perdido tenga una reputación especialmente mala, y es posible que nunca lleguemos a conocer todos los horrores que acontecieron allí, pero ahora contamos con una hoja de ruta.

Benton hizo una nueva pausa y se inclinó hacia delante.

—Y ese es el trabajo que le ofrezco: liderar una expedición para encontrar el Campamento perdido.

5

29 de noviembre

El ayudante abrió la puerta y Nora entró en el despacho de la doctora Jill Fugit, directora del Instituto Arqueológico de Santa Fe, seguida de Clive Benton. El despacho, aun siendo pequeño, era cálido y acogedor, y a Nora le pareció que rezumaba un ambiente amigable con las viejas baldosas españolas en el suelo, las paredes de adobe y una pequeña chimenea. Las ventanas de la pared del fondo daban a un jardín, cubierto por un manto blanco tras la nevada de la noche anterior. Un tapiz Two Grey Hills de los años veinte adornaba otra pared, y en una estantería había una hilera de jarrones zuñi de finales del siglo XIX.

La doctora Fugit apartó la mirada de un montón de papeles y se levantó para estrecharles la mano. Su elegante traje a medida, su melena rubia y su habitual elegancia no eran en modo alguno la imagen típica de una académica meticulosa y poco imaginativa, algo que Nora aplaudía en silencio. La elección de Fugit como directora fue controvertida cuando el puesto quedó vacante años antes, pero sus credenciales eran impecables, y su intelecto entusiasta y en ocasiones riguroso suponía un agradable cambio con respecto a los fósiles que acostumbraban a ocupar el despacho. El instituto ya empezaba a mostrar beneficios tangibles de su perspicacia para los negocios y la recaudación de fondos.

—Nora, me alegro de verla —saludó con entusiasmo—. Y usted debe de ser el doctor Benton. Es un placer conocerlo. Siéntense, por favor.

Fugit les indicó que se acomodaran a ambos lados de la chimenea. Ella volvió a la mesa y los miró con una expresión agradable e inquisitiva a la vez.

—¿Puedo ofrecerles café o té?

Una de las ventajas de trabajar en el edificio antiguo del instituto era el servicio de cafetería. Fugit llamó por teléfono y pidió lo que quería. Luego cogió un sobre marrón de encima de la pila, lo deslizó sobre la mesa y lo abrió.

—Bien, doctor Benton. Veo que se licenció usted en Stanford.

—Obtuve allí el doctorado, sí. Los estudios universitarios los realicé en el este.

—También es mi alma máter. Pero vayamos al grano. He leído el informe que han preparado usted y la doctora Kelly. —Hizo una pausa —. Estaba al tanto de la tragedia de la expedición Donner, por supuesto, y conozco un poco los trabajos arqueológicos realizados con anterioridad en los dos campamentos principales. Pero los detalles que han expuesto son extraordinariamente gráficos, sobre todo los relacionados con ese Campamento perdido; por lo visto; un ambiente de privaciones y desesperación excepcionales. —Cerró la carpeta—. No he podido evitar fijarme en cómo ha escrito el nombre de pila de la señora Donner. Quizá fue la figura principal de la tragedia, y una de las más estudiadas por los historiadores pero, según recuerdo, su nombre siempre se ha escrito como «Tamsen».

—Correcto. Su madre se llamaba Tamesin, y fue el que recibió ella al nacer. Sin embargo, decidió escribirlo como Tamzene, y he intentado respetar sus deseos.

—Claro. —Hubo una breve pausa—. Entonces, doctor Benton, quiere que el instituto patrocine la búsqueda del campamento y que lleve a cabo una excavación.

—Exacto. Yo soy historiador, no arqueólogo. Casi con total seguridad, el Campamento perdido se encuentra en el Parque Nacional de Tahoe, en terreno federal, así que necesitaríamos permisos estatales y federales para las excavaciones. El prestigio del instituto sería extremadamente útil. —Hizo una pausa—. Y estoy convencido de que la doctora Kelly es la persona idónea para liderar esa expedición.

La mirada penetrante de Fugit no titubeó. Como de costumbre, Nora era incapaz de interpretar del todo su expresión.

—Como le decía, la propuesta es admirablemente minuciosa. He pensado mucho en ello, pero no creo que sea adecuada para nosotros en este momento.

Aquello cogió a Nora desprevenida por completo.

—¿Por qué? —preguntó con más contundencia de la que pretendía.

—Para empezar, ya se han realizado exhaustivas excavaciones en los otros dos campamentos. Sinceramente, ¿qué más podemos averiguar?

Nora respiró hondo.

—Doctora Fugit, la última excavación se llevó a cabo hace más de veinte años. Ahora disponemos de técnicas nuevas, sobre todo en la extracción de ADN.

—Conozco las técnicas nuevas.

—Por supuesto. Lo siento. —Nora estaba acostumbrada a tratar con burócratas tecnológicamente desfasados—. Como comprenderá, con un nuevo lugar donde excavar, por fin podríamos identificar los nombres de algunos restos humanos, averiguar quién murió y cuándo, y quién… —Hizo una pausa para intentar que sonara menos desagradable—. Quién… eh… ingirió a quién.

En ese momento, un empleado cincuentón llamado Jones llegó empujando un carro desvencijado en el que llevaba el servicio de café, que incluía una jarra, tazas, nata, azúcar y unos bizcochos rancios. La conversación quedó interrumpida mientras les servían.

—En este momento, ¿existe algún valor científico tangible en el hecho de saber quién ingirió a quién? —preguntó Fugit—. Además, aunque las pruebas del doctor Benton sean convincentes, dan ustedes por hecho que podrán encontrar el Campamento perdido. Pero la cuestión más importante es el coste.

Nora lo veía venir. Diez años antes, el instituto había pasado por dificultades económicas. Con Fugit al mando ya no era así, pero ello en parte se debía a que la directora era muy prudente con el presupuesto.

—Es cierto que, hasta ahora, el campamento había estado perdido por completo —repuso Nora—, pero el descubrimiento del doctor Benton lo cambia todo. Al parecer, las once personas que quedaron atrapadas en ese campamento experimentaron unos cambios

sociológicos y psicológicos sumamente inusuales. Esta es una oportunidad increíble para el instituto, una excavación de gran nivel que, sin duda, tendrá mucha repercusión mediática.

Fugit se volvió hacia Benton.

—Doctor, ¿cuenta con dinero de alguna beca? No he visto que se mencionen apoyos en la propuesta.

—No, francamente no los hay.

—¿Tiene intención de solicitar becas?

—No.

—Un momento —terció Nora—. Pues claro que solicitaremos becas, pero primero necesitamos el sello de aprobación del instituto.

Fugit siguió mirando a Benton.

—No pretenderá que lo financie el instituto, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí.

Nora frunció el ceño. De repente, Benton estaba a punto de joderlo todo. Pero, justo cuando Nora se disponía a devolver las cosas a su cauce, él se adelantó.

—Hay un aspecto de la historia que no incluí en la propuesta —dijo.

Fugit dejó la taza sobre la mesa.

—¿De qué se trata?

—Es una parte de la historia que debe mantenerse en secreto por razones que pronto comprenderá.

Fugit esperó con las manos entrelazadas.

—Recordará que la propuesta citaba a un hombre llamado Wolfinger, que llevaba un baúl de oro.

—Lo recuerdo, sí.

—Entonces, recordará que cuando el carromato de Wolfinger quedó varado mientras cruzaba el gran desierto de Salt Lake, dos hombres, Reinhardt y Spitzer, se ofrecieron voluntarios para volver y ayudarlo. A su regreso, aseguraron que los indios habían matado a Wolfinger.

—Sí, sí —respondió la doctora Fugit, disimulando su creciente impaciencia.

—Pues era mentira. Incluso entonces, los miembros del grupo sospechaban que a Wolfinger le había ocurrido algo malo. Reinhardt y

Spitzer despertaban mucha desconfianza, y desde entonces ambos se mostraron reservados y fueron excluidos por el resto. Cuando Reinhardt se estaba muriendo de hambre en el Campamento perdido, hizo una confesión: Wolfinger no había sido asesinado por los indios. Reinhardt y Spitzer habían vuelto y habían acabado con él para arrebatarle el oro. —Hizo una pausa—. Los historiadores conocen esa información desde hace más de un siglo pero, por increíble que parezca, a nadie se le ocurrió preguntarse qué pasó con el oro.

—Continúe, por favor.

—Naturalmente, debieron de esconder la caja fuerte en su carromato y transportar ese oro hasta las montañas, donde quedaron atrapados por la nieve. Como ambos eran ignorados por los demás, se vieron obligados a construirse un refugio a cierta distancia. Allí murieron de hambre. Nadie mencionó que hubieran encontrado oro o que se lo hubieran llevado. Lo cual nos lleva a la gran pregunta: ¿dónde está el oro?

Se impuso un largo silencio en el despacho.

—¿Me está diciendo que el oro sigue escondido cerca del Campamento perdido? —preguntó Fugit.

—Exacto. De hecho, lo más probable es que esté cerca de ese refugio rudimentario que construyeron con los tablones de sus carromatos.

Nora se quedó mirando a Benton, sorprendida y molesta.

—¿Por qué no lo ha mencionado antes?

—Lo siento. Tenía que ser muy cuidadoso. Piense en lo que ocurriría si esto sale a la luz. En los meses que pasaron atrapados debieron de esconder la caja fuerte. No podían ir muy lejos con toda esa nieve. Por eso creo que la ocultaron cerca del refugio.

Fugit miró a Benton.

—¿Cómo ha conseguido esa información?

—A nadie se le ocurrió investigar. Repasé viejos registros bancarios de donde trabajaba y vivía Wolfinger, y en el sótano de la sociedad histórica, en un viejo libro de contabilidad del First Depository Bank de Springfield, Illinois, encontré una página fechada seis días antes de que partiera la expedición en la que aparecía una cuantiosa retirada de

águilas de oro Liberty Head, todas de 1846 y fuera de circulación, recién salidas de la casa de la moneda de Filadelfia.

—¿Cuántas?

—Mil.

—¿Y el registro especificaba que fue Jacob Wolfinger quien hizo la retirada? —preguntó Nora.

Todavía estaba dolida porque no la hubiera informado de aquello.

—No, no conseguí el nombre de la persona. Esa página del libro de contabilidad había sufrido desperfectos, pero tengo pruebas que lo corroboran. —Se metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó un viejo trozo de papel cubierto por un plástico protector. —En un archivador contiguo encontré una carta del First Depository Bank dirigida a Wolfinger y fechada al día siguiente. En ella le decían que esperaban que la transacción hubiera sido satisfactoria y le daban las gracias por hacer negocios con ellos.

Benton le tendió la carta a Fugit, que la examinó con atención y se la pasó a Nora.

—Muy interesante —dijo antes de devolvérsela a Benton—. Pero ¿cómo puede estar seguro de que fue Wolfinger quien retiró las mil águilas de oro? Puede que solo sacara unos cientos de dólares.

—Todo es posible —reconoció Clive—, pero piénsenlo: era un banco pequeño. Una retirada como esa debía de ser extremadamente inusual y tardarían tiempo en gestionarlo. Puede que tuvieran que mandar a alguien a Chicago, o incluso a Filadelfia, para reunir esa cantidad. Wolfinger era un hombre rico. Había vendido una granja y una empresa muy prósperas e iba a trasladarse a California. Recuerden que esto es anterior a Wells Fargo. Wolfinger no podía transferir el dinero a Sacramento. Tendría que llevarlo encima. Las monedas de oro de diez dólares eran la lengua franca de la época, como los billetes de cien dólares para los traficantes actuales. —Clive se inclinó hacia delante—. Sabemos que se retiraron mil monedas de oro antes de que partiera la expedición. Sabemos que Wolfinger sacó dinero en ese mismo banco. Sabemos que tenía oro en una caja fuerte que pensaba llevarse a California. —Extendió las manos—. Las pruebas son irrefutables.

Después se recostó con una sonrisa triunfal.

—Diez mil dólares —murmuró Fugit—. En 1846 era mucho dinero.

—Sí, pero ¿cuánto vale hoy? No solo estamos hablando de la cotización del oro fundido, sino del valor numismático. Una sola águila de oro de grado MS-60 o superior, fuera de circulación y fechada a mediados de la década de 1840, hoy en día tiene un valor de entre quince y veinte mil dólares. En otras palabras, en ese campamento o en sus alrededores hay una caja fuerte que contiene monedas de oro por valor de unos veinte millones de dólares.

Cuando Benton dejó de hablar, el silencio en el despacho era impresionante.

—Todo eso está muy bien —dijo la directora por fin—, pero si el instituto excava el lugar y encuentra el oro, ¿quién se lo queda?

—Cualquier objeto descubierto en una excavación autorizada por un organismo sin ánimo de lucro es propiedad de dicha organización.

—Entonces ¿el oro sería para nosotros?

—Eso es debatible. California reclamará el tesoro como patrimonio histórico. El gobierno federal también lo querrá, porque habrá aparecido en terreno federal. Que yo sepa, Wolfinger no tuvo descendencia, así que en ese sentido no hay mucho de qué preocuparse.

—He visto situaciones como esta en otras ocasiones. Haya descendientes o no los haya, las cosas podrían ponerse feas con mucha facilidad.

—Sí, pero, doctora Fugit —Benton se inclinó hacia delante—, ahí es donde intervienen el instituto y su magnífica reputación. Como parte del proceso para la obtención de permisos arqueológicos, el instituto negociará con antelación el reparto del tesoro en caso de encontrarlo. Esa disposición se incluirá en los permisos. La reputación del instituto garantizará que nadie se oponga a que se queden con un buen porcentaje para incrementar su dotación, financiar investigaciones importantes y aumentar salarios. Si el instituto le ofrece un tercio a California, otro tercio al Tío Sam y se queda con un tercio, ¿quién se lo va a discutir? —Bajó el tono de voz—. En otras palabras, no necesitan una beca para financiar esta expedición.

—Aun así, sería una apuesta bastante cara.

—Si el instituto lo considerara demasiado arriesgado, lo entendería. Stanford, nuestra alma máter común, tiene un programa de arqueología de talla mundial, igual que Berkeley.

Fugit frunció el ceño en señal de disgusto. Nora sabía que la directora no respondería bien a una amenaza y le sorprendió la franqueza de Benton.

—Estoy segura de que podemos encontrar los fondos —afirmó la directora con brusquedad—. Pero ¿dónde entraría usted en ese reparto que propone?

Benton se echó a reír.

—¿Se refiere a cuánto oro sería para mí? Nada. A mí lo único que me interesa es la historia. Si quisiera el oro, podría haber ido a buscarlo yo mismo sin que nadie lo supiera.

—Encomiable —replicó Fugit—. Pero ¿cómo sabe que no lo encontró alguien hace años?

—Si lo hubieran hecho, habría por ahí un número inusual de águilas de oro de 1846. Nadie tenía ni idea de dónde se encontraba el Campamento perdido excepto nosotros, gracias a Tamzene Donner y su diario.

Hubo un breve silencio, tras el cual Fugit cerró la carpeta que tenía sobre la mesa.

—El instituto aceptará su propuesta y correrá con los gastos de la expedición. Nora, si lo desea, usted será la directora de arqueología, y Clive… ¿puedo llamarle Clive?, usted será el historiador jefe. Mi oficina se ocupará de los permisos. Tenemos por delante los meses de invierno, que no es mucho tiempo para organizar una gran expedición.

Fugit se levantó y les dio la mano.

—Doctor Benton, ¿podría dejarme un momento a solas con Nora?

—Por supuesto.

Benton sonrió, se dio la vuelta y salió del despacho.

Fugit lo observó mientras cerraba la puerta. Luego, ambas se sentaron y la directora se quedó mirando a Nora.

—Es una propuesta muy interesante.

La expresión de Fugit seguía siendo formal, pero su rostro denotaba un ápice de entusiasmo.

—Gracias. Me alegro de que piense así.

—¿Cómo van esas ruinas de Pueblo, cerca de Pedernal Peak?

—Ya ha concluido la excavación y la documentación de la última sala. Solo falta catalogar los fragmentos de vasijas y los objetos. Trabajo de laboratorio.

—¿Y ese asentamiento independiente de Bandelier en el que estaban trabajando?

—Ya hemos terminado. He dejado los aspectos legales en manos del departamento de Antigüedades.

La directora la miró inquisitivamente unos instantes.

—Llevo aquí casi dos años y medio, y en todo ese tiempo no recuerdo que haya cogido vacaciones ni una sola vez, o que al menos haya sacado la cabeza de una zanja.

—Es sencillo: me encanta mi trabajo.

—¿Eso es todo?

—Sí —asintió Nora con más brusquedad de lo que le habría gustado.

—No intento entrometerme, conozco su historia. Me alegro de que le encante su trabajo, pero no quiero que se entierre en él.

Nora no dijo nada.

—Puede que esta expedición no sea precisamente coser y cantar. Las montañas de Sierra Nevada son escarpadas y peligrosas. Ya sabe que Ted Curtin está ansioso por participar en una excavación como esta. La cuestión es que necesita añadir una a su currículum. Si quiere delegarle el trabajo de campo, usted podría tomarse unos días libres y luego dirigirlo todo desde aquí y volver cuando…

—Doctora Fugit —la interrumpió Nora—, le agradezco su preocupación, de verdad, y quiero que Ted Curtin consiga su plaza, pero Clive Benton me vino a buscar a mí. No sé cómo se sentiría si delegara la excavación en otra persona. Y, sinceramente, no me estoy enterrando en trabajo. Esto es mi vida. No me imagino nada más emocionante que encontrar el Campamento perdido de la expedición Donner. Este invierno tendremos horas muertas mientras nos

preparamos. Tampoco me van a faltar horas de sueño. —Fugit la escuchaba en silencio. Nora continuó—: Sé que conoce mi historia. Sinceramente, no es relevante. Y, por utilizar sus palabras, le agradezco mucho su sensibilidad y que no se entrometa.

Al oír eso, Fugit abrió los ojos de manera casi imperceptible y se hizo un silencio momentáneo. Entonces, la directora asintió.

—Muy bien —terminó muy animada—. Mucha suerte con los preparativos, doctora Kelly.

6

29 de marzo

—¡Agente Swanson!

En la sala larga y reverberante, que en su día había sido una gran cámara y ahora estaba dividida en un laberinto de cubículos de oficina, solo se oía el zumbido de los aparatos electrónicos y los dedos pulsando teclas.

—¡Agente Swanson!

Corinne Swanson levantó la cabeza abruptamente y dejó encima de la mesa los documentos que estaba examinando.

—¿Sí? —respondió por fin.

Era la voz de Robert Wantaugh, asomado a un cubículo situado al fondo de lo que Swanson denominaba su módulo de la cárcel. Wantaugh tenía el pelo rubio, corto y tan repeinado que habría llenado de orgullo a un extra de *Los intocables*.

—Estás viva. Me alegro. Pensaba que te había ocurrido algo y estabas tan muerta como los informes que estás estudiando.

—Todavía no.

Wantaugh solo llevaba allí seis meses más que ella, pero desde que le habían ascendido adoptaba un aire de experiencia relajada y temeraria, al menos cuando no había agentes de más rango por allí.

—Solo quería informarte de que ya han llegado las pizzas. Sala de reuniones B.

—Gracias. Id vosotros. Yo iré más tarde.

Wantaugh no solo era un listillo, sino que Swanson creía que en cualquier momento le tiraría los tejos.

Cogió de nuevo sus documentos, declaraciones de las víctimas de un

ladrón de bancos que había causado estragos en la carretera I-25 tres años atrás, e intentó recuperar la concentración. Luego se volvió hacia el teclado y empezó a redactar el resumen de su informe, aunque se lo sabía de memoria y no había nada valioso que añadir. Cinco robos en dos meses. Dos empleados de caja tiroteados, los dos habían sobrevivido. El ladrón sabía que había cámaras de seguridad y entraba en los bancos con una variedad de sombreros de cowboy, bajo los cuales llevaba escondido un pasamontañas que se ponía nada más entrar. En total se hizo con seiscientos noventa y cuatro mil dólares. La última vez que lo vieron fue en el Third National Bank de Alamogordo, cerca de la reserva de los mescaleros. No había identificación ni matrículas. Los testigos solo coincidían en que parecía de raza blanca y menor de cuarenta años. Según una investigación, había cruzado la frontera, pero eso fue hace dos años.

Swanson apartó las manos del teclado, ordenó los papeles y, con un suspiro, los guardó en la carpeta. Era irónico: el motivo por el que no había oído a Wantaugh era que todavía no se había acostumbrado a que la llamaran agente.

Agente especial Swanson. Cómo había deseado que se refirieran a ella de esa manera. Era un sueño que la había llevado de Medicine Creek, en Kansas, a la escuela John Jay de Justicia Criminal, en Nueva York. Después llegó la experiencia laboral requerida, en su caso, un año como ayudante de agente de la condicional en el sur del valle del Hudson y, finalmente la academia del FBI en Quantico durante veinte semanas de instrucción con nuevos agentes. Veinte semanas de ejercicios prácticos incesantes, abriéndose paso por la pista de obstáculos una y otra vez mientras las lluvias invernales convertían el polvo en barro helado, perfeccionando sus habilidades con las armas de fuego y sus tácticas de combate en el escenario hollywoodiense de Hogan’s Alley, o ejecutando derrapes coordinados y técnicas de persecución hasta que se sentía más una doble de escenas peligrosas que una policía en formación. Y disfrutó de cada momento sucio, agotador y estresante, porque cada minuto estaba mucho más cerca de ser una agente especial.

Por fin llegaron la graduación y el juramento, tras los cuales recibió su placa y sus credenciales. Jamás en su vida se había sentido más orgullosa, un momento que nadie habría podido predecir: Corrie Swanson, la gótica malhablada del pelo morado que se había criado como una rebelde sin causa en un pueblucho de la pradera. Su madre no se había molestado en ir a la graduación —probablemente estaría borracha—, y fue una lástima que el motor principal de su incipiente carrera, el agente especial Aloysius Pendergast, no hubiera podido asistir. Pero su padre, Jack, estuvo presente, henchido de orgullo a pesar de su obvia incomodidad de verse rodeado por tanta gente con poder para practicar una detención.

Entonces la formación terminó. Le hicieron entrega de su arma reglamentaria, una Glock 19M con cuatro cargadores de quince balas y varias cajas de Winchester PDX1 +P 124 de punta hueca, y empezó su nueva vida.

Poco podía imaginar que esa «nueva vida» consistiría en personarse cada mañana a las ocho y media en el 4200 de Luecking Park Avenue NE, la oficina de Albuquerque, Nuevo México, para realizar tareas administrativas. Se había reunido con el agente especial Hale Morwood, el asesor que supervisaría sus dos años de prueba. Era el mentor que se convertiría en su sombra, le enseñaría la profesión, la puntuaría y, por lo visto, rebajaría sus expectativas.

Ya llevaba tres meses revisando casos abiertos y trabajando con la Oficina de Información Ciudadana en una campaña de relaciones públicas. De vez en cuando, para cambiar de ritmo, acompañaba a los equipos técnicos… a instalar nuevas cámaras de vigilancia.

No era lo que esperaba. Desde luego, no todos los recién graduados de Quantico pasaban el periodo de prueba así. No podía imaginar peores cometidos hasta que Morwood la llevó a visitar la oficina de Farmington, situada cerca de la frontera de Colorado. Puede que Albuquerque fuera el culo del mundo, pero Farmington era el forúnculo. Si algún día acababa en una oficina satélite como aquella, tal vez se planteara robar unos cuantos bancos.

Entonces oyó el tenue rumor de una conversación proveniente de la

sala de reuniones B, donde sus jóvenes compañeros estaban charlando mientras almorzaban. Pero Swanson no tenía hambre. Estaba observando el despacho de Morwood. La puerta estaba cerrada y, como siempre, la pared de cristal estaba cubierta por unas persianas de vinilo beige bajadas hasta el suelo. Morwood hablaba por teléfono; era la reunión semanal de control de Operaciones. Swanson consultó su reloj: la teleconferencia acabaría en cualquier momento. Respiró hondo y, tal como esperaba, Morwood salió poniéndose la americana azul marino. Swanson miró por el rabillo del ojo mientras Morwood desaparecía en el laberinto de cubículos. Era bajo, rondaba los cincuenta años y tenía un poco de sobrepeso y una coronilla rala de cabello pelirrojo. Cuando lo vio por primera vez, le recordó más a un conductor de trenes que a un supervisor del FBI. Pero eso fue antes de que tuviera la oportunidad de observarlo durante un par de meses: la forma en que seguía sus propios consejos, la astuta inteligencia que centelleaba en aquellos somnolientos ojos marrones.

Morwood reapareció entre los cubículos con una taza de café recién hecho. Eso significaba que no lo convocarían para otra reunión hasta dentro de quince minutos. Swanson respiró hondo una vez más para intentar serenarse, cogió la carpeta, se levantó y salió de su cubículo.

Morwood estaba sentado a su mesa, removiendo la sacarina del café. Asintió al verla acercarse.

—Buenas tardes, Swanson.

—Buenas tardes, señor. ¿Tiene un momento?

Morwood ladeó la cabeza hacia una de las dos sillas idénticas situadas junto a la pared de cristal.

—Por favor.

Swanson tomó asiento y se puso la carpeta en el regazo. La mirada distante de Morwood siempre la incomodaba un poco, como si fuera despeinada o llevara la blusa al revés y se viera la etiqueta. Demasiados años vistiendo vaqueros y camisetas negras casi idénticas. Resistió el impulso de alisarse la falda.

—He terminado de revisar los robos de la I-25, señor —empezó.

Morwood bebió un sorbo de café.

—¿Algo que destacar?

Swanson titubeó. No quería parecer ineficaz, pero tampoco que siguieran endilgándole casos por resolver.

—Nada relevante. Volví a interrogar a los cajeros y a los empleados del banco para asegurarme de que sus testimonios no habían cambiado. Revisé las imágenes de las cámaras de seguridad. Las pasé por nuestro programa de reconocimiento más reciente, pero no obtuve resultados útiles. Utilizando mejoras de imagen, pude identificar la marca del sombrero de cowboy de uno de los delincuentes. Es de un fabricante habitual de Texas, Nuevo México y Arizona que quebró recientemente, pero sus registros no aportaron ninguna información.

—¿Algún robo nuevo que encaje con el *modus operandi*?

—No, señor. He investigado exhaustivamente al norte y al sur de la frontera. Se han cometido muchos robos en bancos, pero ninguno con más de un elemento coincidente.

—Comprendo. Buen trabajo, Swanson. ¿Me mandará su informe?

—Lo estoy terminando ahora mismo.

Morwood asintió y, antes de hablar, sacó del bolsillo un pañuelo justo cuando le sobrevenía un acceso de tos sibilante. Swanson esperó educadamente a que pasara. Morwood era un misterio. Había oído bastantes rumores acerca de él. Al parecer, en su día fue un célebre agente de Chicago con reconocimientos suficientes como para llenar un cajón. Algunos decían que sus movimientos lentos y aletargados y su mirada cansada eran una impostura. Otros aseguraban que mientras perseguía a un sospechoso en una fábrica de tintes de Gary había sufrido un terrible accidente que arruinó sus pulmones y su carrera profesional. Sea como fuere, allí estaba, un hombre con una inteligencia manifiesta y una dilatada experiencia que acabaría su carrera como supervisor de nuevos agentes.

Morwood volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo de la americana.

—¿Algo más, agente Swanson?

Había llegado el momento. Swanson hizo una nueva inspiración profunda.

—Este es el quinto caso que reevalúo, señor.

Morwood asintió.

—Y he notado una mejora continuada en su metodología y eficiencia.

—Gracias. —Recibir aquel cumplido lo hacía aún más difícil—. Señor, aunque agradezco la oportunidad de ganar experiencia revisando esos casos, yo esperaba… Tengo la sensación de que…

Swanson dejó la frase a medias. Habría deseado que Morwood se diera cuenta de que estaba divagando y la acabara por ella, pero no lo hizo.

—… de que me gustaría un nuevo desafío, señor.

—Un nuevo desafío. ¿Se refiere a una investigación en activo?

—Sí, señor.

—¿Cree que ha aprendido todo lo que podía con esos casos abiertos pero inactivos y está lista para salir a jugar a indios y vaqueros?

De pequeña, Swanson tenía un mal genio legendario, pero los años que había pasado en John Jay y, sobre todo, la disciplina que le habían infundido en Quantico —amén de su madurez gradual—, la habían ayudado a dominarlo. Se quedó mirando a Morwood sin encontrar indicios de sarcasmo o condescendencia en sus ojos somnolientos.

—Estoy segura de que esos casos siempre podrán enseñarme más cosas, pero no he hecho ningún avance palpable en los tres meses que llevo estudiándolos. Cuento con una extensa formación en antropología forense y creo…

Esta vez, Morwood la ayudó.

—Cree que ya ha estudiado casos prácticos como estos en Quantico.

—Sí, señor.

—Después de tres meses limpiando el fuerte, ha trabajado duro y ahora está preparada para algo más útil e interesante.

A Morwood parecían gustarle las metáforas sobre el Oeste. O, como lo habían transferido allí desde Chicago, quizá simplemente era un cínico. Swanson no era capaz de interpretarlo lo suficientemente bien como para llegar a una conclusión.

—Sí, podríamos decirlo así.

Morwood se inclinó hacia delante.

—Swanson, podría darle dos respuestas. Podría decirle que, como novata que acaba de salir de la academia, sus esperanzas y sentimientos son irrelevantes para mí y para cualquier otro en esta oficina. De hecho, esa sería la respuesta oficial y esperable.

Mientras hablaba, su voz tranquila adquirió un tono más duro y Swanson se puso rígida.

—O podría decir que la entiendo perfectamente. —Morwood apoyó los codos en la mesa y juntó las yemas de los dedos. Su voz se suavizó un poco. —En su día yo me sentí igual. Suele ser peor cuando uno lleva tres meses aquí. No debería decirle esto, pero los psicólogos de Quantico incluso tienen un término para definirlo.

Swanson, todavía rígida, no sabía adónde se dirigía la conversación.

—Ser agente del FBI no es como ser médico, ni siquiera como ser policía. No existe un único camino para ganar la experiencia adecuada. Hay muchos agentes que son abogados o programadores y que ni siquiera llevan arma, sino que se pasan toda su carrera sentados a una mesa. La ubicación también influye. A usted le ha tocado Albuquerque. Aquí, gran parte de la acción está relacionada con las drogas, así que la DEA suele tener prioridad. —Se inclinó un poco más hacia delante—. Pero le diré dos cosas más, Swanson. En primer lugar, soy su instructor de campo, lo cual significa que soy su juez y su ángel de la guarda. Mientras evalúa esos casos abiertos, yo la estoy evaluando a usted: cuáles son sus aptitudes, dónde podrá aportar más o qué carencias debe paliar.

Swanson intentó no mostrar sorpresa. Nunca se lo había planteado y, desde luego, nunca se había dado cuenta de que Morwood pudiera estar observándola y evaluándola con especial atención.

—En segundo lugar, y debe creerme, ya le llegará su momento. Será cuando menos se lo espere. Puede que ni siquiera sea una misión oficial. Podría ocurrir algo mientras esté instalando esas puñeteras cámaras de vigilancia o volviendo a casa por la noche. Podría ser una investigación que ha nacido para resolver. O podría ser el caso más aburrido y frustrante de su carrera. Sea como sea, puedo prometerle una cosa: esos casos abiertos que está revisando le serán útiles.

Morwood bebió un sorbo de café. Tras unos momentos de silencio, Swanson se dio cuenta de que la conversación había terminado y estaba invitándola a marcharse, así que se levantó.

—Gracias por su tiempo, señor.

—Faltaría más.

Morwood cogió el teléfono y marcó un número.

Swanson volvió pensativa a su mesa. Al llegar frunció el ceño. Encima había un gran sobre acolchado que antes no estaba allí. Cuando lo abrió, vio que contenía un grueso y manoseado montón de fotografías e informes.

Era el caso abierto número seis.

Se sentó con un suspiro, sacó la carpeta y, parpadeando un tanto adormilada, la dejó a un lado mientras ultimaba el resumen del ladrón de bancos que había escapado por la I-25, todavía libre y buscado por el FBI.

7

22 de abril

A lo largo de su vida, el hombre conocido como Bricktop había hecho muchas cosas raras por dinero, pero aquello se llevaba la palma. Robar tumbas había pasado de moda hacía doscientos años, pero allí estaba, en un cementerio, exhumando un cuerpo bajo la luna llena. Pero por cinco de los grandes, qué cojones. Era mejor, más rápido y mucho menos arriesgado que traficar con oxicodona.

Aunque ya había viajado por Nuevo México, no conocía aquella parte del estado, que era mucho más verde de lo que esperaba. Y más montañosa; le recordaba a Colorado. El cementerio se encontraba unos treinta kilómetros al este de Santa Fe, en una colina boscosa, y tenía una puerta y una valla de hierro forjado. A la entrada había una placa que no se molestó en leer. Desde luego, a aquellas horas de la noche no irían turistas, y por allí no había nada que hacer aparte de talar árboles. Las luces de Glorieta parpadeaban en el valle, y entre las montañas se divisaba un tramo de la I-25 por la que los faros de los coches avanzaban lentamente. Era una noche gélida, pero Bricktop se alegraba, ya que estaba sudando. Se esperaban lluvias para más tarde, pero de momento solo había nubes dispersas, y la luna llena era toda la iluminación que necesitaba.

Era curioso cómo se presentaban los trabajos como aquel. Conocía a un tío que conocía a un tío y, de repente, estaba recibiendo indicaciones precisas para llegar allí. Como en el resto del cementerio, la tumba no tenía lápida, tan solo un pequeño monumento de piedra con una especie de medallón antiguo y de aspecto oficial, casi como un sello del Rotary Club, hundido en el suelo.

Bricktop paró de cavar un momento y miró el reloj: eran las doce menos diez. Llevaba una hora trabajando e iba por la mitad. Respiró hondo, resistió la tentación de encender un cigarrillo y retomó la tarea, hundiendo la pala en la tierra seca y suelta y lanzándola sobre la lona con un movimiento fácil y rítmico. Se dijo a sí mismo que no era muy diferente a entrenarse en su gimnasio de Kirtland. Tenía la canción *Brick House* metida en la cabeza y le daba ritmo al trabajo.

Por supuesto, Bricktop no conocía a los hombres que lo habían contratado. Solo había recibido una llamada telefónica, en la que le indicaron que fuera a un aparcamiento y recogiera un sobre con dos mil dólares y las instrucciones. Le prometieron otros tres mil cuando terminara. Las instrucciones, acompañadas de un mapa detallado, no solo especificaban la noche y la hora en que debía realizar el trabajo, sino que incluían la lista de materiales que necesitaría: una lona para amontonar la tierra, pala, pico, guantes, una pequeña escalera y ganchos especiales para abrir la tapa del ataúd. En realidad no debía robar la tumba, sino sacar el ataúd y abrir la tapa para que pudieran examinar al difunto y «determinar su identidad». Los dos hombres que debían llevar a cabo aquella identificación llegarían a la una y media de la madrugada, y cuando hubieran echado un vistazo, cerrarían el ataúd, él recibiría los otros tres mil dólares y se irían mientras él volvía a tapar el agujero. Era obvio que no les gustaba mancharse sus bonitas manos. Bricktop imaginó que se trataba de una herencia o un robo de identidad, pero no pensaba hacer preguntas ni mostrar curiosidad. La nota contenía una advertencia: si intentaba escapar con los dos mil dólares, recibiría una visita tras la cual le quedaría una voz muy muy aguda.

No era fácil cavar una tumba, pero al menos el terreno era blando y arenoso y no había piedras ni raíces. De vez en cuando se paraba a escuchar, pero solo se oían los ruidos nocturnos del bosque. Siguió adelante, formando un rectángulo perfecto y cavando primero a un lado y después a otro mientras tarareaba *Brick House*. Antes de lo que esperaba, oyó que la punta de la pala golpeaba algo, pero no parecía madera. Bricktop se agachó, apartó la tierra y vio con asombro que el

viejo ataúd que tenía bajo sus pies estaba hecho de hierro antiguo y oxidado. Aquello le recordaba más a un cofre del tesoro que a un féretro. Apartó el resto de la tierra que lo cubría mientras negaba con la cabeza. La tapa era doble; al menos eso era de esperar. Cavando en los laterales, liberó un poco de espacio para colocar los ganchos y levantó la mitad superior de la tapa. De los oscuros recovecos emanó un olor desagradable. Mantuvo la linterna de bolsillo por debajo del nivel del suelo y la encendió para examinar el cadáver del hombre.

Segunda sorpresa: no era un hombre, sino una mujer. Al menos eso dedujo, porque llevaba un vestido marrón en pleno proceso de desintegración. Era difícil saberlo mirando el desagradable rostro desdibujado por el moho, apergaminado, más esqueleto que tez, con unos labios momificados que esbozaban una sonrisa maníaca. Por suerte, la identificación no era problema suyo. No necesitaba abrir la parte inferior del ataúd si lo que andaban buscando era la identidad. Ya había terminado la primera parte de su trabajo, ahora solo tenía que esperar a que llegaran. Miró el reloj: la una y veinte. Había sido puntual. De hecho, había terminado con diez minutos de antelación.

Salió del agujero, se apoyó en una lápida cercana, encendió un cigarrillo y dio una honda calada. Estaba intentando dejarlo y se había puesto un límite de dos pitillos diarios. Como pasaba de la medianoche, ese contaría como el primero.

A la una y media en punto vio el resplandor de unos faros en la carretera serpenteante que subía la colina y pasaba por delante del cementerio. Cuando el coche llegó a lo alto, las luces se apagaron, enfiló el camino de tierra y se detuvo junto al de Bricktop. Luego se bajaron dos hombres y fueron hacia él. Uno llevaba una mochila de lona.

—¿Eres Bricktop? —preguntó.

—El mismo. Lo que buscáis está ahí abajo.

Acompañó a los hombres hasta la tumba y se situaron a ambos lados, observando el féretro abierto. Las nubes habían tapado la luna y no podía verles la cara. Esperó.

Ambos se pusieron unos guantes de látex y una mascarilla N95.

Luego, uno se metió en la fosa, apoyándose en la tapa inferior del ataúd de hierro, se agachó e iluminó unos instantes la cara de la difunta. El otro sacó una sierra larga y dentada de la mochila y se la pasó junto con dos bolsas secas. La sierra metálica brillaba ligeramente bajo la luz de la luna. El hombre se inclinó a la altura del abdomen del cadáver y Bricktop oyó un crujido espantoso. Era obvio lo que aquel tipo estaba haciendo, y no era solo determinar su identidad, pero Bricktop se mordió la lengua. «Nunca hagas preguntas. Nunca muestres curiosidad». Ese era su lema.

El hombre metió algo pesado en una de las bolsas secas, continuó serrando y guardó algo más en la otra. Después las cerró y se las dio al hombre que estaba fuera de la tumba, se quitó los guantes y la mascarilla y se los guardó en el bolsillo.

—¿Todo bien? —preguntó Bricktop.

—Todo bien. —El hombre se metió la mano debajo del abrigo y sacó un sobre marrón—. Recuerda: esto no ha ocurrido nunca.

Bricktop asintió, abrió el sobre y vio que contenía billetes de cien atados con una goma. Había tres gomas, cada una con una etiqueta que decía MIL DÓLARES. Tras hojear un fajo, se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

—De acuerdo —dijo el hombre—. Cierra la tapa y vuelve a llenar el agujero.

Bricktop estaba ansioso por terminar el trabajo y largarse de allí. Se agachó y agarró la pesada tapa. Era tal como imaginaba: aquellos chiflados habían serrado el cadáver por la mitad y se habían llevado el torso, pero no era asunto suyo. Retiró los ganchos y cerró el féretro con un ruido sordo.

Entonces notó un intenso cosquilleo en la nuca y ahí acabó todo.

El hombre se inclinó sobre la figura que yacía encima del ataúd y, con absoluta frialdad, le descerrajó un segundo disparo con una pistola Maxim 9 con silenciador que le levantó la tapa de los sesos. Se puso de nuevo los guantes, cogió con cuidado el sobre que el sepulturero se

había guardado en el bolsillo, además de la cartera, las llaves del coche y el documento con las instrucciones. Después salió y, en silencio, los dos hombres arrojaron la lona y parte de la tierra que contenía a la tumba recién cavada para tapar un poco el cadáver y sus herramientas. Las bolsas secas y la sierra volvieron a la mochila. Unas nubes oscuras empezaban a ocultar la luna. Era la llegada del anunciado frente, que traería tormentas eléctricas y fuertes lluvias. El hombre de la pistola se montó en el coche del muerto y el de la bolsa en el otro. El de Bricktop fue en una dirección y, minutos después, el otro salió en la contraria.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a salpicar el cementerio, primero unas pocas y luego muchas, mientras un relámpago hendía el cielo y un trueno retumbaba entre las colinas.

8

23 de abril

El teléfono que había sobre la mesa de Swanson empezó a sonar. Fueron dos pitidos breves: una llamada interna.

Swanson lo cogió.

—¿Sí?

—¿Swanson?

Era Morwood.

—Sí.

—¿Le importaría venir un momento a mi despacho?

—Ahora mismo, señor.

Swanson apartó las carpetas que estaba estudiando —caso abierto número siete— y se levantó. No era habitual que Morwood le pidiera que fuese a su despacho, al menos a aquella hora de la mañana. Era bastante puntual con las reuniones informativas y las sesiones de evaluación de cada martes a las dos del mediodía. Como siempre, lo primero que sintió Swanson fue culpabilidad y ansiedad. Mierda. ¿Había hecho algo mal?

En las últimas semanas, además del continuo trabajo de oficina, Morwood la había dejado acompañar a dos equipos de la DEA que iban a practicar redadas en laboratorios de metanfetamina en el norte de Albuquerque. Fueron operaciones de bajo nivel y Swanson no había sido más que una observadora con chaleco antibalas —sospechaba que Morwood las había elegido porque las posibilidades de que hubiera situaciones de peligro eran mínimas—, pero había adquirido cierta experiencia sobre la rivalidad entre agencias.

Ya conocía la opinión del FBI sobre la DEA: neandertales

incivilizados cuyo principal talento era partir cráneos. Pero en aquellas salidas también oyó la impresión que tenía la DEA del FBI. Los equipos de asalto le habían dicho a las claras que se había equivocado de agencia y que el FBI era una triste colección de contables debiluchos e impotentes que rara vez o nunca desenfundaban la pistola en toda su carrera. Al principio, Swanson toleró las provocaciones con educación, pero al final de la segunda misión, que había tenido lugar el día anterior, un agente con el pelo cortado a cepillo no paraba de insistir y, cuando regresaron al cuartel general con los sospechosos esposados, la metanfetamina en armarios de pruebas y el grupo de Laboratorios Clandestinos custodiando el lugar, la ira la superaba e hizo saber con gráfico detalle a su torturador por dónde podía meterse la droga que acababan de confiscar.

Aquella misma noche se enteró de que Breitman, el agente del corte a cepillo, era el jefe de la brigada.

Al acercarse a la puerta del despacho de Morwood, que estaba abierta, la ansiedad se disparó. Tenía que ser aquello. En casi cuatro meses no había perdido los estribos ni una sola vez, y acabó haciéndolo en el peor momento y con la persona menos indicada. Sabía que, como instructor, Morwood podía despedirla. Aunque no ocurría casi nunca, podía incluir una nota en su expediente que lastraría su carrera durante mucho tiempo.

Encima, no podía quitarse de la cabeza *19th Nervous Breakdown* de los Rolling Stones. «Allá vamos…».

Tenía la boca seca cuando golpeó el marco de la puerta con los nudillos. Morwood, que llevaba unos folios grapados en una mano, levantó la cabeza. Como de costumbre, su expresión no dejaba entrever nada en particular.

—Swanson —dijo, mirando de nuevo los papeles—. Pase.

Normalmente le pedía que se sentara, pero esta vez no lo hizo.

Swanson esperó a que pasara una página y luego otra. Entonces se aclaró la garganta y, sin mirarla, preguntó:

—¿Está al corriente de lo que sucedió en Glorieta Pass?

¿Glorieta Pass? Swanson no conocía esa calle. Se devanó los sesos

tratando de recordar los nombres de las calles del barrio de Alta Monte en el que se había producido la redada —Candelaria, Comanche—, pero Glorieta no figuraba entre ellos.

—No estoy segura, señor —dijo, preparándose para lo peor.

Morwood dejó los documentos encima de la mesa y la miró.

—Francamente, agente Swanson, me sorprende usted.

—¿Por qué, señor?

«Aquí viene, aquí viene…».

—¿Una estudiante con sus conocimientos académicos va a decirme que no sabe nada de la batalla de Glorieta Pass?

Estaba muy confusa y, con una punzada de irritación, desterró la voz nasal de Mick Jagger de su mente.

—No entiendo a qué se refiere. No hubo batalla. Los hombres de Cook se rindieron sin oponer resistencia. Si está hablando del incidente con Breitman, señor, quiero que sepa que lamento que haya habido rencores…

—Swanson, ¿vivimos en el mismo planeta? He leído su expediente de John Jay y dice que en segundo curso estudió la guerra civil estadounidense. ¿O es que se lo pasó durmiendo?

Swanson tragó saliva.

—Lo lamento, señor. ¿Estamos hablando de historia?

—Por supuesto. ¿De qué creía que hablábamos? ¿De la discusión de ayer con la DEA? Breitman me llamó, por supuesto, y le dije que no fuera tan quisquilloso y se olvidara del tema. No, le estoy hablando de Glorieta Pass, la batalla que se libró más al oeste durante la guerra civil. Los confederados invadieron el territorio de Nuevo México para impedir que la Unión tuviera acceso al oeste y se llevaron una soberana paliza. En Glorieta Pass.

Swanson sintió sorpresa, alivio y luego bochorno. Ahora que la ansiedad había remitido, el nombre empezaba a sonarle. Pero el profesor de aquella asignatura era muy aburrido, y había tantos campos de batalla que recordar…

—Sí —dijo ella—, lo explicaron en una asignatura. Lo siento, señor.

Morwood frunció el ceño con fingida decepción, o eso esperaba

Swanson.

—Me alegra oír eso. No es Gettysburg, obviamente, pero más de sesenta hombres, tanto yanquis como confederados, perdieron la vida en esa batalla. Algunos están enterrados allí, en un lugar llamado Pigeon's Ranch.

Swanson escuchó en silencio. A pesar de lo aliviada que se sentía por que aquello no tuviera nada que ver con lo que le había dicho a Breitman el día anterior, no entendía adónde quería llegar Morwood.

—Hace más o menos una hora han descubierto un cuerpo en el cementerio de Pigeon's Ranch. Bueno, puede que sean dos cuerpos, pero eso está por confirmar. Han encontrado a un hombre muerto de un disparo encima de un ataúd en una tumba recién abierta.

Swanson asintió. No sabía si debía tomar notas, pero decidió no hacerlo.

—No dude en intervenir en cualquier momento, Swanson. Glorieta Pass fue una batalla de la guerra civil. Parte del campo de batalla es un parque nacional histórico y esa tumba se encontraba en un pequeño cementerio de la zona.

Al oír eso, Swanson dijo:

—Eso convertiría el lugar en territorio federal.

—Sí. Tal vez ahora pueda conservar su diploma. Continúe.

—La investigación de cualquier delito cometido allí sería responsabilidad nuestra.

—Maticemos: responsabilidad suya.

Dicho eso, Morwood cogió el fajo de papeles y se lo ofreció a Swanson, que lo tomó con sumo cuidado.

—¿Perdón, señor?

—Es bastante sencillo. Si no recuerdo mal, hace tres semanas me pidió un nuevo desafío. Una investigación en activo, quizá. —Morwood se tapó la boca con una mano para toser y movió la otra en dirección a los documentos—. Le estoy ofreciendo un cadáver en una tumba profanada en el cementerio de Glorieta Pass. —Al ver que Swanson seguía en silencio, añadió—: ¿No es lo que quería, un caso para usted?

Swanson recuperó la voz.

—Sí, señor, es lo que quiero. Pero ¿qué…?

Le entró el pánico y volvió a quedarse callada.

—¿No sabe qué hacer? Pues claro. Es su primer caso. Pero es una oportunidad para ver los resultados de la formación de Quantico y esos cuatro meses evaluando casos abiertos. Estoy ansioso por oír las conclusiones de su incipiente experiencia forense. Así que será la investigadora inicial. Comuníquese con la policía local, cerciórese de que la zona está acordonada, examine el cuerpo, supervise las pruebas recabadas y prepare un informe preliminar. Usted sola.

Swanson no respondió. Era consciente de las distintas emociones que la invadían: entusiasmo, euforia incluso, pero al mismo tiempo preocupación al comprender las repercusiones de lo que estaba diciendo Morwood.

—¿Y usted? —Y añadió—: ¿Señor?

—¿Yo qué? Estaré en este despacho esperando a conocer sus hallazgos.

Swanson tragó saliva. Aquella era la oportunidad que había estado esperando, pero Morwood era el supervisor de su periodo de prueba. Se suponía que debía hacerle un seguimiento, ser su mentor en un proceso así. ¿Su método para enseñarle a nadar era arrojarla a la parte honda de la piscina?

—¿Y si contacto con una unidad de la científica?

Morwood negó con la cabeza.

—Como jefa de investigación, estará usted al mando. Eso es cosa suya. —Le dedicó una sonrisa burlona—. Pero piense que podrá contar con la policía local y su unidad científica, con la oficina del forense y demás personal de apoyo. Lógicamente, si considera necesario llamar a los nuestros, hágalo, pero primero evalúe la escena. —Cogió el teléfono —. Eche un vistazo a ese informe. Mientras tanto, pediré a Operaciones que le faciliten un coche, una radio y todo lo necesario.

Al ver que no se movía, Morwood volvió a dejar el auricular en la horquilla.

—¿Y bien? Muévase, agente Swanson. Vaya a Glorieta. Está a solo una hora de aquí y el trayecto es bastante atractivo.

9

Mientras conducía por la carretera serpenteante y polvorienta con los documentos de Morwood —cuidadosamente leídos, releídos y guardados en una carpeta— en el asiento del acompañante, la agente Swanson se vio asaltada por emociones inesperadas. Llevaba mucho tiempo soñando con aquel día: agente especial Corinne Swanson, jefa de investigación del FBI en un caso de homicidio. Y, sin embargo, en lugar de concentrarse en el caso, la abrumaba la ansiedad. Solo podía pensar en cuestiones banales, detalles triviales sobre el clima, el color de la carretera o un pino piñonero tronchado.

Respiró hondo y soltó el aire muy despacio. Después estiró los dedos y volvió a agarrar el volante. La alivió comprobar que, al menos, no le temblaban las manos.

«Tranquilízate, ve paso a paso y sigue las normas».

Al ver el cartel que anunciaba el Parque Nacional de la Batalla de Glorieta Pass tomó un desvío por una carretera llena de baches que ascendía por los montes Sangre de Cristo hasta una meseta. Más adelante vio que la tierra se dividía en dos crestas en dirección norte y sur. Con aire distraído, Swanson se preguntó si aquel era el puerto de montaña y quién era Glorieta.

Entonces divisó un grupo de casas rodantes y caravanas Airstream aparcadas en la cuneta y a sus malhumorados ocupantes bajo el sol. Cuatrocientos metros más adelante descubrió por qué: la entrada al cementerio de Pigeon's Ranch y Glorieta Pass estaba bloqueada por un coche patrulla del sheriff con las luces de la sirena encendidas. Un ayudante del sheriff se apeó del coche cuando Swanson detuvo el suyo. La agente llevaba su identificación colgada del cuello y la sostuvo en alto para que pudiera inspeccionarla. El joven ayudante miró a

Swanson, después la identificación y de nuevo a Swanson. Por fin asintió y volvió a su coche, puso en marcha el motor y la dejó pasar. Al otro lado de una valla, varias señales de tráfico y la entrada de un aparcamiento, vio unos cuantos vehículos oficiales mal estacionados.

Respiró hondo una vez más.

Aparcó al lado de los otros vehículos y empezó a andar, primero por una superficie asfaltada y luego por un camino de gravilla. A izquierda y derecha podía ver viejas tumbas marcadas con un número o con una pequeña placa explicativa. A lo lejos distinguió a una docena de personas en una esquina del cementerio: agentes uniformados, guardas del parque nacional, unas cuantas figuras con traje, personal médico, una mujer con una cámara y una o dos más cuya función no era inmediatamente identificable. Todos parecían estar esperando. Se giraron cuando se acercó Swanson. La estaban esperando a ella.

El último pensamiento aleatorio la abandonó y empezó a latirle el corazón a mil por hora.

«Tranquilízate», se dijo. «Lo tienes todo controlado». Mientras avanzaba, se obligó a revisar mentalmente el informe que le había facilitado Morwood y a repasar la formación en escenas del crimen que había recibido en la academia. Comprobó aliviada que, a pesar de los nervios, se sentía bastante segura de sí misma. Ocurriera lo que ocurriese, no le entraría el pánico.

El grupo se dispersó un poco cuando se acercó Swanson. Entonces dio un paso adelante un hombre de mediana edad, musculoso y bronceado, que lucía un bigote hirsuto. Llevaba la gorra y el uniforme del departamento del sheriff.

—Gus Turpenseed —se presentó, tendiéndole la mano—. Sheriff del condado de San Miguel.

Swanson le estrechó la mano y se le agarrotaron los dedos al notar el fuerte apretón.

—Agente Swanson, FBI.

—Un placer, agente Swanson —dijo el sheriff, que se volvió hacia otro hombre que lucía la estrella de ayudante. Este sonrió y asintió levemente.

Todo el mundo parecía estar observando la identificación y la placa de Swanson.

—El agente Morwood nos avisó de que vendría —añadió Turpenseed —, pero no me esperaba…

—¿A una mujer?

—A alguien tan joven.

—Comprendo.

Swanson se sorprendió por no haber mordido el anzuelo. Sabía que era por la placa del FBI. Ella la tenía y él no, y aunque a Turpenseed no le gustara, no podía hacer nada al respecto. Aquello le infundió una agradable sensación de poder. De pequeña nunca había tenido poder, así que se había refugiado bajo un caparazón de beligerancia sarcástica y resentimiento hacia la autoridad. Era irónico que ahora la autoridad fuera ella.

Miró a su alrededor, escrutando los demás rostros y la escena: una tumba abierta rodeada de cinta perimetral, un batiburrillo de tierra, lona, herramientas y un cuerpo parcialmente tapado al fondo. Se familiarizó con la situación en medio del silencio. Después, se volvió hacia Turpenseed.

—Tiene usted razón. Soy joven y dejaré de serlo si me quedo aquí plantada, así que pongámonos manos a la obra. ¿Quién fue el primero en llegar a la escena?

Una mujer rubia con uniforme de guardabosques se apartó del grupo.

—Yo.

—¿Cómo se llama?

—Grant.

—¿Podría explicarme qué ocurrió?

La guardabosques asintió.

—Llegué aquí a las siete y media para abrir el cementerio y prepararlo para los visitantes. Una de mis tareas es recorrer el perímetro, y al hacerlo vi ese montón de tierra. —Ladeó la cabeza—. Cuando me acerqué vi el agujero en el suelo. Al principio pensé que podía tratarse de ladrones de tumbas que venían a por Regis. Pero entonces vi a ese hombre medio cubierto de tierra. Y sangre, así que

llamé a Alec.

—¿Alec?

—Alec Quinn. Es el otro guarda que está de servicio conmigo. Estaba aparcando su coche.

—Continúe.

Otro guardabosques, al parecer Quinn, dio un paso al frente y prosiguió con la historia.

—Pensé que el hombre podía seguir vivo, así que salté al agujero y empecé a apartar la tierra. Y entonces, cuando vi que… —tragó saliva —, que estaba muerto, salí e hice unas cuantas llamadas. No había agentes del departamento de Servicios de Investigación en la zona, así que se lo notifiqué al sheriff.

Swanson asintió. Sabía que el departamento de Servicios de Investigación estaba formado por agentes especiales del Servicio del Parque Nacional. También sabía que había unos treinta y cinco en todo el país.

Miró a su alrededor.

—¿Quién dirige el equipo forense de la localidad?

Un hombre de unos sesenta años se acercó a ella y se presentó.

—Larssen, de la unidad científica de Santa Fe.

—¿Estaban esperando a los federales?

—Sí —confirmó el hombre.

—Siento interrumpirle. Por favor, empiece y estaré con usted en un momento. —Swanson se volvió de nuevo hacia Quinn—. ¿Y cuándo decidieron llamar al FBI?

Quinn se ruborizó.

—No es tan sencillo como se pueda pensar —reconoció—. Glorieta Pass solo es considerado un campo de batalla de clase A desde hace veinticinco años, y gran parte de él se encuentra en terrenos privados. Solo un veinticinco por ciento, la zona de Pigeon's Ranch, queda bajo la jurisdicción del Servicio de Parques Nacionales.

—Llamé al FBI mientras verificábamos la autorización —terció Grant.

Swanson asintió.

—¿Vio algo o a alguien? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Estaba así cuando llegamos. Cuando vimos que la víctima estaba muerta, retrocedimos y no tocamos nada.

—¿No había nada fuera de lugar? ¿Nada sospechoso?

La mujer negó de nuevo con la cabeza.

—¿Qué horarios tiene el parque?

—De ocho a seis.

—¿Y hay alguien de noche?

—No.

—¿No les preocupan los vándalos o los cazadores de recuerdos?

—Nunca ha habido problemas —dijo Quinn.

—Aquí la gente respeta a los muertos. Además, es un lugar bastante remoto y la financiación es escasa. El fideicomiso hace lo que puede, pero la mayor parte del dinero se destina a mantenimiento y restauración. Glorieta Pass está considerado un campo de batalla en peligro de desaparición. Tiene una calificación de prioridad máxima. Es uno de los doce campos de batalla que la han recibido.

Swanson ya sabía que la mentalidad en aquella parte del país era diferente. No distaba tanto del Kansas rural, donde ella se crio. Había demasiadas tierras vacías como para vigilarlas con eficacia e insuficientes organismos o dinero para patrullarlas.

El equipo científico había rodeado el agujero y estaba colocando una escalera para iniciar los trabajos. Swanson se volvió hacia el sheriff.

—¿Han acordonado la escena del crimen? —preguntó.

—Así es, señora. Lo hicimos en cuanto determinamos la naturaleza de la situación.

Lo de «señora» la desconcertó momentáneamente, pero sería mejor que fuera acostumbrándose.

El sheriff se quitó el sombrero y se secó la frente con el antebrazo. Swanson vio que llevaba la cabeza afeitada y que el ala del sombrero estaba empapada de sudor.

—Sheriff, ¿podría llevarse a su gente e intentar averiguar si se produjo alguna entrada o salida? Tomen nota de cualquier indicio para la unidad científica, como rodadas de neumáticos. —Swanson ladeó la

cabeza—. ¿Esa fotógrafa va con ustedes?

—Sí.

—Bien. Póngala a trabajar.

El sheriff dudó unos instantes. Luego miró a su ayudante y le habló en voz baja. Un par de minutos después, más o menos la mitad del grupo empezó a dispersarse por el cementerio con cierta renuencia.

Swanson decidió no llamar a la unidad científica del FBI para complementar a la gente de Santa Fe. Probablemente cabrearía a unos cuantos, y Larssen parecía una persona competente.

Se dio la vuelta para observar la labor de los agentes. Larssen y otro técnico habían bajado por la escalera y se encontraban encima del ataúd de hierro, limpiando cuidadosamente la tierra y marcando las pruebas. Por ahora, Swanson se contentaba con mirar y dejar que el grupo hiciera su trabajo. A un lado oyó a alguien solicitar una furgoneta forense, pero cambió de parecer y acabó pidiendo dos.

Hicieron fotos y sacaron la lona, las herramientas y la tierra en grandes bolsas amarillas. Casi con timidez, el cadáver fue mostrándose poco a poco hasta que quedó expuesto sobre el ataúd de hierro, que estaba bastante bien conservado. Swanson bajó por la escalera para echar un vistazo. El difunto llevaba una camisa de cuadros, vaqueros y unas Dr. Martens con punta de hierro. Parecía rondar los cincuenta años, pero con la ropa puesta era difícil saberlo. Estaba tumbado boca abajo y le faltaba la parte delantera del cráneo. Dos disparos. El primero lo había derribado, y el segundo, que le habían descerrajado en la nuca, había rebotado en el ataúd. No habían encontrado ningún arma de fuego. Swanson observó unos minutos más y luego se agachó junto a Larssen.

—¿Qué opina? —preguntó, procurando mantener un tono neutral y respetuoso—. ¿Dos disparos en plan ejecución?

—Yo diría que sí —respondió Larssen—. ¿Ve eso? —añadió, señalando la muesca en el féretro.

—Parece que la primera bala entró justo por encima de la base del cráneo —dijo Corrie— y provocó una fragmentación extrema del hueso occipital. La segunda debió de entrar un poco más arriba, cuando ya

estaba tumbado. Probablemente es la que le arrancó la cara.

Larssen soltó un gruñido.

—No era necesario. Esa primera bala sin duda cumplió su cometido.

El hombre tenía razón, pero a Swanson le habían enseñado que los asesinos profesionales no improvisaban. La segunda bala era una póliza de seguros bastante económica.

—Basándome en la dispersión limitada y en las dimensiones de esa muesca, yo diría que era de punta sólida, tal vez de nueve milímetros. Espero que su equipo pueda recuperar los casquillos.

Larssen asintió.

—No lleva ninguna identificación —dijo el segundo técnico de la científica, que había estado rebuscando en los bolsillos del cadáver.

—Tómenle las huellas, por favor —pidió Swanson.

A lo mejor encontraban coincidencias en la base de datos del Sistema de Identificación Automatizado.

Cuando levantaron la mano izquierda del cadáver para tomarle las huellas, la manga se le deslizó hacia atrás, descubriendo un tatuaje que parecía una pared de ladrillo rojo a medio construir.

—¿Sabe qué podría ser? —preguntó Swanson, señalándola.

—No —repuso Larssen.

Swanson miró al otro agente.

—¿La cárcel, una banda de moteros? ¿El ejército?

El segundo técnico negó con la cabeza.

—No me suena. Pero tiene las manos bastante irritadas. Es casi seguro que cavó él mismo este agujero.

—Veamos qué dicen las huellas de la pala. —Swanson examinó el cuerpo un par de minutos más y después se incorporó. La mayoría de los análisis forenses se llevarían a cabo en el laboratorio—. Abriremos el ataúd en cuanto lo hayan metido en la bolsa.

Diez minutos después, el cuerpo sin identificar había sido introducido cuidadosamente en una bolsa para cadáveres y colocado en una camilla para trasladarlo a la oficina del forense. Las pruebas encontradas a su alrededor también fueron etiquetadas y retiradas. Swanson se quedó dentro del agujero, mirando el féretro con los pies apoyados en un

borde. La caja tenía una doble tapa y se hallaba en buen estado. La mitad superior parecía un poco escarificada por la acción reciente de unas herramientas metálicas. No hacía mucho que alguien había abierto o estuvo a punto de abrir el ataúd.

Swanson llamó a Grant, que se acercó presurosa y miró hacia la tumba abierta.

—Antes mencionó que era posible que unos ladrones hubieran venido a por Regis. ¿El cuerpo del ataúd es el de Regis?

Grant asintió.

—Florence P. Regis.

—¿Una mujer enterrada en un cementerio de la guerra civil?

Grant sonrió por primera vez desde que Swanson la conocía.

—Aquí es lo más parecido que tenemos a una celebridad. Florence era una confederada de lo más fanática. Su padre, Edward Parkin, era un gran propietario de esclavos de Georgia. La enseñó a disparar cuando era pequeña. Y el marido de Florence, el coronel Regis, lideró un batallón confederado hasta que lo abatió un francotirador yanqui justo después de la primera batalla de Manassas. Tras su muerte, Florence se mudó a El Paso. Estaba decidida a vengar la muerte de su marido. Cuando se enteró de que el general Sibley iba a enviar a media docena de compañías por Río Grande para emprender un ataque en Fort Union, se puso un uniforme confederado y se unió a sus filas haciéndose pasar por un hombre. La verdad no trascendió hasta después de su muerte en combate. Entonces, el general ordenó que la enterraran con plenos honores militares.

No cabía duda de que la guardabosques vomitaba cada día aquella historia a los turistas. Swanson miró el ataúd con renovado interés. A pesar de la horripilante escena, tenía la sensación de que la investigación iba por buen camino y no había cometido grandes errores. De vez en cuando notaba un mayor nerviosismo, pero lograba controlarlo. Si iba a padecer una crisis nerviosa, sería mejor que la contuviera hasta volver a su apartamento por la noche, donde tenía a mano una botella de Cuervo Gold.

Asintió en dirección a Larssen, quien, después de poner a buen

recaudo el cadáver, había bajado de nuevo al agujero.

—Señor Larssen, es hora de abrir el ataúd.

—Muy bien.

Larssen se agachó y, soltando un gruñido, levantó la mitad superior de la tapa.

Swanson miró sorprendida. Salvo por algunos trozos y astillas de hueso seco y jirones de ropa, la parte de arriba estaba vacía y el revestimiento de terciopelo putrefacto era prácticamente polvo.

—¡Madre mía! —exclamó Larssen.

Aquello era muy extraño. Parecía que la víctima había sido ejecutada después de que robaran el cuerpo.

Swanson trató de dar cierto orden racional a la secuencia de acontecimientos. ¿En qué circunstancias desenterraría alguien un cuerpo, lo sacaría y luego recibiría un disparo y quedaría encima del ataúd? Al parecer, el hombre del tatuaje de ladrillos era un ayudante a sueldo. Un ayudante a sueldo prescindible. El asesinato cada vez parecía más profesional.

—Echemos un vistazo a la parte de abajo —ordenó Swanson.

Ambos salieron del agujero y Larssen pidió a sus hombres que levantaran la tapa inferior utilizando un gancho. Con un poco de esfuerzo, tiraron del gancho hasta dejar a la vista la otra mitad del cuerpo. Estaba muy descompuesta y se veían claramente los huesos secos y los restos de carne desgarrada a través de los agujeros en el viejo vestido con el que habían enterrado a Florence Regis. El cuerpo había sido cortado toscamente por la mitad.

Quinn, el joven guardabosques, se persignó.

—Esa no es manera de tratar a una dama —musitó una voz conocida situada junto a Swanson.

Al darse la vuelta vio a Morwood con las manos a la espalda, mirando el agujero y negando con la cabeza. Swanson estaba tan ensimismada que no lo había oído acercarse.

—Buenos días, señor —saludó al momento.

Detrás de Morwood vio a varios hombres uniformados, personal de apoyo del FBI que completaría el trabajo de la científica.

—¿Ya ha resuelto el caso? —preguntó Morwood.

—Señor, yo…

—No importa. Por lo visto lo tiene todo controlado. Si le parece, infórmeme en la oficina.

Morwood asintió en dirección a Larssen, que lo saludó con la mano.

En ese momento se acercó el sheriff Turpenseed, que no parecía contento. Tras la búsqueda de pruebas, llevaba las botas de cowboy llenas de polvo.

—Agente especial Morwood —dijo, quitándose de nuevo el sombrero y secándose la coronilla—, me alegro de ver a un… policía de más rango ocupándose del caso.

Swanson se mordió el labio.

—A mí me parece que la agente Swanson ha estado haciendo un trabajo bastante encomiable, sheriff —repuso Morwood con serenidad.

—Ah, sin duda —sonrió Turpenseed—. No sabía que ahora el FBI reclutaba a gente en los institutos.

El sheriff soltó una carcajada y guiñó un ojo a Swanson, que no pudo contenerse.

—Y yo no sabía que ahora la deficiencia mental fuera un requisito para ser sheriff en Nuevo México.

Morwood le lanzó una mirada de advertencia. Luego asintió en dirección al sheriff y volvió hacia la zona de aparcamiento con Swanson a la zaga.

—Hoy toca reprimenda, agente Swanson —dijo cuando llegaron a sus vehículos.

10

1 de mayo

—Yo que tú me llevaría esto —dijo Skip, agitando con la mano los prismáticos que había sobre la mesa de Nora—. Se supone que en unos diez días aparecerá un cometa. Desde Sierra Nevada tendrás unas vistas fantásticas.

—Buena idea.

Nora cogió los prismáticos que le ofrecía su hermano y los dejó en el suelo del comedor junto al resto del material. Mitty, su golden retriever, iba de un lado a otro, inquieto. El perro sabía que ocurría algo —los humanos no solían levantarse a las cinco de la mañana— y había estado siguiéndola por toda la casa, siempre entre sus piernas y gimiendo con ansiedad.

Nora dejó por un momento los preparativos para rascarlo e intentar que se calmara.

—Skip cuidará de ti —dijo, alisándole el pelo—. No te preocupes.

—Eso es.

Skip iba descalzo, sosteniendo un sujetapapeles con una lista de todo el material y marcando cada artículo cuando su hermana lo guardaba en la bolsa de viaje.

—Falta una braga para el cuello —farfulló con el ceño fruncido mientras repasaba la lista—. Aunque sea mayo, por la noche hará frío allí arriba.

—Tengo un gorro y una bufanda. Con eso bastará.

—Nada calienta tanto como una braga, pero si estás segura, adelante. ¿Y ropa interior larga?

—Ahí está.

Skip había sido una fuente de consejos gratuitos durante el proceso de preparación del equipaje. Si de él dependiera, Nora se llevaría cinco baúles que contendrían desde paraguas hasta una máquina de espresso. En los últimos años, desde que perdió a su marido en Nueva York en trágicas circunstancias, su hermano se había mostrado especialmente atento con ella. Nora regresó a Santa Fe, donde se había criado, y el instituto volvió a contratarla. Skip trabajaba allí como director de colecciones. El instituto le había encomendado que ejerciera de enlace con la expedición, lo cual significaba que él sería el responsable de controlar el teléfono vía satélite, el único vínculo fiable entre los participantes y el mundo exterior mientras se encontraran en las montañas.

—Ropa interior larga, listo. —Skip la marcó en la lista—. Calcetines de lana, listo. Guantes interiores, listo. Preservativos estriados…

—Para ya.

Nora observó el material desperdigado por el suelo. Parecía excesivo. A fin de cuentas, no iban al Himalaya, ni siquiera a los remotos desfiladeros del sur de Utah. La presunta localización del Campamento perdido se encontraba a unos veinte kilómetros de la Interestatal 80, que seguía el trazado original de la ruta de California. El instituto proporcionaría a la expedición las mejores tiendas de campaña y material para exteriores. Fugit también lo había dispuesto todo para que tuvieran acceso a la última tecnología arqueológica, incluyendo un medidor de resistividad, un magnetómetro y un analizador XRF portátil.

Consciente de que aquello era una buena oportunidad publicitaria, Fugit había invitado a un periodista del *Santa Fe Express* a que entrevistara a Nora en su despacho del instituto. A ella no le gustó especialmente la idea —consideraba mala suerte hablar de una expedición hasta que hubiera concluido con éxito—, pero era bueno para el instituto, así que accedió, ofreciendo respuestas imprecisas y cuidándose de dar detalles que pudieran atraer a curiosos a su zona de trabajo. Y, por supuesto, estaba totalmente prohibido mencionar el oro.

—¿Quieres que me despida de alguien de tu parte? —preguntó Skip

con una mirada maliciosa—. ¿De este tal Morris, por ejemplo?

—¿El cerebrito burócrata de Los Alamos? Hace meses que no hablo con él.

—¿Cerebrito? Es ingeniero nuclear. —Skip estaba jugando con el perro—. ¿Y ese escalador profesional? El que lideró la expedición al K2 el año pasado.

—¿Parker Frampton? Las medidas de la circunferencia de su bíceps eran más altas que su cociente intelectual.

—O sea, que el ingeniero nuclear es demasiado inteligente y el escalador es demasiado tonto.

—Skip, no empieces.

—¿Empezar qué? Era solo un comentario.

—Lo he entendido perfectamente. Y tengo cosas que hacer.

—Eres joven. Bueno, relativamente. Y eres atractiva de cojones. Pero, como hermano tuyo, debo decirte que si sigues buscando, siempre encontrarás un motivo por el que un pobre tío no está a la altura.

En lugar de responder, Nora empezó a recoger el material del suelo.

—Sé que aún estás de luto. Yo también lo estoy. Pero han pasado ya seis años. Tienes que seguir adelante. No es una traición, y no significa que lo quieras menos. ¡Él querría que fueses feliz! En la vida no todo es trabajo, esas cuatro paredes y mimar a Mitty. Si Bill estuviera aquí, te diría lo mismo.

Nora notó que se sonrojaba.

—Pero no está. Y métete en tus asuntos. Yo creo que bastante tienes con esa camarera rubia de la Cowgirl Tavern. Eso sí que es un completo desastre.

—¡Siempre estás criticando a Georgetta! En todo caso, solo somos amigos.

—Eso díselo a su novio.

Aquella observación desencadenó una tormenta de protestas y justificaciones. Por suerte, pensó Nora, era fácil redirigir a su hermano.

Un rato después, Nora había revisado todo el material, lo había

guardado en la bolsa y estaba lista para partir. Mitty parecía más ansioso que nunca, gimiendo e intentando acariciarla con su hocico frío siempre que podía.

—Recuerda —le dijo a Skip—, un cuenco de comida por la mañana y otro por la noche, siempre mezclada con huevo crudo y una hamburguesa también cruda dos veces por semana. Y dale un hueso de ternera de vez en cuando, uno de verdad, no de esos falsos para mordisquear…

—Come mejor que yo.

—Como debe ser. Pero no le des cerveza.

Skip levantó las manos con fingida consternación.

—¿Cómo puedes pensar…?

Nora consultó su reloj.

—Será mejor que nos vayamos. Hemos quedado en el instituto dentro de media hora.

Skip la ayudó a meter la bolsa de viaje y la mochila en el coche y se montó en el asiento del acompañante.

—Espera. Voy a despedirme otra vez de Mitty.

—Quieres más a ese perro que a mí.

Nora entró de nuevo en casa y abrazó al perro, le pidió que se portara bien y le aseguró que volvería. Al salir, lo vio con las patas delanteras apoyadas en el marco de la ventana, observando su partida con ojos tristes y la cola entre las piernas.

—Conmigo estará bien —le aseguró Skip cuando Nora volvió al coche—, y tu casa también. Te lo prometo. Sacaré a pasear a Mitty cada día. —Se dio una palmada en la barriga—. Y de paso perderé dos kilos.

—En ese caso, será mejor que dejes la cerveza. Y, ya puestos, a Georgetta.

—Joder, menuda negrera. ¿Cuánto dices que durará la expedición? ¿Cuatro semanas? ¿Seguro que no pueden ser ocho?

Estaba amaneciendo cuando descendieron por las angostas calles de Santa Fe rumbo a las afueras, donde el instituto tenía su campus de ocho hectáreas, una bonita extensión de edificios de adobe rodeados de

jardines y pinos piñoneros. Skip franqueó la puerta. En el aparcamiento principal estaba la furgoneta de expediciones arqueológicas cargada con todo el material. Skip estacionó cerca y sacó la bolsa de Nora para que la cogieran dos ayudantes y la metieran en la parte trasera de la furgoneta. Jason Salazar ya estaba allí, engalanado con unos pantalones chinos y una bolsa de lona al más puro estilo Indiana Jones y con un sombrero australiano con un lado del ala levantado. Cerca de él se encontraba Clive Benton, que llevaba vaqueros y otra camisa fea, en esta ocasión con un estampado fosforito sobre un fondo verde. Su pelo negro se escapaba por debajo de una gorra de los Orioles. Estaba hablando por teléfono y parecía a la vez nervioso y entusiasmado. Se había pasado los últimos diez días deambulando por el instituto y volviendo loca a Nora con sus ansias por empezar.

A un lado y visiblemente incómodo estaba el delgaducho Bruce Adelsky, un estudiante de posgrado de la Universidad de Nuevo México que trabajaba con Nora. Le dio una calada al vapeador que llevaba en la mano. A Nora le preocupaba un poco su capacidad para sobrevivir en la naturaleza, pero era uno de los estudiantes más prometedores que había tenido nunca, y él necesitaba con urgencia la experiencia práctica para su titulación.

—No puedes llevarte eso a una expedición —dijo Clive cuando colgó, señalando el vapeador de Adelsky—. Aquí necesitamos hombres con una valentía de hierro, no pusilánimes.

—¿En serio? —dijo Adelsky, que dio otra calada rápida y se guardó el vapeador en el bolsillo.

—Y tan en serio. Cuando lleguemos te daré uno de mis puros.

—Uf —repuso Adelsky—. Están tan anticuados como esa camisa que llevas.

—De acuerdo —terció Nora mirando a su alrededor—. Todos a la furgoneta. Nos vamos.

En aquel momento salió del viejo edificio la mismísima Jill Fugit, tan enérgica y repeinada como siempre. No era dada a ceremonias y apretones de manos, pero Nora se dio cuenta de que ni siquiera la directora del instituto podía disimular su orgullo y expectación.

—No sería apropiado que no saliera a despedirlos —se justificó sonriente.

El sol se elevaba hacia los tejados de adobe del edificio principal cuando les dio la mano a todos, murmurando palabras de aliento. Nora se puso al volante, Clive se montó en el asiento del acompañante y Jason y Bruce subieron detrás. Nora había conducido muchas veces la F350, y cuando arrancó el motor la sintió como una vieja amiga. Despidió con la mano a Skip y los demás al dirigirse hacia la puerta y salió de la ciudad, incorporándose a la interestatal rumbo al oeste.

—Como los pioneros de otras épocas —comentó Clive, que señaló su teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo con una sonrisa en los labios.

11

3 de mayo

El trayecto había durado dos días, con una parada para dormir en un cochambroso hotel de carretera situado a las afueras de Las Vegas. Cuando se adentraron en las montañas, el calor y el polvo de Nevada dieron paso a los bosques y las cumbres de la sierra. A medida que la interestatal ganaba altitud, Nora empezó a ver tramos con nieve no solo en las cimas, sino también en las zonas ensombrecidas por los árboles a ambos lados de la carretera.

Llegaron a Truckee, California, hacia mediodía. Cuando salieron de la autopista, Nora se sintió decepcionada al descubrir que la ciudad era un conjunto bastante desarrapado de edificios y casas baratas de listones rodeadas de abetos y píceas. El aparcamiento que había junto al monumento a los pioneros estaba lleno de autobuses turísticos descargando a gente que empuñaba teléfonos móviles y palos selfi entre el humo de los tubos de escape.

—Esperaba que esto fuera un poco más… digno —comentó Nora cuando pasaron frente a la entrada del monumento.

—La tragedia de Donner se ha convertido en un negocio —explicó Clive—. Cada año visitan el lugar unas doscientas mil personas. Tampoco ayuda que la interestatal pase tan cerca. Cuesta creer que sucediera algo tan espantoso en un lugar tan vulgar.

Siguieron atravesando la ciudad hasta que apareció el lago Donner a la izquierda, un manto azul centelleando bajo la luz del sol. Después de tomar un desvío, franquearon la puerta de un rancho, coronada por una calavera de ciervo canadiense, y entraron en un aparcamiento sin asfaltar. Nora pensó que aquello se parecía mucho más a lo que tenía

en mente, un alojamiento antiguo de troncos, con barracas dormitorio, establos, corrales y caballos, todo ello rodeado de enormes abetos.

La furgoneta se detuvo delante del rancho y se bajaron todos. Hacía frío y el aire olía a resina. Al abrirse la puerta del hotel apareció un hombre desgarbado con un bigote tipo imperial que echó a andar por el porche haciendo repiquetear las botas. En una mano llevaba una gigantesca taza de café, y al bajar las escaleras se quitó el sombrero de cowboy.

—Bienvenidos al rancho Red Mountain —anunció—. Soy Ford Burleson, pero todo el mundo me llama Burl. Ustedes deben de ser los arqueólogos.

Nora lo observó con curiosidad. Era extremadamente alto, unos dos metros, y como tanta otra gente de una altura inusual, iba siempre encorvado por tener que mirar hacia abajo para poder ver al resto de la especie humana. Parecía un vaquero de los pies a la cabeza, pero Nora había indagado y sabía que era un abogado de Harvard especializado en divorcios que había abandonado repentinamente una carrera de lo más lucrativa para comprar un rancho de caballos cerca de donde se había criado. Tenía una voz grave y áspera; Nora pensó que debía de resultarle de lo más eficaz en la sala de justicia. Había tres ranchos en la zona, y los había estudiado todos antes de decantarse por Red Mountain.

Hicieron las presentaciones y se estrecharon la mano.

—Habrá sido un viaje largo —dijo Burleson, que volvió a ponerse el sombrero—. Pasen.

Nora entró en la vivienda principal seguida de Benton, Salazar y Adelsky. La sala era impresionante, dominada por una chimenea de piedra, sofás de piel y mesas y sillas de madera rústica. Encima de la chimenea había una cabeza de ciervo canadiense y un lujoso rifle.

—Siéntense, por favor.

Encima de una amplia mesa situada delante del sofá había café, té y cacao.

—Menuda cornamenta —observó Clive, que ladeó la cabeza hacia el ciervo mientras se servía un café.

—Cuatrocientos dos en la escala Boone y Crockett —respondió Burleson con orgullo—. Un récord local.

Después bebió un sorbo de café.

—Dicen que es usted descendiente de la expedición Donner —señaló Clive.

—Mi tatarabuelo era un Breen.

—No me imagino lo que debió de ser venir aquí.

—Es difícil describirlo. Hicieron lo que tenían que hacer. Yo lo veo así —dijo Nora.

—Yo también lo creo. —Burleson se volvió hacia Nora—. Por esta zona, el Campamento perdido siempre ha sido objeto de relatos fantásticos y mitos.

—Ya me figuro —comentó Nora, que se preguntaba cuáles serían esas historias fantásticas.

—No es un mito —aseguró Clive—. El campamento es un hecho histórico documentado. Lo que nunca ha llegado a determinarse es su ubicación.

—Bueno, ese es siempre el problema, ¿no? —Burleson sacó una carpeta marrón de una raída bolsa de piel, la dejó encima de la mesa y la abrió—. Recibí su lista de provisiones y he añadido unas cuantas más. Lo compramos y clasificamos todo y ya está listo para empaquetarlo. Nos iremos mañana, si aún lo desean.

—Así es.

—Me gustaría que dejaran su material en el porche para que podamos echar un vistazo al tamaño y el peso y saber cuántos caballos necesitaremos para cargarlo todo. Partiremos al amanecer. —Miró a un joven que merodeaba por allí hacía rato—. Llama al equipo.

Al cabo de un momento entraron tres personas. Nora tuvo la impresión de que habían estado esperando fuera.

—Jack Peel, nuestro nuevo vaquero; acaba de llegar de Nevada, donde trabajaba en un rancho turístico a las afueras de Reno.

Burleson señaló a un afroamericano fornido de ojos grises. Peel les dio a todos la mano en silencio y con semblante serio. Llevaba un sombrero de cowboy blanco manchado de tierra, sudor y polvo. Al

caminar, las espuelas de sus botas tintineaban ligeramente.

—Maggie Buck, nuestra cocinera.

La personalidad de Maggie parecía el polo opuesto al lacónico Peel. Se acercó con una sonrisa en los labios y a punto estuvo de derribar a Bruce Adelsky con su ímpetu.

—¡Es un placer conocerlos! —exclamó.

A Nora le pareció una especie de Charlie Brown con el pelo rizado y algo más de cuarenta años.

—Maggie hace magia con la olla de hierro. Esperen a probar sus galletas.

—Confío en que a todos les guste la cocina casera. ¿Tienen alguna restricción alimentaria? —Miró a su alrededor con cara de desaprobación, pero nadie respondió—. ¡Bien! Puedo preparar comida vegetariana tolerable, pero el límite lo pongo en los platos sin gluten.

—Y este es Drew Wiggett, ayudante de vaquero —presentó Burleson —. Estudia veterinaria en Berkeley y quiere pasar tiempo con los caballos en la montaña.

Wiggett aún parecía más joven y desgarbado que Adelsky, si es que eso era posible. Se apartó el pelo de la cara y les tendió la mano a todos, asintiendo y sonriendo.

—Es nuestro turno —dijo Nora—. Clive Benton, historiador y experto en la expedición Donner. Jason Salazar, ayudante de campo en el instituto. Y Bruce Adelsky, estudiante de posgrado en el departamento de Antropología de la UNM. Está trabajando en una disertación sobre arqueología del sudoeste.

El grupo se sumió en un silencio un tanto incómodo.

—Bueno —dijo Burleson—, muy pronto nos conoceremos en las montañas. ¡Puede que demasiado bien! —Riéndose, se volvió hacia Nora—. Tal como usted pidió, todos hemos hecho un juramento de confidencialidad. ¿Verdad, Maggie?

—¿Por qué me miras a mí? —respondió ella—. Cree que hablo demasiado.

Luego miró a Nora y le lanzó un guiño.

—Antes de continuar, me gustaría decir unas palabras sobre los

riesgos. —Burleson se puso serio—. En el lugar al que vamos prácticamente no hay caminos. No se dejen engañar por la proximidad con lo que conocemos como civilización. Diez kilómetros en el campo pueden parecer mil. Miren a los Donner. Las cosas pueden torcerse con mucha rapidez. Incluso en mayo puede formarse una tormenta de nieve en un abrir y cerrar de ojos. Y hablando de nieve, hemos tenido un invierno duro y en las crestas todavía hay cornisas.

—¿Cornisas? —preguntó Adelsky.

—Es nieve que ha acumulado el viento en un lado de una cresta. Esas cornisas crecen y pueden tener treinta metros de grosor. Aunque en mayo las avalanchas son infrecuentes, pueden ocurrir. Lo importante es no atravesar campos de nieve, sobre todo en lo alto de una montaña, porque podríamos soltar una cornisa. Manténganse siempre sobre roca sólida.

Se sirvió otra taza de café.

—En cuanto a los animales, solo hay dos de los que preocuparse: los osos y los pumas. Los osos pueden ser peligrosos, en especial las madres con cachorros. Colgaremos la comida en los árboles. No guarden alimentos en las tiendas de campaña. Si se encuentran con un oso, retrocedan lentamente. Muéstrense lo más inofensivos y lo menos asustados que puedan. Dejen que se retire. Con los pumas hagan todo lo contrario. Actúen con beligerancia, háganse más grandes, desabróchense el abrigo y aletéenlo, extiendan los brazos y hagan mucho ruido.

—¿Y las serpientes? —preguntó Adelsky.

—¿Qué les pasa? —respondió Burleson.

—Tiene fobia a las serpientes y a las arañas —terció Nora, mirando al estudiante de posgrado.

—A pesar de la altura, probablemente veremos unas cuantas serpientes de cascabel. Sacuda las botas antes de ponérselas por la mañana. —Burleson se dio una palmada en las rodillas y se levantó—. Ahora, veamos ese mapa que han traído —le dijo a Nora—. Solo tengo una idea general de nuestro destino.

—Claro.

Adelsky, que llevaba el tubo en la mano, se lo tendió a Nora, que sacó el mapa y lo desplegó sobre una mesa cercana. Era un mapa topográfico del Servicio Geológico de Estados Unidos en el que ella y Clive habían marcado la zona de búsqueda. Burleson puso una taza en cada esquina y luego lo examinó, murmurando entre dientes.

—¿Es aquí donde quieren ir? —preguntó, señalando las marcas.

—El Campamento perdido se encuentra en uno de esos desfiladeros —le explicó Clive.

Burleson frunció el ceño.

—¿Conoce esa zona? —añadió Clive.

—No, y me atrevería a decir que pocos la conocen. Es un terreno agreste y remoto de la hostia. No es como aquí abajo, que está plagado de autocaravanas.

Clive señaló el mapa.

—La ubicación más probable del Campamento perdido es uno de estos desfiladeros: Sugarpine, Poker o Dollar Fork. El mapa de Tamzene solo muestra uno, pero lo dibujó a partir de una descripción que le hizo un hombre moribundo y ella no llegó a ver el campamento. Menciona un par de indicadores, pero el más importante es este: desde el Campamento perdido podía verse la silueta de una anciana en una montaña rocosa situada al norte. Tamzene comentaba que era como el Viejo de la montaña de New Hampshire, pero en este caso se trata de una anciana con la nariz aguileña.

Burleson asintió.

—Debe de ser bastante único. Nunca he visto nada parecido por aquí.

—El plan es instalarnos primero en esta zona —Clive señaló un área con líneas topográficas menos densas— y utilizarlo como campamento base. Llevaremos a cabo la búsqueda desde allí, concentrándonos en los tres riachuelos que desembocan en Hackberry Creek. El Campamento perdido tiene que estar en uno de esos desfiladeros.

—Es una región infernal. ¿Por qué fueron por allí? No hay salida.

—La respuesta sencilla es que se perdieron —respondió Nora.

—Al parecer, eso es lo que sucedió —terció Clive—. La caravana de emigrantes se había dispersado cuando se adentró en las montañas. Un

grupo de once personas quedó rezagado. Cuando empezó a nevar, se les pasó por alto el camino del puerto y se dirigieron hacia el norte por ese laberinto de quebradas. Después subieron por un desfiladero lateral, donde quedaron sitiados por la nieve. Al cabo de unos meses, uno de ellos consiguió llegar al campamento de Donner en Alder Creek, pero murió de hambre poco después. Sin embargo, fue quien facilitó a Tamzene la información sobre el Campamento perdido, incluida su ubicación.

—¿Rescataron a alguien del Campamento perdido?

—A una persona. Un miembro del equipo de salvamento llegó hasta allí y los encontró a todos muertos, excepto un hombre llamado Peter Chears, que solo balbuceaba y murió diciendo incongruencias poco después. Lo que vio aquel rescatador en el campamento fue espantoso. Le hizo una breve descripción a una persona, que la memorizó, pero el rescatador jamás volvió a hablar de ello.

—¿Qué esperan encontrar? —preguntó Burleson.

—Restos humanos y animales, efectos personales, suministros abandonados y material de los carruajes originales. Refugios improvisados. Lo más importante es extraer ADN de los restos humanos para que podamos identificarlos por su nombre. Eso nos ayudará a reconstruir lo que sucedió exactamente en ese campamento.

Nora no dijo nada sobre el alijo de monedas. Se lo había comentado a sus dos ayudantes de manera estrictamente confidencial, pero ella y Clive llegaron a la conclusión de que informar al grupo de Burleson de que cerca del Campamento perdido podía haber una fortuna en oro solo complicaría las cosas.

Maggie Buck dejó la taza de café.

—¿Y qué hay de las leyendas sobre fantasmas en el grupo de Donner? Los que se volvieron locos antes de morir. O puede que… después.

Tras un breve silencio, unas carcajadas incómodas inundaron la sala.

12

Mientras se apagaban las risas en el rancho Red Mountain, la agente Corinne Swanson entraba en el recibidor de un piso de tres habitaciones situado en un bonito barrio de las afueras de Scottsdale, Arizona. Le enseñó la placa al policía apostado en la puerta, un hombre serio con unas gafas de sol con cristales azules muy populares entre los treintañeros por debajo de cierta categoría salarial.

—¿Está el teniente Porter? —preguntó Swanson.

El policía asintió.

—En la cocina.

Desde el recibidor se divisaba la cocina al fondo de un pasillo enmoquetado. Mientras se dirigía hacia allí se fijó en las paredes de madera clara y en los apliques empotrados. El sonido grave de un bajo hacía retumbar ligeramente el aire. La entrada del salón quedaba a la izquierda, e incluso de reojo vio que los muebles eran caros. A su derecha habían tendido una tira de cinta amarilla, casi como una ocurrencia tardía.

El teniente Porter era un hombre alto de aspecto juvenil que llevaba un traje marrón. Estaba apoyado en la encimera de la cocina tomando café y le estrechó la mano.

—Agente Swanson.

—Teniente Porter, muchas gracias por esta oportunidad.

No era simple educación. Swanson estaba agradecida con el teniente por brindarle acceso a una escena en la que los federales no contaban con una jurisdicción clara. También lo estaba con Morwood por permitirle seguir aquella pista a pesar de ser sumamente escéptico y de haberle dado solo un día para indagar.

A pesar de sus esfuerzos, por el momento no había descubierto nada

relevante sobre el asesinato del campo de batalla de Glorieta. La identidad del sepulturero muerto era Frank Serban, un ladrón, traficante y estafador de poca monta cuyo pelo pelirrojo le había valido el apodo de Bricktop, que a su vez explicaba el tatuaje. Y el cuerpo que contenía el ataúd de hierro, o al menos la mitad inferior, correspondía a Florence P. Regis, una víctima inverosímil de la batalla de Glorieta Pass. Gracias a la lluvia de aquella noche habían podido determinar que dos vehículos salieron del cementerio más o menos a la hora de la muerte de Serban. El de este último fue encontrado a pocos kilómetros de allí, pero no había rastro del otro. Larsson había recuperado dos casquillos de nueve milímetros después de una búsqueda meticulosa. Las estrías indicaban que se habían disparado con una pistola con silenciador, probablemente un modelo exótico e integrado tipo Maxim. Además, habían recabado mucho material forense secundario, pero Swanson temía que no aportaría nada.

Igual de preocupante que la falta de pruebas en la escena del crimen era el motivo. Al margen de que había participado en una batalla histórica, Florence Regis no tenía nada de especial. ¿Era posible que algún coleccionista chiflado quisiera sus restos como trofeo? Pero, entonces, ¿por qué matar a Serban, cuyo papel se reducía al trabajo manual? Habría sido mucho más fácil coger el cuerpo de Regis, volver a llenar la tumba y dejarla como estaba. Nadie se habría percatado. No, Serban debía morir para que no quedaran testigos, y eso implicaba que había mucho en juego.

«Estoy ansioso por oír las conclusiones de su incipiente experiencia forense», le había dicho Morwood. De momento, las conclusiones eran más bien pocas.

Hasta hoy, quizá.

Lo único interesante que había averiguado Swanson en sus numerosas búsquedas digitales guardaba relación con el apellido de soltera de Florence Regis: Parkin. Casi siete meses antes, una tumba del Cimetière du Montparnasse, en París, había sido profanada y habían robado un cuerpo, o al menos parte de él. Los restos faltantes pertenecían a un tal Thomas Parkin, un pintor estadounidense

expatriado que había fallecido en 1943 durante la ocupación nazi. Más tarde, en febrero, había desaparecido el cadáver de Alexander Parkin, un maestro de escuela de la pequeña población de Nelson, New Hampshire, que murió de viejo en 1911 y fue enterrado en el cementerio local. Había descansado en paz durante más de un siglo hasta que alguien sacó su cadáver de la tierra y dio al pueblo de Nelson algo de que hablar durante los cien años posteriores.

Tres Parkin, cuyas muertes abarcaban un periodo de ochenta años pero fueron desenterrados con seis meses de diferencia. Y ahora aquello…

Swanson miró el reloj: la una menos cuarto. Aunque había empezado al amanecer, Phoenix estaba a unas seis horas en coche desde Albuquerque. Tendría suerte si llegaba a casa antes de la medianoche.

—Siento haberles pedido que dejaran abierta la escena del crimen —dijo.

Porter negó con la cabeza.

—El equipo ya está acabando. ¿Quiere hablar con ellos?

A pesar de su falta de experiencia, Swanson sabía cómo funcionaba la jerarquía.

—No será necesario, gracias. ¿Por qué no me da los detalles si tiene tiempo y luego echo un vistazo?

—Claro. Teniendo en cuenta la cantidad de sangre, el forense dice que la persona a la que pertenecía tuvo que quedar gravemente incapacitada y posiblemente murió. —Se aclaró la garganta y consultó una tableta—. Rosalie M. Parkin, veintisiete años, soltera, recién licenciada en derecho por la Universidad de Arizona y ahora asociada del bufete Pritchie y Wilkins en McDonald Drive. Sus padres están muertos. ¿Recuerda ese Airbus A380 que se estrelló en el Pacífico hace unos años? Fue un fallo mecánico y no hubo supervivientes.

Swanson conocía el caso.

—Pues viajaban en él. Volvían de unas vacaciones en Singapur. El padre era banquero y dejó dinero suficiente para que la señorita Parkin y su hermano vivieran cómodamente, al menos una temporada.

—¿Hermano? —preguntó Swanson.

Porter asintió.

—Ese gamberro está ahí —dijo, señalando en dirección a la cocina.

Más allá había un pasillo con un baño de invitados y una puerta cerrada. Swanson reparó en que el sonido del bajo retumbante salía de aquella habitación. Delante había otro agente uniformado.

Swanson seguía adaptándose, no solo a ser una agente del FBI en activo con un arma de fuego debajo de la chaqueta, sino al baile entre diferentes agencias de seguridad. Decidió formular preguntas breves, neutrales y concisas y no manifestar opiniones propias. Al fin y al cabo, aquella gente, fuera cual fuese su jurisdicción, llevaba mucho más tiempo que ella en la profesión.

—¿Le importaría ponerme en antecedentes? —preguntó.

Porter asintió de nuevo, contento de tener vía libre.

—La señorita Parkin debía presentarse en los juzgados ayer a las diez de la mañana, pero no apareció. A la hora de comer, en el bufete empezaron a preocuparse y un asistente llamó a su teléfono móvil. No hubo respuesta, así que, hacia las seis, uno de los socios fue a su casa. Al ver que no abría, entró.

—¿Cómo?

—Tenía llave.

—¿Y quién era?

—Ken Damon.

Así que tenía llave…

—¿Había algo entre él y la señorita Parkin?

—Ken Damon tiene cuarenta y un años, está casado y tiene dos hijos.

La expresión de Porter confirmó a Swanson que, efectivamente, había algo entre ellos.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Al no encontrar rastro de la señorita Parkin, Damon nos llamó.

—Gracias. Ahora me gustaría ver la escena, si no le importa.

—Por supuesto.

Porter salió de la cocina, dobló a la izquierda y se detuvo frente a la puerta con cinta perimetral que Swanson había visto antes. Al otro lado había un espacioso dormitorio con muebles caros, la clase de

habitación que podría gustarle a una joven con dinero y una carrera prometedora. Todo estaba en su lugar e impoluto. Al fondo había un vestidor y un baño privado que parecía igual de limpio y ordenado, salvo por una toalla que parecía destinada a la cesta de la ropa sucia.

Porter levantó la cinta para que Swanson pudiera entrar. En el dormitorio solo había un agente de la científica, que obviamente estaba concluyendo su labor. Había varias chinchetas y banderitas y un par de dibujos hechos con tiza. Pero lo que le llamó inmediatamente la atención fue el enorme charco de sangre en medio de la estancia. Lo había absorbido la gruesa moqueta pero, por el color oscuro y el brillo, intuyó que se había derramado al menos un litro de sangre, o puede que incluso dos.

Cerca de la mancha había una alfombra turca negra y roja con un extremo levantado.

—¿Esta sangre es la única prueba física hasta el momento? —preguntó Swanson.

Porter asintió.

—No hay salpicaduras en ningún sitio, ni signos de pelea. Tampoco hay rastros de sangre que indiquen que alguien deslizó o cargó un cuerpo. Que sepamos, no rompieron ni se llevaron nada. Por supuesto, solo tenemos a una persona que conoce el lugar, así que es un poco difícil saberlo.

—¿Se refiere al hermano?

—No, al señor Damon. El hermano se niega a hablar con nosotros.

Swanson observó de nuevo la habitación con una mirada más crítica. Era como había dicho el teniente. No parecían haber tocado nada. Si no hubieran levantado la alfombra, nadie habría reparado en la mancha. La manera en que Porter hablaba del hermano y el policía apostado delante de su habitación denotaban que podía ser su principal sospechoso. Swanson señaló la alfombra.

—¿Quién la ha levantado? ¿El señor Damon?

—No, pero sabía que normalmente estaba en el salón. Por eso nos llamó.

«Inteligente», pensó Swanson. No solo estaba tirándose a su joven

asociada, sino que conocía lo bastante el piso como para darse cuenta de que una alfombra no estaba en su sitio y evitó tocarla.

—¿Tienen idea de cuándo ocurrió?

—Basándose en los análisis de sangre, dicen que hace unas treinta y seis horas. El grupo sanguíneo coincide. Lo confirmaremos con el ADN.

Treinta y seis horas. Debía de ser la una o las dos de la madrugada del 2 de mayo.

—¿Hay huellas?

—Hay huellas de la difunta por todas partes, evidentemente. Y de Damon en la cocina, el lavabo, el comedor y el dormitorio.

—¿Y del hermano?

Hubo una pausa.

—Todavía no se las hemos tomado, pero no parece haber huellas de terceros en la habitación, ni tampoco hay indicios de que las hayan limpiado.

—Entiendo. ¿Alguna idea de quién fue la última persona que tuvo contacto con ella?

—Según sus registros telefónicos, llamó a varios amigos el 1 de mayo por la noche. Al señor Damon lo llamó el 2 de mayo hacia las doce y media de la noche.

—¿Doce y media?

—Lo ha confirmado él mismo. Dice que la llamada estaba relacionada con su intervención en el juzgado ayer a las diez de la mañana.

—Y supongo que Damon tiene coartada para el resto de la noche.

Hubo una breve pausa.

—Estaba en la cama con su mujer. Ella misma lo ha confirmado.

A Swanson le vinieron a la mente una docena de comentarios sarcásticos, pero se contuvo.

—¿Algo más de interés? ¿Algún caso controvertido en el que estuviera implicada? ¿Problemas de drogas? ¿Historias pasadas? ¿Enemigos?

—Nada que sepamos. Y no hay cuerpo, lo cual multiplica los obstáculos policiales y legales. No hay indicios de entrada o salida

forzosa en el piso o el edificio. A diferencia del capullo de su hermano, ella no era sospechosa de nada, así que dudamos que haya huido. En principio, no falta ninguna prenda de ropa y no hay señales de que preparara maletas. Hasta donde sabemos, no han robado nada. El coche está aparcado en su plaza. No hay testigos. Sus tarjetas de crédito no presentan actividad. En cuanto a la existencia de enemigos, quizá debería preguntarle a él.

Porter ladeó la cabeza en dirección al dormitorio del hermano.

—¿Por qué?

—Porque los vecinos se han quejado más de una vez. Discutían con frecuencia. El hermano también mostraba signos de agresividad. Una mañana salió corriendo detrás de ella cuando se marchaba del edificio y golpeó el maletero de su coche con un martillo. La hermana se negó a presentar cargos.

Mientras Porter hablaba, Swanson estaba echando otro vistazo a la habitación, pero se dio cuenta de que no había nada que ver allí, al menos sin una investigación microscópica. Intentó desterrar influencias externas de su mente, como su opinión acerca del gusto de la señorita Parkin para los muebles o su curiosidad por las lujosas figuras de porcelana que contenía una vitrina situada al otro lado del dormitorio. «Deja que te hable la habitación», le había dicho uno de sus instructores.

Otras tres personas con el mismo apellido habían sido desenterradas y sus cuerpos robados en los últimos seis meses. Ahora, una cuarta, esta vez una Parkin viva, había desaparecido. No había indicios de entrada forzosa o de lucha. No se habían llevado nada, excepto a la propia mujer. Nada extraño, aparte de la enorme cantidad de sangre tapada sin demasiado cuidado con una alfombra turca.

Swanson recordó el cementerio de Glorieta Pass y el agujero en el que murió Frank Serban. Aquel era un trabajo profesional y este también parecía serlo. No había nada fuera de lugar, no habían visto a nadie y no habían oído nada. Visualizó mentalmente a dos figuras de negro entrando en el dormitorio. Una agarraba a Rosalie Parkin y, tapándole la boca con la mano, la sacaba de la cama y la arrastraba

hasta el centro de la habitación. La otra apuntaba con cuidado, la acuchillaba y cortaba una vena principal, la subclavia o tal vez la vena cava. Eso provocaría un sangrado abundante, pero a baja presión, aproximadamente 20 mmHg, así que, más que salir a chorro, fluiría y no salpicaría a los asesinos. Cuando Parkin perdió capacidad para resistirse, le ataron las manos y la amordazaron, y quizá la metieron en una bolsa hermética que contendría más sangre. Luego taparon la mancha con la alfombra para ganar un poco de tiempo.

Swanson miró por la ventana más próxima, que daba a un callejón trasero. Si aparcaron allí, pudieron entrar y salir sin que los viera nadie, ni siquiera el hermano.

El hermano.

Descartó ese escenario y se volvió hacia el teniente.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Ernest —respondió Porter, que le ofreció la tableta—. Puede hablar con él. Ya le hemos leído sus derechos. Espero que consiga más que nosotros.

Swanson recorrió el piso en dirección al ruido. El policía situado frente a la puerta de la habitación se hizo a un lado y asintió cuando se acercó Swanson, que se sorprendió al ver que el pomo de la puerta giraba. Entonces se dio cuenta de que el mecanismo estaba roto, tal vez por obra de los agentes. Cuando abrió, sintió la fuerza del muro de heavy metal.

Swanson entró rápidamente y cerró la puerta. Sus ojos tardaron un poco en adaptarse a la oscuridad. Entonces empezó a distinguir algunos detalles: plástico negro en las ventanas para que no entrara luz, una mesa desvencijada con una navaja clavada encima y una guitarra Ibanez Flying-V apoyada sobre un montón de pedales junto a un amplificador Fender. En la pared había carteles de grupos trash como Slayer y Metallica, y películas de culto como *Audition* y *The Relic*. Olía a marihuana y a calcetines sucios.

A la derecha de la puerta había una cama doble con la colcha hecha una bola. En la cama estaba sentado un hombre, o más bien un chico, vestido con unos vaqueros negros rotos, zapatillas de caña alta del

mismo color y una chaqueta tejana con tachuelas metálicas. El pelo, largo y en punta le tapaba la cara. Tenía las rodillas dobladas y pegadas al pecho y llevaba los brazos tatuados. El chico se giró un instante y volvió a mirar hacia la nada.

El volumen de la música era demasiado alto para que Swanson la procesara, pero ahora la reconocía: *The Wanton Song* de Led Zeppelin. A juzgar por el *riff* de bajo que hacía temblar el piso desde su llegada, el chico no había parado de escucharla. Encima de una mesa llena de arañazos había un equipo de música bastante decente, con amplificador, altavoces y, para su sorpresa, un tocadiscos con un montón de vinilos al lado.

Swanson miró al chico.

—¡Eh! —gritó—. ¿Te importaría bajarla un momento?

A modo de respuesta, Parkin cogió unos auriculares y se los puso.

Swanson se sentó junto a la mesa y empezó a girar la silla muy despacio, mirando a su alrededor. Sabía que para Parkin no sería más que otra esclava del gobierno, con su pantalón de vestir y su americana azul, haciendo suposiciones negativas sobre él. Lo que no sabía era que Swanson podría haber sido él seis años antes, incluidos los vaqueros rotos y las autolesiones en la parte interior del brazo. No podía saber que su disfraz también había sido el de ella, que la americana que llevaba era una de las dos que podía permitirse, una azul y otra negra, y que las alternaría cuidadosamente hasta las siguientes rebajas. Y no podía saber que, a consecuencia de todo eso, quizá entendía lo que estaba sintiendo y cómo estaba reaccionando ahora mismo.

Parkin no formaba parte de una banda callejera. Los tatuajes no encajaban, eran demasiado profesionales. El tocadiscos, en lugar de algún dispositivo bluetooth, indicaba que tenía suficiente interés como para buscar y organizar una colección de música. A pesar del olor a marihuana, no parecía un gran consumidor y, según los antecedentes que le había facilitado Porter, los delitos de los que era sospechoso aquel «capullo» eran dos acusaciones por robo en grandes superficies, y en ambos casos habían retirado los cargos. Había sido bastante buen estudiante hasta hacía tres años, cuando el avión en el que viajaban sus

padres desapareció en el océano.

Swanson extendió el brazo hacia el viejo amplificador Marantz y bajó lentamente el volumen hasta que la música quedó reducida a ruido de fondo.

El chico se colgó los auriculares alrededor del cuello y la fulminó con la mirada.

—Eh, ¿qué coño haces? Vuelve a subir el volumen. Ya les he dicho a los otros que no sé nada, así que déjame en paz.

En lugar de responder, Swanson quitó el disco y lo guardó en una funda blanca desgastada.

—Me gusta tu equipo —dijo mientras metía la funda en la carpeta—. Y tienes unos gustos musicales interesantes, de la vieja escuela. ¿Sabes qué? He intentado que me gustara el hip-hop, lo he intentado de verdad, pero he tirado la toalla. Para mí son una panda de tíos vacilando y metiéndose con las tías por encima de un ritmo producido por un cacharro de todo a cien. Y cuando se dignan a cantar un poco, por ejemplo en el estribillo, todas las voces suenan asépticas e iguales, con autotune por todas partes. —Se encogió de hombros y señaló la puerta ladeando la cabeza—. Por supuesto, esos personajes de ahí ni siquiera saben que Merle Haggard está muerto. No se lo digas. Les amargarías el día.

Parkin no la interrumpió durante el monólogo, pero tampoco volvió a gritarle. Tan solo la observaba con curiosidad. Swanson se tomó un instante para dejar el disco en lo alto de la pila.

—A mí me iba más el dark ambient, pero siempre me gustaron los Zep —siguió—. Incluso cogían material antiguo y lo respetaban. Lo convertían en algo relevante. Lo hacían suyo. Así es como perdura la mejor música. Por cierto, me llamo Corinne. Corrie para mis amigos.

Hizo una pausa y, como debía seguir la normativa al dedillo, añadió «FBI», tocándose la identificación que llevaba colgada del cuello.

Aquello no pareció inquietar al chico.

—Sé que tú te llamas Ernest. ¿Te importa si…?

El chico la observó mientras Swanson hurgaba en sus discos. Ya tenía lo que había ido a buscar a Scottsdale —no era gran cosa, pero sí todo

lo que podía esperar— y ahora estaba confirmando sus instintos.

—En noveno curso —dijo— tocaba una Les Paul. Bueno, una copia hecha polvo, sin pastillas ni nada, pero me daba igual. La llevaba muy abajo, casi a la altura de las rodillas, como Page.

Los dedos de Swanson se detuvieron en un disco con una portada en la que aparecían unas figuras desnudas subiendo por una pendiente, supuestamente hacia un altar de sacrificios.

—¡Aquí está! —exclamó—. «Houses of the Holy». Hay una canción aquí, *The Ocean*, que cambió por completo mi perspectiva musical. Ese *riff* de guitarra al principio… Es como si saliera de la nada. Rompe todas las reglas del ritmo y parece empezar otra vez antes de que acabe el segundo compás. Voy a ponerlo.

Swanson se quitó la chaqueta y la tiró encima de la mugrienta silla, fingiendo no saber que se veía la funda de la pistola. Luego sacó el disco, puso la cara B, movió la aguja hasta la última canción y volvió a subir el volumen al nivel que estaba antes.

Ambos escucharon los cuatro minutos y medio de canción y después una segunda vez, y una tercera. Entonces, Swanson levantó la aguja y devolvió el brazo a su soporte. Hubo un momento de silencio, solo interrumpido por el tenue zumbido de los altavoces.

—¿Qué quieres? —preguntó Parkin al fin.

Swanson no respondió de inmediato. Estaba improvisando desde que puso un pie en la habitación del chico. No había nada como aquello en el manual, y Morwood probablemente se habría quedado de piedra si la viera. Aquel caso no era suyo, pero entendía a ese joven asustado y solitario mejor que cualquiera de los agentes que había fuera.

—Quiero que sepas que no estoy aquí por ti —dijo Swanson—. Tu hermana solo lleva desaparecida…

—¡No me vengas con chorradas! ¡Sabes que está muerta! —gritó Parkin, que de repente se incorporó, con la cara colorada y los tendones marcados en el cuello—. ¡Muerta! Y esos hijos de puta de ahí dando vueltas sin hacer nada para encontrarla. No me extrañaría que estuvieran cascándosela. Obviamente, creen que fui yo. Esperan que haya sido yo. Eso les haría la vida más fácil, ¿verdad? Cabrones.

—¿Por eso no quieres hablar con ellos? —preguntó Swanson.

La respuesta de Parkin fue tumbarse de nuevo y mirar a la pared.

Justo lo que habría hecho ella en esa situación. No si hubiera desaparecido su madre —eso habría sido motivo para declarar fiesta estatal en Kansas—, sino su padre. A decir verdad, él se había ido, pero no de repente, no con aparente violencia. Swanson podía imaginárselo: la policía inspeccionando su casa prefabricada y el sheriff Hazen llegando a la conclusión de que había sido ella. Sí, habría reaccionado igual que Parkin. Pero la situación del chico era peor. Era obvio que todo se había desmoronado tras la muerte de sus padres. Su hermana, unos años mayor que él, lo había llevado mucho mejor. Había seguido con su vida, había encontrado trabajo y novio, aunque estuviera casado. Entretanto, Ernest andaba a la deriva.

Y ahora esto.

—¿Por qué dices que está muerta? —preguntó Swanson tan informalmente como pudo.

Parkin contestó sin apartar la mirada de la pared.

—Por toda esa sangre. ¿No la has visto? Su coche está en el garaje. Su bolso y su móvil siguen aquí. Y no se iría sin decírmelo, ni siquiera con ese gilipollas.

—¿Te refieres a Damon? ¿El que entró y descubrió la mancha de sangre?

Es posible que Parkin asintiera. En la oscuridad era difícil saberlo.

—Ernest, solo tengo una pregunta más. ¿Por qué no fuiste tú quien se dio cuenta de su desaparición? ¿Por qué no vino a buscarla nadie hasta las seis de la tarde del día siguiente?

—Llegué tarde a casa —murmuró—, como de costumbre. No hice ruido. Odiaba que la despertara. Tenía la puerta cerrada. No quiere que toque sus cosas, así que me fui a la cama y me dormí. Sale a trabajar mucho antes de que yo me levante. No oí nada. —De repente, Ernest empezó a dar violentos puñetazos a la pared—. ¡Mierda! —gritó—. ¡Mierda, mierda!

Swanson se levantó justo cuando el policía abría la puerta, pero le pidió que saliera.

—Ernest —dijo en voz baja—. Eh, no te hagas daño a ti mismo. No sabes si está muerta. Tienes que mantener la esperanza.

El chico se echó a llorar.

Cuando fue a la cocina, el teniente Porter seguía allí.

—¿Ha podido sonsacarle algo? —preguntó.

—Dice que llegó a altas horas y que durmió hasta tarde. No oyó nada. No es de extrañar que no se diera cuenta de que no estaba o que no viera la sangre. Si preguntan por ahí, seguramente podrán averiguar dónde estaba y conseguirle una coartada.

—Si usted lo dice.

Porter hizo otra anotación en la tableta.

Swanson se volvió hacia él.

—Teniente, le agradezco sinceramente su tiempo y cortesía. Ni se me pasaría por la cabeza decirle cómo tiene que hacer su trabajo, pero si esa mujer aparece muerta, me apuesto el coche a que el chico no tuvo nada que ver.

—¿Sí? ¿Qué coche es?

—Eh… Un Camry LE de 2002.

El teniente negó con la cabeza y se echó a reír.

En el trayecto de vuelta por la I-40 se encontró con un tráiler que había sufrido un accidente y no llegó a casa hasta mucho después de la medianoche.

13

4 de mayo

El amanecer había sido de una perfección cristalina, un comienzo ideal para la expedición. Al menos, eso pensó Nora mientras sostenía las riendas de su caballo. Iban siguiendo un riachuelo de montaña que pasaba entre suaves rocas, con las orillas bordeadas de alisos y sauces. Los pájaros piaban en los matorrales y, más arriba, un águila real emitió un chillido. Burleson tenía razón: estaban a menos de un kilómetro y medio del rancho, pero ya parecían haber entrado en otro mundo. Más adelante, por encima de los árboles, Nora divisó los picos nevados de las montañas.

Burleson lideraba el grupo a lomos de un caballo capón llamado Blackie. Detrás iba Nora con Stormy, un dócil american paint de color marrón y blanco. El tercero era Clive. Nora no pudo evitar fijarse en la facilidad con la que manejaba su caballo, montando con la espalda recta como un predicador. Tendría que preguntarle dónde había adquirido esa experiencia.

Maggie iba detrás con Jason Salazar y Bruce Adelsky. Salazar parecía bastante cómodo con los caballos. Adelsky, en cambio, había puesto el pie equivocado en el estribo y había montado de espaldas, lo cual hizo que Maggie se desternillara. Al final del convoy, Wiggett y Jack Peel dirigían los cinco caballos que portaban los suministros y el material en bolsas de plástico y alforjas. Entre ese material había una caja fuerte para guardar las joyas y otros objetos de valor que pudieran descubrir durante la excavación, pero también el oro legendario. Si es que existía y daban con él.

Nora oyó que Maggie estaba contándoles a Salazar y Adelsky una

hilarante historia sobre una expedición desastrosa en la que había participado el año anterior. Solo alcanzaba a oír algunos fragmentos, pero parecía tratar sobre unos idiotas borrachos que se caían de un caballo, un hombre que se pegaba un tiro en el pie, un rescate en helicóptero y una factura de veinte mil dólares.

Al principio, el sendero estaba muy marcado, pero unos ocho kilómetros más adelante empezó a desdibujarse. En cierto momento, Burleson hizo un alto y él y Clive consultaron un mapa.

—Aquí es donde se desviaron del camino —dijo Clive—. Deberían haber ido a la izquierda pero, por algún motivo, probablemente debido a la confusión causada por la nieve, fueron a la derecha.

El fatídico giro a la derecha empezaba en un amplio desfiladero que discurría entre colinas grises. Durante los primeros metros era fácil avanzar, pero después las paredes del desfiladero empezaron a estrecharse y elevarse hasta que se vieron rodeados de sombras. Hacía cada vez más frío, y en algunos lugares —al pasar por bosques profundos o en zonas oscuras al fondo de montañas rocosas— Nora aún podía ver tramos de nieve. Era increíble lo rápido que habían dejado atrás la civilización y entrado en un paisaje primitivo.

Hicieron un alto para comer cerca de un montón de rocas caídas. El grupo de carga se había quedado rezagado, pero Burleson mantenía contacto con Peel por walkie-talkie. Nora miró su teléfono móvil y, tal como esperaba, vio que no tenía cobertura. Durante un mes dependerían del teléfono vía satélite que Nora llevaba en la alforja y que, con suerte, Skip atendería desde el instituto.

Nora comió un bocadillo de roast beef mientras Burleson seguía hablando con Peel por el walkie-talkie. Luego, Burleson también sacó un bocadillo, respiró hondo y miró a su alrededor.

—Me encantan estas montañas —reconoció—. Cada vez que vengo me siento renovado.

—Entonces ¿renunció a una lucrativa carrera como abogado para venir aquí?

—Abogado especializado en divorcios. No es divertido representar a una joven chupasangres decidida a romper un acuerdo prenupcial y

sacarle la pasta a un cabrón rico. O a la inversa. Rara vez conoces a buena gente en un negocio como ese, ya sea como clientes o como oponentes. La decisión de dejarlo no fue del todo mía. Tuve problemas con el Colegio de Abogados de California y me dieron un empujoncito poco amigable. Cada vez que vengo a estas montañas les doy las gracias en silencio.

—¿Problemas?

Burleson se echó a reír.

—Me cuesta cumplir las normas. Podríamos decir que representaba demasiado bien a mis clientes.

Para Nora, su franqueza fue una agradable sorpresa. Había indagado un poco en la vida de Burleson antes de contratarlo, pero no había aflorado nada de aquello. Pensó que probablemente era una de esas cosas que no se convierten en noticia.

Volvieron a montar después de comer y superaron otra pendiente de rocas grises que descendía hacia un pronunciado barranco y un bosque oscuro de abetos enormes con más nieve en las zonas umbrías. Cuando cayó la noche, los árboles dieron paso a un prado rodeado de colinas.

—Esos Donner estaban muy perdidos —comentó Maggie mirando a su alrededor.

—Aquí estamos. Nuestro primer campamento —anunció Burleson mientras desmontaba.

Nora se detuvo. No era un lugar especialmente acogedor, un campo lleno de barro surcado por el riachuelo, pero se recordó a sí misma que solo estarían allí un par de días. Cuando encontraran el Campamento perdido se aproximarían más a esa ubicación.

Los demás también desmontaron, y Burleson y Drew Wiggett ayudaron a desensillar los caballos y agruparlos en el prado. Cuando volvieron, llegó Peel con el grupo de carga. Dejó los caballos al fondo del prado y él y Wiggett empezaron a alinear las cajas.

—Encenderemos la hoguera aquí —decidió Maggie, señalando un punto elevado al final del prado. Después se dirigió a Nora y a Clive—. Id a buscar madera. Abedul, aliso y roble. ¡Nada de abeto o pícea! Jason y yo montaremos un brasero. ¡Jason, vamos a muscular esos

brazos! Tú también, Bruce.

—Lo siento, pero eso no figura entre mis tareas —dijo Adelsky con una sonrisa mientras se sentaba en un árbol caído, sacaba el vapeador y lo encendía. Luego se echó hacia atrás y soltó una bocanada de humo —. Miraré cómo trabajáis.

—Vago —murmuró Maggie—. Por cierto, a las arañas violinistas de Arizona les encanta poner huevos en árboles muertos como el que tienes debajo.

Adelsky se levantó como un resorte y empezó a sacudirse frenéticamente los pantalones. El vapeador cayó al suelo y las carcajadas de Maggie resonaron por todo el prado.

Nora y Clive se dirigieron hacia la arboleda y empezaron a recoger madera.

—De momento todo va bien —dijo Clive—. Parece que Burleson sabe lo que hace, pero es curioso que dejara una profesión lucrativa para empezar este negocio. Puede que en su historia haya más cosas de las que nos ha contado.

—El grupo que ha reunido es bastante excéntrico —añadió Nora—. Maggie, que habla por los codos. Peel, silencioso como una tumba. Wiggett es difícil de describir, pero se le ve… como hambriento.

—¿A qué se refiere?

—Es ese tipo de personas que nunca están satisfechas, siempre buscando algo mejor.

—La ambición no es mala, y usted también parece una luchadora.

—Espero que no sea demasiado obvio.

—¿Y por qué no ha de serlo? —Hizo una pausa y le dedicó una amplia sonrisa—. ¿No es ese el motivo por el que estamos aquí como socios? Ambición, hambre de conocimiento, el deseo de dejar huella.

Nora sabía que tenía razón, pero le sorprendió que lo dijera sin rodeos.

—Me gustaría preguntarle una cosa. Quiero saber por qué, cuando me contó su historia por primera vez en aquel yacimiento, no mencionó el oro. Debo reconocer que… me molesta un poco.

Clive se echó a reír.

—Sabía que me lo preguntaría. En primer lugar, Jason estaba presente y no quería que lo oyera. Pero, sobre todo, quería ver qué interés tenía en el proyecto antes de contarle lo del oro.

—Así que esperó a esa reunión con Fugit para dejarlo caer.

—Entienda mi postura. Podía mandarlo todo al garete si llegaba a saberse que había veinte millones en oro esperando a que alguien los encontrara. Además… Bueno, quería asegurarme de que, y perdone la expresión, tenía huevos para hacer el trabajo.

Nora frunció el ceño desconcertada.

—¿A qué se refiere? Ya conoce mis credenciales. Me buscó. No es la primera vez que me encuentro con un asunto controvertido. Incluso me he enfrentado antes al canibalismo.

—Lo sé —dijo Clive, que cogió un trozo de madera—, pero esto va más allá del canibalismo.

Nora se irguió.

—¿En qué sentido?

—Como habrá podido observar, he intentado evitar la cháchara sobre algunas de las historias más escabrosas del Campamento perdido, pero lo cierto es que allí ocurrió algo realmente raro y espantoso.

—¿Qué podría ser peor que el canibalismo?

Clive hizo una breve pausa y miró hacia el prado.

—Ya mencioné a la única persona que consiguió escapar y volver al campamento de Donner en Alder Creek, un predicador itinerante llamado Asher Boardman. Dijo que había huido porque la locura se apoderó del Campamento perdido. Más tarde murió de hambre, pero no antes de que Tamzene escribiera su historia. Cuando el único rescatador, un hombre llamado Best, llegó finalmente al campamento, solo encontró a una persona con vida: Peter Chears. Estaba cantando y jugando con un montón de huesos humanos y tenía sangre pegada a las mejillas y el pelo. Best sacó de allí al hombre con lo que quedaba del campamento de Tamzene. Chears sobrevivió al viaje de vuelta a la civilización, pero murió poco después. Estaba completamente loco.

—Dios mío —dijo Nora—. ¿Y cómo conoce esos detalles?

—Por el archivo histórico. Muchas cosas son suposiciones, artículos

de prensa exagerados o panfletos escritos por gente que no participó directamente, pero no podemos ignorar los documentos principales. Además de los detalles incluidos en los documentos de Tamzene, también está el diario, claramente sensacionalista, de otra superviviente, la señora Horne, que explicaba que Boardman había llegado tambaleándose a su campamento. Y luego tenemos el relato de Best, el rescatador. No lo escribió él mismo, pero habló de ello con varias personas en el campamento de Tamzene. Best era un tío duro, pero lo que vio en el Campamento perdido debió de afectarle profundamente. Lo que queda de esas horrendas crónicas secundarias es visto por los historiadores como ejemplos de «pérdida generacional» y lo poco fiable que es la tradición oral. Cuanto más te alejas de la fuente principal, más difícil es estar seguro de que los detalles son cien por cien exactos.

—Cien por cien o no —murmuró Nora mientras asimilaba la información—, es mucho más de lo que me dijo el primer día. No me extraña que Maggie cuente tantas historias fantásticas.

—Algunas son menos fantásticas que otras. Quería cerciorarme de que tenía usted coraje. Cuando las excavaciones descubran detalles de lo sucedido, podría ser… un poco inquietante.

—¿Y?

—Eso me tranquiliza.

Nora negó con la cabeza.

—Me habría gustado conocer antes todo eso. No me gusta que me pillen por sorpresa.

—Lo siento, tiene razón. Le pido disculpas.

—Aceptadas —repuso Nora—. Pero ahora que estamos buscando el campamento, nada de secretos entre nosotros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero recuerde que debe ser mutuo.

—Por supuesto.

Nora no sabía a qué se refería con eso.

Ambos cogieron unas cuantas ramas secas y las amontonaron cerca de la hoguera. La construcción del campamento había entrado en sus últimas fases. Las tiendas de campaña estaban montadas y Maggie se

peleaba con una pequeña alacena de madera, descargando dos ollas de hierro y organizando las sartenes, los platos y los cubiertos en varios compartimentos.

—¡Roble! —exclamó con aprobación—. ¡Buen trabajo! Jason, coge el hacha para cortar esto.

Cogió el hacha ella misma y redujo hábilmente las ramas de roble a longitudes manejables mientras Jason empezaba a cortar más madera un poco más allá.

—Cuidado, te vas a trocear las piernas si lo haces así.

Maggie se situó detrás de él y, rodeándolo con sus brazos rechonchos y manteniendo los codos de Jason en su sitio, le enseñó a blandir un hacha. Luego miró a Adelsky.

—¿Ves lo que te estás perdiendo? —preguntó con una carcajada sardónica.

—Es una lástima —respondió él, agitando el vapeador.

Habían apoyado unas sillas plegables en un árbol para más tarde disponerlas en círculo alrededor de la hoguera. Jason Salazar acercó una y se sentó. Tenía la tez colorada y cubierta de sudor.

—Esa mujer es una esclavista —masculló.

—¡Te he oído! —exclamó Maggie mientras dejaba unos bistecs sobre la parrilla.

—Era la intención.

—Voy a darles un poco de carne a esos huesos tuyos. Llevas demasiado tiempo con la cabeza hundida en los libros.

Los otros dejaron sus tareas y se reunieron en torno al fuego mientras oscurecía.

—¿Vino? —preguntó Burleson, que cogió una botella de la cesta y la descorchó. Después lo sirvió en unas tazas de estaño y ofreció al resto —. Es un buen caldo del valle de Napa. Yo que vosotros aprovecharía la generosidad de nuestro maravilloso estado. Que no falten las comodidades en mi campamento.

La cena era todo cuanto Nora podía pedir y más: los bistecs perfectamente asados, las patatas crujientes, la ensalada a pedir de boca y una tarta de lima de postre. Jack Peel bendijo la mesa antes de

empezar, lo cual parecía extrañamente apropiado en aquel vasto entorno natural. Después de lavar los platos, Maggie cogió una guitarra y cantó *Tumbling Tumbleweeds* y *Lovesick Blues* junto al fuego crepitante, con su tono de contralto sorprendentemente puro elevándose hacia un cielo negro lleno de estrellas. Terminó la pequeña actuación con una atmosférica versión de *Ghost Riders in the Sky*.

—Aquí hay muchos jinetes fantasma en el cielo —dijo mientras dejaba la guitarra en el suelo—. Me crie en Truckee, podría contaros unas cuantas historias.

—Algo comentaste en el rancho —recordó Adelsky con entusiasmo, inclinándose hacia el fuego—. ¿A qué estás esperando? Demuestra tus palabras con hechos.

—Menudo canalla —contestó Maggie amigablemente—. De acuerdo. Tú lo has querido. ¿Habéis oído alguna vez la historia del fantasma de Samantha Carville?

Peel se levantó de un salto y desapareció en la oscuridad en dirección a su tienda de campaña.

—¿Y a ese qué le pasa? —preguntó Maggie volviéndose hacia Burleson, que se encogió de hombros.

—Es un vaquero excelente, pero no le gustan demasiado las conversaciones.

—Adelante —la animó Clive—. ¿Qué es una hoguera sin una historia de fantasmas?

—Bueno —empezó Maggie bajando el tono voz—, en mi ciudad natal, los veteranos siguen contando historias sobre lo que sucedió verdaderamente aquí. Por ejemplo, la de Samantha Carville, que murió de hambre en el Campamento perdido cuando tenía solo seis años.

Clive asintió.

—En el grupo había una familia con ese apellido.

—Enterraron el cuerpo de Samantha en la nieve y allí se quedó, al menos un tiempo. Cuando empezó la hambruna, dos hombres salieron a hurtadillas una noche, desenterraron su cuerpo, le cortaron parte de una pierna y se la comieron.

—Eso no figura en las crónicas históricas —comentó Clive—. Cuesta

creer que empezaran por una niña.

—¡Cállese! Se va a cargar una buena historia —le espetó Maggie. Luego se volvió hacia Adelsky—. Esos dos hombres eran malas personas, pero ni siquiera ellos pudieron acabar de comerse la pierna. Tiraron el hueso y volvieron a enterrar el cuerpo de Samantha. —Hizo una pausa y puso la voz más grave—. Y dicen que incluso hoy, en las noches sin luna aún se la oye deambular por el bosque en busca del hueso de su pierna. El sonido es inconfundible, como una persona a la que le falta una pierna caminando con bastón.

En una repentina y escalofriante imitación, Maggie se llevó las manos a la boca como si estuviera preparándose para cantar a la tirolesa y emitió un peculiar grito que a Nora le puso la piel de gallina.

Tras un momento de silencio en el que todos parecían estar escuchando, Adelsky se echó a reír.

—¡Uau! ¡Eso sí que es una historia de fantasmas! Esta noche nos quedaremos todos despiertos oyendo a la pequeña Samantha buscando su pierna entre los árboles.

Jadeando y resoplando, Adelsky intentó imitar el sonido, pero no lo consiguió. Entonces se rio de nuevo, pero esta vez sin el mismo entusiasmo de antes.

14

5 de mayo

Al mediodía siguiente, Nora sacó de la mochila la comida que le había preparado Maggie mientras descansaba a la sombra de una roca plana junto a Hackberry Creek. Clive estaba sentado junto a ella con su ración. Esa mañana habían avanzado mucho por el riachuelo y ya casi estaban listos para emprender la búsqueda del Campamento perdido.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo Nora.

—Déjeme adivinar: el oro otra vez.

Al retirar el papel de plata, Clive vio que era un bocadillo de beicon, lechuga y tomate.

—Cuando lo encontremos, será muy incómodo explicar que eso era lo que estábamos buscando en todo momento.

—Igual que a mí me resultó incómodo encontrar el momento para explicárselo.

—A lo mejor deberíamos decírselo ahora. Podrían molestarse porque se lo hayamos ocultado.

—No sabemos nada sobre el grupo de Burleson. Mire qué callado es Peel. Prácticamente lo único que le he oído decir ha sido esa oración de anoche. Incluso una persona normal podría cometer una estupidez por veinte millones de dólares.

—Estoy segura de que Peel es buena gente. No hay nada malo en tener fe.

—Estoy de acuerdo, pero si saben de la existencia del oro antes de que lo encontremos, podría organizarse un motín. ¿Y si se entera alguien de fuera del grupo? Toda la zona se llenaría de paletos con detectores de metales.

Nora negó con la cabeza.

—No me gusta guardar secretos.

—Lo sé, pero este debemos mantenerlo. Cuando llegue el momento de dar explicaciones, lo haremos, pero con el oro a buen recaudo en la caja fuerte.

Siguieron comiendo en silencio hasta que Nora preguntó:

—¿Nunca sintió la tentación de buscar el oro y quedárselo?

Clive se echó a reír.

—¿Sinceramente? Sí. Es inevitable pensar en cómo podría cambiarte la vida tanto dinero, pero tuve en cuenta todas las complicaciones. ¿Cómo conviertes esa cantidad de oro en dinero en efectivo? ¿Cómo pagas los impuestos? Si intentas vender las monedas, inundarás el mercado y los anticuarios sabrán que alguien ha encontrado un tesoro. Aunque pudiera venderlo, quedaría la tarea complejísima de blanquear veinte millones de dólares.

Clive negó con la cabeza.

—Ya veo que le dio vueltas al asunto.

—Es algo innato en el hombre —respondió entre risas.

Cuando se terminaron los bocadillos, Clive sacó un GPS Trimble de la mochila y lo puso al lado de una fotocopia del mapa de Tamzene.

—Aquí están las pistas —dijo—. Por lo visto, Tamzene dibujó un riachuelo a la derecha cuando en realidad hay tres. Pero, sin duda, el campamento estaba al lado de uno de los riachuelos más pequeños. También mencionó un par de puntos de referencia. Cerca de la desembocadura del riachuelo había un lugar en el que al parecer se estrecha el desfiladero. Escribió: «El carromato del grupo de Carville rozó la pared de un desfiladero rocoso y perdió un estribo». Más adelante se encontraba el prado en el que acampó el tercer grupo. Cuando Boardman llegó tambaleándose al campamento, Tamzene escribió: «El señor Boardman dijo en su estado febril que el único indicador para aquel espantoso lugar era el perfil rocoso de una anciana que se ve en lo alto de un risco y es tan llamativo como el famoso Viejo de la montaña de New Hampshire».

—Esa es la pista clave —observó Nora—. Vamos a buscar a la

anciana.

Después de comer fueron a Hackberry Creek. Pasaron junto a un par de desfiladeros situados a la izquierda del riachuelo, pero los ignoraron. Su destino se encontraba a la derecha. Por fin, Clive señaló con la cabeza una abertura en las rocas que ocultaban parcialmente los árboles.

—Según mi GPS, esa es la desembocadura del primer riachuelo, Sugarpine.

—¿Vale la pena que echemos un vistazo?

—Podríamos avanzar tres kilómetros y buscar el desfiladero rocoso, y si no lo encontramos, podemos ir hasta Poker Creek, o incluso hasta Dollar Fork si es necesario.

—Parece un buen plan.

Recogieron las sobras de comida y las guardaron en las mochilas. Nora comenzó a andar detrás de Clive y su GPS. Vadearon el arroyo, llegaron a la confluencia de Sugarpine y continuaron río arriba. En lugar de un único desfiladero, a Nora le pareció que estaban rodeados de montañas rocosas entre las cuales pasaría un carruaje. Cruzaron el riachuelo varias veces; Nora acabó con las botas empapadas. No encontraron ningún prado ni el perfil de ninguna anciana, y finalmente llegaron a un cuello de botella que no habría podido superar ningún carromato.

En vista de ello, regresaron a Hackberry Creek y subieron a Poker Creek, su siguiente punto de la lista. Este parecía mucho más prometedor. Ascendía a lo largo de casi dos kilómetros y luego se adentraba en un desfiladero rocoso como el que se describía en el diario, con una colina a un lado y el riachuelo al otro.

—Estoy teniendo buenas sensaciones —dijo Clive apretando el paso.

Nora notó una emoción similar. A continuación cruzaron un meandro y pasaron entre unos árboles muertos, donde el desfiladero se abría a un prado largo y ancho. Estaban rodeados de barrancos pronunciados con rocas sueltas y colinas de basalto gris que se recortaban contra un cielo cada vez más oscuro.

—¡Podría ser aquí! —exclamó Clive, que se volvió despacio con las

manos en alto.

Era un prado húmedo de unas cuatro hectáreas, mayoritariamente plano y rodeado de abetos altos y derrubios de ladera. Ambos lados del valle estaban bordeados de colinas oscuras llenas de agujeros y grietas. En lo alto había masas de nubes negras. Poker Creek se abría paso por el centro, una hondonada profunda y angosta casi oculta por la hierba. Era un lugar desolador.

Clive se acercó.

—Ahora hay que encontrar a la anciana en una de esas colinas.

Nora ladeó la cabeza hacia los montes.

—Parece que se acerca una tormenta.

—Sí. Será mejor que usted vaya hacia la derecha y yo hacia la izquierda.

Deslizándose la mochila por los hombros, Nora empezó a andar poco a poco, escrutando las colinas que se elevaban a la derecha, entornando los ojos y observando cada formación rocosa desde varios ángulos. De vez en cuando veía algo que se asemejaba más o menos a una cara, pero al examinarlo con más atención no le parecía suficiente como para afirmar que era una anciana. Al otro extremo del valle, donde el riachuelo asomaba en una arboleda, Nora se encontró con Benton, que negó con la cabeza.

—Cambiemos de lado y volvamos.

Cuando se reunieron en la base del prado no habían visto nada. Nora frunció el ceño.

—¿Cree que puede haberse caído, como la de New Hampshire?

—Todo es posible. A fin de cuentas, han pasado ciento setenta y cinco años —repuso él con palpable decepción.

El viento había arreciado y aplanaba la hierba.

—Es más probable que no sea aquí —añadió.

—Será mejor que sigamos hasta Dollar Fork.

A Nora le cayeron varias gotas. Más adelante acechaban oscuras cortinas de agua.

—Parece que ya la tenemos encima. —Nora sacó un impermeable de la mochila y se lo puso. Clive hizo lo mismo.

La tormenta trajo rachas de viento frío y un torrente de lluvia que azotó el prado e impedía ver las montañas que los rodeaban.

—Son las tres y media —comentó Nora—. Podemos ir a Dollar Fork mañana.

—¿Seguro que no quiere echar un vistazo ahora?

La pregunta de Clive casi se vio ahogada por el repentino estrépito de un trueno.

—No lo sé. ¿Usted?

—Supongo que no. He visto lo que puede hacer un rayo aquí arriba. Como esa pícea tan grande que había en el camino. Se partió el tronco y cayó al suelo. —Se ciñó el impermeable—. Yo preferiría uno de esos cafés humeantes de Maggie.

Se oyó otro trueno antes de que Nora pudiera contestar, pero acabó asintiendo.

Cuando volvieron al campamento, la lluvia estaba convirtiéndose en aguanieve y la temperatura había descendido a poco más de cinco grados. Nora y Clive se refugiaron en la zona del comedor, protegido con lonas atadas a los árboles. Se quitaron los impermeables y los colgaron en unas ramas.

—Venid a buscar papeo antes de que desaparezca —los animó Maggie, inclinada sobre el estofado que se cocinaba al fuego—. Será mejor que os calentéis el trasero en la hoguera. Parecéis ratas ahogadas.

A un lado había una olla de hierro que olía a pan recién hecho. Salazar, Peel, Wiggett, Adelsky y Burleson estaban sentados alrededor de la lumbre tomando café.

—Sentimos no haberos esperado —se disculpó Salazar.

—Yo no —añadió Adelsky—. Cuando Maggie hace sonar la campana para la cena, vengo corriendo.

Nora y Clive se sirvieron comida y tomaron asiento junto a la hoguera.

—¿Lo han encontrado? —preguntó Burleson.

Clive negó con la cabeza.

—Seguro que mañana sí.

Maggie se unió al grupo.

—Este joven ha estado insistiendo en que cuente otra historia. Estaba a punto de hablarles de la leyenda de los dos buscadores de oro. Fue en 1872, o puede que en 1873. A lo mejor la conocéis: uno de ellos era ciego de un ojo y el otro tenía un gancho en lugar de mano.

Maggie contó una historia escalofriante sobre dos amigos de toda la vida que encontraron una veta de oro en la montaña, se volvieron avariciosos y una noche de tormenta —una noche como aquella—, se tendieron una trampa mutua y murieron los dos. Maggie se deleitó en numerosos detalles gráficos, sobre todo acerca del hombre del gancho. Era divertido ver la reacción de Adelsky. Fue él quien pidió una historia de fantasmas, pero parecía un poco asustado cuando acabó.

Más tarde, Nora se metió en la tienda de campaña, fría y húmeda, pero le costó conciliar el sueño. Sin querer, estaba pensando en Clive: su actitud testaruda pero atractiva y su entusiasmo juvenil. Se dio cuenta de que estaba fijándose más en él de lo que quizá debería, y decidió que su relación sería estrictamente profesional. En un grupo pequeño y aislado como aquel, cualquier tipo de relación podía destruir el equilibrio. Con eso en mente se quedó dormida.

En mitad de la noche la despertó un extraño rumor, como si innumerables ratas gigantes estuvieran bajando por una montaña. Abrió la puerta de la tienda y miró a su alrededor; todo estaba oscuro y el sonido fue apagándose. Nadie pareció darse cuenta.

Siguió cayendo aguanieve durante el resto de la noche.

15

6 de mayo

Cuando Nora se levantó al amanecer, podía ver su vaho dentro de la tienda. Una ligera llovizna seguía repiqueteando en el nailon impermeable.

Salió de la tienda bajo el aire gélido y se vistió. Maggie estaba preparando un desayuno a base de beicon, huevos y pan de maíz. En lugar de su habitual semblante animado, parecía molesta. Burleson estaba sentado en un tronco con una taza de café en la mano y hablando sobre los caballos con Jack Peel. Clive había salido de la tienda enfundado en una flamante camisa con estampado de cachemir, en esta ocasión púrpura, naranja y rosa.

—Sírvete café —la invitó Maggie señalando un cazo situado encima de una piedra junto al fuego—. Tienes pinta de necesitarlo.

—Anoche oí algo raro. Un rumor, como una manada de elefantes diminutos viniendo hacia nosotros.

—Eran rocas cayendo. En primavera es habitual. No hay por qué preocuparse. A menos que caiga una encima de tu tienda, claro.

Nora se sirvió un café y se calentó las manos con la taza mientras Jason Salazar salía de la tienda de campaña con el pelo desgreñado. Se dirigió hacia el grupo intentando peinarse con una mano, pero se rindió y acabó poniéndose el sombrero. Adelsky y Wiggett no aparecían por ninguna parte.

—¿Tú y Clive volveréis a salir hoy? —preguntó Salazar.

—Desde luego.

—Si necesitáis una tercera persona, me gustaría acompañaros.

Nora miró al cielo. Por supuesto, Salazar y Adelsky conocían la

existencia del oro de Wolfinger.

—¿Estás seguro? Va a hacer un día horrendo.

—Será mejor que jugar al solitario en la tienda de campaña.

Maggie cogió unas tiras de beicon chisporroteantes de la sartén y las dejó en un plato cubierto con papel de cocina. Después tiró casi toda la grasa al fuego, que se reavivó, y empezó a hacer huevos revueltos con el ceño todavía fruncido.

—Qué porquería de tiempo —comentó Nora.

—A mí la lluvia me da igual. Lo que no me gusta es la nieve.

—¿Nieve? —preguntó Salazar.

—Seguro que está nevando de la hostia en cotas altas.

Maggie negó con la cabeza.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Nora.

—Es posible.

Maggie revolvió de nuevo los huevos.

—¿Por qué?

—Avalanchas. ¿Recuerdas las rocas que oíste anoche? O, si la nieve se derrite demasiado rápido, los riachuelos se inundan. —Cogió un cencerro y le dio unos golpes con un palo—. ¡A desayunar!

Nora, Clive y Salazar partieron bajo la lluvia después de desayunar. El caudal de Hackberry Creek había crecido mucho y formaba ondas sobre las rocas. De nuevo, tuvieron que cruzarlo varias veces. El agua gélida les llenaba las botas y las piedras estaban resbaladizas.

Subieron Hackberry y pasaron los riachuelos de Sugarpine y Poker, que desembocaban en el arroyo principal. El desfiladero se ensanchó y aparecieron grandes prados a su derecha que se extendían hacia una cresta envuelta en niebla. Volvieron a cruzar aguas rápidas, cogiéndose de la mano para mantener el equilibrio al pisar las rocas, y llegaron hasta Dollar Fork, un arroyo más pequeño que los otros.

—No sé por qué lo llaman Dollar Fork —comentó Nora.

—En aquella época, los objetos de plata eran caros por estos lares —respondió Salazar en medio de un coro de gemidos.

Mientras ascendían, Nora reparó en que el valle tenía anchura suficiente para que pasara un carromato. Unos dos kilómetros más adelante, el desfiladero se estrechaba —tal como describía el diario de Tamzene— y volvía a abrirse en un prado extenso. La aguanieve cesó y las nubes bajas empezaron a disiparse al tiempo que se formaba una neblina sobre la hierba aplanada.

—Parece otro buen candidato —dijo Clive, que hizo un alto y miró a su alrededor—. Es un lugar fantástico para acampar. Hay muchas paredes de roca que podrían parecer una anciana.

Los tres se separaron y atravesaron lentamente el prado, observando todas las formaciones rocosas en busca de la imagen de una anciana.

—¡Bingo! —gritó Clive—. ¡Ahí está!

Nora y Salazar vadearon el arroyo y se unieron al historiador.

—¿Es una cara? —preguntó Salazar—. Puede. Más o menos.

—¡Venga, va! ¡Es la cara de una anciana!

Nora negó con la cabeza.

—Estamos buscando una cara llamativa. De lo contrario no se habrían fijado en ella. Eso se parece más a una mancha de Rorschach.

Clive se volvió hacia ella.

—¿Una mancha de Rorschach? ¡Cualquiera puede ver la nariz aguileña y la barbilla puntiaguda!

—Cualquiera menos yo, supongo.

—O yo —terció Salazar.

—¡Vaya dos! ¿Seguro que estamos viendo lo mismo?

Después de observar un rato más y de discutir infructuosamente, decidieron seguir buscando en las paredes del valle por si aparecía otra cara, pero no había nada más. Volvieron a reunirse en el mismo sitio.

—Estoy convencido de que es esa —insistió Clive—. Lo noto. Si es así, debemos de estar cerca del campamento. De hecho, en principio estaría muy cerca de donde nos encontramos.

—Yo no lo creo —rebatió Salazar—. El terreno es inclinado.

Benton se volvió hacia él.

—¿Y qué?

—Cuando te tumbas, notas la más mínima inclinación.

—¡El suelo estaba cubierto de nieve, por el amor de Dios!

Nora escuchó la conversación y Clive siguió elevando el tono de voz. Una cosa estaba clara: a pesar del carácter normalmente animado del historiador, encontrar el Campamento perdido significaba mucho para él. Y la cuestión era que quizá tenía razón: el campamento podía estar bajo sus pies.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Clive sacó del bolsillo un puro con una vitola Dunhill y lo encendió.

—¿Y si cavamos un par de agujeros de prueba? —propuso Nora.

La expresión molesta de Clive se desvaneció.

—De acuerdo —aceptó a través de una nube de humo azul—. Buena idea.

—Jason cavará donde crea que hay más posibilidades de que se encuentre el campamento mientras yo vuelvo a Poker Creek.

—Pero allí no había ninguna anciana.

—A lo mejor se ha caído.

Clive asintió mientras daba otra calada al puro.

—Si le parece lo mejor, Jason y yo nos pondremos manos a la obra. Nora, nos vemos en el campamento.

Nora guardó silencio unos momentos y se los quedó mirando. Luego se colgó la mochila a los hombros, dio media vuelta y echó a andar por el prado en dirección al camino de piedras que descendía por la montaña.

16

La agente especial Corrie Swanson estaba examinándose con espíritu crítico delante de un espejo en el aseo de mujeres situado en la segunda planta del edificio del FBI en Albuquerque. Se había peinado con esmero y se había puesto sus mejores galas para ir a trabajar. Incluso se había abstenido de comerse su habitual ensalada para que no le quedaran restos verdes entre los dientes. No llevaba maquillaje, salvo por un poco de pintalabios, pero también acabó rebajándoselo con un pañuelo de papel.

Era consciente de su mezcla de entusiasmo y nerviosismo. Como parte de su instrucción le exigían que participara en lo que en la oficina se conocía como el Pelotón de Fusilamiento, una reunión semanal en la que los nuevos agentes informaban a su supervisor y a sus compañeros sobre el caso que estuvieran investigando. A Corrie solía parecerle un ejercicio bastante sencillo: ese caso abierto, examinado y archivado; ese otro caso abierto, examinado y archivado.

Pero hoy no. Hoy se la jugaba.

Miró el reloj: las dos menos cinco. Había llegado el momento. Salió del baño y volvió a la oficina. Tras detenerse junto a su mesa para recoger un montón de carpetas, pasó entre los cubículos y se dirigió a la sala de reuniones B, que desprendía un olor a pizza que nunca parecía desvanecerse del todo. Era una sala espaciosa en la que había una mesa con capacidad para al menos una docena de personas. También había ordenadores para realizar pases de diapositivas y vídeos, y una pizarra táctil de setenta y cinco pulgadas para demostraciones interactivas, pero rara vez se utilizaban para reuniones como aquella. Solo Bob Wantaugh, el gilipollas que ganaba más que ella, había utilizado la pizarra interactiva la semana anterior durante

una puesta al día extremadamente anodina sobre un caso relacionado con extorsiones, blanqueo de dinero y puede que tráfico humano en lo que él denominaba un «ferrocarril subterráneo» entre Albuquerque y Ciudad Juárez, justo al otro lado de la frontera mexicana. Las pruebas que había recabado eran llamativas pero sumamente circunstanciales, y después de la presentación de la semana anterior, incluso el agente Morwood, una persona que solía ser paciente, le aconsejó que no leyera tantas novelas de Robert Ludlum.

Corrie entró en la sala de reuniones y tomó asiento mientras los otros novatos —el grupo del supervisor especial Morwood— ocupaban su sitio. Para su consternación, vio que un par de agentes de alto rango se habían sentado al otro lado de la mesa. Que los superiores participaran en un Pelotón de Fusilamiento era bastante frecuente, pero a Corrie le habría gustado que eligieran otra semana para su evaluación.

El último en llegar fue Morwood, con su habitual taza de café. Cerró la puerta con la mano que le quedaba libre y se sentó en el extremo de la mesa. No llevaba libreta, tableta u otro instrumento para escribir.

—Estupendo, estupendo —empezó—. Se abre la sesión de este tribunal, presidido por el honorable Hale Morwood. ¿Todos los que aspiran a luchar contra el crimen y los defensores del estilo de vida estadounidense están presentes? Bien. —Sus ojos eternamente somnolientos escrutaron la sala—. Swanson, ¿por qué no empieza usted?

Corrie estuvo a punto de saltar del asiento. Morwood nunca la elegía a ella primero. Su letanía de casos abiertos solía quedar para el final, y esperaba tener más tiempo para prepararse.

—¿Yo? —preguntó y, al decirlo, se dio cuenta de lo absurdo que había sonado.

—Usted. Por favor, ilústrenos con su experiencia forense.

«Típico de él», pensó Corrie, que se aclaró la garganta y rebuscó entre sus documentos. Se oyó a alguien toser al otro lado de la mesa. Era Bob Wantaugh, cuyo tupé rubio tembló ligeramente a causa del disgusto. Se había acostumbrado a ser el primero.

—Paciencia, agente Wantaugh. No tardaremos en llegar al… eh…

último capítulo de su saga. —Morwood miró de nuevo a Corrie—. Adelante.

Corrie volvió a aclararse la garganta. Solo ella y Morwood conocían los detalles del caso que había estado investigando. Ni siquiera el supervisor lo sabía todo. Corrie habría deseado que no tuviera que oírlo por primera vez delante de los demás.

—Como mencioné en la reunión de la semana pasada —empezó—, estuve investigando una escena del crimen en el cementerio de los montes Sangre de Cristo, unos ciento treinta kilómetros al noreste de aquí. El cementerio, conocido como Pigeon's Ranch, es un monumento nacional que conmemora una batalla de la guerra civil, y ese es el motivo por el que este es un caso federal. Al llegar, encontré una tumba abierta que contenía el ataúd de hierro de Florence Parkin Regis, fallecida en 1862. Sus restos habían sido parcialmente desenterrados. Encima del ataúd estaba el cuerpo de Frank Serban, de cincuenta y cuatro años de edad y originario de Denver. No llevaba documentación, pero más tarde fue identificado a partir de las huellas dactilares. La noche anterior le habían disparado dos veces en la nuca, como si se tratara de una ejecución. En la escena no se encontraron pruebas de dicha ejecución, salvo por las balas, que habían sido disparadas con un arma con silenciador. Serban tenía un extenso historial de delitos menores.

Al oírse a sí misma, Corrie se dio cuenta de que ya había hablado de eso la semana anterior. Cuando se ponía nerviosa, tendía dar demasiadas explicaciones, así que hizo un esfuerzo consciente por aumentar el ritmo.

—Los trabajos forenses realizados por la policía científica y yo misma concluyeron que probablemente fue Serban quien desenterró el ataúd. La parte superior de los restos de Regis había desaparecido; cerraron el ataúd, dispararon a Serban y lo dejaron encima de la tapa del féretro. Es probable que se trate de un trabajo por encargo y que fuera eliminado por ser un posible testigo.

De momento todo iba bien, pero Corrie sabía que a partir de ahí la situación se complicaría un poco.

—No todas las pruebas forenses recabadas en la escena del crimen han sido analizadas, pero de momento apenas ha trascendido nada de valor, y cabe la posibilidad de que no lo haga, con la salvedad de las dos balas de nueve milímetros. Al parecer, fue una operación limpia y profesional. Sin embargo, cuando empecé a ampliar los parámetros de búsqueda, descubrí algo sugerente. Al intentar relacionar este crimen con otros que siguieron un *modus operandi* similar, vi que en otros dos casos solo había desaparecido la parte superior de un cadáver. Uno de ellos era un mafioso fallecido recientemente en Joliet, Illinois. Se llamaba Carmine Scarabone. Su tumba había sido profanada, se llevaron parte del ataúd y destrozaron la lápida. El otro cadáver correspondía a Alexander Parkin, fallecido en Nelson, New Hampshire, en 1911. —Consultó sus documentos—. Al seguir este *modus operandi*, amplié el alcance de mi investigación. Descubrí que, hace seis meses, la tumba de Thomas Parkin, un estadounidense que murió en Francia durante la Segunda Guerra Mundial, también había sido abierta en París. En esa ocasión solo se llevaron la calavera. Pero cuando lo estudié con más atención, me di cuenta de que había una conexión inesperada entre los tres casos.

En ese momento hizo una pausa y miró a su alrededor. Se sentía a la vez satisfecha y ansiosa por que todos estuvieran prestándole atención.

—Florence Regis, de soltera Parkin, Alexander Parkin y Thomas Parkin obviamente compartían apellido. Consulté los archivos censales y una base de datos genealógica y descubrí que, de hecho, los tres también compartían un antepasado.

—¿Y de qué base de datos genealógica se trata? —preguntó Morwood—. ¿Es un recurso del FBI que desconozco?

Corrie hizo una pausa. No le había mencionado aquello a Morwood en ningún momento.

—No. Es Ancestry.com, señor.

Los dos agentes de alto rango intercambiaron miradas y Morwood la observó con incredulidad.

—¿Consultó Ancestry.com?

Wantaugh soltó una risa nerviosa.

—Lo utilicé como herramienta, como trampolín. Ya sé que no sería admisible como prueba en un juicio, señor.

Volvió a mirar a su alrededor y los rostros que le devolvieron la mirada estaban esperando una conclusión.

—Hace tres días me enteré de que Rosalie Parkin, de veintisiete años, soltera y abogada de Scottsdale, Arizona, había desaparecido. Con la aprobación del agente Morwood fui a Scottsdale, hablé con la policía local y examiné su piso. Aunque no había indicios de violencia, encontraron gran cantidad de sangre en la vivienda. El grupo sanguíneo coincidía con el de Rosalie Parkin.

—¿Hubo testigos? —preguntó alguien.

A Corrie le vino a la mente el hermano de Rosalie.

—No, pero la policía lo considera un caso de persona desaparecida.

Hizo una pausa.

—Continúe —le pidió Morwood—. Cuénteles el resto.

—Hice algunas comprobaciones, y la mujer desaparecida tiene parentesco con las otras tres Parkin.

—¿Las comprobaciones las hizo en Ancestry.com? —preguntó Wantaugh.

Corrie decidió ignorar el comentario.

—Son todas descendientes de una misma familia.

—¿Y qué hay del incidente de Joliet? —preguntó otro agente novato —. El del mafioso.

—No guarda relación. No pertenecía a la familia Parkin y el vandalismo probablemente obedeció a que la persona era un delincuente.

—¿Con qué hipótesis está trabajando? —siguió Morwood.

—Creo que hay una persona o personas con un interés especial en esta familia en particular.

—¿Qué clase de interés? —añadió Morwood.

Ese era su *modus operandi*: presionar e incitar, buscar lagunas en las teorías o lapsus en el método de investigación.

—A lo mejor es un descendiente con una afición peculiar al coleccionismo —aventuró Wantaugh.

Se oyeron tímidas risas en respuesta a aquella ocurrencia insulsa.

Uno de los dos agentes de alto rango cambió de postura.

—Si esa mujer fue secuestrada por su relación con los cuerpos desenterrados —dijo—, ¿por qué se ha producido un cambio repentino de *modus operandi*?

Esa era la pregunta que Corrie se había estado haciendo y la que temía oír.

—Todavía no tengo respuesta para eso.

—Secuestrar a alguien es peligroso y arriesgado —añadió el agente —, y mucho más grave que robar en una tumba.

—Coincido —respondió Corrie—. El homicidio también, como en el caso de la ejecución de Serban.

—Aparte de la conexión con la familia Parkin —terció Morwood—, ¿qué otras pruebas tiene que relacionen esos casos?

—De momento ninguna, señor.

—E imagino que habrá contactado con otros Parkin vivos que mantengan parentesco para ver si saben algo del asunto y ha obtenido resultados negativos.

Aquello le había llevado mucho tiempo.

—Correcto también.

—¿Y ha comprobado cuántos Parkin siguen yaciendo apaciblemente en sus tumbas?

Eso le había llevado aún más tiempo.

—Sí, no hay muchos. No son una familia numerosa.

—¿Tiene alguna pista al margen de la conexión Parkin?

—No, señor.

Morwood bebió un sorbo de café, un claro indicio de que estaba preparándose para pasarle el testigo a otro agente.

—Hay una cosa…

Allí estaba, la otra parte que Morwood desconocía.

El supervisor arqueó las cejas con aire inquisitivo.

—Amplié bastante el rango de la investigación y, al hacerlo, conseguí una información que me pareció interesante.

Morwood dejó la taza de café.

—Sorpréndame, agente Swanson.

—Cualquier excavación arqueológica en terreno federal requiere mucho papeleo. Hace unos meses, el Instituto Arqueológico de Santa Fe, Nuevo México, presentó una documentación en la que proponía excavar un campamento de la expedición Donner. —Al mirar a su alrededor solo vio caras inexpresivas—. La expedición Donner estaba integrada por pioneros cuya caravana quedó atrapada a causa de la nieve durante el invierno de 1847 en Nevada. Muchos supervivientes tuvieron que recurrir al canibalismo.

Ahora algunos parecían saber de qué hablaba.

Corrie aceleró el ritmo.

—Uno de los miembros del grupo que murió ese invierno fue Albert Parkin, antepasado directo de los cuatro Parkin de nuestro caso. En este momento, el instituto Arqueológico de Santa Fe está buscando el campamento y se propone llevar a cabo una excavación.

Ahora Morwood parecía sorprendido, y no en el buen sentido.

—¿Y?

—Hablé con la directora del instituto, una tal doctora Fugit. Es una organización legítima y la excavación ha sido aprobada por los federales y el estado de California.

—Volveré a preguntárselo: ¿Y?

—Bueno, señor, eso significa que si es un éxito, podrían desenterrar más restos de un Parkin, esta vez legalmente. Parece una extraña coincidencia que debería investigarse.

—Comprendo —dijo Morwood—. Y déjeme adivinar: quiere ir usted a Sierra Nevada, localizar esa expedición arqueológica y de una manera u otra amargarles la vida.

—Eso… —Corrie decidió no terminar la frase.

Se hizo un breve silencio en la mesa. Por el rabillo del ojo, Corrie vio a Wantaugh esbozando una sonrisa burlona.

Morwood suspiró.

—Agente Swanson, permítame recordarle la tarea que le fue encomendada: descubrir quién mató a ese sepulturero en Pigeon's Ranch.

—Y es lo que estoy haciendo, señor —repuso Corrie, que empezaba a notar cómo le subía el calor a la cara.

—Ya ha viajado a Arizona siguiendo esa teoría y ha accedido a bases de datos civiles no aprobadas para avanzar en su investigación. Lo que usted propone le llevaría como mínimo varios días, y todo por algo que podemos calificar de indicio extremadamente endeble.

—Con el debido respeto, señor, Albert Parkin es el vínculo común, el antepasado de todos. ¿No le parece raro que de repente estén desenterrando a miembros de la familia Parkin por todo el mundo?

—Por favor, no me malinterprete, Swanson, pero creo que ha caído en una trampa de principiante.

—¿Y cuál es?

—Ha permitido que el caso la dirija a usted y no a la inversa. Es un problema habitual entre los agentes de primer y segundo año. No hay nada de que avergonzarse.

Corrie se puso tensa y cerró los puños por debajo de la mesa. Nada la irritaba más que ser tratada con condescendencia, a excepción de un gilipollas acosándola sexualmente, cosa que le había ocasionado problemas en la academia.

La voz de Morwood era calmada, amable incluso, pero sus palabras se le clavaron como un cuchillo.

—Esta es una buena lección práctica que todos los aquí presentes han aprendido o aprenderán pronto. Céntrense en el caso que tienen entre manos y no sigan cualquier pista circunstancial. —Miró fijamente a Corrie—. Pregúntese: ¿qué relación podría tener ese tal Albert Parkin, que murió en 1847 en las montañas de California, con el homicidio de Frank Serban en un cementerio de la guerra civil casi dos siglos después? Los restos de Albert Parkin aún no han sido encontrados, y usted misma ha dicho que esa excavación la llevará a cabo una organización sumamente acreditada y con todos los permisos necesarios. Eso no se parece en nada a un robo nocturno en una tumba.

Morwood respiró hondo y Corrie vio que estaba a punto de exponerles a todos la lección.

—Hoy en día, todos nos enfrentamos a un peligro insidioso: a los

ordenadores se les da demasiado bien facilitarnos información. En el FBI hacemos frente a una abrumadora cantidad de datos, y cuesta determinar qué pistas son valiosas y cuáles son una mera coincidencia… o una ilusión. —Hizo una pausa para que calara la idea —. Por lo tanto, agente Swanson, le sugiero que en adelante continúe con el buen trabajo que ha estado haciendo. Siga con la investigación sobre el homicidio de Serban. Y, de paso, esté atenta a esa conexión con los Parkin y a cualquier otro incidente que involucre a la familia. Espere a ver si esa expedición algún día encuentra los restos de Albert Parkin en California.

Morwood le dedicó una sonrisa de ánimo y asintió en señal de aprobación, pero Corrie también vio el «no» en sus ojos. Luego, el supervisor bebió un abundante sorbo de café y se volvió hacia Wantaugh.

—Muy bien, agente —dijo—. Ya estamos preparados para el siguiente capítulo de ese thriller suyo.

17

Nora volvió a Hackberry Creek por Dollar Fork extremando las precauciones. Iba sola, así que no podía resbalar con una piedra o torcerse un tobillo. Tuvo que cruzar muchas veces el riachuelo antes de llegar a Poker Creek. Para entonces tenía los pies congelados, y sus botas chapoteaban a cada paso. Las nubes estaban disipándose y se veía la línea de nieve que había dejado la tormenta, que parecía mucho más cercana que el día de su llegada.

Inició el ascenso por Poker Creek; cuarenta minutos después había llegado al desfiladero y más tarde al muro de árboles muertos. En lugar de buscar el perfil de una anciana, caminó por la base de las montañas observando cualquier roca recién caída que pudiera indicar dónde se encontraba en su día. La tarea no resultó difícil: durante decenas de miles de años habían caído rocas que habían formado largas pendientes y peñascos, pero gran parte del terreno estaba cubierto de liquen y tierra. Las caras rocosas estaban salpicadas de grietas y agujeros. Mientras avanzaba, sobrevolaron la zona dos cuervos graznando para expresar su disgusto. El aire olía a abeto y se impuso una sensación extraña y gélida cuando descendieron de nuevo las neblinas, que taparon las cumbres y convirtieron el valle en un lago fantasmagórico.

Nora llegó al final del valle e inició el descenso al otro lado. Casi al instante se topó con unas rocas que se habían desprendido hacía tan poco que los árboles que habían derribado seguían pudriéndose entre ellas. Retrocedió y miró hacia arriba. Al borde del peñasco, por debajo de la línea de nieve medio fundida, vio una zona de piedra más clara en un punto en que el desfiladero describía una curva.

Parecía un buen lugar desde el cual avistar una cara de piedra, si es que lo que ahora era un desprendimiento de roca antaño se había

parecido a una cara.

Retrocedió un poco más y observó la hondonada con su ojo entrenado. El terreno descendía desde los bordes del valle y se nivelaba en una zona más llana, lo suficiente para levantar un campamento. Tenía una extensión de una hectárea o una hectárea y media, mucho más que el campamento arqueológico, que probablemente no llegaba a media.

Entonces ¿dónde habían dejado exactamente los carromatos? Nora intentó ponerse en la piel de los miembros de la expedición. En aquel momento había unos treinta centímetros de nieve y seguía cayendo con rapidez, la avanzadilla de una ventisca que estaba a punto de cambiar sus vidas para siempre. Aquel paisaje remoto apenas se había modificado desde 1846, y Nora sabía que, con la salvedad de la ausencia de nieve, estaba viendo casi lo mismo que vieron ellos.

Si ella liderara el grupo, ¿dónde habría instalado el campamento?

Nora empezó a andar, girando primero a la derecha y luego a la izquierda. Más cerca del arroyo, el terreno descendía una vez más. Debieron de detenerse en el centro del terreno llano. ¿Desde dónde se habría visto mejor aquel rostro que ahora se había desprendido, la afilada esquina de granito? Era difícil saberlo con seguridad, pero después de un rato escrutando la montaña nevada se decantó por un lugar que le pareció adecuado. La hondonada era más grande de lo que parecía desde lejos. Allí, la hierba estaba mojada y era densa y saludable. Inusualmente densa y saludable. Y había flores.

No había flores en ningún otro tramo del prado. Como arqueóloga, sabía que debía investigar zonas inesperadamente fértiles o en las que se advirtiera un cambio repentino de vegetación.

Se arrodilló y hundió la mano en la gélida hierba. ¿Debía hacerlo?

Estaba cualificada y contaban con todos los permisos. No había razón alguna para no hacerlo.

Todavía de rodillas, sacó de la mochila una pala, unos guantes y una mascarilla. Después de medir y cortar un cuadrado de cincuenta centímetros en la densa superficie de hierba, hundió la pala, liberó las raíces y levantó el primer estrato para dejar a la vista el terreno

fangoso. Lentamente y con un cuidado exquisito, empezó a retirar capas de tierra. Un yacimiento de ciento setenta y cinco años de antigüedad no estaría muy lejos de la superficie, sobre todo a aquella altura, en un prado donde el terreno se habría acumulado poco a poco.

A siete centímetros de profundidad, la pala golpeó algo y Nora cogió un cepillo fino para poder ver el objeto.

Era un diente.

Cuando regresó al campamento, el clima había mejorado mucho y la puesta de sol teñía las efímeras nubes de un color rojo sangre. Las cumbres recientemente emblanquecidas habían adquirido una tonalidad rosa. Jason y Clive aún no habían vuelto, y Nora no dijo nada mientras Maggie preparaba la cena y los vaqueros daban avena a los caballos. Justo cuando empezaba a preocuparse, apareció Jason. Detrás iba Clive con cara de desánimo.

—Menudo fiasco —masculló, y tiró la mochila al suelo. Después cogió la cafetera que siempre había en el fuego, se sirvió una taza y se sentó en el tronco.

—No habéis encontrado nada, ¿eh?

Clive negó con la cabeza.

—¿Nada en absoluto? ¿En serio?

—Ni un triste botón.

Jason también se sirvió una taza de café.

—Jason, ¿tú qué opinas? —preguntó Nora.

—Si hay un campamento, no está en Dollar Fork —respondió él, encogiéndose de hombros.

Estaba oscureciendo con rapidez y Nora oyó a un búho ulular.

—Un poco egoísta, ¿no te parece? —preguntó, volviéndose hacia Clive, que la miró confuso. Habían decidido dejar los formalismos y tutearse.

—¿Qué? ¿Quién es egoísta?

—Tú. Mucho quejarte de lo que no has encontrado, pero no me has preguntado qué he encontrado yo.

Ambos se la quedaron mirando.

—¿Has encontrado algo? —dijo Clive.

Nora asintió.

—¿Qué?

—Un molar humano.

Clive se levantó como impulsado por un resorte.

—¡No jodas! ¿En serio?

Empezaron a hacer preguntas todos a la vez.

—Estaba a algo menos de dos kilómetros subiendo por Poker Canyon, en esa hondonada que exploramos la primera vez.

—¡Dios mío, Nora, eso es fantástico! —exclamó Clive dándole un abrazo; luego se recompuso, dio un paso atrás y le estrechó la mano con fuerza.

Nora se sentía satisfecha y un tanto sorprendida de que Clive no hubiera mostrado envidia al no ser él el autor del descubrimiento. Además, se dio cuenta de que el abrazo le había provocado un leve cosquilleo.

—Increíble. Fenomenal. —Clive volvió a sentarse, aún riéndose y con un centelleo en los ojos—. Cuéntanos cómo lo has hecho.

Nora hizo un resumen de la historia mientras Burleson abría una botella de vino y les ofrecía a todos.

—Un brindis —dijo, levantando su taza de estaño.

A esa botella le siguió otra, hasta que Maggie sirvió la cena. Después se sentaron junto al fuego y la conversación, que consistió sobre todo en especulaciones entusiastas, acabó apagándose. Los únicos sonidos que quedaban eran el crepitar del fuego, el ulular de un búho y el leve susurro del viento entre los árboles.

—Mañana trasladaremos el campamento —anunció Nora—. Hay una zona llana en Poker Creek, a solo unos ochocientos metros del lugar en cuestión.

Burleson asintió.

—Les pediré a Jack y Drew que vayan hacia allí al amanecer.

Volvieron a quedarse en silencio, y entonces Jason se levantó.

—¿Alguien ha oído eso?

Hubo un largo silencio y Nora oyó tenues golpes a lo lejos.

—Ahí está otra vez —dijo Jason.

—Es un pájaro carpintero —respondió Clive.

—De noche no picotean —repuso Maggie.

—Pues claro que sí. ¿O no?

En ese momento se oyó otro golpeteo, esta vez un poco más cerca. El viento silbaba entre los árboles.

—¿Falta alguien? —preguntó Maggie—. ¿Alguien está respondiendo a la llamada de la naturaleza?

—Nadie iría tan lejos —dijo Peel.

Hicieron un recuento rápido de todos modos. No faltaba nadie.

—De acuerdo. —Maggie alzó la voz y se puso de pie—. Sabemos que intentas asustarnos. Ya lo has conseguido, así que déjate ver ahora que ya te has divertido.

Esperaron, y en ese preciso instante oyeron de nuevo el ruido, esta vez acompañado de un golpe sordo.

Nora se levantó y encendió la linterna frontal.

—¿Dónde vas? —preguntó Maggie.

—A ver qué es.

Nora caminó presurosa por el borde del prado, ignorando las advertencias provenientes de la hoguera. Cuando llegó a los árboles, se adentró en el bosque, cuyos troncos parecían columnas gigantescas en una catedral, y desapareció en la oscuridad. Luego se detuvo y miró hacia atrás. Entre los árboles divisaba el brillo del fuego. Siguió adelante y se paró a escuchar, pero solo llegaban las voces del campamento, sin duda pidiéndole que volviera.

Entonces sonaron de nuevo los golpes, esta vez más cerca. Podía ser el viento haciendo chocar dos árboles, pensó Nora. O tal vez un ciervo moviéndose en la oscuridad y rozando la cornamenta con los troncos.

El sonido reapareció, y en esta ocasión pudo ubicar su origen. Echó a andar en línea recta entre los árboles. Al cabo de unos minutos se detuvo a escuchar una vez más. Aquella debía de ser la localización aproximada del sonido. Esperó un buen rato, pero no oyó nada.

Nora siguió avanzando, pasó por una arboleda especialmente densa

y, de repente, vio un claro más o menos circular. Era extraño: no tenía lógica que hubiera un lugar despejado como aquel en un bosque tan frondoso. Movió la linterna, pero no había nada, tan solo un lecho de musgo intacto y unas cuantas rocas desperdigadas.

Esperó cinco minutos, pero el sonido no volvió. Luego dio media vuelta y empezó a desandar el camino. A pesar de ser una montañera experimentada, no había marcado la ruta y todos los troncos parecían iguales en medio de la oscuridad. Justo cuando empezaba a entrarle el pánico pensando que se había perdido, vio un tenue destello entre los árboles y se dirigió hacia la acogedora hoguera.

18

8 de mayo

Dos días después, Nora se encontraba cerca de la base de la montaña y miró a su alrededor. Lo que la noche anterior era un prado vacío se había convertido en una excavación arqueológica a pleno rendimiento. Y debía reconocer que era extraordinaria.

Los preparativos habían funcionado como un reloj. Salazar y Adelsky habían dividido la parte central, clavando estacas en el suelo a intervalos de un metro y atando cuerda naranja fosforescente para crear una cuadrícula de seis metros por diez. Cada uno de los sesenta espacios de la cuadrícula representaba un metro cuadrado, y se retiraría y analizaría cada mota de tierra. Ya habían pasado por toda la zona el magnetómetro de protones, un dispositivo que parecía un cortacésped de alta tecnología, y se habían hecho una idea aproximada de dónde podía haber objetos enterrados, en concreto objetos ferrosos como clavos, tornillos y herramientas. Puesto que era un lugar prístino en el que no había asentamientos humanos, Nora suponía que cualquier objeto ferroso que hubiera en el suelo debía de pertenecer a la expedición de Donner. Y había muchos, todos concentrados en el centro de la hondonada. Probablemente era donde se encontraban la hoguera y los restos del refugio.

Clive había colaborado con ahínco, formulando preguntas sobre el funcionamiento de todo aquello y mostrando interés en el proceso arqueológico y un gran deseo de ayudar. Era como un niño entusiasmado con su primera excavación.

Mientras tanto, Maggie y los vaqueros estaban trasladando su campamento base de Hackberry Creek a Poker Canyon, a unos

ochocientos metros del yacimiento. Peel llevaba cada día a los caballos de carga desde el rancho hasta las montañas y vuelta a empezar. Cargaba material, pasaba la noche en el campamento con los animales y emprendía un nuevo viaje. Ya se habían instalado a orillas del riachuelo, y el traslado finalizaría la noche siguiente.

En el Campamento perdido habían levantado una espaciosa tienda junto al yacimiento arqueológico que Adelsky llamaba irónicamente el «cuartel general». Contenía mesas de trabajo y cajas para clasificar, fotografiar y conservar los objetos, además de un ordenador y un transmisor wifi alimentados con paneles solares y un pequeño generador secundario. El wifi no podía conectarlos al mundo exterior, pero sería eficaz para comunicarse y transferir archivos entre ellos. La caja fuerte se hallaba en una esquina, y al otro lado había una zona para guardar el magnetómetro de protones y otros materiales arqueológicos. Adelsky y Salazar estaban al final del prado, terminando el estudio del magnetómetro. Después de la tormenta, el clima había sido sublime: cálido durante el día y frío pero no gélido de noche.

Mientras Nora observaba, Clive salió de la tienda de trabajo y se dirigió hacia ella.

—Bonita mañana —dijo—. Tengo mucha curiosidad por ver cómo avanzará todo esto. Nunca he trabajado en una excavación. Los historiadores nos pasamos la mayor parte del tiempo encerrados en bibliotecas y archivos, acumulando polvo y marchitándonos.

Nora sonrió.

—Bonita camisa —respondió ella, ladeando la cabeza en dirección a otro horror de cachemir—. ¿Cuántas has traído? Si de verdad tienes intención de ayudar, te vas a manchar mucho.

Clive sonrió y dio un tirón al cuello de la camisa.

—Lo sé, lo sé. No puedo evitarlo; me gusta este tipo de estampado. Pero hablo en serio. Somos socios y quiero ser útil, no pasarme el día sentado en un tronco.

—De acuerdo. Creo que podremos organizar algo.

Nora pensó en lo solitaria que había sido su existencia desde la muerte de su marido, lo mucho que se había acostumbrado a trabajar

sola. Quizá había llegado el momento de interactuar un poco más con la vida.

—Fantástico —respondió Clive, que señaló las cimas cubiertas de nieve—. Sierra Nevada. Hace honor a su nombre, desde luego. Estamos a mediados de mayo y aún hay nieve. No me puedo creer lo agradable que es estar aquí trabajando. —Miró a su alrededor—. ¿Crees que deberíamos bautizar este prado?

Nora también lo había pensado. Se planteó llamarlo Prado de Tamzene, pero llegó a la conclusión de que no era adecuado. Pese a la luz de primera hora de la mañana, aquella hondonada húmeda irradiaba poco encanto, y no solo por lo que había sucedido allí. Las paredes rocosas parecían elevarse amenazantes sobre ellos. En el punto en el que se estrechaban al otro lado, las montañas seguían coronadas por gruesos mantos de nieve. En concreto, una extensa lengua del tamaño de un edificio de viviendas sobresalía al borde de una abrupta collada. Parecía desafiar a la gravedad, y Nora no entendía qué impedía que cayera.

—Supongo que es una de las cornisas sobre las que nos advirtió Burleson —dijo, señalándola con la cabeza.

—Menos mal que el yacimiento no está cerca. No me gustaría estar debajo cuando ceda.

Nora prosiguió con su análisis visual. Los árboles que formaban el límite del valle eran oscuros e inquietantes, casi siempre envueltos en sombras, y muchos estaban total o parcialmente muertos. En un punto bajo situado cerca del final del valle, el riachuelo se ensanchaba durante unos metros para convertirse en un lago negro y helado antes de continuar su sinuoso camino. Por no utilizar un término demasiado refinado, era un lugar espeluznante.

—Llamémoslo el Prado perdido —propuso Clive.

Nora se quedó pensativa un momento. Parecía a la vez simple y acertado.

—Buena idea.

En ese momento oyeron a lo lejos la voz de Maggie, que los llamaba a desayunar.

Nora se terminó el beicon con huevos y el café intenso de Maggie. Sentados cerca de ella, Salazar y Adelsky engullían su comida. Ahora que habían preparado el yacimiento, sabían lo que les esperaba: un día de trabajo serio.

Nora se levantó y dejó el plato en el cubo.

—¿Qué tal, Jason? —preguntó al ayudante de campo—. ¿Listo para mancharte?

—¡Por supuesto!

Se puso en pie de un salto.

—Contad conmigo —terció Clive.

Momentos después, los cuatro —Nora, Salazar, Adelsky y Clive— se dirigieron al yacimiento dividido en cuadrículas mientras Maggie les deseaba a voz en cuello una buena búsqueda.

En la tienda de trabajo, Nora cogió uno de los iPad con la innovadora aplicación de excavaciones del instituto. Cuando lo encendió, Clive se acercó a mirar desde atrás.

—¿Cómo funciona?

Nora abrió la aplicación.

—Es increíble. Introduces todos los niveles, los tipos de terreno y los objetos y su posición. Lo único que tienes que hacer es fotografiar el objeto y la aplicación lo ubica utilizando la imagen. Luego une todas las fotos para crear una panorámica completa de la excavación estrato a estrato.

—Asombroso. ¿Puedes enseñarme…?

—¿A utilizarla? Claro. Te enseñaré los detalles, pero también tendrás que conocer los rudimentos de la arqueología básica. Te lo enseñaré sobre la marcha. Puedes observar lo que hagamos hoy, y quizá mañana te encargue algún trabajo.

—Gracias. Esto es muy emocionante para mí. La historia siempre está un poco alejada de la realidad, pero poder ver y sentir aquí es mucho más inmediato. Es como tocar el pasado.

—Ese es precisamente el motivo por el que me encanta la

arqueología —reconoció Nora.

Sabía que tendría que contener las ansias de Clive hasta que estuviera segura de que podía confiar en su competencia, pero estaba más que satisfecha con su interés.

Nora señaló a Salazar y Adelsky.

—Coged las palas y el material y vámonos. Y no olvidéis los guantes, los gorros y las mascarillas.

Nora había elaborado un protocolo estricto para las labores de excavación a fin de no contaminar los restos humanos con su propio ADN.

Los tres conectaron los iPad a la red local y los calibraron. Después, Nora asignó a Salazar y Adelsky cuadrados de un metro y ella ocupó la cuadrícula B3, en la que había encontrado el diente. Las de Salazar y Adelsky no eran adyacentes a la suya. Quería cavar en lugares diferentes, hacerse una idea de los perfiles generales y de dónde estaban las cosas.

Cuando se puso las rodilleras y se agachó sobre la hierba con Clive situado detrás, sintió mariposas en el estómago. No era un yacimiento típico, sino un lugar donde se había producido una tragedia indescriptible. Había que mostrar cierto respeto. El hecho de tratar con restos humanos históricos, de que pudiera haber descendientes vivos, de que, en efecto, hubiera descendientes vivos, como el hombre que proyectaba su sombra sobre ella, lo convertía en una historia totalmente distinta.

Con cuidado y eficacia, retiró la lona de la capa de césped que había cortado y etiquetado con un número dos días antes y examinó el área de tierra negra en la que había encontrado el diente. Ya había descubierto que el «horizonte» de 1846 se hallaba a tan solo veinticinco centímetros, una excavación muy poco profunda.

Mientras procedía, iba explicando cada uno de los pasos a Clive con suma paciencia. Sosteniendo la pala, empezó a sacar tierra milímetro a milímetro, dejándola en un cubo situado junto a ella, para más tarde secarla y tamizarla o someterla a flotación en busca de elementos orgánicos carbonizados y cabellos humanos.

Oyó a los otros dos trabajando en sus respectivas cuadrículas. Al cabo de un momento tocó algo con la pala y, sustituyéndola de nuevo por la brocha, empezó a limpiar con esmero la zona colindante.

—Es la parte superior de un cráneo humano —anunció.

Clive se arrodilló a mirar, con la cabeza tan cerca de la de Nora que casi se tocaban.

—Esto me provoca una sensación… realmente extraña —murmuró—. Ver estos restos humanos…

—A mí también.

Salazar y Adelsky fueron hacia allí de inmediato.

—No has tardado mucho.

Nora pasó la brocha para mostrar la totalidad del objeto. Era un fragmento lleno de fracturas más o menos del tamaño de dos dólares de plata, de un tono marrón descolorido hasta convertirse en un polvo blanquecino.

Siguió trabajando lentamente para dejar a la vista más partes del cráneo: la frente, las cavidades oculares y la abertura nasal, además de la mandíbula que contenía el diente, su descubrimiento original.

—Por los arcos superficiales diría que era varón —murmuró.

Todos la observaron en silencio mientras trabajaba.

—Eso es la sutura coronal —prosiguió, señalando con el extremo del cepillo una línea irregular que surcaba el hueso—. No soy antropóloga física, pero por su grado de soldadura imagino que este cráneo pertenecía a un adulto.

Hubo un silencio.

—Según mi censo, en el Campamento perdido había siete adultos varones —comentó Clive en voz baja—. Uno de diecisiete años, tres veinteañeros, dos en la treintena y uno de cuarenta. Pero Boardman, que tenía casi treinta, escapó al campamento de Donner, y Chears, el de cuarenta años, fue rescatado. Por lo tanto, no puede ser ninguno de los dos.

—Imagino que este era uno de los treintañeros.

Clive se acercó más y se puso en cuclillas.

—Observándolo, ¿sabrías decirme algo más?

Nora respiró hondo.

—¿Ves estas marcas aquí y aquí?

Cogió una lupa y le dejó que las examinara de cerca.

—Parecen marcas de golpe de yunque. Es uno de los seis signos clásicos del canibalismo, los rasguños que se producen cuando se coloca un cráneo sobre una piedra y se abre con otra.

Clive negó con la cabeza, horrorizado.

Nora señaló otro punto.

—Y aquí tenemos un segundo indicio típico: el borde desmenuzado de este hueso solo puede obedecer a que fue calentado y cocinado. —Se echó hacia atrás—. Esta persona fue decapitada, pusieron su cabeza en una hoguera y le golpearon el cráneo para cocinar el cerebro.

Aquellas palabras fueron recibidas con un breve silencio.

—Me alegro de no haber tocado el beicon a la hora de desayunar —murmuró Salazar.

—Es bastante gráfico, ¿verdad? —dijo Clive—. ¿Y cuáles son los otros cuatro signos de canibalismo?

—Arañazos en el interior del hueso para sacar la médula, cortes practicados con herramientas de piedra o metal, hueso esponjoso triturado para extraer los nutrientes y pulimento.

—¿Pulimento?

—Es cuando se hierven huesos rotos en una cacerola de cerámica o hierro para extraer la grasa. Al girar en agua hirviendo, los extremos quedan pulidos microscópicamente por los laterales de la cacerola. —Hizo una pausa—. En el laboratorio, un antropólogo físico examinará estos huesos bajo un estereomicroscopio. —Se puso en pie—. Probablemente encontraremos más partes en la zona colindante. Dejadme seguir excavando antes de decidir nuestro siguiente paso.

Nora se arrodilló y empezó a trabajar de nuevo bajo la atenta mirada de Clive, Adelsky y Salazar. Casi de inmediato, encontró otros dos trozos de cráneo y el borde quemado de la órbita. No había vértebras conectadas al cráneo, pero lo siguiente en aflorar fue un fémur y lo que parecía un húmero.

—No soy arqueólogo, pero la densidad de restos es sorprendente —

comentó Clive—. Creía que estaría todo más desperdigado, pero esto parece un batiburrillo de calaveras y huesos largos —añadió, negando con la cabeza.

—Detesto decirlo así —repuso Nora—, pero la zona en la que estamos trabajando parece un vertedero en el que tiraban la comida sobrante.

—¿Estaríamos hablando de muchos cuerpos canibalizados?

—Sí. —Nora se levantó de nuevo—. Jason, Bruce, dadas las circunstancias, creo que deberíais dejar las cuadrículas que os asigné y concentraros en las adyacentes a esta, empezando por la B4 y la A3. Si es un vertedero, aquí se encontrará el depósito más abundante.

Los hombres asintieron y fueron a recoger su material.

Nora se alejó de la zona de trabajo y Clive la siguió.

—¿Habías trabajado alguna vez en un yacimiento como este? —preguntó.

—En cierto modo, sí. Hace años trabajé en uno que contenía restos de jóvenes víctimas de un asesino en serie que cometió sus crímenes en el siglo XIX. Y en Pueblo, Utah, ayudé en la excavación de un importante yacimiento caníbal de la prehistoria. Ahí es donde conocí a mi marido.

—No sabía que estabas casada.

—Bueno, mi marido Bill… murió.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea.

Clive le cogió la mano espontáneamente y Nora pensó en apartarla, pero no lo hizo. Aquel gesto no era más que preocupación amistosa, se dijo a sí misma.

—Estoy intentando superarlo.

No quería decirle que había fallecido hacía más de seis años. En los últimos meses creía haber dejado atrás lo peor de la muerte de Bill, pero su recuerdo y el dolor siempre parecían resurgir cuando menos se lo esperaba.

—Yo perdí a una novia —confesó Clive—. A una prometida, de hecho. Tenía cáncer de páncreas. Se lo detectaron demasiado tarde, como suele ocurrir. En dos meses se había ido.

—Eso es terrible. Lo siento mucho.

—Creces pensando que todo va a ir bien y que las cosas malas les ocurren a otros y, de repente, la vida te da una bofetada. No podía creerme el dolor y la sorpresa que estaba sintiendo.

Nora asintió. Él también había vivido algo similar, pero parecía haber pasado página.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace dos años, aunque parece que fue ayer. Pero seguimos adelante, ¿no es así? Hacemos lo que sea necesario para continuar con nuestra vida.

Nora asintió de nuevo. Clive seguía agarrándola de la mano. Tras un largo silencio, le dio un amigable apretón y la soltó.

—Nora —dijo—, estoy preparado. Me gustaría trabajar en una cuadrícula.

No se esperaba que la conversación diera un giro tan repentino.

—Clive, no sé si…

—Anoche me enseñaste un montón de cosas y hoy he aprendido mucho observándote.

—Puede que un par de horas de observación no sean suficiente…

—Te prometo que iré poco a poco y con mucho cuidado. Y si encuentro algo, te lo haré saber de inmediato.

Nora pensó en ello.

—Mis antepasados, los Breen, estuvieron en esta montaña. Patrick y Peggy Breen tenían siete hijos de entre uno y catorce años. Dejaron a un lado sus escrúpulos por sus hijos y les dieron de comer carne humana. Fueron la única familia que no sufrió una sola defunción y quedaron marcados para siempre: esos son los niños que sobrevivieron a base de carne humana. Ya sé que parece horrible, pero si su hijo Edward no hubiera recurrido al canibalismo, yo no estaría aquí. Era mi tataratatarabuelo. —Respiró hondo—. Ahora que hemos encontrado estos restos… he descubierto que quiero participar, ser parte de esto, mancharme mucho la camisa de cachemir.

Nora no pudo evitar sonreír. Sabía exactamente cómo se sentía. Aun así, no pensaba arriesgarse demasiado. Consultó el iPad. A lo mejor

podía asignarle una casilla en el cuadrante más alejado del prado, uno situado cerca del bosque, donde había menos posibilidades de encontrar algo relevante o causar desperfectos. El E10 sería un buen punto de partida. El magnetómetro de protones había registrado algo en la zona, pero era una señal débil y alejada de la escena principal.

—De acuerdo —respondió Nora—. Si me prometes que irás con mucho cuidado. Cava a veinticinco centímetros de profundidad como máximo. Y en cuanto encuentres algo, para y notifícamelo, aunque sea solo una piedrecita.

—Te lo prometo.

—Puedes ocuparte de la cuadrícula E10. —Nora dejó el iPad—. Vete a buscar una mascarilla y unos guantes y te enseñaré dónde está.

19

Los descubrimientos eran tan emocionantes, numerosos y rápidos que nadie quiso parar a comer, así que Nora los dejó continuar mientras la tarde se alargaba. Al principio iba a ver a Clive cada media hora, pero cuando quedó claro que estaba llevando a cabo un trabajo lento y minucioso, concluyó que podía dejarlo solo. Gracias a los esfuerzos conjuntos de Salazar y Adelsky, el vertedero estaba arrojando cada vez más objetos, como un tercer cráneo y abundantes huesos humanos, además de trozos de ropa, botones, relicarios y joyas. Todo fue cuidadosamente etiquetado, registrado y ubicado empleando el potente programa arqueológico de las tabletas. Salazar comentó que, en algunos lugares, el vertedero mostraba signos de intervención animal, pero probablemente databan de la época de la tragedia, y tras una breve reunión conjeturaron que en principio obedecían a breves intentos de búsqueda de comida tras el primer deshielo primaveral. Nora sabía que no había muchos animales a aquella altura y, en cualquier caso, los restos debieron de quedar cubiertos de polvo, tierra y hierba muy pronto.

Eran más o menos las tres y media de una hermosa tarde que empezaba a dar paso al crepúsculo, con el sol inundando de luz las montañas nevadas, cuando Clive se acercó a la cuadrícula que Nora estaba fotografiando exhaustivamente.

—¿Tienes un minuto? —preguntó—. Me gustaría enseñarte una cosa.

Su voz era pausada, pero Nora no había visto antes aquella curiosa expresión.

—Claro —dijo, colgándose la cámara del cuello y siguiéndolo al final del yacimiento, apartados de los demás.

Allí, en aquellas cuadrículas más alejadas del campamento principal,

el suelo ya se hallaba a la sombra de los pinos. En el prado soplaba una brisa vespertina que formaba ondas en la hierba fresca y traía consigo el aroma de las flores.

Nora vio que Clive había excavado veinticinco centímetros en el cuadrado que le había asignado, el E10, pero al no encontrar nada y tras cerrarlo y documentarlo como ella le había enseñado, pasó a la cuadrícula contigua, la E9. Fue esa la que señaló.

Nora se arrodilló para examinarla más de cerca. Clive había retirado cuidadosamente la hierba en una sola sección y no había cavado más de cinco centímetros. En el suelo sobresalía algo arrugado y basto. Al principio, Nora creyó que podía ser una silla de montar o la piel de un animal, pero una observación más atenta desveló que se trataba de los restos putrefactos de una bota. Mirando aún más de cerca vio asomar unos huesos del pie.

—Estaba tan cerca de la superficie que solo tuve que apartar la hierba —explicó—. Con solo unas pasadas de la brocha se ha dispersado la tierra.

Nora lo examinó desde varios ángulos.

—Podría ser una tumba —dijo—. O puede que dejaran a este hombre donde murió. La piel de una bota es lo único que nadie se habría comido. Incluso una persona hambrienta sabía que era una locura comerse lo único que te protege del frío y la nieve.

—Tiene lógica, pero no te he traído aquí por esto. —Se agachó al lado de Nora—. Es por esto otro.

Clive cogió un pincel y se volvió hacia un pequeño montículo de tierra revuelta situado junto a la vieja bota.

Al primer brochazo, Nora vio una pequeña bolsa de cuero medio desintegrada y atada con una fina correa. Otro ligero brochazo dejó a la vista una parte de la bolsa que se había podrido y rajado, donde se apreciaba un destello dorado.

Nora la observó con atención durante un minuto y después se volvió hacia Clive.

—Cuando descubrí lo que era volví a taparlo —le explicó este—. Quería que lo vieras tú… antes que nadie.

Nora volvió la cabeza. Salazar y Jason estaban trabajando en el vertedero al otro lado del viejo campamento. Después miró a Clive. Normalmente nadie tapaba nada a menos que estuviera terminando la excavación, pero en este caso asintió en señal de aprobación.

—Ahora tenemos que averiguar qué has descubierto exactamente —le dijo—, sacarlo de ahí y guardarlo bajo llave.

Ocupando el lugar de Clive, cavó con sumo cuidado el resto del cuadrado. La tierra, en efecto, era blanda y maleable, y en media hora había desenterrado la parte baja de las piernas, los pies y unas botas de cuero casi deshechas de lo que parecían dos hombres adultos tumbados uno junto al otro lejos de la zona cuadriculada. Ni los huesos del pie, ni las tibias ni los peronés mostraban signos de desmembramiento o canibalismo. Ambos habían escondido un pequeño saco de monedas en las botas. Después de fotografiarlos y registrarlos allí mismo, Nora los sacó y los colocó sobre una pequeña lona.

—¡Eh!

Nora se giró rápidamente. Salazar les hacía señas desde el vertedero.

—No hemos comido. ¿Podemos documentarlo todo y dejarlo por hoy?

Se volvió hacia Clive, que la miró y se encogió de hombros.

—Bruce, Jason, ¿habéis terminado con vuestras cuadrículas?

—¡Sí!

—¿Habéis subido el estudio y las coordenadas?

—Por supuesto.

—Pues adelante. Guardad el material y volved. Clive y yo cerraremos el yacimiento. También podéis apagar la red. No tengo más datos que añadir por hoy.

—De acuerdo.

—Decidle a Maggie que nos prepare algo para cenar. No tardaremos mucho.

Mientras los dos ayudantes se quitaban las mascarillas, los gorros y los guantes y empezaban a guardar las herramientas, Nora y Clive regresaron a donde se encontraban los sacos de cuero putrefactos. Utilizando unas pinzas finas y una lupa, Nora tocó uno con sumo

cuidado. El saco se desmoronó al instante y dejó al descubierto cinco monedas de oro.

Con una mano enguantada, Clive cogió una por los bordes y le dio la vuelta. A pesar de estar cubierta de polvo y tierra, relucía bajo el sol.

—Es un águila dorada de diez dólares —dijo, observándola más de cerca.

—No parece que estuviera en circulación, aunque las bolsas han dejado muchas marcas. Fue acuñada en 1846 en la fábrica de la moneda de Filadelfia.

—¿Pertenece al tesoro de Wolfinger? —preguntó Nora.

Clive utilizó las pinzas para abrir los restos de ambos sacos, cada uno de los cuales contenía cinco monedas de oro de diez dólares prácticamente idénticas.

—El año coincide —dijo—. La acuñación también. Lo que no cuadra es el número. Aquí no hay mil, sino diez.

—Después de todo lo que ha ocurrido, eres la última persona que habría tomado por un pesimista.

Clive esbozó una sonrisa.

—¿Pesimista? ¿Con esas monedas guiñándome un ojo? No sé tú, pero esto es lo que yo llamo una prueba. Vamos a buscar el resto.

—Si es que están aquí.

—Estarán —afirmó Clive—. Piénsalo. Estos dos ya sospechaban que había juego sucio. Los condenaron al ostracismo. No les permitían acceder al refugio con los demás, así que levantaron un pequeño campamento aquí y escondieron el oro cerca. ¿No te parece?

Nora se sentía un poco incómoda especulando de aquella manera, pero no podía cuestionar la lógica de Clive.

—Sí, estoy de acuerdo.

Cogió el cepillo y la paleta y se puso a trabajar, moviéndose con rapidez y destreza, sin perder tiempo pero sin que se le pasara nada por alto. Al cabo de una hora había desenterrado los dos esqueletos hasta la caja torácica. Y no solo eso, sino que había descubierto unos tablones podridos que parecían los restos de un pequeño y rudimentario refugio hecho con fragmentos de carreta.

Nora se puso en cuclillas mientras Clive fotografiaba las partes visibles de los esqueletos y los trozos de madera.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿Qué opinas?

—La arqueóloga eres tú.

—Y tú el historiador, pero de acuerdo. Dos individuos, según veo, ambos de unos treinta años. Todavía no hemos desenterrado los cráneos, así que no puedo estar segura de su sexo, pero parecen varones. De momento no hay indicios de violencia, ni tampoco de canibalismo. Basándome en el hecho de que están los dos juntos y lejos del grupo principal, y a juzgar por el oro que llevan oculto en sus botas —concretamente águilas doradas de diez dólares acuñadas en 1846—, yo diría que con toda probabilidad se trata de Reinhardt y Spitzer.

—Solo falta el oro. Y, como te comentaba, lo más probable es que lo escondieran por aquí cerca. —Un poco más animado, Clive añadió—: Nora, piensa en lo que hemos conseguido. Llevamos aquí menos de una semana y ¡mira! No solo esto —señaló los sacos de dinero—, sino el Campamento perdido. El Campamento perdido. Y lo hemos encontrado. O, mejor dicho, lo has encontrado tú.

Nora se consideraba una veterana en materia de arqueología de campo y había encontrado varios yacimientos importantes a lo largo de los años, pero aquel entusiasmo repentino, los elogios de un aficionado —aunque de hecho no fuera un aficionado, sino un historiador que había convertido aquel descubrimiento en el trabajo de su vida—, la hicieron ruborizarse.

Sin mediar palabra, envolvieron los restos de los sacos y su contenido y los guardaron en un recipiente. Luego taparon cuidadosamente las cuadrículas y los esqueletos con lonas. Después regresaron a la tienda de trabajo, guardaron las monedas en la caja fuerte y enfilaron el camino para cenar en el campamento.

20

9 de mayo

Al día siguiente, poco después de comer, Nora se tomó un descanso. Ella, Clive, Adelsky y Salazar se habían concentrado toda la mañana en la excavación de Spitzer y Reinhardt. Tras informar del descubrimiento a los dos ayudantes, Nora había acabado de desenterrar los esqueletos mientras los otros ampliaban las excavaciones a ambos lados, abarcando un metro más en terreno virgen. Habían reducido toda la zona al nivel del suelo de 1847, e incluso más, por si el oro estaba enterrado allí mismo, pero de momento no habían encontrado nada: ni oro ni señales de ninguna tumba; tan solo harapos y unos cuantos botones.

Clive y los dos ayudantes siguieron trabajando después de almorzar, pero Nora decidió hacer un alto. A lo largo de su carrera profesional había descubierto que de vez en cuando tenía que parar y dejar que el yacimiento arqueológico le hablara. Cuando estaba cavando, a veces se concentraba tanto en un metro cuadrado de tierra que empezaba a perder la historia que el yacimiento intentaba contarle. Le había ocurrido mientras buscaba el oro, y tuvo que recordarse a sí misma que era solo una pequeña parte de los tesoros arqueológicos que estaba brindando aquel yacimiento.

Así que Nora dejó la pala y se paseó por el lugar, apagando la vertiente intelectual de su cerebro, desterrando los pensamientos sobre el oro y «permitiendo que la historia se elevara de la tierra», como le había dicho un profesor. Intentó recrear mentalmente las condiciones del yacimiento —la nieve flotando, las montañas inhóspitas, la naturaleza en todo su apogeo— y cómo la gente que había quedado allí

atrapada solo pensaba en una cosa: sobrevivir. Mientras respiraba el aire de las montañas y miraba a su alrededor, sintió la extrañeza y el aislamiento que debieron de sentir ellos. Hoy se encontraban a menos de veinticinco kilómetros de una gran autopista interestatal, pero parecían estar en los confines de la tierra. En 1847, los viajeros debían de hallarse más lejos de la civilización de lo que podían concebir en la actualidad.

Sus pasos la llevaron hasta una zona situada cerca del riachuelo, la hilera de cuadrículas paralelas con la etiqueta F, las más alejadas del camino de Hackberry. Allí, en un lugar aislado, el magnetómetro había registrado una pequeña sombra, algo poco natural dentro o alrededor del cuadrado F2. Por alguna razón, ese lugar le decía algo a Nora, aunque no sabía por qué. Tal vez se sentía atraída por él porque era más agradable que buena parte del valle. Todavía no había cavado la cuadrícula, pero tenía la sensación de que podía contener algo especial, incluso importante. Susurraba a sus instintos profesionales de la historia, le hablaba de relatos que llevaban mucho tiempo esperando a ser contados. Y había algo en el terreno virgen, antes de que la primera pala se hundiera en la tierra, que resultaba casi mágico.

Y lo más importante de todo: apartaría su mente de la búsqueda del oro de Wolfinger.

Se preparó con cuidado para excavar la cuadrícula F2. Mientras trabajaba, oía a Adelsky y a Salazar charlando desde una zona más elevada, donde estaban terminando con la sección de Spitzer y Reinhardt, aunque sin éxito. De soslayo pudo ver a Clive, que se había alejado de Adelsky y Salazar y se encontraba cerca de la arboleda con las manos en los bolsillos y mirando al cielo, aparentemente sumido en sus pensamientos.

Cuando Nora empezó a trabajar en la cuadrícula, apartando la tierra con esmero, la envolvió una sombra. Al darse la vuelta vio a Clive, con las manos aún en los bolsillos.

—¿Has decidido probar suerte aquí? —preguntó.

Nora se secó la frente con el dorso del guante y asintió.

—¿Puedo mirar?

—Por supuesto.

Clive se agachó junto a ella, evitando alterar las líneas de la cuadrícula, y luego sacó un puro y lo encendió.

—¿Te importaría…? —protestó Nora, indicando la dirección del viento.

—Ah, lo siento. —Clive cambió de posición—. Antes fumaba como un carretero, tres cajetillas diarias, así que me pasé a estos puros Dunhill tan caros para ver si el precio me ayudaba a moderar el consumo.

—Es solo el segundo que te veo fumar.

—Sí, he reducido el consumo en los últimos años. Ahora solo fumo para relajarme, calmar los nervios. Ya sabes, esas cosas.

Clive la observó unos cinco minutos y entonces negó con la cabeza.

—He estado pensando…

Dejó la frase a medias.

—¿Pensando qué?

—Que he sido un imbécil.

Nora dejó lo que estaba haciendo y se sentó apoyando el peso en los talones.

—¿Te importaría decirme por qué?

—Esos dos, Reinhardt y Spitzer, llevaban el oro en las botas. ¿Por qué?

—¿Cuál crees que es el motivo?

—Que era todo el puto tesoro que tenían.

Clive lo dijo con un tono de amargura y mirando al suelo. Era la primera vez que Nora le oía soltar una grosería.

—¿Y cómo lo sabes?

—Ambos coincidimos en que debían de guardar el oro cerca. Pues acabamos de desenterrar su miserable casucha y no hemos encontrado nada.

—A lo mejor lo escondieron debajo de estos árboles —repuso Nora—. O lo enterraron en la nieve.

Clive negó con la cabeza.

—Mi instinto no me dice eso.

Nora no podía creerse lo que estaba oyendo.

—Pero, Clive, fuiste tú quien llevó a cabo la investigación histórica. Era impecable. Nos lo explicaste a mí y a la doctora Fugit en su despacho. Wolfinger retiró ese oro.

Clive dio una calada al puro.

—Lo único que encontré fue un justificante bancario. Los detalles relacionados con Wolfinger son técnicamente debatibles.

—Pero, aun así, sabemos que hubo un robo y un asesinato.

—Claro, cometidos por un par de gilipollas que se llevaron cien dólares por las molestias. Cuando encontramos esas monedas dije que no parecían haber entrado en circulación, aunque tenían más marcas de lo habitual. He estado dándole vueltas y, si soy honesto conmigo mismo, debo reconocer que no es así. Están rayadas y abolladas, y eso no lo provocaría una bolsa. ¿Y sabes por qué? Porque Reinhardt y Spitzer llevaban esas monedas en las botas desde que asesinaron a Wolfinger.

—Pero… —empezó Nora, que prefirió no continuar al ver la expresión de Clive.

—Lo mataron esperando conseguir una fortuna y solo encontraron diez monedas de oro. No es que en 1847 fuera calderilla, pero tampoco un tesoro. Precisamente de esas cosas nacen las leyendas, y esta en concreto era lo bastante creíble para engañarme.

—Clive, ¿qué te hace pensar que ese oro no está escondido en otro…? —preguntó Nora, pero Clive la interrumpió.

—Ponte en su piel por un momento. Piensa qué harías tú.

Nora lo meditó un momento.

—Supongo que lo habría tenido siempre a la vista.

—¡Exacto! He cometido un gran error. Soy historiador profesional y debería haber sido más cuidadoso. No tengo excusa.

—¿Qué error? ¿Excusa para qué?

—Para hacer una suposición. Supuse que Wolfinger había retirado ese dinero. Pero, Nora, la cuestión es que esos registros bancarios estaban incompletos. La doctora Fugit tenía razón al mostrarse escéptica. Sí, Wolfinger retiró dinero esa semana, pero fueron cien

dólares. Los otros novecientos debieron de salir de allí en otras operaciones y se perdieron en los registros incompletos del banco. Por eso Reinhardt y Spitzer se dividieron el oro a partes iguales, cinco monedas por cabeza. Por eso lo llevaban en las botas. Y… y por eso te he decepcionado. —Igual que había hecho antes, miró al cielo—. Nora, estoy avergonzado. Le garanticé al instituto que encontraríamos ese oro y lo único que tenemos son diez tristes monedas.

Nora guardó silencio unos instantes. Al oír a Clive sintió algo que no esperaba: remordimientos. Como arqueóloga, siempre se había dicho a sí misma que el oro, un tesoro, no tenía importancia. A fin de cuentas, ella no se llevaría nada. Estaba rodeada del auténtico tesoro, un importante descubrimiento arqueológico, pero pese a sus esfuerzos, ella también estaba experimentando algo más que una punzada de decepción.

Desterró aquellos pensamientos.

—Esas diez monedas siguen siendo mucho dinero —dijo.

—No lo suficiente para financiar esta expedición —respondió Clive —. Y sí que llegaron a entrar en circulación. Puede que su valor histórico aumente un poco el precio, pero aun así solo valen mil dólares cada una, quizá un poco más.

—Es posible, pero ¿no lo ves? Nunca estuvimos seguros de que encontraríamos ese oro. Y el hecho es que ya no importa. Hemos encontrado el Campamento perdido. Eso es lo importante. Esto será un triunfo tan grande para el instituto que la doctora Fugit podrá recaudar mucho dinero gracias a este yacimiento.

—Eso espero —añadió Clive—. Pero eso no cambia el hecho de que te he decepcionado.

Tiró el puro a medias y lo pisó.

—Será mejor que te lleves eso.

—Por supuesto. Lo siento. —Clive envolvió la colilla con una servilleta—. He interrumpido tu trabajo para lamentarme. Continúa. Veamos qué hay en esta cuadrícula.

Nora cogió el cepillo y empezó a apartar la tierra blanda, que iba retirando con la paleta para cribarla más tarde. Se topó con algo casi de

inmediato, así que empezó a realizar suaves movimientos semicirculares, hasta que apareció un delicado maxilar humano.

—Es diminuto —comentó Clive.

—Pertenece a un niño —dijo Nora—. ¿Ves el diente de leche? Calculo que tenía entre seis y ocho años.

Se le quebró la voz, y en un momento la idea del oro se había esfumado.

—En el grupo solo había un niño de esa edad —murmuró Clive, mirando más de cerca.

Nora siguió trabajando muy despacio y con cierta reverencia, limpiando la mandíbula y liberándola de la tierra que la había aprisionado durante más de un siglo y medio.

—¿Por qué no haces fotos para documentar todo esto? —le pidió Nora en voz baja.

Clive fotografió la mandíbula desde varios ángulos. Pronto apareció el resto del cráneo, que estaba intacto.

En silencio, como si intuyeran que se había producido un descubrimiento importante, Adelsky y Salazar habían dejado sus cuadrículas y se habían acercado a observar.

Nora siguió cavando y desenterró varias vértebras cervicales y una pequeña caja torácica. Entonces apareció una horquilla plateada con forma de lazo y un mechón de cabello rubio pegado. Se detuvo al verlo. Los otros estaban hipnotizados; Nora sintió la intensidad de su mirada al contemplar los que sin duda eran los restos de Samantha Carville, la única niña del Campamento perdido. El esqueleto estaba tumbado boca arriba con los brazos cruzados cariñosamente sobre el pecho.

Clive rompió el silencio.

—Es increíble que el pelo se haya conservado todos estos años.

—Es por el frío y la altura —le explicó Salazar.

Nora se dio cuenta de que se le habían dormido las piernas. Se levantó con esfuerzo y se masajeó las pantorrillas. Entonces se sorprendió al ver a alguien detrás de ellos, al borde del claro.

Era Jack Peel. Estaban tan concentrados en el descubrimiento que no lo habían oído acercarse. Llevaba un sombrero de vaquero y un abrigo

largo, y los estaba mirando fijamente. Nora se quitó los guantes y saludó. Adelsky hizo lo mismo. Por un momento, Peel permaneció inmóvil, medio envuelto en sombras. Luego levantó una mano, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad con el abrigo aleteando tras él.

—Es un tío raro —comentó Clive.

Adelsky y Salazar retomaron sus tareas y Nora siguió trabajando con la ayuda de Clive hasta que terminó el cuadrante. Finalmente, soltó las herramientas y suspiró. Un par de cuervos se graznaban el uno al otro entre dos árboles muertos. Se formó una neblina cuando empezó a oscurecer. Nora contempló el delicado esqueleto, con su horquilla plateada y la trenza de cabello rubio. En la cuadrícula solo se veía la parte superior de Samantha. De cintura para abajo estaba enterrada en la cuadrícula contigua, que Nora no había abierto aún. Lo dejaría para el día siguiente.

Cogió una lona, la desplegó y tapó los restos de la niña.

Aquella noche, la cena alrededor de la hoguera fue tranquila. Nora y su equipo estaban agotados por los trabajos iniciales de la excavación. Clive estaba inusualmente callado y Nora pensó que seguía dándole vueltas al hecho de no haber encontrado el oro. Solo Maggie parecía hacer gala de su habitual buen humor, sirviendo raciones extra y provocando a Adelsky porque no había podido terminarse su chili picante y le caía el sudor por la frente. No tardó en llegar la oscuridad, y con ella el frío nocturno. Burleson alimentó la hoguera y, cuando hubo servido más café a todos, Maggie empezó a contar uno de sus chistes interminables, en este caso una vulgaridad sobre una prostituta, un clérigo tuerto y un loro que hablaba francés. Nora se dedicó a divagar hasta que unas carcajadas estridentes interrumpieron sus pensamientos. Pero entonces oyó a Maggie iniciar una de sus larguísimas especulaciones sobre la expedición Donner. Con pesar, se dio cuenta de que estaba a punto de contar otra historia de fantasmas sobre Samantha Carville.

—Maggie —intervino lo más amablemente que pudo—, creo que no es momento para una historia como esa.

La cocinera la miró con semblante de fingida indignación.

—¿Por qué no? Si no contamos historias, ¿qué podemos hacer alrededor de una hoguera?

—Me refiero a esa en concreto. —Nora respiró hondo—. Hoy hemos encontrado el esqueleto de Samantha Carville.

Se hizo un breve silencio. Maggie fue la primera en recuperarse de la sorpresa.

—¿Y su pierna?

—Solo hemos desenterrado la mitad superior de sus restos —explicó Nora, que vio a Peel frunciendo el ceño y removiendo agresivamente las brasas con un palo.

Clive salió en ayuda de Nora.

—Maggie, por lo que respecta a la pierna de Samantha, a mí también me gustan las leyendas, pero no hay una sola prueba que sostenga esa historia. Sin duda, descubriremos la verdad mañana.

Clive fue interrumpido por Wiggett, que le puso una mano en el hombro y señaló con la cabeza hacia la oscuridad.

Por un momento no hubo más sonidos que el chisporroteo del fuego y el viento frío entre los árboles. Pero entonces Nora oyó el chacoloteo de unas herraduras y el resoplido de un caballo.

Nadie se movió.

Los golpes lentos y sordos se acercaron y, de repente, apareció una figura en la oscuridad: una joven con una chaqueta gruesa, guantes y un caballo palomino detrás de ella.

21

La mujer se detuvo a la luz de la hoguera y observó al grupo con incertidumbre. De cerca, a Nora le pareció aún más joven de lo que le había parecido al primer vistazo, con una nariz pequeña y respingona, la tez pálida y el pelo castaño con un escalado profesional. Se situó fuera del círculo, como si quisiera mostrar respeto al espacio personal de los demás. Puede que su cuerpo permaneciera inmóvil, pero sus ojos estaban captándolo todo y a todos.

Burleson se puso de pie.

—Veo que ha traído uno de nuestros caballos hasta aquí —dijo.

—Así es —respondió la mujer—. Lo alquilé en su rancho. Siento entrometerme de esta manera. —Tras unos momentos de duda, sacó una placa que llevaba colgada del cuello por debajo del abrigo—. Soy la agente especial Corinne Swanson, del FBI. Estoy aquí como parte de una investigación.

Nora la miró con incredulidad. ¿Una agente del FBI? Tenía que ser una broma. ¿Qué clase de investigación podía desarrollarse allí? En cualquier caso, no parecía tener edad para ser agente; más bien parecía recién salida del instituto.

Burleson fue el primero en reaccionar.

—Bienvenida, agente Swanson. —Se volvió hacia Wiggett—. Drew, ¿puedes llevar su caballo al cercado?

Wiggett se levantó, cogió las riendas y desapareció con el caballo en la oscuridad. La agente Swanson se quedó allí con aire indeciso.

—Bueno —dijo Burleson—, ¿no quiere sentarse?

—Gracias. —Swanson ocupó una silla plegable delante del fuego—. No teníamos forma de contactar con ustedes. Esperaba llegar aquí antes de que anocheciera, pero el trayecto era más largo de lo que

imaginaba. Me dijeron que viniera con un guía y debería haberles hecho caso. Me he perdido un par de veces. —Sonrió ligeramente y se apartó el pelo de la cara—. Supongo que se estarán preguntando qué hago aquí.

—Preguntarnos es poco —reconoció Maggie—. ¿Han asesinado a alguien?

Su tono de voz casi sonó esperanzado.

—Será un placer explicárselo.

La chica —la mujer— cambió de postura. Nora desconocía el aspecto que supuestamente debía tener un agente del FBI. Solo había conocido a uno en su vida, y obviamente pertenecía a una categoría propia, pero la agente Swanson no podía distar más de lo que ella imaginaba.

—Solo quiero adelantarles que aquí nadie es sospechoso de ningún delito —anunció.

—Eso está bien —comentó Wiggett—, porque empezaba a preocuparme esa puñetera multa por exceso de velocidad que tiré hace dos años en Utah.

Se oyeron unas risas forzadas.

—Estoy investigando un caso relacionado con la profanación de una tumba, un homicidio y una persona desaparecida.

Tras esas palabras se disiparon las risas y se hizo el silencio.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Nora, que hablaba por primera vez.

—En los últimos siete meses se han abierto ilegalmente tres tumbas y los restos han sido profanados. Hace poco, desapareció una mujer de Arizona en circunstancias sospechosas.

—Dios mío —murmuró Maggie, que se sirvió otro vaso de vino.

—Resulta que todos los individuos que acabo de mencionar, incluida la mujer desaparecida, tienen algo en común.

—Ha dicho usted «tumbas abiertas ilegalmente» —la interrumpió Maggie—. ¿Se refiere a robos en tumbas? ¿Se llevaron los cadáveres o algo así?

—Bueno, esa información es confidencial, pero sí, se llevaron parte de los restos.

—Joder.

—¿Y dónde encajamos nosotros en todo esto? —insistió Nora.

—En el elemento en común al que hacía referencia. Los cuatro individuos descendían de una única persona, un hombre apellidado Parkin.

Nora vio que aquello había agitado a Clive.

—¿Albert Parkin? —preguntó—. ¿De la expedición Donner?

—Exacto. Y, según tengo entendido, es uno de los individuos del campamento en el que están realizando las excavaciones.

—¿Cómo ha conseguido esa información?

—Gracias a mi investigación sobre las tumbas de los Parkin que han sido profanadas salieron a la luz los antepasados familiares, incluyendo su vínculo con la expedición Donner. Me enteré de su proyecto y contacté con la directora del instituto, que me facilitó los detalles restantes, incluida una lista de las personas desaparecidas que ustedes esperan localizar.

—Un momento —dijo Nora—. Si Parkin murió aquí, ¿cómo pudo dejar descendencia?

—Abandonó a su mujer y a sus seis hijos en Illinois.

—La trama se complica —comentó Maggie con deleite—. Pero, espere. ¿No ha mencionado un homicidio?

—En una de las tumbas profanadas se encontró un cadáver al que habían disparado. Creemos que lo contrataron para que desenterrara el cuerpo.

Aquellas palabras provocaron un silencio que acabó rompiendo la agente del FBI.

—Y bien, ¿han identificado restos pertenecientes a Albert Parkin?

—No —repuso Nora—. Por el momento solo hemos identificado a tres individuos: una niña llamada Samantha Carville y dos adultos, Spitzer y Reinhardt. Aun así, son identificaciones provisionales, porque todavía no hemos realizado pruebas de ADN.

—¿A cuántos individuos han desenterrado?

—Es difícil saberlo, teniendo en cuenta que muchos huesos están rotos y mezclados. Incluyendo a las tres personas que ya he

mencionado, hasta ahora hemos localizado seis cráneos parciales o completos.

—Entonces ¿es posible que ya hayan desenterrado a Parkin pero aún no lo sepan?

—Es posible.

Clive decidió intervenir:

—Esto es muy interesante, pero no entiendo qué relación tienen nuestras actividades con esos robos en cementerios. Ya ha dicho que ninguno de nosotros está bajo sospecha.

Swanson volvió a cambiar de postura; Nora se dio cuenta de que la fachada de confianza que intentaba proyectar no era demasiado sólida.

—De momento, solo estamos recabando información.

—En otras palabras —dijo Burleson—, ha venido de pesca.

—Parece mucha coincidencia que la misma persona cuyos descendientes han sido desenterrados ilegalmente también esté siendo desenterrada.

—Sí, pero legalmente desenterrada —precisó Nora—. Ya ha hablado con la doctora Fugit, así que obviamente sabe que nuestras excavaciones cuentan con plena autorización y con permisos federales y estatales, por no mencionar que han sido patrocinadas por uno de los institutos arqueológicos más importantes del país.

Swanson respondió con voz pausada.

—Mañana me gustaría visitar el yacimiento y examinar los restos humanos. También quisiera aprovechar la oportunidad para hacerles a usted y a su equipo unas cuantas preguntas. Si no le importa, claro está.

—Puede hacer usted tantas preguntas como guste —concedió Nora—. Pero, tal como ha dicho Clive, cuesta imaginar que una muerte que se produjo en 1847 guarde relación con el hecho de que se hayan cometido robos en las tumbas de sus descendientes casi doscientos años más tarde.

—Eso es exactamente lo que intento averiguar.

—Este es un yacimiento arqueológico activo y extremadamente delicado —continuó Nora—, y como directora de la excavación no puedo permitir que gente sin cualificaciones ande por ahí tocando

cosas. ¿No debería usted presentar una orden judicial?

Swanson repuso con una voz tan plana como una pradera de Kansas:

—Esto es territorio federal. Yo soy agente federal. No necesito una orden judicial para registrar propiedades federales o para llevar a cabo cualquier investigación que considere oportuna. Pero, solo para tranquilizarla, tengo un máster en antropología forense por el Colegio John Jay de Justicia Criminal. —Hizo una pausa—. Y por lo que he visto en su currículum, que está publicado en la página web del Instituto Arqueológico de Santa Fe, poseo como mínimo tantas cualificaciones como usted para manipular restos humanos, doctora Kelly.

Nora miró fijamente a la agente bajo la luz parpadeante del fuego. Era una joven decidida y, al mismo tiempo, carente de seguridad en sí misma. Para contar con tantas cualificaciones, estaba muy a la defensiva.

Nora se dio cuenta de que aquel podía ser su primer caso.

22

10 de mayo

Como de costumbre, la agente especial Corrie Swanson se levantó antes de que amaneciera e hizo cien abdominales en su tienda improvisada para mejorar la circulación antes de vestirse y empezar el gélido día. Todo el mundo se quedó callado cuando llegó a desayunar, y se sintió aliviada cuando por fin se dirigió al yacimiento arqueológico, que se encontraba a unos ochocientos metros del campamento. El valle le pareció un lugar opresivo, encerrado por montañas de roca oscura y salpicado de derrubios. Los rodeaba un círculo de cimas cubiertas por montículos de nieve. Más abajo, entre varias píceas muertas, se intercalaban tramos de hierba enclenque. Al otro lado había un pequeño y triste estanque rodeado de piedras. Aunque era media mañana, el sol todavía no se había elevado sobre los riscos del este y el valle seguía en sombras. Los únicos pájaros visibles eran cuatro cuervos graznando en un árbol muerto.

Swanson se acercó al borde de la zona excavada y observó las lonas azules tendidas en el suelo. Recordó una investigación sobre unos restos humanos que había descubierto años antes cuando estudiaba en Colorado, y se dio cuenta de que también podía desarrollar una fascinación morbosa por la dura experiencia de la expedición Donner: los ocho metros de nieve y una hambruna tan extrema que se vieron obligados a comerse a su propia familia. Era casi impensable pero, al mismo tiempo un testimonio de la voluntad de supervivencia del ser humano.

Las excavaciones, la tienda de trabajo y las zonas de clasificación eran prolijas y estaban bien organizadas, al menos para su ojo

inexperto. Al observar el lugar, no pudo evitar preguntarse si aquello no sería como buscar una aguja en un pajar. Morwood, sin duda, lo pensaba. Había rechazado sus dos primeras peticiones y acabó cediendo tras su continuada insistencia. Le había concedido un viernes, además del fin de semana. Teniendo en cuenta los trayectos, solo podría pasar un día entero en el yacimiento.

Pero al contemplar el prado, el misterio regresó con mayor insistencia. ¿Por qué todos esos Parkin desenterrados súbitamente? Había estado devanándose los sesos en busca de una hipótesis. ¿Podía ser por una herencia? No. Los descendientes de Albert Parkin no tenían mucho dinero, y tampoco había pruebas de conflictos legales o de otra índole en la familia. Los difuntos cuyas tumbas habían sido saqueadas eran primos segundos o terceros que obviamente no se conocían. ¿Podía guardar relación con un problema médico poco conocido, una enfermedad o un síndrome raro de carácter hereditario? Pero tampoco había indicios de eso, al menos tras una búsqueda en los historiales médicos. ¿Tal vez una estrambótica forma de venganza contra la familia? ¿O quizá una oscura práctica religiosa con un posible vínculo con el vudú?

Cada idea que se le ocurría era más estrafalaria que la anterior. Lo cierto era que no tenía ni idea de lo que debía buscar, pero no pensaba demostrar su desconcierto.

Entonces apareció Nora Kelly seguida de Clive Benton, el historiador.

—Y bien, ¿qué quiere ver? —preguntó Kelly de brazos cruzados.

Su voz irradiaba desconfianza.

Corrie intentó mostrarse firme y segura de sí misma.

—Si no les importa quitar las lonas, me gustaría ver los restos más de cerca.

—Como puede observar, la excavación se realiza en varias zonas por separado. Sería útil que me explicara un poco qué está buscando.

Corrie se puso a la defensiva ante aquella petición.

—Doctora Kelly, normalmente no estamos autorizados a comentar los detalles de nuestros casos hasta que los ponemos en manos de la fiscalía.

—Todo iría más rápido si pudiéramos acotar los parámetros. Preferiría no destapar todo el yacimiento. Sería una pérdida de tiempo para usted y para nosotros.

Corrie señaló con la cabeza las lonas azules situadas al fondo del yacimiento, cerca de la arboleda.

—¿Qué hay allí?

—Spitzer y Reinhardt, los hombres a los que mencioné ayer noche. Acamparon lejos de los demás.

—¿Y esa otra lona más pequeña al lado del riachuelo?

—Son los restos de Samantha Carville, una niña. Fue una de las primeras en morir.

—¿Solo Samantha Carville? ¿Nadie más?

—Que nosotros sepamos, no. Todavía estamos excavando esos cuadrantes.

Corrie volvió a fijar su atención en la parte principal del yacimiento.

—¿Y qué representa esa zona más grande?

—Es un vertedero, básicamente un montón de basura. Es donde hemos descubierto la mayoría de los restos hasta el momento. Todavía no hemos desenterrado la hoguera y el refugio del campamento, pero creemos que están en esa zona cuadriculada de ahí.

—Ayer mencionó seis cráneos. ¿Los otros tres están en el vertedero?

—Sí, dos hombres y una mujer, además de muchos huesos, trozos de ropa, botas, etcétera. Y los restos de los perros y los bueyes del campamento, que, por supuesto, fueron consumidos mucho antes que cualquier ser humano.

—¿Alguno de esos tres cráneos podría pertenecer a Albert Parkin?

—Es posible, sí —respondió la doctora Kelly—. No hemos realizado ninguna identificación en el vertedero. Se sabe que aquí murieron nueve personas, así que todavía nos faltan tres cráneos, los de un varón y dos mujeres. Todos los hombres eran adultos, así que será complicado identificar a Parkin sin un análisis de ADN.

Corrie sintió una leve satisfacción al darse cuenta de que tenía una oportunidad de poner a aquella sabelotodo en su sitio.

—¿De verdad? Dependiendo de la localización del cuerpo, no creo

que la identificación de Parkin sea complicada.

Nora Kelly descruzó los brazos.

—¿Y eso por qué?

—Fue herido por una flecha durante una travesía por el desierto. Le rompió la clavícula.

—Correcto —intervino Benton, el historiador—. Los indios dispararon a la caravana en varios tramos de la ruta.

—La fractura debería ser visible, esté curada o no —añadió Corrie.

Nora no respondió.

—De acuerdo. No necesitaré examinar la zonas periféricas, solo ese vertedero. ¿Pueden retirar las lonas, por favor?

Hubo una pausa.

—Como desee —accedió Kelly—. Lo haremos por cuadrantes. No me gusta que los huesos queden destapados y expuestos a la luz. —Se volvió hacia uno de sus ayudantes—. Jason, ¿tú y Bruce podéis destapar las cuadrículas B3 y B4, por favor?

Mientras los dos se ponían manos a la obra, Nora Kelly señaló una mesa de trabajo en la que había varias cajas.

—Tendrá que ponerse guantes de nitrilo, cubrezapatos, mascarilla y gorro. Y le pediría por favor que no toque nada. Estamos intentando impedir contaminaciones de ADN.

—Por supuesto.

Poco después habían destapado los cuadrantes, y Corrie, ya vestida adecuadamente, sacó una lupa. Al hacerlo oyó risitas desde atrás y a alguien susurrando: «¡Watson, comienza el juego!».

—Esos metros cuadrados representan el centro del vertedero —explicó Nora—. Creemos que la mayoría de los restos están concentrados ahí.

Swanson observó la zona, que era una masa densa de huesos desperdigados, una mezcla de fragmentos con un par de huesos enteros, muy pocos con articulaciones y sin ningún esqueleto completo. Para un ojo poco entrenado, parecía una maraña desordenada.

Se acercó con sumo cuidado al borde de la cuadrícula más próxima y, arrodillada sobre un tablón, el olor a tierra fresca le inundó las fosas

nasales. Al acercar la lupa a los huesos vio marcas realizadas con cuchillos de hierro, zonas quemadas y fracturas irregulares en los puntos en los que habían extraído la médula, todos ellos signos típicos de canibalismo. Swanson tomó unas cuantas fotografías con la cámara que le había facilitado la agencia. Los tres cráneos mostraban indicios de haber sido cocinados en una hoguera y rotos para sacar el cerebro. A pesar de las lesiones, era obvio que se trataba de adultos, dos hombres y una mujer, tal como había dicho la doctora Kelly.

Swanson se concentró en el primer cráneo de varón. Eran dos piezas adyacentes con la mandíbula asociada. La parte trasera del cráneo estaba astillada y descascarillada a causa de las quemaduras. El otro cráneo se encontraba cerca y presentaba un patrón similar de quemaduras y astillas. Los cráneos estaban rodeados por un batiburrillo de huesos y fragmentos postcraneales. Casi todos estaban rotos y algunos resultaban irreconocibles. En la base del yacimiento había unas cuantas banderitas con números y letras insertados.

Era un vertedero de comida en el que habían tirado las sobras de sucesivos guisos a lo largo de semanas o incluso meses, y muchos huesos estaban amontonados sobre otros. No había manera de saber qué costillas, vértebras o clavículas estaban asociadas a un cráneo en particular. Swanson hizo lo que pudo por disimular su disgusto. Lo que más ansiaba era poner a Nora Kelly en su sitio identificando la clavícula rota de Parkin delante de sus narices.

—Tal como mencioné ayer noche —dijo Kelly—, este es un yacimiento activo. La palabra clave es «activo». Como ve, aún queda mucho por hacer.

—¿Y esas banderitas? —preguntó Corrie, que se levantó y señaló los pequeños indicadores de colores.

—Son etiquetas de verificación que coloca mi equipo al inicio de cada nueva sesión de trabajo. Ayudan a asociar la información digital que utiliza el modelo informático con la excavación física, emparejando los datos con la tierra, por así decirlo.

Corrie asintió. Obviamente, era una operación profesional y bien organizada. Por el momento solo podía esperar más resultados, y debía

regresar a Albuquerque al día siguiente.

—Me gustaría mucho conocer un poco más acerca de su investigación —dijo la arqueóloga—. Lo que pueda contarme.

—No puedo dar más detalles de los que ya le he dado. Si logran identificar a Parkin, ¿podrían notificármelo de inmediato? Y, por supuesto, les agradecería que los restos fueran clasificados adecuadamente.

Nora frunció el ceño y Corrie se dio cuenta de que había sonado condescendiente, así que al momento añadió:

—Por supuesto, no pretendo decirle cómo debe hacer su trabajo. Pero no estamos seguros de cómo pueden encajar los restos de Parkin en la investigación y es vital que estén a buen recaudo.

Kelly asintió.

—¿Algo más?

—Manténganme informada. Si identifican a Parkin, puede que solicitemos que nos entreguen los huesos para analizarlos. Pero por ahora no será necesario.

Nora Kelly pidió a sus dos ayudantes, Salazar y Adelsky, que volvieran a tapar los cuadrantes.

—Si no le importa, tengo unas preguntas para usted y el doctor Benton —pidió Corrie.

—Vamos a sentarnos.

Ambas fueron hacia la tienda de trabajo y se sentaron en unas sillas situadas debajo de una lona. Corrie sacó un cuaderno y un bolígrafo.

—Solo por confirmar: han identificado los tres cuerpos de los puntos más alejados, dos varones adultos y una niña, y en el vertedero han encontrado tres cráneos de adulto, una vez más, dos varones y una mujer todavía por identificar.

La doctora Kelly asintió.

—Ha mencionado usted que en este campamento murieron nueve individuos de un total de once. ¿Qué fue de los otros dos?

—Un hombre llamado Boardman escapó. Consiguió llegar hasta el campamento de Donner y murió allí. Otro, llamado Chears, fue rescatado, pero falleció poco después de regresar a la civilización. De

los once que quedaban, hemos encontrado a seis e identificado a tres.

—¿Cree que encontrarán a los otros tres en este yacimiento?

—Todavía estamos excavando la parte trasera, así que es un poco pronto para saberlo. No me extrañaría que la mayoría de los restos estén ahí. Es posible que encontremos a uno o dos en puntos más alejados, o tal vez donde estaba el refugio.

—¿El refugio?

—Sí. Construyeron un refugio rudimentario con madera de los carromatos, y dentro había una especie de cocina. Nuestro magnetómetro indica que es esa zona cuadriculada al otro lado del vertedero, pero no podemos saberlo a ciencia cierta hasta que lo abramos.

—Entonces ¿los restos de Parkin podrían seguir ahí?

—Es una posibilidad. Todavía nos falta por localizar un varón adulto.

Corrie tomó algunas notas.

—Dígame una cosa: ¿cómo se originó esta excavación?

—Clive puede proporcionarle esa información.

Benton procedió a exponer con agotador detalle los años que había pasado buscando el diario de Tamzene Donner, cómo lo había encontrado y cómo había acudido a Nora Kelly y al instituto y los había convencido de que buscaran el lugar. Luego, Kelly tomó las riendas y explicó cómo había llegado la excavación hasta aquel punto y qué planes tenían de ahora en adelante. Todo parecía legítimo, con la salvedad del robo del diario por parte de Benton, pero estaba fuera de su jurisdicción y, la verdad, si ella hubiera estado en su lugar, probablemente habría hecho lo mismo, al menos en su época de malhechora.

Luego hizo varias preguntas generales y recibió respuestas también genéricas. No encontró nada ni remotamente sospechoso, nada, al menos en apariencia, que relacionara la expedición con sus investigaciones. No sabía cómo reaccionaría Morwood cuando le presentara el informe.

Corrie cerró el cuaderno y consultó su reloj.

—Por ahora tengo lo que necesito. Será mejor que vuelva a la ciudad

antes de que se haga tarde. Me gustaría darles las gracias por su cooperación.

Ella y Kelly se levantaron.

—Si identifican a Parkin —insistió Corrie—, recuerden informarme de ello. Y tengan cuidado. Puede que no haya relación, pero nunca se sabe, y ha habido un homicidio y un probable secuestro. Mantengan la guardia alta.

La expresión de alivio de Nora Kelly cuando le estrechó la mano para despedirla era evidente.

23

11 de mayo

A la mañana siguiente el cielo estaba despejado, igual que durante toda la noche, lo que brindó a Nora y a todo el equipo unas vistas espléndidas del cometa que Skip le había mencionado antes de partir. Pero hacia mediodía empezaron a formarse nubarrones en las cimas que los rodeaban.

La primera tarea de Nora era abrir el cuadrante que contenía la mitad inferior del cuerpo de Samantha Carville. Tras retirar la capa superior de hierba, ella y Clive utilizaron cepillos y varas de bambú para cavar con agónica lentitud hasta llegar al nivel de los huesos. Igual que antes, apilaron la tierra en una bandeja para cribarla y someterla a flotación más tarde.

Incluso un cuadrante poco profundo como aquel ponía a prueba la paciencia de cualquiera. Nora estaba acostumbrada, pero Clive empezó a sudar y mostró cierta tendencia a precipitarse. Mientras ellos trabajaban en las cuadrículas de Carville, Salazar y Adelsky estaban abriendo otra al borde del vertedero.

—Poco a poco, Clive. Esos huesos no irán a ninguna parte.

—Lo siento —dijo él—. La curiosidad me vuelve impaciente. ¿A ti no te pasa?

—Sí. Tuve que aprender a bajar el ritmo, y tú también deberías.

Clive se echó a reír y la miró con sus ojos azules.

—Parece que tenemos mucho en común.

Nora no dijo nada, pero le vinieron a la mente las últimas palabras de Skip. Abrirse a gente nueva no era ser desleal a Bill. Tenía que pasar página y seguir con su vida. Ya había salido con un par de fracasados,

pero Clive no era así. Él era inteligente y se había doctorado en Stanford, pero lo más importante era que tenía pasiones intelectuales auténticas. Y era obvio que estaba interesado en ella.

Empezó a sonrojarse al pensar en aquello y en el sentimiento de culpa que le provocaba, así que se agachó rápidamente para disimularlo y siguió cavando.

—He encontrado algo —anunció Clive.

Nora se volvió hacia él. Sin duda, se trataba del extremo de un hueso pequeño.

—Ya me ocupo yo, si no te importa.

Aquel era un pacto informal por el que Clive delegaba en Nora los trabajos delicados.

Ella fue hacia allí y empezó a apartar la tierra para dejar a la vista el hueso mientras Clive la observaba. Notaba su aliento en su pelo.

—Parece la rótula izquierda.

—Es el hueso de la rodilla, ¿verdad?

—Correcto.

Nora siguió cavando y desenterró la parte inferior del fémur y la superior de la tibia, además de un botón y un trozo de algodón que guardó en sobres utilizando unas pinzas. Al avanzar hacia el pie apareció una hilera irregular de botones y fragmentos de cuero marchito. Era la diminuta bota de la niña. Sin moverla, Nora continuó cavando a su alrededor y desenterró toda la pierna izquierda. Cuando la tuvo toda a la vista, le hizo una serie de fotos.

Entretanto, Clive empezó a trabajar en el lado opuesto de la cuadrícula, aflojando la superficie con la vara de bambú y apartando con el máximo cuidado la tierra con el cepillo. Nora se sintió un poco incómoda al verlo ahondar en su mitad y desenterrar cada vez más la pierna derecha.

—¡Madre mía, aquí hay algo más! —exclamó Clive, que retrocedió para que Nora lo viera.

Era el fémur derecho. Nora apartó la tierra que rodeaba lo que resultó ser el extremo desigual de un hueso que culminaba en un batiburrillo de astillas y nada por debajo. Nora observó con la lupa y

vio unos cortes profundos.

Hubo un silencio, interrumpido por un trueno lejano.

—No me lo puedo creer —murmuró Clive—. Al final, la leyenda era cierta.

Nora echó el cuerpo hacia atrás y respiró hondo.

—Le cortaron la pierna con un objeto basto, como un hacha, a la altura de la rodilla.

—No me lo puedo creer —repitió el historiador, atónito—. El archivo histórico…

Clive dejó la frase sin terminar.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Nora—. ¿Se lo contamos al equipo? Maggie está sacando de quicio a la gente con sus historias de fantasmas, a lo mejor deberíamos callárnoslo.

Clive se frotó una barba incipiente.

—Saben que hemos encontrado los restos de la niña. Preguntarán.

—Pero en el campamento ya hay malas vibraciones —insistió Nora.

—Cierto. Y esa puñetera agente del FBI que apareció de la nada tampoco ha ayudado.

Nora asintió.

—Ya lo decidiremos más tarde. Tendríamos que excavar toda la cuadrícula por si encontramos la parte de Samantha…

Dejó de hablar al ver una sombra proyectándose sobre la excavación. Jack Peel se encontraba en el borde de la cuadrícula con su abrigo largo y los miraba con una mezcla de tristeza e ira. Entonces bajó muy despacio el brazo y señaló el esqueleto con un dedo tembloroso.

—¿Es Samantha Carville?

—Sí —dijo Nora.

Peel no respondió. Simplemente permaneció allí, inmóvil.

—¿Hay… hay algo en particular que le gustaría saber? —preguntó Nora, asustada por la intensidad del hombre.

—Ya he oído todo lo que necesito saber.

Y con eso, Peel se dio la vuelta y cruzó el prado a paso ligero en dirección al camino.

—Si teníamos planes de llevar esto con discreción, se están yendo

con ese hombre ahora mismo —comentó Nora.

—¿Qué le pasa a ese tío? Se pasea por ahí como un extra de *El bueno, el feo y el malo*.

Nora se encogió de hombros.

—Vamos a tapar esto. Adelsky ya nos está haciendo señas para que vayamos a comer.

Clive volvió la cabeza.

—Para ser un chaval tan delgaducho tiene un apetito de la hostia. No me gustaría verme sitiado por la nieve con él.

Después de comer, Clive y Nora retomaron el trabajo en la cuadrícula.

—Espero que ahora mismo esa agente del FBI esté encadenada a su mesa de Albuquerque —comentó Clive.

Nora apartó tierra con la brocha.

—Si hubiéramos identificado el esqueleto de Parkin, a lo mejor habría cancelado la excavación o se habría llevado los huesos.

—¿Con ese vertedero que parece un rompecabezas? Buena suerte. —Clive negó con la cabeza—. Su mirada cuando has hecho retirar la lona ha sido épica.

—En realidad, la suerte es solo una parte de la ecuación.

Clive se la quedó mirando.

—¿A qué te refieres?

—Que puede que algunas piezas del rompecabezas sean más fáciles de unir de lo que crees.

—¿Y eso?

—Ya sabes que he introducido todos nuestros datos en el ordenador de la tienda de trabajo, ¿verdad? El instituto compró el software arqueológico más nuevo y potente que existía, te enseñé los rudimentos en el iPad, y cuando empiezas a entender sus complejidades, es increíble.

—Debe de serlo. Los tres hundís la cabeza en la tableta a la mínima oportunidad.

Nora dejó la brocha.

—Te enseñaré cómo funciona en un minuto.

Pasaron junto a la tienda y se dirigieron al vertedero, que aún estaba

parcialmente tapado con lonas. En la mesa adyacente a la excavación, situada a la sombra de un toldo, había material de trabajo y, sobre una bandeja, varios huesos que serían sometidos a un análisis específico.

—Ayúdame a quitar esta lona.

Desclavaron la tela que cubría la zona del vertedero que había examinado la agente Swanson el día anterior. Nora se puso unos guantes nuevos y metió la mano en el maletín de neopreno acolchado en el que guardaban los iPad de doce pulgadas.

—Como me disponía a explicar la otra noche, introducimos en los iPad todos los detalles pertinentes sobre la excavación: coordenadas de estudio, puntos de entrecruzamiento, indicadores de profundidad, ubicación de objetos, fotografías, etcétera. El programa procesa todos los datos y crea una representación tridimensional extremadamente precisa de cada objeto y la sitúa en un mapa topográfico detallado del lugar.

—Eso me dijiste.

—Pero eso es solo el comienzo. Aquí no podemos acceder a internet, por supuesto, pero utilizando esta red privada virtual podemos comunicarnos entre nosotros y con el portátil central por wifi. Obviamente, para no malgastar batería solo utilizamos el ordenador en momentos concretos, como cuando subimos o descargamos información al final de cada jornada.

—Iba a preguntarte por eso.

—Tenemos ese pequeño generador y cargadores solares para todo este material electrónico. —Con el iPad en la mano, se situó en el borde del vertedero—. Aunque parezca confuso, el programa de inteligencia artificial lo descifra todo. El software de catalogación y mapeo puede enseñarnos este yacimiento de varias maneras: por profundidad, por tipos de objetos, por localización de huesos concretos o incluso quién excavó qué y cuándo, todo ello superpuesto en ejes X, Y y Z. También podemos cortar el vertedero para ver una sección transversal.

Nora le enseñó a Clive una imagen esquemática del yacimiento. Mientras él observaba, Nora la hizo girar en varias direcciones. A su vez, la pantalla mostraba secciones iluminadas en distintos colores.

—Parece un juego de Atari —comentó Clive.

Nora se echó a reír.

—Introducir los datos supone mucho trabajo inicial, pero después podemos hacer cosas que habrían sido imposibles hace solo unos años.

Utilizando el lápiz óptico del iPad, Nora hizo unas marcas y tocó varios iconos. En la pantalla, una sección de la imagen esquemática del yacimiento quedó resaltada en verde. Era una zona con un aspecto irregular llena de formas verdes más oscuras. El resto del yacimiento se tiñó de gris.

—Esta es la sección en la que trabajó Jason hace dos días —le explicó Nora—. Las zonas oscuras son objetos, y existen abundantes metadatos sobre cada uno.

Tocó un punto al azar con el lápiz óptico y, de inmediato, la pantalla lo amplió en tres dimensiones. Parecía un viejo botón de madera con un cuadro de texto al lado.

—Entonces ¿sabes quién desenterró cada cosa y cuándo?

—Sí, y eso no es todo. La inteligencia artificial es lo bastante potente como para ayudarnos a reconstruir objetos. En un yacimiento del Paleolítico puede hacer ingeniería inversa para recolocar láminas de sílex en la punta a la que pertenecían originalmente. Por ejemplo, ahora le voy a pedir al programa que localice todos los metatarsos y fragmentos probables que pueda. Mira.

Nora tocó la pantalla y esta cambió una vez más, alejándose para mostrar la superficie del yacimiento y varios huesos resaltados en verde y azul.

Clive soltó un silbido.

—Empiezo a entender a qué te referías con lo de rompecabezas.

—Ahora voy a pedirle que localice todas las clavículas que hemos desenterrado. —Nora volvió a tocar la pantalla. Esta vez, en lugar de una sección transversal, el programa resaltó un pequeño grupo de huesos y fragmentos dispersos—. Como verás, hay un total de once piezas, ninguna de ellas intacta. Fíjate en que al menos en dos casos tienden a estar agrupadas; esas tres piezas de ahí, y esas cuatro. Y ahora, veámoslas en la realidad.

Nora fue hacia el yacimiento y, guiándose con la tableta, cogió cuidadosamente tres fragmentos de hueso de la matriz. Luego los colocó encima de un trozo de terciopelo negro sobre una bandeja para especímenes y la depositó en la mesa de trabajo. Dejando a un lado el iPad, examinó las piezas con atención, moviéndolas a un lado y otro con los guantes puestos. Al cabo de un momento logró hacerlas encajar.

—¿Lo ves? —dijo.

—Es increíble —exclamó Clive—. ¡Acabas de reconstruir la clavícula de una persona como si nada!

—Como si nada, no —matizó Nora con una sonrisa—. Es el resultado de una excavación meticulosa, de una buena entrada de datos y documentación, de meses de formación con el programa informático, de años de clases y, por supuesto, de una buena financiación. —Señaló la clavícula rota—. No hay signos de fractura reciente.

Nora recogió los fragmentos y volvió al yacimiento, se agachó y, con sumo cuidado, los dejó donde estaban antes.

—¿Vas a devolverlos a su lugar? —preguntó Clive, incrédulo—. ¿Ahora que sabes que esas piezas forman un único hueso?

—Claro. Por ahora tienen que estar en su ubicación original. Es lo bueno de este método. Estamos documentando cada milímetro del yacimiento con tanta precisión que, si quisiéramos, podríamos recrearlo en el programa en cualquier momento, mucho después de haya sido tapado y los huesos depositados en su lugar de reposo final.

—Entonces ¿puedes identificar otras clavículas?

—¿Te refieres a la de Parkin? Veamos.

Nora consultó de nuevo la tableta y, utilizándola como guía, fue hacia otra zona del yacimiento. En unos minutos extrajo cuatro fragmentos de hueso, el otro grupo identificado por el programa informático. Luego los colocó encima de la tela, pasó un cepillo con delicadeza, los unió y los examinó con una lupa.

—Pobre Parkin —murmuró—. Eso tuvo que doler.

—¿Me estás diciendo…?

Clive dejó la frase a medias cuando Nora le tendió la lupa y se inclinó a examinar los huesos por sí mismo.

—Dios mío —murmuró—. ¿Eso es lo que creo que es?

Nora asintió.

—Un corte afilado en el hueso, sin duda provocado por una punta de flecha, con una fractura parcial casi curada.

Clive se irguió.

—Increíble. Pero ¿podemos encontrar el resto de Parkin?

—Veamos. —Nora cogió la tableta y al cabo de un momento se la enseñó a Clive—. Le pediré al ordenador que, basándose en la colocación de los huesos, el análisis anatómico y otros factores relevantes, seleccione los huesos que coincidirían mejor con esta clavícula.

Nora consultó de nuevo el iPad. En la pantalla aparecieron más huesos y fragmentos resaltados en verde. Entonces volvió al yacimiento, cogió tres trozos grandes de cráneo y una mandíbula y los dejó encima de la tela junto a la clavícula. Consistían en el maxilar y la parte baja de la cara, un cráneo relativamente intacto y buena parte del hueso occipital y el mastoides. Solo faltaba una órbita. El cráneo presentaba una característica marca en forma de estrella a la altura de la sien, indicador de que había recibido un golpe en la cabeza. O había muerto a causa de dicho golpe, o era un intento inicial de los supervivientes por llegar a su cerebro.

—Entonces, este… —Clive hizo una pausa—. ¿Este es…?

—Permíteme que te presente al señor Albert Parkin.

—Madre mía —exhaló Clive.

—Haré una prueba de ADN para asegurarme, pero creo que podremos encontrar pruebas que lo confirmen en estos cortes. —Nora señaló los fragmentos de clavícula—. Mientras la agente del FBI examinaba el yacimiento, vi que observaba los cortes y supe por qué. Cuando alguien golpea con una sola herramienta, esta deja marcas reveladoras. Mira. —Nora volvió a ofrecerle la lupa—. ¿Ves que las marcas son iguales aquí, aquí y aquí? —Primero señaló dos fragmentos de la clavícula y luego el cráneo—. Es de manual. —Cogió un trozo de mandíbula y lo sostuvo junto al cráneo—. Y fíjate en que el cóndilo coincide con el proceso mandibular.

—¿Te refieres a lo bien que encaja la mandíbula ahí? Entiendo.

Nora depositó los huesos en sus lugares correspondientes y lo tapó todo con la lona. Cuando hubo terminado, se dio la vuelta y sonrió.

—¿Qué decías de suerte?

Clive se limitó a negar con la cabeza, asombrado.

—Pero ¿hasta qué punto estás segura?

—En un noventa y nueve por ciento.

En el silencio posterior, Nora vio que Clive fruncía el ceño.

—¿Qué pasa?

—Es que… Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? Swanson nos pidió que la avisáramos si identificábamos a Parkin. Podrías haberlo hecho ayer, ¿verdad?

—No había forma de saberlo a menos que lo intentara. Pero sí, seguramente. ¿Y luego qué? ¿Permitir que se llevara los huesos y que cancelara la excavación?

—Pero… es el FBI —protestó Clive—. No querrás que te acusen de ocultar pruebas.

—Mi manera de verlo es la siguiente: ¿seguro que se trata de Parkin?

—Bueno, acabas de decir…

—He dicho que estaba segura al noventa y nueve por ciento. Para identificar a Parkin de manera definitiva necesitamos una confirmación de ADN del laboratorio una vez que haya terminado la fase de excavación.

—Vale, pero…

—Pero aunque le hubiera hecho esta demostración a Swanson ayer, no tendríamos pruebas de que este es Parkin y habría causado muchos problemas a nuestra expedición.

—Lo entiendo.

Nora no había terminado.

—Esta es la cuestión: hasta hace cinco minutos no sabía a quién pertenecían esos huesos y, a falta de análisis de ADN, sigo sin saberlo.

—Comprendo.

Nora lo miró fijamente, un tanto sorprendida por su expresión.

—No irás a decirme que esto te supone un problema…

Se escuchó otro trueno y una nube tapó el sol y sumió el valle en la oscuridad. Nora esperó mientras volvía el silencio. Poco a poco, Clive esbozó una sonrisa.

—Creo que lo que acabo de presenciar es un ejemplo hipotético de una identificación hipotética —dijo al fin—. Nada que merezca la pena notificar hasta que lo sepamos seguro.

La culpabilidad que había sentido Nora se atenuó un poco.

—Exacto. Y, tal como prometimos, mantendremos informada a la agente Swanson. En cuanto terminen las excavaciones y recibamos una identificación de ADN del laboratorio, se lo haremos saber.

El viento arreció y empezó a agitar las ramas muertas de los árboles.

—Venga —dijo Nora lanzando una mirada rápida al cielo—. Cerremos el yacimiento y volvamos al campamento. Tiene pinta de que va a empezar a llover en cualquier momento.

24

Aquella noche se sentaron todos alrededor de la hoguera después de cenar. Maggie lanzó otro tronco al fuego, lo que provocó un remolino de chispas. Había caído un fugaz y violento aguacero, pero el cielo empezaba a despejarse y se veían las estrellas. En el campamento reinaba un ambiente serio e incómodo, pero Nora no creía que tuviera mucho que ver con la visita de la agente Swanson. Intuía que Peel había mencionado algo sobre Samantha Carville a sus compañeros.

Maggie estaba en silencio, sin su habitual cháchara y sus historias de fantasmas, y tenía la guitarra guardada en la funda. Peel se había saltado la cena y no lo habían visto por ninguna parte. Eso también le preocupaba a Nora.

Como si lo hubieran invocado sus pensamientos, Peel apareció de pronto en la oscuridad, con un palo romo en una mano y su cuchillo Bowie en la otra. Se sentó en un tronco y miró fijamente el fuego. Al cabo de un momento empezó a tallar el palo, arrancando tiras de madera. La conversación, ya de por sí esporádica, no tardó en desvanecerse.

Peel habló en voz baja en medio del silencio.

—Tengo una pregunta para los arqueólogos.

«Allá va», pensó Nora.

—¿Qué pasará con esos restos humanos?

—Bueno —dijo Nora—, cuando hayan sido totalmente documentados *in situ*, los llevaremos al laboratorio para realizar más estudios y después solicitaremos que sean enterrados de nuevo.

—¿A qué se refiere con más estudios?

—Extraer ADN, identificarlos por su nombre y buscar indicios de enfermedades, hambruna, canibalismo y otros factores. Intentaremos

identificar a descendientes y cumplir sus deseos para un entierro respetuoso.

El cuchillo Bowie cortó lentamente una larga tira de madera.

—¿Y qué pasará con Samanta, esa niña que han desenterrado?

—Primero tenemos que estar completamente seguros de que es ella y luego, como le decía, recibirá un entierro como es debido.

Cayó otra tira.

—¿Y por qué en su momento no recibieron un entierro cristiano como es debido? ¿Por qué dejaron los huesos aquí?

Hubo un silencio y Nora se volvió hacia Clive.

—Yo puedo responder a esa pregunta —intervino este—. Cuando un miembro del equipo de rescate llegó al Campamento perdido en la primavera de 1847, aún había seis metros de nieve. No podías enterrar a nadie en esas condiciones, y no había manera de sacar los restos de allí. Fue todo cuanto pudo hacer aquel hombre para rescatar a Chears, el único superviviente.

—¿Por qué no volvieron más tarde para enterrarlos?

—En aquel momento, esta era una región extremadamente remota. Un motivo pudo ser la superstición, el miedo a un mal persistente, o la repulsión por lo sucedido. Los rescatadores presenciaron escenas espantosas en los campamentos, y los periódicos explotaron la historia hasta la saciedad. Eso disuadió a otros de volver aquí cuando se derritió la nieve.

—Así que los huesos quedaron desenterrados durante ciento setenta y cinco años.

—Por desgracia, así es.

En ese momento cayó otra tira de madera a los pies de Peel.

—Entonces ¿qué encontró el rescatador cuando llegó?

—Se llamaba Josiah Best. No dejó documentos escritos de lo que vio. Sin embargo, se lo mencionó a un par de personas después de llevar a Chears al campamento base del lago Truckee. Al parecer, no volvió a hablar nunca del tema ni dejó constancia de la localización. Por eso el campamento estuvo perdido tantos años.

—¿Qué vio exactamente ese tal Best?

Burleson decidió intervenir.

—Jack, ¿esas preguntas son realmente necesarias? Ha sido un día largo.

—Hemos venido aquí por el Campamento perdido y me gustaría saber qué está pasando. No hay motivo para que nos oculten nada, pero cuando subí antes taparon el cuerpo de Samantha Carville.

—Un momento —respondió Nora—. Nadie estaba ocultado nada. Tapar una excavación es un procedimiento habitual.

—No hay ningún secreto —terció Clive—. El problema del relato de Best, como he dicho, es que no lo dejó por escrito. Solo contamos con informes de segunda mano que más tarde fueron recopilados por un periodista y redactados como si fueran en primera persona. Las crónicas orales de lo que dijo originalmente Best se han perdido, lo cual convierte el artículo del periodista en una versión de terceros. No hay manera de saber hasta qué punto es fiel o fue adornado.

Peel no dejaba de mirarlo.

—¿Y qué decía?

—¿El artículo de prensa? ¿Quiere que se lo lea?

—Sí —respondió Peel.

Clive fue a su tienda y volvió momentos después con un cuaderno. Luego encendió la linterna frontal, se aclaró la garganta y empezó a leer.

> El Campamento perdido es el espectáculo más terrible que han visto mis ojos. Habían construido un burdo refugio con tablones de carromato, prácticamente enterrado en la nieve, con una entrada que parecía un agujero, pisoteada y manchada de sangre humana. Había huesos desperdigados como si fueran basura. Dentro de la cabaña había un cazo de hierro encima de un fuego apagado. Contenía un pie y una cabeza abierta de arriba abajo. El rostro era irreconocible. En un rincón del refugio habían tirado una cabellera, una masa de pelo negro recogida con una coleta, de lo cual deduje que los restos de la pobre alma que había en el cazo pertenecían a una mujer. En otra esquina había dos cadáveres. El señor Chears estaba fuera, ajeno a los elementos y cantando. Estaba creando algo con trozos de hueso, pero no puso objeciones cuando le pedí que se levantara y le até las raquetas para el viaje. Que yo sepa, nunca pronunció una palabra con sentido mientras estuve allí o después.

> Parecía que el mismísimo demonio hubiera desatado el infierno en aquel lugar sangriento. En la vida he visto algo tan espantoso, y rezo para no ver jamás algo parecido.

El grupo estaba aterrado. Nora habría deseado que Peel no presionara a Clive para que leyera ese macabro pasaje, pero el historiador hizo lo que pudo dadas las circunstancias.

Finalmente, Peel habló de nuevo en voz baja.

—¿Por qué no hay un clérigo que supervise la manipulación de esos restos?

—Cuando hayamos confirmado las identidades en el laboratorio intervendrá el clero —respondió Nora—. Como le decía, los restos serán enterrados siguiendo los ritos religiosos adecuados y conforme a los deseos de sus descendientes. En caso de que no los haya, será el Estado de California el que tome las decisiones para la nueva inhumación.

—Desde el 11-S se ha contado con un clérigo para cualquier resto humano que se encontrara —insistió Peel—. Pero me parece que aquí los científicos están desenterrando a esa gente sin ningún respeto o consideración por sus almas inmortales.

—Jack —le espetó Burleson—, le expliqué claramente a todo el mundo lo que haríamos aquí. Es un poco tarde para aceptar objeciones.

Peel se volvió hacia él.

—No sabía que conllevaría esto.

—Pues yo creo que estaba bastante claro —añadió Burleson, enojado.

—Entiendo los sentimientos de Jack —intervino Nora—. Y, como decía, tenemos intención de que participe el clero, pero cuando hayamos terminado. A nivel logístico, esta zona es demasiado complicada para traer a alguien. Ni siquiera conocemos la fe de la mayoría de esas víctimas. Podrían ser protestantes, católicas o judías.

—Están jugando con cosas poderosas —siguió Peel—. Pueden adornarlo tanto como quieran, pero a mí me recuerda mucho a una profanación: el consumo de carne humana, esas historias sobre el infierno en la Tierra, la gente volviéndose loca, los cuerpos desenterrados… Esto es el patio de recreo del diablo. Desde que llegué

aquí he tenido malas sensaciones sobre este lugar impío, y nada de lo que han dicho o hecho ha conseguido que desaparezcan.

La aprensión de Nora se acentuó. No se había planteado en ningún momento que alguien pudiera esgrimir objeciones tan serias.

—Entiendo que los detalles son perturbadores —dijo, intentando mantener la calma—, pero, como arqueólogos, solo intentamos comprender qué ocurrió. No estamos profanando nada.

Jack Peel se puso en pie.

—Esto no está bien.

En ese momento, Clive habló de nuevo.

—Como descendiente de una de las familias de la expedición Donner, me molesta su actitud —afirmó enfadado—. Quiero saber toda la verdad, incluso los peores detalles. Voltaire dijo en una ocasión: «A los vivos les debemos respeto, pero a los muertos solo les debemos la verdad». Y esa es la mejor manera de honrar la memoria de esa gente: conocer su historia. No voy a permitir que un vaquero beato me diga qué está bien y qué no lo está.

Peel lo miró largo rato. Luego enfundó despacio el cuchillo Bowie, arrojó el palo a la hoguera y desapareció en la oscuridad.

Burleson se volvió hacia Clive.

—Lo siento, no tenía ni idea de esto. No puedo permitir que estas cosas alteren a mi equipo. Sustituiré a Peel.

—No nos precipitemos —intervino Nora—. A ver cómo están las cosas mañana por la mañana.

Cuando se separaron para ir a sus tiendas de campaña, Nora miró a Clive.

—¿A ti qué coño te pasa? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo se te ocurre encabronar así a Peel? ¿Crees que eso ayudará?

—No soporto a esos santurrones religiosos que dictan a los científicos lo que pueden o no pueden hacer.

—Santurrones —repuso Nora—. Qué exquisito viniendo de ti. Y Voltaire. Ya puedes darte una palmadita en la espalda por haber defendido a la ciencia y, de paso, por haberla cagado a base de bien.

25

12 de mayo

Nora se despertó mucho antes de que amaneciera, y oyó a Burleson hablando en voz alta con Wiggett. Por su tono, supo de inmediato que algo iba mal, así que salió del saco de dormir y se vistió. Acababan de encender la hoguera para el desayuno y Maggie estaba atendiendo una olla con masa para galletas. Clive y sus dos ayudantes aún no habían salido de sus tiendas.

—¿Qué pasa? —preguntó Nora.

—Peel se ha ido —dijo Burleson—. Recogió sus cosas y se fue en plena noche.

—No puedo decir que me sorprenda mucho —respondió Nora.

—Traeré a otro vaquero del rancho, no se preocupe. Es un simple inconveniente. Peel era bueno. Es una lástima que se pusiera tan mojigato y se enfadara.

El grupo fue congregándose alrededor de la hoguera y desayunaron mientras el sol se colaba entre los árboles y despuntaba una mañana sin nubes. Era un buen día para trabajar, pensó Nora. Ahora que la excavación del conchal estaba casi terminada, podrían dirigirse a la apertura del refugio y a la zona de la hoguera del campamento. Sin duda, allí habría una concentración de objetos y fragmentos óseos, una especie de filón principal.

Ella y Clive metieron la comida, el agua y las herramientas en la mochila y se marcharon con Adelsky y Salazar. Los seguían los cuervos de siempre, graznando para demostrar su disgusto. Cuando llegaron, el valle seguía rodeado de sombras, y una fría neblina se elevaba desde la hierba en forma de bucles.

De repente, la voz de Clive interrumpió el sonido de los cuervos.

—¿Qué coño…? —dijo.

Acababan de tomar una curva desde la que se divisaba el prado. Incluso a aquella distancia, Nora se dio cuenta de que algunas lonas estaban sueltas. Los cuatro echaron a correr. Las telas que cubrían el yacimiento estaban retorcidas y alguien había quitado las clavijas. Por un momento, Nora pensó que la tormenta de la noche anterior había ocasionado los daños, pero entonces vio marcas recientes de cascos y huellas de bota en torno al enlodado yacimiento.

—Aquí ha venido un caballo y se ha paseado por todas partes —dijo.

—¡Nos han robado! —gritó Clive cuando llegaron al borde del yacimiento, que había quedado a merced de los elementos.

Nora observó consternada. El yacimiento había sufrido graves desperfectos. Los tres cráneos que habían encontrado no estaban, y también faltaban algunos huesos grandes y otros fragmentos, que literalmente habían sido arrancados del suelo. Estaba todo lleno de huellas de botas.

Nora siguió mirando frenéticamente. Junto al arroyo, la lona que cubría el cuerpo de Carville también estaba retirada.

—Oh, no.

Nora y los demás salieron corriendo. El pequeño esqueleto había desaparecido. Alguien se había llevado hasta el último hueso desenterrado.

—Peel —masculló Clive—. Esto es obra de ese hijo de puta.

—Debió de llevárselos para volver a enterrarlos —respondió Nora, que miró las caras de asombro de Adelsky y Salazar.

Aquello era casi impensable, una mancha a su profesionalidad, un escándalo para el instituto y quizá un desastre arqueológico absoluto.

—La caja fuerte —dijo Clive—. ¿Se la habrá llevado también?

Corrió hacia la tienda de trabajo mientras Nora seguía evaluando los daños. Al menos, la zona de Reinhardt y Spitzer seguía intacta y la lona en su sitio. Pero faltaban bastantes huesos enteros y, lo que era igual de preocupante, el lugar se había visto seriamente contaminado.

Clive salió de la tienda.

—El oro sigue ahí.

Nora se volvió hacia sus ayudantes.

—Jason, Bruce, fotografiad otra vez todo el yacimiento, y documentad también las huellas de botas y cascos. Después, estabilizad y tapad todo lo mejor que podáis. Clive y yo volveremos al campamento a informar de esto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clive cuando enfilaron el sendero.

—¿Y ahora qué? Pues ahora llamaremos al Servicio Forestal y daremos parte del robo. Y luego… tendré que llamar al instituto.

Clive guardó silencio unos instantes antes de hablar de nuevo.

—Coincido en que tendrás que llamar al instituto, pero ¿no crees que es un poco prematuro denunciarlo a las autoridades?

—¿Por qué?

—Tú misma lo dijiste ayer. En cuanto informes de ello, la agente Swanson volverá hecha una furia y puede que cancele la excavación.

Nora maldijo entre dientes al recordar que el cráneo de Parkin estaba entre los tres que habían desaparecido.

—No sé cómo vamos a evitar denunciarlo.

—Es probable que el valor de esos huesos robados no llegue a mil dólares, lo que lo convertiría en un delito menor.

—¿Menos de mil dólares? —preguntó Nora—. Esas reliquias poseen un valor incalculable.

—Para ti y para mí, sí. Para la policía local, no tanto. Seguramente lo considerarán un incumplimiento menor de la Ley Nacional de Conservación Histórica de 1966.

—¿Y la Ley de Antigüedades?

—Mira, Nora, será mejor que no actuemos precipitadamente. Veamos qué dice Burleson. A lo mejor Peel no ha ido lejos. Puede que haya ido a la ciudad y que haya entregado los huesos a algún sacerdote.

Nora suspiró.

—Es cierto. Veamos qué dice Burleson antes de tomar decisiones.

En el campamento, Burleson montó en cólera cuando se enteró de la

profanación y el saqueo. El hombre larguirucho iba de un lado a otro soltando una retahíla de improperios que asombraron incluso a Nora. Burleson se dio la vuelta y agarró a Wiggett.

—Ensilla los caballos. Vamos a por Peel. Cogeremos a ese hijo de puta y traeremos los huesos de vuelta. El sheriff no va a mover el culo por algo así.

Nora cruzó una mirada con Clive y Burleson respiró hondo para tranquilizarse.

—¿Qué cree que hará Peel con esos huesos? No los venderá, y tampoco los destruirá. Llamaré al personal del rancho Red Mountain. Ellos hablarán con el sacerdote local y vigilarán la casa de Peel, la salida del camino e incluso los cementerios cercanos. A fin de cuentas, solo hay dos. Recuperaremos los huesos. Denme cuarenta y ocho horas. Si no lo hemos resuelto para entonces, avisaremos a la caballería.

—Gracias —dijo Nora.

—Quiero disculparme otra vez por el comportamiento de Peel. Mientras tanto, que los detalles queden entre nosotros. Me refiero al robo de los huesos. No tiene sentido poner a Maggie y a Drew más nerviosos de lo que ya están.

Nora asintió.

—De una cosa puede estar segura: Peel cuidará de esos objetos.

Nora esperaba que Burleson tuviera razón y que Peel y su botín regresaran en breve. Le prestó el teléfono vía satélite para que informara a los trabajadores del rancho. Luego, ella y Clive lo vieron ensillar el caballo y partir con su ayudante.

—En este proyecto había muchas cosas de las que preocuparse —dijo Clive mientras se alejaban los dos jinetes—, pero nunca habría imaginado algo así.

Nora suspiró al coger el teléfono.

—Supongo que será mejor que llame al instituto.

Clive soltó un gruñido.

—Esto pinta fatal. Primero les prometo veinte millones en oro y solo encontramos diez monedas abolladas. —Hizo una pausa—. Y ahora roban gran parte de los objetos. Me alegro mucho de no tener que

hacer yo esa llamada.

—Gracias —respondió Nora sarcásticamente mientras marcaba el número de instituto.

26

Una hora después, Nora y Clive regresaron caminando hasta el yacimiento. La conversación con la doctora Fugit no había sido agradable. Al enterarse del robo, la directora pronunció un frío discurso sobre la seguridad y la profesionalidad. Después preguntó por el oro, y Nora tuvo que reconocer que de momento solo habían encontrado diez monedas y que probablemente no había más. Fugit se mostró más molesta por eso que por el robo de los huesos, y amenazó con cancelar la totalidad de las excavaciones. De hecho, pensaba convocar una reunión de administradores para debatirlo.

Un desastre absoluto.

Mientras Nora contemplaba el yacimiento, Adelsky le llevó la lista de desperfectos que había sufrido cada cuadrante. No es que se sintiera aliviada, pero tenía el estómago un poco menos encogido. La situación no era tan preocupante como parecía al principio. Peel había rebuscado en seis cuadrículas, las cuatro que formaban la parte delantera del vertedero y las dos que contenían el esqueleto de la pequeña Carville. No había tocado a Spitzer y Reinhardt, la parte trasera del yacimiento ni las cuadrículas de prueba en las que habían realizado los trabajos preliminares.

—Hemos detectado algo raro —comentó Adelsky—. El vertedero está hecho un desastre. Sacó los huesos sin ningún orden ni cuidado y hay huellas de botas por todas partes, pero los huesos de Carville los recogió con mucho celo y no hay huellas en la zona excavada.

Adelsky llevó a Nora a los cuadrantes que correspondían a Carville.

—Es como si el esqueleto se hubiera levantado y caminado por sí solo.

—A lo mejor lo hizo —respondió Salazar con un resoplido.

Nora le dedicó una mueca.

—Eh, Clive. Mira esto.

El aludido se acercó y, frunciendo el ceño, observó el pequeño agujero.

—Quizá fue más cuidadoso porque era una niña y el esqueleto estaba prácticamente intacto.

—O a lo mejor se ocupó primero de Carville —propuso Nora— y luego, mientras recogía huesos del vertedero, se dio cuenta de que estaba tardando demasiado o le pareció que se acercaba alguien y empezó a actuar apresuradamente.

—Es posible —respondió Clive—. ¿Y ahora qué?

—Creo que será mejor que nos llevemos todos los objetos de valor y los guardemos en la caja fuerte —propuso ella—. No quiero dar opción a que se cometan más robos.

—Coincido —dijo Clive.

No había demasiados: un medallón de oro, una cruz y una hebilla de plata y varios anillos de oro y plata. Nora utilizó unas pinzas para retirarlos de sus respectivas cuadrículas y guardarlos en una bolsa etiquetada. Después los llevó a la tienda de trabajo, abrió la caja fuerte y sacó el contenedor de plástico con las diez monedas de oro. Por curiosidad, levantó la tapa del contenedor. Y allí estaban, relucientes, metidas en los restos marchitos y rasgados de las bolsas de cuero que las contenían originalmente. Observó las monedas una por una, las colocó en una bandeja para especímenes y las examinó. Eran águilas doradas de diez dólares, todas ellas acuñadas en Filadelfia, fuera de circulación cuando las sacaron del banco, pero rayadas y abolladas tras un par de meses dentro de unas botas.

—Qué pena, ¿verdad? —murmuró Clive, mirándolas desde atrás—. Son de poca calidad desde un punto de vista numismático.

—Sí. Es curioso que corriera el rumor de que Wolfinger tenía una fortuna. Lo asesinaron por cien dólares.

—Los engañaron, igual que a nosotros.

El silencio se extendió por la tienda de trabajo mientras Nora examinaba las monedas, que databan de 1846. De repente, empezó a

formarse una idea en su cabeza, una idea extraña.

Se volvió hacia Clive.

—Recuérdame una cosa, por favor. Cuando encontraste ese libro de contabilidad del banco de Independence, dijiste que alguien había retirado mil monedas de diez dólares. ¿Correcto?

—No exactamente. El libro indicaba que el banco había recibido mil monedas antes de que se efectuara la retirada. Pero los libros de cuentas estaban dañados. No pude determinar quién retiró el dinero, si fue una sola persona o muchas. Solo sé que Wolfinger sacó dinero por esa nota del banco.

—¿En esa lista había otras personas que retiraron dinero esa semana?

—Es posible, pero como os dije a ti y a la doctora Fugit, las páginas del libro habían sufrido desperfectos a causa de la humedad. Supuse que Wolfinger había retirado los diez mil para su viaje hacia el oeste. Ese fue mi gran error.

—Permíteme exponerlo de otra manera. Cuando solo encontramos diez monedas en los cuerpos de Spitzer y Reinhardt y nada más en su campamento, llegamos a la conclusión de que eso era todo.

—Parecía lógico.

—¿Y si suponemos que, en efecto, Wolfinger retiró mil monedas?

Clive se encogió de hombros.

—Entonces ¿dónde están?

—Déjame acabar. Si damos por hecho que Spitzer y Reinhardt robaron una caja fuerte con mil monedas, ¿qué habrían hecho? Esconderlo, por supuesto. Pero antes de hacerlo, sacarían dinero y se lo guardarían.

Clive negó con la cabeza.

—Si fuera así, ¿por qué llevaban el dinero encima si no tenían donde gastarlo?

—Porque creían que serían rescatados. Necesitarían ese dinero cuando llegaran a California para poder organizar una expedición y recuperar el resto.

Clive la miró asombrado.

—Piénsalo. Si no llevaban el dinero encima, llegarían a la civilización

sin ningún recurso. —Nora señaló las monedas—. Esas monedas no son una prueba de que el tesoro de Wolfinger no existe, sino todo lo contrario.

Clive pensó en silencio durante un buen rato.

—Lo cierto es que tiene mucha lógica pero ¿por qué no encontramos la caja fuerte en su campamento?

—Porque la escondieron bien. No iban a dejarla en el campamento u oculta en la nieve cerca de allí. La dejaron en un sitio al que pudieran volver más tarde sin temor a que la encontrara otra persona, sobre todo cuando se derritiera la nieve.

—¿Nora? ¿Clive? —los llamó una voz atronadora.

Al darse la vuelta vieron a Burleson en la entrada de la tienda. Estaba mirando las monedas esparcidas sobre la bandeja.

Se quedaron callados y Burleson entró.

—Drew y yo hemos intentado dar alcance a Peel, pero no ha habido suerte. Parece que en lugar de bajar directamente a la ciudad siguió otra ruta por las montañas. —Se echó el sombrero hacia atrás—. Le he pedido a Wiggett que lo siga y el personal del rancho Red Mountain intentará interceptarlo a caballo si aparece en algún camino del Servicio Forestal en las cercanías de Truckee. De un modo u otro recuperaré los huesos. —Su mirada ascendió lentamente hacia sus rostros—. ¿Qué pasa con el oro?

27

—¿Qué pasa? —preguntó Nora al cabo de un momento.

—¿Que qué pasa? Parece que han encontrado un tesoro.

—No es ningún tesoro. Es un objeto, igual que los huesos, y no nos pertenece. Encontramos estas monedas en dos de las víctimas. Las llevaban en las botas. También encontramos joyas y anillos de oro. Poca cosa.

Burleson la miró fijamente. Tenía la cara un poco colorada.

—Eso no cuadra con lo que he oído fuera de esta tienda hace un momento, algo sobre mil monedas de oro en un baúl.

—¿Estaba escuchando? —exclamó Nora.

—Estaban hablando en voz alta. —Burleson hizo una pausa—. Parece que me han ocultado cosas, y me da la sensación de que tiene que ver con ese oro que hay en la bandeja.

Nora se sonrojó e intentó formular una respuesta mientras devolvía las monedas a su contenedor de plástico.

—Siento haber tenido que mentirle. Sabíamos desde el principio que podía haber un baúl con mil monedas de oro escondido cerca de aquí, pero de momento solo hemos encontrado estas diez.

—Entonces ¿a qué viene el engaño?

—No ha habido ningún engaño —intervino Clive—. Simplemente, intentábamos que esa información sensible fuera confidencial.

—¿Y qué valor tiene ese baúl que no nos mencionaron?

Burleson estaba subiendo el tono de voz.

Nora miró a Clive. Se había descubierto el pastel.

—Unos veinte millones de dólares en valor numismático —respondió la arqueóloga—. Pero no nos pertenecen. Si encontramos el oro, se lo repartirán los federales, el estado de California y el instituto. Figura en

nuestros permisos de excavación. Es todo completamente legal y transparente.

—Legal es posible, pero transparente desde luego que no. Lo han llevado en secreto, y a mí personalmente no me gusta. Mi gente está muy nerviosa por la huida de Peel y todas esas historias de fantasmas.

—Si ya están nerviosos, ¿qué cree que pasará si se enteran de que podría haber veinte millones de dólares en oro escondidos por aquí? —dijo Nora.

—No sería un problema si hubieran sido sinceros desde el principio. Nos han mentido, Nora. Deberían haber confiado en mí.

—Eh, cálmese. —Clive dio un paso adelante—. No le hable así.

Burleson se volvió hacia él.

—No, cálmese usted, señor. Mi equipo y yo sospechábamos que aquí había algo turbio y ahora ya sabemos de qué se trata.

—A lo mejor debería haber controlado mejor a su equipo en lugar de permitir que uno de sus miembros destruyera un yacimiento arqueológico de un valor incalculable.

Burleson avanzó con los puños cerrados.

—Pedazo de mierda.

—No voy a pelearme con usted, anciano —dijo Clive con una sonrisa sarcástica, y retrocedió cuando un encolerizado Burleson le lanzó un puñetazo—. Tendrá que hacerlo mejor —añadió.

—¡Basta! —Nora agarró a Burleson del brazo—. ¿Qué cree que está haciendo?

—Dándole una lección a este gilipollas.

—¿Quiere que le acusen de agresión? ¡Debería ser más listo!

—Quizá sea ese temperamento el que le metió en líos y forzó su cambio repentino de profesión —aventuró Clive.

Burleson se quedó quieto, respirando trabajosamente y con una vena palpitándole en la frente.

—¿De qué coño habla? ¿Cómo se atreve?

En aquel momento oyeron un caballo que se acercaba al galope hacia ellos y se quedaron los tres quietos. El estruendo de los cascos llegó hasta la tienda. Luego el animal se detuvo, relinchando y pateando el

suelo.

—¿Qué cojones…?

Burleson dio media vuelta y salió de la tienda seguido de Nora y Clive.

Era Prince, el caballo de Peel, aterrado y con los ojos en blanco. Empezó a dar brincos, echando espuma por la boca y con la maltrecha silla colgando. El animal llevaba las riendas a rastras, deshilachadas y llenas de restos de arbustos. Burleson se acercó con la mano extendida, avanzando muy despacio y hablándole en un tono tranquilizador.

—Calma, Prince, calma. Todo va bien.

Se aproximó al caballo, que retrocedió un poco con las orejas gachas.

—Tranquilo.

Burleson cogió las riendas y deslizó la mano hasta la cabeza del caballo para acariciarle el cuello. El animal empezó a calmarse. Adelsky y Salazar estaban observando desde lejos. Procediendo con cautela, Burleson desató la cincha de la silla de montar y dejó que cayera al suelo.

—¿Qué significa este caballo sin jinete? —preguntó Nora.

Burleson, todavía sofocado por la discusión, se llevó el caballo sin ofrecer una respuesta. Luego fue hacia los árboles y enfiló el camino, dirigiendo al caballo con una mano y sosteniendo la silla con la otra.

Hubo un largo silencio, hasta que Clive dijo:

—Menudo carácter.

—Supongo. Pero ¿qué esperabas? La realidad es que les hemos engañado, y tú encima lo provocas. ¿A qué venía lo del cambio de profesión?

—No entiendo que una persona como él, que gana un montón de dinero como abogado especializado en divorcios, de repente lo deje todo por un rancho de caballos.

—Me preocupa ese caballo y lo que podría significar. Espero que Peel no se haya perdido en la montaña.

—Es culpa suya —sentenció Clive.

Nora suspiró. Lo que había comenzado como una excavación arqueológica perfecta estaba degenerando rápidamente en una

pesadilla.

28

Aquella noche, el tema de conversación alrededor de la hoguera del campamento fue el caballo sin jinete.

Maggie estaba removiendo vigorosamente una olla de estofado de ternera y hablando sin cesar.

—Yo creo que el caballo tiró a Peel y está herido en algún sitio, o puede que incluso moribundo.

—Discrepo —intervino Burleson—. Yo creo que Peel llegó a su destino, le dio una palmada a Prince en la grupa y lo mandó de vuelta. Como todo el mundo sabe, los caballos desandan el camino si los dejan sueltos.

—¿Y cómo sabes que hizo eso?

—Porque es un magnífico jinete y es poco probable que se cayera del caballo.

—¿A qué te refieres con «su destino»? ¿Cuál podría ser?

La pregunta provocó un silencio momentáneo.

Finalmente, Burleson suspiró.

—Bueno, la respuesta abre una caja de Pandora. ¿No es así, Nora?

Burleson se volvió hacia la arqueóloga, que asintió. Había entendido el significado de su mirada. Antes, Burleson no quería que el resto del equipo estuviera al tanto del robo de Peel, pero ahora que su caballo había regresado sin otra cosa que una silla de montar medio caída, no tenía sentido.

—Cuando fuimos al yacimiento esta mañana, descubrimos que se había producido un robo —empezó.

—¿Qué? —preguntó Maggie—. ¿Un robo?

—Por lo visto, Peel decidió llevarse algunos huesos. Pensamos que quizá lo hizo para enterrarlos de nuevo o, como mínimo, impedir que

fueran sometidos a estudio.

—¿Qué huesos? —siguió la cocinera.

—Algunos de los más intactos que hemos desenterrado hasta el momento; en concreto, los de Samantha Carville.

—¿Ha robado a Samantha? ¿Toda ella?

Nora titubeó.

—Eso parece. Bueno… excepto el hueso faltante de la pierna.

Hubo un silencio.

—Maldita sea —murmuró Wiggett.

—A lo mejor deberíamos abrir una botella de vino y tomar todos una copa —propuso Burleson con una voz casi tan pausada como la que había utilizado con el caballo.

Al oír eso, Nora se sintió repentinamente alarmada por la serenidad de Burleson.

—Es la mejor propuesta que he oído en toda la semana —aceptó Maggie, que tapó el estofado y se sentó en una silla junto al fuego.

Burleson sacó dos botellas de vino que tenía guardadas, las abrió y llenó las tazas de estaño. Después se acomodó en su silla y miró a su alrededor.

—En primer lugar, quiero que sepáis que todos los hombres del rancho han sido alertados y es cuestión de tiempo que encuentren a Peel. No queremos que intervenga la policía a menos que sea estrictamente necesario. Puede que Jack tenga fuertes creencias religiosas, pero no es un ladrón. Preferiría que lo encontráramos nosotros y hacerlo entrar en razón a verlo en la cárcel.

—¿Cómo sabéis que fue él quien robó los huesos? —preguntó Wiggett, que parecía un poco indignado por haberse pasado el día buscando a Peel sin conocer el verdadero motivo.

—Encontramos huellas de sus botas y de su caballo por todo el yacimiento —respondió Clive.

—No me lo puedo creer —murmuró Maggie—. De las aguas mansas líbreme Dios, como digo yo siempre. Pensar que esa pobre niña, después de todo lo que pasó en su corta vida, ha sido perturbada otra vez…

Bebió un sorbo de vino.

—Y hay otra cosa que creo que merecéis saber —siguió Burleson—, algo de lo que me he enterado esta misma tarde. Nora os lo explicará.

Entonces le dedicó otra mirada, esta vez con un atisbo de advertencia.

Nora notó que Clive empezaba a moverse, dispuesto a plantear objeciones, pero le puso una mano en el brazo. Ahora que la expedición se había convertido en un caos, no importaba que saliera todo a la luz. Ella también bebió un largo trago de vino.

—La historia de la expedición Donner tiene más elementos de los que conocéis —empezó—. Durante el viaje, empezaron a correr rumores de que un pionero llamado Wolfinger llevaba un baúl con monedas de oro. En un momento dado fue asesinado por dos compañeros, que robaron el baúl y les contaron a los demás que Wolfinger había muerto a manos de los indios. Supongo que más tarde, la tragedia de los Donner fue tan tristemente célebre que la gente se olvidó de la posibilidad de que los ladrones hubieran podido esconder el oro antes de morir de hambre. Desde luego, los historiadores nunca le prestaron atención. Pero hace cuatro días encontramos en el yacimiento los esqueletos de los dos asesinos. Llevaban diez monedas de oro escondidas en las botas, lo cual podría ser una confirmación de que la historia es cierta. Y, si es cierta, es posible que escondieran el resto del oro antes de morir.

—¿Cuánto? —preguntó Maggie.

—Diez mil dólares.

De repente, Maggie se levantó.

—¡Lo sabía! Eso mismo le estaba diciendo a Drew el otro día. Le dije: «No están buscando solo unos huesos viejos». ¿Te lo dije o no? ¡Y tenía razón! —Miró a Nora y a Clive con entusiasmo—. ¿Qué valor tiene actualmente?

Clive se volvió hacia Nora, que asintió.

—Unos veinte millones de dólares —respondió.

Nadie dijo nada mientras calaba la idea.

—¿Veinte millones? —preguntó Maggie al fin.

Clive asintió.

—¿Y todavía no lo habéis encontrado?

—No.

—Entonces ¿hay veinte millones en oro enterrados cerca de aquí?

Al parecer, Maggie no era capaz de absorberlo.

—Es posible.

—¡Madre de Dios! —Soltó un silbido—. ¿Y quién se los quedará?

—Hasta la última moneda pertenece al gobierno o al instituto —dijo Clive, pronunciando cada palabra con claridad—. Ninguno de nosotros podrá quedárselo.

—Quedarse con una sola moneda —añadió Nora— supone un robo al gobierno. Es igual que atracar un banco, y te condenarían a veinte años en San Quintín.

—¡Venga, hombre! —exclamó Maggie—. ¡Eso no es justo!

Wiggett se revolvió en su silla.

—Tiene que haber alguna recompensa.

—Esto funciona así —le aseguró Nora—. No hay recompensa. Es la ley.

—A la mierda la ley —bufó Maggie—. ¡El que lo encuentra se lo queda!

—¿Qué insinúas? —le preguntó Burleson con brusquedad—. ¿Que mañana te pondrás a buscar el oro? Seguramente por eso no nos lo dijeron. Escucha: no hay honorarios para el que lo encuentre. No hay recompensa. Tienes prohibido buscarlo. ¡Esto es una excavación arqueológica, no una caza del tesoro!

—¡Es injusto! —insistió Maggie.

—No puedo negar que lo parece, pero es como debe ser. Y, si no te gusta, aceptaré tu dimisión. Aquí y ahora.

Hubo un silencio y Maggie apuró el vino de un trago, dejó la taza con brusquedad y se limpió la boca.

—De acuerdo. No hace falta tomárselo tan a pecho. Simplemente me parece patético que ni siquiera nos dejen ayudar. Siempre he querido encontrar un tesoro enterrado.

—A mí me gusta igual que a ti, pero esto no es el Salvaje Oeste. El oro que encuentre el equipo arqueológico ya está adjudicado. Quiero

estar seguro de que ambos lo tenéis claro.

Wiggett suspiró y asintió. Al cabo de un momento, Maggie hizo lo mismo. Nora se percató de la extraña sucesión de emociones que había provocado en los miembros del campamento la existencia del oro: asombro, alegría, decepción, resentimiento y, por último, la aceptación a regañadientes de la legislación.

Burleson se dio una palmada en las rodillas.

—Supongo que eso es todo. Espero que al amanecer hayamos encontrado a Peel y hayamos recuperado los objetos robados para que los arqueólogos puedan devolver el yacimiento a su estado óptimo. En cuanto al oro, recordad: no toleraré que ningún miembro de mi equipo salga a buscarlo. Y ahora, Maggie, si eres tan amable termina ese estofado de ternera. Seguro que no soy el único que está famélico.

29

13 de mayo

Nora se sentó a la mesa situada frente a la tienda de trabajo mientras los demás se congregaban para su habitual reunión matinal. Al mirar a su alrededor percibió un claro aire de expectación. Aún estaba nerviosa por la conversación que había mantenido antes con Skip con el teléfono vía satélite. Su hermano le dijo que Fugit seguía furiosa por el robo. Por si eso no bastara, Mitty estaba deprimido y se pasaba gran parte del día frente a la ventana, esperando a que volviera a casa.

—Hasta que recuperemos los objetos que se llevó Peel no tiene demasiado sentido restaurar las partes que tocó —respondió, desterrando su ánimo negativo—, así que hoy buscaremos el oro de forma organizada. Si de verdad está aquí, cuanto antes lo localicemos y lo pongamos a salvo de cualquier tentación, mejor.

Salazar y Adelsky parecían tan ansiosos que Nora se apresuró a añadir:

—Lo buscaremos Clive y yo. Jason, Bruce, ahora que la parte trasera del yacimiento está casi terminada, podéis abrir esos cuatro últimos cuadrantes que habéis estudiado. Con un poco de suerte contendrán el refugio original y la hoguera para cocinar.

—Cuatro personas encontrarán el tesoro más rápido que dos —protestó Adelsky.

—Es posible —reconoció Nora—, pero hay que continuar con la excavación como sea. El valor arqueológico que tiene desenterrar el corazón del campamento es más grande que un baúl lleno de oro.

Salazar puso cara de disgusto.

—Pero mucho menos divertido —añadió Adelsky.

—Te entiendo, pero tendréis la oportunidad de ayudarnos a guardar el oro a buen recaudo si lo encontramos. De hecho, el principal motivo de la reunión de hoy es lanzar propuestas sobre dónde pudieron esconderlo. Tengo algunas ideas que quiero compartir con vosotros.

—Claro —aceptó Salazar—. Yo también he estado especulando. Imagino que mil águilas doradas de diez dólares, a catorce gramos cada una, pesan unos catorce kilos. Si a eso le sumamos el peso de la caja fuerte o el baúl, yo apostaría a que el tesoro pesa como mínimo veintidós kilos.

A Nora le sorprendió que hubiera ahondado tanto en el problema, pero ella también había hecho el cálculo.

—Correcto. Buen trabajo. Y dos hombres hambrientos no podían transportar muy lejos un baúl tan pesado con tanta acumulación de nieve.

—Lo más probable es que construyeran un trineo improvisado con tablones y lo arrastraron —aventuró Adelsky.

—Es una idea interesante —reconoció Nora.

—Una cosa más —terció Salazar—. Es imposible que enterraran el oro en la tierra porque estaba congelada. Tampoco debieron de dejarlo en la nieve, porque sería descubierto durante el deshielo de primavera.

—Ambas cosas son correctas —respondió Nora.

Clive se echó a reír.

—Parece que habéis pensado en ello tanto o más que nosotros.

—Creo que podemos descartar que el baúl esté escondido en un árbol, donde podría caerse o ser visto —continuó Nora—. Así que nos queda un escondite muy obvio: las montañas.

—Por desgracia —dijo Adelsky—, debe de haber mil agujeros y grietas en las que cabría un baúl. Y puede que taparan el agujero con piedras para que no se viera.

—Yo creo que podemos acotar la cifra fácilmente —intervino Clive.

—¿Cómo?

—Calculando la altura de la nieve cuando escondieron el baúl.

—Cierto —Adelsky se inclinó hacia delante entusiasmado—, porque si la nieve tenía una altura de seis metros, el baúl estaría a unos seis o

siete metros.

—Exacto.

Hubo una pausa.

—Entonces ¿cómo podemos averiguar la altura de la nieve cuando ocultaron el baúl? —preguntó Adelsky.

Nora sonrió.

—Eso es coser y cantar.

—¿Ah, sí?

—Vayamos paso a paso —añadió—. La expedición llegó a este valle por la tarde, durante una ventisca. Aquella noche cayeron sesenta centímetros de nieve, la primera tormenta de la temporada. Luego llegaron una tormenta tras otra. En febrero, la nieve alcanzó su altura máxima, unos ocho metros. Por tanto, si averiguamos cuándo escondieron el baúl, sabremos a qué altura está.

—¿Y cómo vamos a averiguarlo? —preguntó Adelsky.

—Como diría Clive, examinando el archivo histórico —dijo, volviéndose con expectación hacia el historiador.

—En su diario, Tamzene Donner hacía un seguimiento de la acumulación de nieve y las fechas —observó Clive—. Y Boardman, el hombre que escapó del Campamento perdido, le contó muchas cosas sobre lo sucedido allí. Ayudadme a razonar esto: al principio, los dos asesinos debieron de esconder el oro en su carromato. Los demás no les permitían entrar en su refugio y se vieron obligados a acampar a unos cincuenta metros de distancia. Hacia el 15 de noviembre, desmontaron el carromato para construir un refugio. Sabemos que el oro no está allí, así que tuvieron que esconder el baúl antes de desarmar el carromato, sin duda, poco antes del 15 de noviembre. ¿Estáis de acuerdo conmigo de momento?

Todos asintieron.

—Según el diario de Tamzene, a mediados de noviembre había una acumulación de dos metros de nieve. Si en el paso de Donner había dos metros, aquí también. Teniendo eso en cuenta, el baúl debería estar en las montañas a una altura de entre dos y cuatro metros. *Quod erat demonstrandum*. —Miró a su alrededor sonriendo—. ¿Alguien discrepa

con esa lógica?

Nadie puso objeciones.

—Pero aun así hay un montón de agujeros en esas montañas —insistió Salazar—. No es tarea fácil.

—Eso es innegable —reconoció Nora—, sobre todo porque no conocemos la densidad de los árboles en aquella época, es decir, qué zonas les brindaban camuflaje para no ser vistos desde el campamento. Porque tuvieron que esconder el oro sin que los demás se percataran.

—Entonces ¿cuál es el plan? —preguntó Adelsky—. ¿Buscar un tramo de nieve amarilla con ciento sesenta y cinco años de antigüedad?

—No, dividiremos las laderas de las montañas en sectores y buscaremos una por una. —Nora se levantó—. Vosotros dos, poneos a trabajar en esas dos últimas cuadrículas y Clive y yo empezaremos la búsqueda.

Salazar y Adelsky gruñeron al unísono.

—Os prometo que con tantas laderas que cubrir todos tendremos la oportunidad de buscar.

Mientras Salazar y Adelsky sacaban las herramientas y se ponían las mascarillas y los guantes, Nora extendió un esquema de las laderas que había elaborado la noche anterior a partir de fotografías.

—Ya he dividido la montaña en seis sectores —le dijo a Clive—. Tres a cada lado del desfiladero, como si fuera un yacimiento arqueológico. Empezaremos por el sector uno y procederemos a partir de ahí.

—Parece que has estado ocupada. —Clive se inclinó sobre el esquema—. El extremo opuesto del sector seis está ahí debajo. ¿Lo ves?

Señaló el final del prado, donde se unían las paredes de roca. Unos trescientos metros más arriba, un gigantesco rizo de nieve medio derretida a sotavento —que ellos denominaban jocosamente la cornisa de la muerte— seguía colgando amenazador sobre la angosta fisura.

—Soy consciente de ello. Espero que encontremos el tesoro antes de tener que buscar en esa zona. En cualquier caso, está a casi cuatrocientos metros, un buen trecho para dos hombres hambrientos cargando con una caja fuerte. —Nora dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo—. A medida que avancemos, iremos marcando cada zona

terminada en este esquema maestro.

Clive asintió.

—Buen plan, pero mantengamos los ojos bien abiertos. Estoy seguro de que esas rocas son hábitats para las serpientes de cascabel. —Titubeó y bajó el tono de voz—. Cuando encontremos el tesoro, deberíamos llevárnoslo a México y vivir felices para siempre en la playa. ¿Qué opinas?

Luego se echó a reír y le dio a Nora un afectuoso codazo.

—Nos moriríamos de aburrimiento —respondió ella.

Los dos empezaron a explorar la base de las montañas del sector uno. Podían llegar a bastantes agujeros escalando sin cuerdas, pero había otras zonas con escasos puntos de apoyo, y Nora se dio cuenta de que a la postre serían necesarias.

—¿Alguna vez has practicado la escalada técnica? —preguntó.

—No, pero siempre he querido aprender.

—Bueno, si es necesario, primero te enseñaré lo básico para que me asegures mientras yo subo. Así ahorraremos tiempo.

Nora y Clive iniciaron la escalada libre a todas las grietas, agujeros y fisuras del primer sector a los que podían llegar, hurgando con bastones de senderismo y linternas frontales. Los primeros seis agujeros que Nora iluminó estaban vacíos, y a lo sumo había un pequeño arbusto a la entrada que apartó con el bastón. En uno se distinguía un caótico nido de cuervos en el que media docena de crías estiraban el cuello y piaban ruidosamente. La madre sobrevolaba la zona graznando con furia. En otra fisura había una serpiente de cascabel enroscada que siseó y adoptó una posición de ataque cuando la enfocó con la linterna. Nora retrocedió tan rápido que estuvo a punto de caer, y después salió a gatas.

—Dios mío —murmuró.

—Yo también he visto una —dijo Clive.

En una hora habían agotado todos los escondites que podían alcanzar escalando sin cuerdas. Entonces, Nora y Clive se colocaron los arneses y ella le enseñó cómo asegurarla. Teniendo en cuenta las alturas que habían calculado, los ascensos no plantearían demasiadas dificultades.

Nora fijó la cuerda y verificó el material.

—¿Estoy asegurada? —preguntó.

—Todo en orden —respondió Clive, que dio una palmada al mosquetón y se preparó.

—Escalando.

Nora emprendió el ascenso y colocó un fisurero de levas a dos metros de altura. Utilizándolo como anclaje, se desplazó lateralmente tres metros en ambas direcciones y observó los agujeros. De uno de ellos salió un cuervo. Aterrada, Nora cayó medio metro, pero Clive agarró con fuerza su cuerda utilizando el dispositivo asegurador-descensor.

—Lo siento —dijo.

—Recuerda: nunca apartes la mano del freno de la cuerda.

Nora quitó el fisurero, descendió y avanzó otros cuatro metros por la montaña, donde empezó de nuevo el proceso.

A medida que avanzaba la mañana, lo que había comenzado como una emocionante búsqueda del tesoro estaba empezando a ser agotador. La escalada tan cercana al suelo no era divertida ni desafiante. La mayoría de los agujeros estaban vacíos, salvo por viejos nidos de cuervo y alguna que otra serpiente de cascabel cabreada que le aceleraba el corazón. Clive no tardó en cogerle el truco, y la novedad también empezaba a resultar tediosa.

Hacia mediodía oyeron un grito proveniente del centro del prado. Minutos después, Salazar apareció entre los árboles agitando los brazos.

—¡Lo hemos encontrado!

Nora descendió, marcó su posición y ambos siguieron a Salazar hasta el yacimiento.

Tras abrir dos de los cuatro cuadrantes, Salazar y Adelsky habían dado con el yacimiento. Había tablones de madera, clavos y la que obviamente era la hoguera del campamento: una masa de carbón rodeada de piedras.

Nora examinó la zona. Todavía no lo habían desenterrado todo, por supuesto, pero bastaba para distinguir el perfil general: tablones extremadamente podridos y clavos retorcidos hechos a mano, hundidos en la madera o esparcidos por el suelo.

Nora observó la hoguera más de cerca. Era un espectáculo sórdido. Los restos de una olla contenían un cráneo. Debajo, mezclados con el carbón, había fragmentos de hueso quemados y mordisqueados. A medio metro de la hoguera, al borde de la cuadrícula excavada, vio algo espantoso: el esqueleto perfecto de una mano desmembrada que por alguna razón no se habían comido. Tal vez la habían robado para consumirla más tarde, se la habían dejado olvidada o, con toda probabilidad, seguía allí porque todos habían muerto.

Se hizo el silencio y, mientras Clive lo fotografiaba todo, Nora se volvió hacia sus ayudantes.

—Aquí está. Habéis hecho un trabajo excelente.

—¿Y el oro? —preguntó Adelsky.

—De momento, nada.

Salazar se aclaró la garganta con exageración.

—¿Hay alguna posibilidad de que ayudemos en la búsqueda esta tarde?

Nora miró primero a Adelsky y después a Salazar, que tenían un brillo en la mirada que no recordaba haber visto antes. Era extraño que el oro provocara esa reacción, incluso en unos arqueólogos que deberían saber que encontrarlo no les serviría de nada. No obstante, ambos eran buenos escaladores, y a Nora le vendría bien un descanso.

—Mañana, cuando terminéis esos dos cuadrantes. Podéis turnaros para escalar y asegurar.

Después de comer, ella y Clive volvieron a las montañas, y Nora se puso de nuevo el arnés.

—Espero que lo encontremos pronto —dijo—, porque me preocupa un poco que se contagien todos de la fiebre del oro.

—A mí también —respondió Clive, que miró hacia la ladera más cercana, cuyos flancos estaban repletos de aberturas—. Pero esto es como buscar una aguja en un pajar. Un pajar lleno de serpientes de cascabel.

30

Cuando Nora y el equipo de arqueología regresaron a última hora de la tarde tras examinar exhaustivamente un cuadrante del refugio y avanzar con los otros tres, encontraron el campamento desierto. Empezaba a hacer frío, así que Nora se sentó cerca de la hoguera y lanzó unos cuantos palos para avivar las brasas.

—¿Dónde están todos? —preguntó Salazar.

—Buscando oro —respondió Adelsky entre risas. Luego se sentó en su silla y encendió el vapeador.

—Espero que no —murmuró Nora.

En ese preciso instante oyó voces, y a continuación llegaron Burleson y Maggie a caballo. Cuando desmontaron, Burleson se llevó a los caballos y Maggie entró en la zona de la cocina y empezó a abrir armarios y a sacar sartenes para preparar la cena.

—¿Dónde estabais? —le preguntó Adelsky soltando una bocanada de humo—. ¿Buscando algo, por casualidad?

—No me toques los huevos, listillo. Sí, estábamos buscando a Peel. No nos está permitido buscar el tesoro, ¿recuerdas?

Adelsky soltó una risotada cínica.

—A Peel. Claro, claro.

Burleson volvió y se sentó en la silla.

—He echado otro vistazo en el camino por si se había caído del caballo y estaba inconsciente entre las rocas, pero no hay rastro de él. —Hizo una pausa—. ¿Alguien ha visto a Wiggett? Se supone que debía quedarse aquí con los caballos.

—Seguramente también estará buscando —dijo Adelsky.

—A ver si adiviná is qué —terció Salazar.

—Dejadlo ya —ordenó Nora.

Un brillo dorado iba tiñendo poco a poco las cimas a su alrededor mientras Maggie servía la cena. Después, cuando el crepúsculo inundó el valle de sombras púrpura, Nora oyó una llamada, lejana pero urgente, y todos se pararon a escuchar.

Escucharon otro grito, seguido de unos cascos golpeando el suelo. Poco después, Wiggett salió del bosque a galope, entró en el campamento y se detuvo sin desmontar.

—He encontrado a Peel en Black Buttes —dijo jadeando.

Burleson se levantó de un salto.

—¿Qué? ¿Iba hacia el oeste? ¿Se había adentrado en las montañas?

Wiggett asintió.

—Y eso no es todo. Está muerto.

—¿Muerto? —gritó Maggie—. ¿Estás seguro? ¿Qué ha pasado?

—Por lo retorcido que está el cuerpo, se cayó por una montaña… Sí, estoy seguro.

—Dios mío. —Burleson miró al cielo—. Todavía queda un poco de luz y esta noche hay luna llena. Vamos, llévame allí.

—Iremos todos —dijo Nora.

Nora y Clive acompañaron a Burleson y a Wiggett cuando salieron del cercado y pasaron junto a la excavación. Wiggett los guio describiendo ángulos rectos desde el desfiladero y subieron por un barranco siguiendo el irregular sendero, que los llevó hasta un paisaje de cúpulas de granito, quebradas y pinos longevos retorcidos. Cuando el camino fue desapareciendo y se apagó la última luz, al este se elevó una gran luna mantecosa que irradiaba una luz pálida sobre un paisaje casi tan claro como el día.

Tras media hora cabalgando, Wiggett hizo un alto en un laberinto de riscos que seguían una línea montañosa que se estrechaba repentinamente al acercarse a una pequeña cumbre.

—Es justo debajo de esa cima —anunció Wiggett—. El cuerpo está en la parte izquierda de la quebrada. No lo habría visto si no hubiera desmontado al cruzar la cresta, porque la base era muy complicada.

Tened cuidado y manteneos alejados de ese precipicio. —Hizo una breve pausa—. Y hay otra cosa que deberíais ver. Es lo primero que me llamó la atención. Parece que Peel estaba construyendo un túmulo o una tumba.

Wiggett hizo avanzar a su caballo y cabalgaron en fila de a uno por la cresta. A su izquierda había un desfiladero empinado y desde abajo soplaba un viento gélido.

—Deberíamos parar aquí, atar los caballos y recorrer los últimos centenares de metros a pie —propuso Burleson—. No me gusta el terreno, y preferiría alterar lo mínimo posible la zona.

—Buena idea —dijo Clive.

Desmontaron y ataron las riendas de los caballos a unos pinos enanos situados por debajo de la línea de las montañas y protegidos del viento. Wiggett, que iba en cabeza, encendió la linterna frontal mientras recorrían las redondeadas rocas de granito. Entonces vieron un túmulo a medio construir y piedras caídas a su alrededor.

Burleson lo iluminó con la linterna.

—Parece reciente, desde luego. Y ahí hay trozos de madera, como si tuviera pensado fabricar una cruz. Supongo que me equivoqué y no iba a la ciudad a buscar a un sacerdote. Iba a enterrar esos huesos en la naturaleza, donde nadie pudiera volver a tocarlos. —Hizo una pausa—. Parece que lo estaba construyendo cuando se cayó. El precipicio es tremendo.

Nora iluminó con su linterna el montón oblongo de piedras y luego el borde de la montaña, situado a unos diez metros.

—Está ahí abajo —dijo Wiggett, señalando el lugar.

Nora y los demás se acercaron con cautela. Una vez allí, la arqueóloga se arrodilló para observar. La luz de la luna inundaba el valle, y a unos ciento cincuenta metros descubrió el cuerpo horriblemente retorcido de un hombre. A su alrededor había fragmentos de color blanco. A través de los prismáticos comprobó que se trataba de trozos de hueso que habían caído de dos alforjas rasgadas que también se habían precipitado montaña abajo.

Clive se arrodilló a su lado y, sin decir nada, le cogió los prismáticos.

—Dios, es espantoso. Y supongo que eso que hay a su alrededor son los huesos que robó, o lo que queda de ellos.

Por un momento, todos guardaron silencio, sumidos en sus pensamientos.

—¿Cómo es posible que un hombre con tanta experiencia en la naturaleza se cayera así de una montaña? —dijo después Burleson.

—Era de noche —respondió Wiggett—. Estaba cogiendo piedras para la tumba. Estaba nervioso y enfadado, y no pensaba con claridad.

—Puede que incluso tomara un par de copas —añadió Clive.

—Peel no bebía.

Nora volvió a mirar hacia abajo, conteniendo la sensación de vértigo a pesar de su dilatada experiencia con las alturas. El borde del precipicio era tan afilado que parecía tallado con un cuchillo. Cualquiera podría haberse caído. Pero…

—¿No llevaba una linterna frontal? —preguntó.

—Imagino que sí —dijo Burleson.

Nora retrocedió y se puso de pie.

—Creo que será mejor que volvamos al campamento e informemos a la policía.

31

14 de mayo

La agente especial Corrie Swanson era la última en la hilera de caballos que recorrían el camino serpenteante que conducía a la cima. Delante de ella iban el sheriff del condado, un hombre corpulento llamado Blake Devlin, su ayudante y dos agentes del Servicio Forestal, todos ellos en caballos proporcionados por el rancho Red Mountain. También los acompañaba el forense del condado, un hombre menudo y peculiar que no parecía tener mucho que decir y estaba ridículo a lomos de un caballo tan grande. Eran un grupo bastante variopinto, pensó Corrie, atravesando una serie de cumbres rocosas en Sierra Nevada. Se encontraban a más de dos mil metros de altitud en una región de áridos picos y montículos de granito con pequeños pinos retorcidos que crecían aquí y allá. Más adelante podían ver cimas altísimas cubiertas de nieve.

A Corrie no le gustaba montar a caballo. La funda en la que guardaba la Glock se le clavaba en las costillas, y las esposas que llevaba metidas en la cintura le rozaban en la columna. ¿Por qué coño las había traído? Dos alforjas abultadas contenían la parafernalia necesaria para recabar pruebas: cubrezapatos, guantes, una mascarilla, un gorro, tubos de muestras, una cámara digital, bolsas con cierre hermético, una linterna de bolsillo y unas pinzas. Normalmente se habría ocupado de dicha tarea un equipo de respuesta del FBI, pero Morwood se había negado a ofrecerle uno, ya que todos los informes preliminares indicaban que la muerte había sido accidental. Además, recalcó que se suponía que Corrie era una experta forense. Y lo era, pero carecía de experiencia práctica.

Cuando llegó aquella mañana al rancho Red Mountain, los otros cuatro miembros del grupo policial, todos hombres de mediana edad, parecían conocerse y estaban ensillando los caballos. Por el poco entusiasmo con que la recibieron estaba claro que la consideraban una intrusa. Corrie era muy consciente de lo joven y poco experimentada que parecía. Pero, por ese mismo motivo, estaba decidida a actuar con frialdad y corrección en todas sus interacciones. «Aunque sin duda se trata de un accidente», le había dicho Morwood, «le brindará una experiencia valiosa».

Cuando tomaron una curva en la cresta, vieron que alguien había atado una cuerda que cruzaba el camino a modo de cinta perimetral transitoria. Eso estaba bien. Corrie se preguntaba quién lo habría hecho.

Detuvieron los caballos y Corrie se bajó. Luego desató las alforjas y se las echó al hombro. El vaquero de Red Mountain que los había guiado hasta allí se acercó para coger las riendas y se llevó su caballo con los demás. Nora miró a su alrededor y vio a sus compañeros hablando en grupo. En ese momento, todos se echaron a reír.

Corrie pasó por encima de la cuerda y avanzó hasta el borde del precipicio. Al final de una pronunciada caída distinguió el cuerpo de la víctima y unas alforjas cerca de él. En la cresta situada junto a ella había un montón de piedras y, no muy lejos, dos palos afilados recientemente. Era obvio que el hombre estaba fabricando una cruz cuando cayó. Buena parte del terreno era de granito, con algún tramo de musgo y flores alpinas en las grietas, la peor superficie posible para recoger pruebas. Un examen del borde de la montaña y el túmulo no desveló un solo rastro de hombres o caballos.

Corrie sacó la cámara e hizo unas cuantas fotos. Mientras tanto, el sheriff, su ayudante y los dos agentes forestales se dirigieron hacia ella hablando y riendo. Le pareció que no mostraban demasiado interés, pero se lo estaban pasando en grande jugando a los vaqueros con sus sombreros y sus botas.

Sintió la presencia de una persona a su espalda y se dio la vuelta. Nora Kelly, la arqueóloga, se acercó a ella indecisa. Detrás estaban

Benton, el historiador de la expedición, y otros dos rostros que le resultaban familiares.

—¿Alguna idea de qué ha ocurrido? —preguntó la mujer.

—No creo que vayamos a descubrir gran cosa por aquí —dijo Corrie —. Me gustaría bajar a examinar el cuerpo. ¿Conoce el camino?

—Se lo mostraré. Parece que el forense ya va hacia allí.

Corrie siguió a Nora Kelly por la cresta hasta un pronunciado pasaje que conducía a la quebrada y bajaron con cuidado hasta el fondo. Un riachuelo surcaba el barranco, con prados y abetos a ambos lados. Caminando junto al agua encontraron otro trozo de cuerda.

—¿Quién puso esta cuerda? —preguntó Corrie.

—Le pedí a Wiggett que lo hiciera antes de que llegara todo el mundo. No quería que nadie anduviera por aquí y cogiera algo, sobre todo los huesos que robó Peel.

—¿Wiggett, el ayudante del vaquero?

—Sí.

—Gracias.

Más atrás oyó a los cuatro policías vociferando mientras descendían por el pasaje.

Al doblar una curva de la quebrada se presentó ante ellos la gráfica escena de la muerte. Corrie se detuvo a observar, esforzándose por mantener una expresión profesional. El forense estaba agachado encima del cadáver para tomarle la temperatura, un proceso que Corrie había estudiado en profundidad pero nunca había visto en directo. No era agradable.

—¿Quién ha estado aquí antes que nosotros? —preguntó.

—Solo Wiggett y el forense. Le dijimos a todo el mundo que se mantuvieran alejados.

Corrie asintió y avanzó unos pasos más. El cuerpo yacía a unos seis metros, entre rocas irregulares. Estaba tan horriblemente retorcido que la agente se preguntó si tenía sentido ponerse cubrezapatos, guantes, mascarilla y gorro para recabar pruebas teniendo en cuenta que el forense no lo había hecho. Al final decidió seguir las normas por si acaso. Lo sacó todo de las alforjas y se lo puso.

—Espere aquí, si no le importa —le pidió a la doctora Kelly—. Me gustaría echar un vistazo más de cerca.

—Claro.

Corrie se dirigió hacia el cuerpo y el forense asintió a modo de saludo.

—Unos minutos más y será todo suyo.

—Gracias.

Corrie hizo más fotos de la escena, la montaña, los huesos y otros objetos que habían caído de las alforjas rotas de Peel. Los huesos de la excavación, que al parecer había robado el difunto para volver a enterrarlos, estaban esparcidos por la zona: entre ellos había un cráneo destrozado. Cerca del cuerpo estaba la linterna frontal de la víctima. Corrie se agachó para fotografiarla.

—Agente Swanson —dijo el forense—, ya he terminado.

El hombre se hizo a un lado y empezó a tomar notas en un cuaderno mientras Corrie examinaba el cadáver de cerca. Los daños eran enormes. Tenía el cuello tan fracturado que parte de él se había separado de la cabeza. La parte posterior del cráneo estaba aplastada y debajo había un gran charco de sangre, lo cual indicaba que estaba vivo cuando se precipitó al vacío. Los brazos y las piernas presentaban docenas de fracturas y se veían los huesos y más sangre. Había abrasiones y contusiones por todas partes. La víctima tenía la camisa y los pantalones hechos jirones y desgastados. Una de sus botas se encontraba como mínimo a veinte metros de distancia.

Corrie bordeó el cuerpo y siguió haciendo fotos.

Devlin, su ayudante y los dos agentes del Servicio Forestal se acercaron, charlando y sin molestarse en ponerse protecciones, ni siquiera unos guantes.

—Bueno, bueno —empezó el sheriff—. ¿Ya ha resuelto el caso, agente especial Swanson?

Corrie habló a través de la mascarilla.

—Estoy recogiendo pruebas —respondió, y se acercó a la cabeza de la víctima para hacer más fotos de los cortes y las contusiones.

—¿Cree que ha sido… un asesinato? —preguntó Devlin, y su

ayudante soltó una carcajada contenida.

—Como le decía, aún no he sacado conclusiones.

—Pues yo sí.

Corrie evitó contestar para que no insistiera, pero lo hizo.

—Lo que tenemos aquí es lo que técnicamente se conoce como una mala caída.

Ignorándolo, Corrie activó el modo macro del objetivo y sacó unos primeros planos de las contusiones faciales.

El sheriff prosiguió.

—El tipo estaba construyendo esa pequeña tumba, se puso a buscar piedras y cayó por el precipicio.

Corrie siguió haciendo fotos.

—¿No es lo que ve usted también, agente especial Swanson?

—La pregunta no es si se cayó. La pregunta es cómo.

—A eso también puedo responder —afirmó Devlin subiéndose el cinturón reglamentario, que emitió un sonido metálico—. Hace dos noches, la misma de su muerte, la luna se ocultó a las tres de la madrugada. Estaba construyendo una tumba para esos huesos sin luz ambiental. Estaba muy oscuro, pero siguió trabajando y se cayó.

Corrie no pudo evitar señalar la linterna rota.

—Tenía luz. El interruptor está en la posición de encendido.

—Sí, pero estaba nervioso y trabajaba con prisas en un borde muy pronunciado.

Corrie se irguió y miró a Devlin, que le sonreía con indulgencia. «Tranquila», se dijo.

—Gracias por su opinión, sheriff Devlin.

Después se volvió hacia los otros tres, que estaban deambulando por allí soltando carcajadas. Uno había pisado sin querer un fragmento de hueso, y Corrie oyó a la doctora Kelly reprenderlo.

Corrie miró de nuevo a Devlin.

—Me gustaría pedir a los que no están participando activamente en el recabado de pruebas que se sitúen al otro lado de la cuerda.

El sheriff se la quedó mirando.

—Estamos recabando pruebas. Estoy mirando con mis dos ojitos. Y

ellos también.

A Corrie se le aceleró el pulso y empezó a notar aquella vieja sensación de ira, la misma que había intentado controlar en los últimos años. Respiró hondo, exhaló lentamente y repitió el proceso para recuperar un poco el equilibrio.

—Cuando acabe —dijo—, podrán retomar el examen de la escena. Pero, por ahora, les agradecería que fueran al otro lado de la cuerda y me dejaran terminar mi trabajo.

—Señorita —empezó Devlin tras un largo silencio—, ¿le importa que le pregunte quién le ha dado autoridad para dictar órdenes al sheriff electo del condado de Nevada, California?

El detonante fue el «señorita». Con frialdad, aunque gritando más de lo que pretendía, Corrie respondió:

—Estamos en territorio federal, y el FBI tiene jurisdicción en territorio federal. Eso incluye prioridad sobre las fuerzas del orden locales. Su presencia aquí es pura cortesía, sheriff. También cabe señalar —se volvió hacia los dos agentes del Servicio Forestal— que ustedes dos están directamente bajo mi autoridad.

Ambos la miraron fijamente y por un momento temió que fueran a contraatacar. Se dio cuenta de que no tenía la menor idea de cómo gestionar aquella situación. Pero entonces, uno de ellos murmuró «Sí, señora» y los dos se fueron al otro lado de la cuerda.

Corrie se volvió de nuevo hacia el sheriff y su ayudante. Devlin estaba colorado. Se disponía a decir algo, pero se lo pensó mejor y, frunciendo el ceño, acabó yéndose con su ayudante.

Respiró aliviada y terminó su serie de fotografías macro. Luego recorrió el lugar en las cuatro direcciones, tal como le habían enseñado, pero no vio nada más de interés, así que volvió al otro lado de la cuerda, donde se encontraban los demás charlando y observándola.

—Caballeros, si quieren examinar la zona, está libre —dijo.

—No necesitamos examinar nada —rehusó el sheriff—. Lo que ha pasado está más claro que el agua.

Cuando Corrie empezó a recoger su material, la doctora Kelly y Benton, el historiador, se acercaron.

—He oído la conversación. Bien hecho —la felicitó Kelly.

Corrie intentó adoptar una expresión neutral, pero por dentro se sentía enormemente agradecida por el comentario y asintió.

—Quería hacerle una pregunta —añadió la arqueóloga—. ¿Qué ocurrirá con los huesos que robó Peel del yacimiento?

Corrie pensó unos instantes.

—Son pruebas y, como tales, deberíamos ponerlas bajo custodia.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—Adelante.

—Son restos humanos de un gran valor arqueológico. Además, como restos humanos, deben ser tratados con sensibilidad. Es evidente que han sufrido daños en la caída y deberían ser conservados y, a ser posible, reensamblados. No podremos hacerlo si los requisan como pruebas.

Entonces intervino Benton.

—Como descendiente de la expedición Donner, coincido con Nora. No me gustaría que los restos de mis antepasados permanecieran encerrados indefinidamente.

—Si los necesitan en un futuro —apostilló Kelly—, el FBI siempre podrá acceder a ellos.

Corrie meditó unos instantes.

—¿Conocen el término «cadena de custodia»? Si algún día se utilizan los huesos como prueba, debemos poder documentar quién tuvo acceso a ellos y cuándo.

—Ningún problema. Como se practicarán análisis de ADN, esos huesos estarán protegidos de la contaminación. Parte del protocolo de las pruebas genéticas es mantener una cadena de custodia estricta.

—Muy bien —accedió Corrie al cabo de un momento—. En cuanto el forense levante el cadáver, pueden recoger los huesos.

—Gracias.

Corrie concluyó sus notas mientras el forense y los dos agentes forestales metían el cuerpo en una bolsa, lo subían a un caballo y lo ataban. Después se fueron con el sheriff y su ayudante.

Corrie se volvió hacia Kelly.

—Ya pueden recoger los huesos.

Observó al equipo de arqueólogos examinar la zona y coger hasta el último fragmento de hueso con unas pinzas con punta de goma. Los fragmentos más pequeños eran documentados meticulosamente y guardados en bolsas herméticas y luego en recipientes de plástico duro. Muchos huesos seguían en las alforjas de Peel y parecían haber sobrevivido mejor a la caída. Tenía que reconocer que un equipo de respuesta del FBI no habría hecho mejor el trabajo.

Terminaron a última hora de la tarde. Subieron la montaña, el vaquero les llevó los caballos y regresaron al campamento mientras el sol teñía de dorado las cimas que los rodeaban.

32

15 de mayo

La tarde siguiente, en la tienda de trabajo del yacimiento, Nora observaba una larga mesa de plástico en la que habían extendido un trozo de terciopelo negro. Encima habían colocado todos los huesos recogidos en el lugar donde murió Peel, cuidadosamente catalogados y organizados. Tanto ella como sus ayudantes habían sido meticulosos en su labor de peinar la zona en la que había caído Peel, y estaba segura de que habían recuperado todos los huesos que había robado. Muchos habían sufrido desperfectos a causa de la caída, pero durante la mañana, el equipo había logrado identificarlos y reensamblarlos todos a partir de su base de datos fotográfica. El programa arqueológico especializado que utilizaban para gestionar las excavaciones había acelerado considerablemente el proceso.

—Esto es, como mínimo, inquietante —dijo Clive, situado junto a ella.

Nora solo pudo negar con la cabeza.

—Cuando se entere la agente del FBI…

—¿Crees que nos dejamos algo en la base de las montañas?

—Estoy segura de que hemos recuperado hasta el último fragmento —respondió Nora.

—Entonces ¿lo enterró en otro sitio?

—Eso parece. Pero ¿por qué?

Una tercera voz interrumpió la conversación.

—¿Se puede?

«Dios», pensó Nora. Allí estaba. Para disgusto de la arqueóloga, Swanson había montado su tienda justo al lado del campamento

principal y parecía haber decidido prolongar su estancia.

—Pase —la invitó Nora.

La agente del FBI dio un par de pasos adelante y entró.

—¿Estos son los huesos que se llevó Peel?

Nora suspiró. Sería mejor quitarse aquello de encima.

—En efecto —dijo despacio—. Y parece que tenemos un problema.

La agente sacó el cuaderno.

—¿De qué se trata?

—Falta un cráneo y, por lo visto, varias vértebras.

—¿A quién pertenecen los restos?

—A Parkin.

Nora vio la cara de sorpresa de la agente, que pronto se convirtió en un brillo de entusiasmo.

—¿Está segura de que es el cráneo de Parkin? ¿Albert Parkin?

—Sí.

—¿Y también está segura de que no se les pasó por alto en el lugar de la caída?

—Sí.

—¿No falta nada más?

—Que yo sepa, no.

La agente tomó nota en su cuaderno.

—Suponemos que Peel enterró el cráneo antes de caerse —dijo Clive entonces.

Swanson se volvió hacia Nora.

—¿Usted opina lo mismo?

—No lo sé —reconoció Nora—. Es raro que Peel enterrara parte del cuerpo en otro sitio, pero todo en sí es extraño. Si tanto le preocupaba darles sepultura cristiana, ¿por qué los llevó a la montaña en lugar de a un terreno sagrado?

Clive negó con la cabeza.

—Porque estaba loco. Piénsalo: de todos los cadáveres que encontramos, el de Samantha Carville fue el que recibió un entierro más digno, y aun así se lo llevó.

Nora vio que Corrie estaba lanzándole una mirada penetrante.

—Cuando vine por primera vez, me dijo que no habían identificado los restos de Parkin. Acordamos que me avisarían, pero ahora dicen estar seguros de que ha desaparecido su cráneo. ¿Significa eso que lo identificaron, pero no me lo dijeron?

La tenue punzada de remordimiento que había sentido Nora cuando localizó los restos de Parkin resurgió con fuerza. Esperaba que no se notara.

—Cuando usted se fue realizamos más análisis. El hecho de que mencionara la clavícula rota aportó información extra. Utilizamos nuestra base de datos de objetos y el programa topográfico para identificar el cráneo, pero los resultados no eran cien por cien concluyentes sin una prueba de ADN. Todo esto sucedió hace uno o dos días.

—Entonces, encontraron la clavícula rota.

Nora asintió.

—Pero dice que faltan el cráneo y varias vértebras. Supongo que la clavícula sigue donde estaba.

—Así es.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto, pero tardará un poco. ¿La necesita inmediatamente?

—Puedo esperar, gracias. Ahora mismo me gustaría hacerles unas cuantas preguntas a usted y a los demás.

—¿Se refiere a un interrogatorio?

—No, solo estoy recabando información de manera voluntaria. Si es posible, me gustaría utilizar esta tienda. Es discreta y está alejada del campamento.

—¿Es estrictamente necesario? —preguntó Nora.

—Sí, y me gustaría empezar por usted, doctora Kelly.

Nora suspiró.

—¿Por mí? ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

33

Corrie observó a Kelly y a Benton mientras guardaban con cuidado los huesos y los metían en un armario. Luego despejaron una mesa de trabajo para que pudiera utilizarla.

—Gracias. Con esto bastará —dijo Corrie, que tomó asiento y dejó encima de la mesa su teléfono móvil para grabar la conversación.

Después se dio la vuelta y vio al historiador en la entrada de la tienda.

—A la doctora Kelly y a mí nos gustaría tener un poco de privacidad.

—Claro —accedió Clive—. Voy a ayudar a Bruce y Jason.

Cuando se fue, la doctora Kelly se sentó delante de Nora.

—Me gustaría grabarla, si no le importa.

La arqueóloga se encogió de hombros.

—Adelante. Y si no le importa a usted, me llamo Nora, no doctora Kelly. Aquí nos llamamos por el nombre de pila. Empieza a parecer usted uno de mis alumnos.

—Muy bien. Pero de cara al interrogatorio seguirá siendo la doctora Kelly. —Corrie activó la grabadora, dijo su nombre y la fecha y deslizó el teléfono hacia la arqueóloga—. Diga su nombre, por favor.

—Nora Kelly.

Corrie respiró hondo.

—Doctora Kelly, me dijo usted que Clive Benton fue quien promovió esta excavación. ¿Cuándo contactó con usted exactamente?

—El pasado mes de noviembre.

—¿Podría detallarme las circunstancias?

Aun con la grabadora en marcha, la agente iba tomando notas mientras Nora explicaba cómo Benton había encontrado el diario de Tamzene Donner y había hecho la propuesta al instituto.

—Y en el instituto ¿quién lo aprobó?

—Su directora, la doctora Jill Fugit. Y la junta.

—¿El instituto accedió a financiarla basándose en un viejo diario? Parece una expedición costosa.

—Sí, la financia el instituto.

Corrie detectó la incomodidad en su voz.

—¿Cómo la financia? ¿Mediante donaciones privadas? ¿Becas?

La arqueóloga titubeó de nuevo.

—Hay algo que probablemente no sepa en cuanto a la financiación.

—Continúe.

—El instituto espera recuperar el coste de la expedición… gracias a una reserva de oro que podría estar oculta cerca del campamento.

Corrie no podía creerse lo que acababa de oír.

—¿Un tesoro enterrado?

—Sí, básicamente.

—¿Podría explicármelo?

Corrie escuchó a Nora relatar la historia del baúl de Wolfinger, su asesinato y las monedas de oro que habían descubierto en dos de los cadáveres.

—Creemos que el resto está escondido cerca de aquí —añadió a modo de conclusión.

—¿Lo han buscado?

—Sí, cuando Peel se fue. Creímos que sería mejor completar primero esa parte de la expedición si era posible.

—Pero no lo han encontrado…

Nora negó con la cabeza.

—¿Cuál es su valor total estimado?

—Veinte millones de dólares.

Corrie tardó un momento en procesar la información.

—¿Veinte millones? ¿Y quien lo encuentre se lo queda?

—No, hay que repartirlo. Un tercio para el estado de California, otro para los federales y el resto para el instituto. Por motivos obvios, debemos llevar en secreto ese aspecto de la expedición, pero figura en los documentos de los permisos.

Corrie siguió escribiendo en su cuaderno, tratando de no parecer incrédula ante lo que acababa de descubrir. Se planteó preguntarle a Nora por qué no lo había mencionado antes, pero se dio cuenta de que lo más probable es que obtuviera una respuesta esquiva. La arqueóloga no se había mostrado demasiado cooperadora hasta el momento. No le había notificado el hallazgo del esqueleto de Parkin, y desde luego no había mencionado el oro en su primera visita al campamento. Ahora estaba segura de que allí había algo raro, o incluso sospechoso, y estaba igual de segura de que, en un sentido u otro, guardaba relación con los restos de Parkin que estaba investigando.

—¿Quién más conoce la existencia del oro? —preguntó.

—Todos los integrantes del campamento y unos cuantos miembros del instituto. Por supuesto, hemos restringido la información. Lo último que queremos es que este lugar se llene de cazadores de tesoros.

—¿Peel sabía que existía?

—De hecho, no. Se fue antes de que se lo contáramos al equipo.

—¿Y el doctor Benton?

—Él fue uno de los primeros en conocer su existencia.

Corrie hizo una pausa. Era un giro tan inesperado que le costaba formular las preguntas.

—Volviendo a la muerte de Peel —continuó—, ¿qué relación mantenía con los demás en el campamento?

—Era un poco solitario. No llegué a conocerlo bien.

—¿Hubo conflictos?

—Que yo sepa, no. Tampoco tenía amigos.

—¿No había nadie que pudiera tener motivos para desear su muerte?

Nora la miró fijamente.

—No creerá que Peel fue asesinado, ¿verdad?

Corrie ponderó la respuesta; no estaba segura, pero agitar las aguas podía dar resultados.

—Es posible.

—Todo es posible. ¿Por qué lo piensa?

—Tengo entendido que Peel era un jinete y un guía experimentado —explicó Corrie—. Llevaba una linterna frontal. Y lo que es más

importante, tenía una contusión en la cabeza que parecía anterior a la caída.

—¿Se refiere a que le dieron un golpe en la cabeza y luego lo tiraron montaña abajo?

—Sí.

—Vi la cabeza de Peel. Estaba hecha un desastre y había varias contusiones, no solo una. ¿Cómo puede estar segura de que no se las hizo al caer?

Esa era una pregunta razonable. Teniendo en cuenta las condiciones medioambientales y el estado del cuerpo, Corrie no podía responder sin un examen meticuloso en un laboratorio forense, así que no dijo nada.

—Pero ¿quién pudo hacerlo? Por lo que sé, aquí arriba no hay nadie más que nosotros.

Corrie dejó que se acumulara la tensión. Tal como le habían enseñado en las clases de interrogatorio, el silencio era una de las herramientas más eficaces.

—¿Insinúa que fue uno de nosotros? —siguió Nora, elevando el tono de voz.

—No podemos descartar que haya personas desconocidas en estas montañas, pero ese escenario parece menos plausible.

Nora la miró con incredulidad y creciente irritación.

—¿Y por eso quiere interrogarnos?

—Sí.

—Puedo asegurarle que ninguno de nosotros es un asesino. Además, ¿por qué iba a matar alguien a Peel?

—En los últimos meses se han cometido robos en tres tumbas de la familia Parkin y un enterrador ha sido asesinado. Una Parkin viva ha desaparecido y es probable que también haya sido asesinada, y falta el cráneo de otro miembro de la familia. Además, el hombre que lo robó ha muerto en circunstancias sospechosas. —Hizo una pausa—. Alguien parece muy interesado en los Parkin.

Nora negó con la cabeza.

—Es una locura. ¿Por qué?

—Es lo que intento averiguar.

Corrie vio que Nora estaba nerviosa.

—¿Podría decirle al doctor Benton que entre? Después de él, me gustaría interrogar a su equipo arqueológico y mañana a los demás.

34

Cuando Nora se fue, Corrie anotó unas cuantas preguntas en el cuaderno y escuchó la grabación que acababa de realizar mientras esperaba al doctor Benton. El ambiente era agradable en la tienda y soplaba un aire fresco. Le gustaba estar en la montaña, aunque era su primer trabajo real y eso la estresaba. Respiró hondo una vez más e intentó calmar los nervios. Las prácticas de interrogación en la academia eran sencillas y apenas la habían preparado de cara a la investigación que tenía entre manos. No encontraba el motivo ni era capaz de desarrollar una hipótesis. Solo contaba con muchos hechos y coincidencias inconexas y con una corazonada.

Una de las cosas que le habían enseñado en la academia era a esclarecer los hechos, a trabajar cronológicamente y, sobre todo, a resistir la tentación de formarse ideas. Pero cuando Clive Benton entró en la tienda, Corrie se dio cuenta de que ya tenía una sobre él, y no era buena. No era un historiador encorvado, tímido y miope, sino un hombre alto y en forma, aunque no fornido; tenía un rostro atractivo y curtido que la observaba con sus ojos de color azul claro. Tal vez era su atractivo lo que la desconcertaba, pero era más probable que fuera el hecho de que él y nadie más que él había puesto en marcha los acontecimientos que llevaron al descubrimiento del cráneo del tristemente desaparecido Albert Parkin.

—Siéntese, por favor —le invitó Corrie.

Clive cogió la silla plegable y se sentó. Su atractivo se atenuó cuando frunció el ceño sin intentar disimular.

Corrie activó de nuevo la grabadora y empezó con los preliminares.

—Doctor Benton —dijo—, me gustaría conocer el motivo de su interés en la historia de la expedición Donner.

Clive suspiró con impaciencia.

—Soy descendiente colateral de la familia Breen. Fue una de las familias que formaban la expedición Donner. Me fascina el tema desde que era niño. Estudié historia en la universidad y obtuve un doctorado en Stanford. Mi disertación trataba sobre la expedición Donner. Ya lo sabe casi todo.

—Sé que hemos hablado de ello con anterioridad pero, si no le importa, voy a repasarlo para que quede constancia. ¿Cómo pasó de ese interés a propiciar esta excavación?

Clive suspiró, claramente molesto.

—Los historiadores sabían que Tamzene Donner, la mujer de George Donner, llevaba un diario que no había sido encontrado hasta que yo lo localicé.

—¿Cómo?

—Lo encontré en una casa abandonada que en su día perteneció a la hija de Jacob Donner.

—¿Cómo sabía que debía buscar allí?

—Fue una intuición fundamentada.

—Eso es muy impreciso. ¿No disponía de más información concreta?

—Estaba bastante seguro de que lo tenía la hija e imaginé que estaría entre sus pertenencias, porque nadie más lo vio ni habló de él en ningún momento.

—¿Qué hizo cuando lo encontró? ¿Se lo compró a la familia?

Hubo un momento de duda.

—Bueno, no. La casa llevaba muchos años vacía. —Se recostó con un aire bastante desafiante—. Entré en la casa para salvarlo de una destrucción inminente.

—Permítame aclarar este punto —se detuvo Corrie—. Entró usted ilegalmente y se llevó el diario a pesar de que no tenía ningún derecho legal a hacerlo. En otras palabras: lo robó.

La mirada desafiante se volvió más pronunciada.

—Era un documento histórico de un valor incalculable. Se habría perdido para siempre. Las excavadoras estaban a punto de derribar la casa. Así que, sí, cometí un delito. Adelante, deténgame.

Clive extendió teatralmente los brazos, ofreciéndose a que lo esposara.

—Doctor Benton, puede apartar las manos.

«Por ahora», estuvo a punto de decir.

Clive hizo lo que le indicaba.

—Eso explica el primer paso. Y bien, ¿cómo evolucionó del diario a este proyecto?

—Cuando lo leí, me di cuenta de que contenía información vital sobre la ubicación del Campamento perdido. Como no soy arqueólogo, propuse la idea a Nora y al instituto. Les pedí que lo financiaran con el oro supuestamente escondido en la zona. —Extendió los brazos—. Fin de la historia.

Era interesante que, a diferencia de Nora Kelly, Benton no hubiera dudado en sacar el tema del oro.

—¿Y es usted quien descubrió que había oro escondido por aquí?

—Desde siempre, los historiadores saben que uno de los pioneros, Wolfinger, llevaba oro, pero yo fui el primero en determinar la cantidad.

—¿Cómo?

—Viejos archivos bancarios.

—Entiendo. ¿Y dónde cree que podría estar escondido ese oro?

—En esas montañas que rodean el yacimiento. —Se inclinó hacia delante—. Debo decir que, sabiendo desde hace casi un año que el oro estaba aquí, podría haber venido yo solo, haberlo encontrado y haberme largado sin que nadie se enterara, pero no lo hice.

—¿Por qué?

Clive se echó a reír.

—Es usted directa, desde luego. No lo hice porque soy una persona honesta. Me interesa más la historia que el dinero. Era importante que se recuperara el oro de la manera correcta, mediante una excavación legítima, aunque eso significara que yo no me llevaría ni un centavo.

Era difícil discutir esos argumentos, pensó Corrie mientras tomaba notas. Luego pasó a la siguiente serie de preguntas.

—¿Dónde estaba usted el 2 de mayo?

—¿Qué pasó?

—Es el día que desapareció Rosalie Parkin. Había tanta sangre en el suelo de su habitación que se está tratando como un probable homicidio.

—Y entiendo que está buscando una coartada… —Clive volvió a reírse—. Ni siquiera tengo que mirar el calendario. Venía hacia aquí desde Santa Fe con todos los científicos que están participando ahora en la excavación.

—¿Y el 22 de abril?

—El 22 de abril. —Esta vez sacó el teléfono para consultar el calendario—. Aparqué temporalmente los preparativos para esta expedición y tomé un vuelo en Santa Fe para asistir a un congreso de historia occidental en la Universidad de Oklahoma en Norman. Había cientos de testigos. ¿En esa fecha también ocurrió algo siniestro?

—Es la noche que el cadáver de Parkin fue exhumado en el cementerio de Glorieta Pass. Una persona murió de un disparo y la dejaron encima del ataúd.

—Parece que estoy libre de culpa, entonces —dijo, enjugándose la frente con fingido alivio.

—Son solo preguntas rutinarias, doctor Benton.

—¿Rutinarias? —Se puso en pie, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia ella—. Permítame decírselo a la cara: esta idea es ridícula.

Corrie estuvo a punto de responder, pero recordó lo que había dicho un instructor de la academia: «Cuando se enfaden, callad y dejad que sigan hablando».

—Por lo que nos ha dicho —añadió Clive—, parece que esas desapariciones de los Parkin han ocurrido a lo largo de menos de un año. Mi investigación sobre la expedición Donner y el Campamento perdido es un proyecto de veinte años. No es por presumir, pero mis credenciales académicas son impecables. Ya demostré mi honestidad al no venir a buscar el oro. Está meando fuera de tiesto, y dudo que eso la beneficie en su carrera.

Corrie esperó hasta estar segura de que Clive había terminado.

—¿Alguna pregunta más? —dijo el historiador.

—Por ahora no. Puede que tenga alguna más cuando entreviste a los otros.

—Estoy seguro de que estarán haciendo cola.

Clive se dio la vuelta.

—¿Puede mandarme a Jason Salazar, por favor? —pidió Corrie en un tono monótono.

—Claro. ¿Por qué no?

Clive salió de la tienda negando con la cabeza y llamó a Salazar.

35

Cuando Corrie acabó de interrogar a Salazar y Adelsky, que tenían poco destacable que añadir, le pidió a Nora que le enseñara la clavícula rota de Parkin. Después recogió sus cosas y recorrió los ochocientos metros que la separaban del campamento. Llegó sobre las tres de la tarde; el lugar estaba desierto. Volvió a su tienda, organizó el material, leyó sus notas y escribió unas cuantas más. Luego empezó a redactar un resumen preliminar para el agente Morwood.

Un rato después oyó a Maggie preparando las ollas y las sartenes para la cena. Corrie salió de la tienda y se sentó delante de la hoguera junto a Burleson, que estaba leyendo *La educación de Henry Adams*.

—Señor Burleson, me gustaría hablar con el grupo a la hora de la cena. Le agradecería que se asegurara de que están todos presentes.

Vio que el hombre la miraba con aire inquisitivo.

—¿Es por lo de Peel?

—Por eso y por otras cosas.

Burleson asintió.

Todos habían regresado al campamento al anochecer y Burleson abrió una botella de vino, que por lo visto era su ritual vespertino.

—Por favor, sentaos todos alrededor del fuego —les pidió—, a la agente Swanson le gustaría hablar con el grupo.

Mientras Maggie removía una olla de estofado, todos los ojos se clavaron en Corrie, que tragó saliva e intentó tranquilizarse.

—Gracias —empezó—. Mañana me gustaría interrogar a los tres empleados del rancho Red Mountain. Ya he hablado con el equipo arqueológico.

Wiggett, el ayudante del vaquero, levantó un dedo.

—El sheriff ya habló con nosotros y dice que fue un accidente. ¿De

qué hay que hablar?

Corrie cambió de postura. Notaba la resistencia del grupo.

—Creo que no estoy de acuerdo con el sheriff.

Al oír aquello, todos empezaron a murmurar.

—¡Venga, va! —exclamó Wiggett—. No pensará que Peel fue asesinado, ¿verdad?

—Aún estoy recabando información. —Swanson tenía dudas, pero decidió seguir adelante y airear sus sospechas—. No obstante, creo que al menos una de las lesiones que presentaba Peel en la cabeza es anterior a la caída.

Esto provocó una considerable consternación.

—¿Cree que fue uno de nosotros? —preguntó Maggie.

—Todavía no he sacado conclusiones.

Corrie empezaba a sentirse molesta por aquel interrogatorio.

—Pero lo piensa —insistió Maggie—. ¡Se lo veo en la cara!

Nora decidió intervenir.

—Un momento. Esto me disgusta tanto como a cualquiera, pero la agente Swanson solo está haciendo su trabajo.

«Gracias», pensó Corrie. Estaba sorprendida, sobre todo teniendo en cuenta la opinión que tenía Nora sobre el hecho de sacar conclusiones con un cadáver en semejante estado.

—¿Y por qué iba alguien a matar a Peel? —continuó Maggie—. ¿Cuál es el móvil?

—Es lo que intento averiguar —respondió Corrie—. Los veinte millones de dólares en oro escondidos cerca de aquí podrían ser motivo suficiente para un homicidio. Cuando volví esta tarde no había nadie en el campamento. Me gustaría saber qué estaban haciendo.

—Un segundo —intervino Burleson—. Si insinúa que estábamos buscando el tesoro, ya lo he prohibido.

—Lo único que pido es la cooperación de todos —respondió Corrie, tratando de disimular su exasperación.

Hubo movimientos de inquietud en el grupo.

—Si de verdad piensa que fue un asesinato —siguió Maggie—, debe de sospechar de uno de nosotros, ¿no? Es como una vieja novela de

misterio en la que todos están atrapados en una isla o algo así. Aquí no hay nadie más.

—No es necesario especular —repuso Corrie. Sin embargo, se percató de que las palabras de Maggie empezaban a calar.

—Lo cierto es que no sabemos quién puede haber por estos lares —protestó Burleson—. Esto es el campo. Cualquiera podría merodear por aquí. Acampar. Escuchar conversaciones. ¿Y quién sabe hasta dónde han llegado los rumores sobre el oro?

—¿Insinúa que uno de nosotros tiene un socio secreto que anda por las montañas? —preguntó Salazar.

—Yo solo digo que mi equipo no conocía la existencia del oro hasta que llegamos aquí y que nuestra única conexión con el mundo exterior es ese teléfono vía satélite.

—Entonces, por eliminación, ¿esto lo ha hecho alguien del instituto?

—Yo no he dicho que nadie haya hecho nada —le dijo Burleson a Salazar—. Además, aunque la agente Swanson esté en lo cierto, no tenemos por qué ser nosotros o ustedes. Hay gente del instituto que sabe lo del oro.

—Solo la directora y el presidente de la junta —precisó Nora—. Y es imposible que ellos lo hayan divulgado.

—Lo siento, pero no entiendo por qué estamos hablando de esto —terció Wiggett—. La idea de que uno de nosotros esté involucrado en la muerte de Peel es una gilipollez. Y la idea de que Peel fuera asesinado, también.

—Es posible —reconoció Corrie—, pero si nos enfrentamos a un homicidio, sea obra de alguien del grupo o no, sería buena idea que a partir de ahora salgan del campamento en parejas, sobre todo cuando anochezca.

Aquello sirvió para hacerlos callar.

Nadie habló durante la cena. Corrie comió rápido y se retiró a la tienda de campaña a trabajar en sus notas. Ser agente del FBI era duro en aspectos que no se esperaba. No sabía muy bien cómo había ocurrido

pero, por lo visto, al intentar llevar a cabo su trabajo había hecho enfadar a casi todos: los arqueólogos, el personal del rancho, el sheriff y los agentes del Servicio Forestal. ¿Qué estaba haciendo mal? ¿O las cosas siempre eran así?

Mucho después de que los demás se hubieran acostado, Corrie estaba tumbada encima del saco de dormir, preguntándose si podía gestionar aquello de mejor manera, cuando de repente oyó un grito escalofriante. Se levantó de un salto, cogió la funda y sacó la Glock. Luego salió corriendo de la tienda. Había linternas por todas partes, ya que los habitantes del campamento habían salido a ver qué sucedía.

La cocinera, Maggie Buck, estaba delante de su tienda en pijama, rodeándose el torso con los brazos, sollozando y temblando.

—¡La he visto! ¡Ha entrado en mi tienda!

—¿Quién? —preguntó Burleson.

—¿Tú qué crees? Ha sido horrible. Iba coja y olía a carne podrida. Tenía los ojos en blanco y dijo que estaba buscando su pierna. ¡Entonces extendió el brazo…!

Burleson le dio una ligera sacudida.

—No pasa nada, Maggie. Ha sido una pesadilla.

Maggie se volvió hacia él con unos ojos como platos.

—¡No era una pesadilla! ¡Estaba justo delante de mí y tenía la mano fría como la arcilla!

36

16 de mayo

El sol de mediodía proporcionaba un agradable calor en el yacimiento mientras Nora examinaba la zona de la hoguera y el refugio. Salazar y Adelsky ya la habían despejado y estaban situados en un lateral, orgullosos de su trabajo.

Era una labor espléndida. Habían desenterrado meticulosamente la hoguera, una mancha de carbón rodeada de fragmentos de huesos. Se encontraba dentro del refugio construido por los viajeros varados, del que habían sobrevivido muchos de los tablones putrefactos. Nora podía distinguir su forma básica. Aquellos hombres habían arrancado los tablones del carromato y habían vuelto a unirlos con clavos para crear una especie de cobertizo que complementaron con troncos delgados. Contemplar los restos de un triste refugio en el que unos seres humanos habían sufrido y perdido la vida le encogió el corazón. Era increíble imaginarse a tanta gente hacinada en aquella casucha diminuta enterrada en ocho metros de nieve.

A un lado del refugio, Adelsky y Salazar habían desenterrado otra zona de huesos: dos esqueletos casi completos, al parecer los de las últimas personas que fallecieron. Estaban retorcidos en posturas grotescas, como si hubieran perecido entre convulsiones. Una persona hambrienta no moría así, pensó Nora. Por el contrario, aquello parecía corroborar que algunos miembros del Campamento perdido habían seguido luchando hasta el final.

Hizo un recuento mental. Samantha Carville; los dos asesinos de Wolfinger; los tres esqueletos del vertedero; los patéticos restos que habían encontrado en la olla del refugio; Boardman, que había logrado

escapar del campamento cuando su mujer perdió la cabeza e intentó atacarlo; y Chears, el único que fue rescatado. Ellos, además de los dos restos que acababan de exhumar sus ayudantes, sumaban once, justo el número de personas que habían quedado atrapadas en el Campamento perdido. Nora no pudo contener su satisfacción profesional ante aquella recapitulación. Y lo habían conseguido a pesar del robo de Peel. Por supuesto, parte del esqueleto de Parkin seguía desaparecido, pero habían peinado la ruta de Peel y el lugar donde murió y Nora estaba convencida de que habían recuperado hasta el último hueso y fragmento que había allí. Lo cierto era que, a pesar del cráneo faltante, el éxito del proyecto arqueológico era extraordinario. Solo quedaba una cosa por descubrir.

—¿Qué falta por hacer? —preguntó Clive, observando los restos del refugio.

—Hemos terminado con la fase de excavación. Ahora hay que recoger los huesos y los objetos y precintarlos para su traslado al instituto. Luego podemos volver a tapar el yacimiento. —Miró a Salazar y Adelsky—. Buen trabajo, chicos.

Ambos sonrieron, y Nora añadió:

—Imagino que ahora querréis ir a buscar el oro.

—Bueno —respondió Adelsky—, nos lo prometiste.

A Nora se le escapó la risa.

—Os habéis ganado un descanso. De acuerdo, ya etiquetaremos y prepararemos mañana los huesos para el envío.

Después de comer, Nora desplegó el esquema de las montañas. Ella y Clive habían logrado realizar más búsquedas desde el primer intento serio, y ahora solo quedaban dos sectores sin revisar.

—¿De verdad crees que está aquí? —preguntó Adelsky mirando hacia arriba.

—Estoy seguro —respondió Clive—. No estaba con los cuerpos, y con tanta nieve no pudieron esconderlo en ningún otro sitio.

—¿Y esta zona de aquí?

Salazar señaló un punto situado en el extremo del último sector que Nora había marcado recientemente en rojo.

—Está amenazada por esa cornisa que hay en la cima. No podremos buscar allí hasta que se derrita o se caiga.

—El sector rojo —comentó Adelsky melodramáticamente mientras observaba el esquema—. Parece una novela de espías. ¿Qué te apuestas a que está escondido ahí?

Recogieron el material y las mochilas y echaron a andar por el valle. Nora se colocó el arnés y empezó a escalar hasta varias grietas y agujeros. Salazar la aseguró mientras Clive y Adelsky buscaban en las aberturas a las que podían acceder trepando.

Hacia las cuatro de la tarde, Nora decretó un descanso. Ya habían cubierto todas las zonas que no peligraban a causa de la cornisa. A los pies de la montaña, todavía colgando de la cuerda, Nora escrutó los agujeros y grietas restantes del sector rojo.

—¿Ya está? —le dijo Salazar.

—Ya está.

—Mierda —repuso Adelsky—. Ya que estamos aquí, acabemos.

—Adelante, mátate —le dijo Salazar—. He visto caer cornisas como esa. Yo no buscaría ahí ni por cincuenta millones en oro.

Nora miró la pendiente con rocas sueltas que conducía a la cresta. No había árboles, indicativo de que se habían producido numerosas avalanchas en el pasado. Cogió los prismáticos. La cornisa tenía unos treinta metros de grosor y sobresalía como si fuera a ceder en cualquier momento.

—Jason tiene razón —dijo Nora mientras se quitaba el material de escalada—. Es demasiado peligroso.

Entonces vio las caras de desánimo. Incluso Clive parecía un tanto decepcionado pero, como líder de la expedición, sabía que no podía correr semejante riesgo.

Entonces se le ocurrió una idea y se volvió hacia Adelsky y Salazar.

—Pasasteis el magnetómetro por todo el yacimiento, ¿verdad?

Los ayudantes se miraron entre ellos.

—Sí —respondieron al unísono.

—Bien. Antes de recogerlo todo, hagamos otra pasada exhaustiva alrededor de los cadáveres de Spitzer y Reinhardt.

Clive frunció el ceño.

—¿Por qué? Ya hemos cavado varios metros alrededor de esos cuerpos.

—Lo sé, pero ya hemos buscado en todas las montañas que podíamos. Y, quién sabe, a lo mejor escondieron el oro un poco más lejos del campamento.

Salazar se encogió de hombros.

—Por mí vale.

Los otros tres se dirigieron a la zona en la que estaban enterrados los cuerpos mientras Salazar volvía a la tienda principal en busca del magnetómetro de protones. Nora y el resto se quedaron atrás mientras Salazar instalaba el sensor y los cables y calibraba el dispositivo. Después, aún con más cuidado del habitual, empezó a recorrer el yacimiento describiendo una espiral cada vez más amplia.

Nora seguía sus progresos con el iPad. Al principio, Salazar anotó muchos resultados en la consola del magnetómetro, pero Nora vio que se correspondían con lo que ya habían encontrado. Cuando empezó a rodear los cuerpos a mayor distancia, los resultados pasaron de infrecuentes a inexistentes.

El ambiente de expectación que se había instalado en el grupo, a pesar de que la estrategia era poco prometedora, desapareció, y Clive miró a Nora como diciendo: «En todo caso, era buena idea».

—He encontrado algo —anunció Salazar entonces.

Los otros se pusieron en alerta de inmediato.

—¿Qué? —preguntó Adelsky.

—Es solo una sombra. Voy a comprobar la zona colindante.

Salazar realizó varias pasadas con el magnetómetro, en esta ocasión más alejadas de los cuerpos, y después volvió al lugar donde había obtenido un resultado y lo examinó con más detenimiento.

—Es aquí. Sea lo que sea, está enterrado aquí.

—¿Puede ser un baúl de hierro? —preguntó Clive.

Salazar negó con la cabeza sin apartar la mirada de la consola.

—No es tan grande y no es ferromagnético. Pero hay algo y está bajo la superficie.

Después de marcar la ubicación, retrocedió y apagó el magnetómetro. Adelsky le entregó a Nora las herramientas que había ido a buscar. Ella se puso los guantes, se arrodilló y empezó a cavar en la zona que había marcado Salazar.

Solo le llevó diez minutos de minuciosa labor. El magnetómetro había detectado un pequeño grupo de huesos. Nora cavó debajo y alrededor, pero no había nada más.

—Parece una pierna diminuta —murmuró Salazar—. Dios mío.

Nora sabía de qué se trataba. Lo había reconocido mientras cavaba.

—Es la pierna de Samantha Carville. —Al momento añadió—: Para ser más exactos, aquí tenemos una tibia, un peroné y los huesos del pie de una niña. Si os fijáis en la tibia, aparte de las quemaduras, veréis marcas de cuchillo y de dientes.

—¡Madre mía! —exclamó Salazar.

—¿Estás segura de que pertenecen a Carville? —preguntó Clive.

—¿A quién si no?

La pregunta no requería respuesta, y nadie dijo nada.

Media hora después, Clive estaba siguiendo a Adelsky y Salazar por el camino. Nora los vio desaparecer entre los árboles al borde del prado y después regresó a la tienda de trabajo para sacar las lonas con las que cubrirían el yacimiento. Había introducido y registrado los últimos huesos en la base datos.

Entonces vio una figura que salía del bosque. Era Corrie Swanson, la agente del FBI. «Joder. ¿No nos dejará nunca en paz?», pensó.

Nora se levantó y esperó a que llegara la agente.

—¿Molesto?

La arqueóloga negó con la cabeza.

—Ya casi he terminado. ¿Qué ocurre?

Corrie hizo una pausa.

—Tengo unas cuantas preguntas más.

Nora suspiró.

—De acuerdo. —Vio que la agente no sacaba el teléfono para grabar la conversación. Era buena señal, o eso esperaba—. Dispare.

—Es sobre el doctor Benton.

—¿Qué ocurre?

—Ya he hablado con todos y no tengo muy claro por qué recurrió a ustedes para este proyecto y no a un lugar como Stanford o la Universidad de California.

—Soy arqueóloga. El Instituto Arqueológico de Santa Fe es famoso en todo el mundo. Fin de la historia.

—Da la sensación de que Stanford o la UC serían la primera opción si tenemos en cuenta que son instituciones de California y él estudió en Stanford.

Nora intentó contener su irritación.

—¿Por qué desconfía tanto de Clive?

—Yo no he dicho que desconfíe.

—Salta a la vista. ¿Por qué?

—Porque, de un modo u otro, todo parece girar en torno a él: el diario, el yacimiento, el oro…

Nora la miró unos segundos.

—Lo que tiene usted son unas cuantas ideas vagas. Intenta ponerlas en orden, pero no puede, porque no hay ningún orden.

—Todavía estoy recabando pruebas.

—Mírelo desde mi punto de vista. Viene usted aquí y lanza una serie de acusaciones sin saber realmente de lo que está hablando. Dice que es posible que un hombre que se ha caído por una montaña fuera empujado. Sin pruebas. Conozco a Clive. Es una persona directa. Podría haber venido aquí y haberse llevado el oro, pero no lo hizo.

—¿Cómo sabe que no lo hizo?

—Bueno, si ya tenía el oro, ¿qué está haciendo aquí? —Corrie no respondió—. Y si no encontró el oro, ¿por qué iba a involucrar al instituto cuando eso elimina cualquier posibilidad de que él saque provecho? Está usted intentando pescar algo y dificultando una excavación que ya ha tenido demasiados problemas. —Hizo una pausa

y su irritación aumentó—. Mire, todos los agentes que han visto el lugar están satisfechos. Es bastante obvio que es usted una novata que ve fantasmas donde no los hay.

Corrie se ruborizó. Nora se dio cuenta de que el comentario le había dolido y se arrepintió de inmediato.

Al cabo de un momento, la agente le espetó un conciso «gracias», dio media vuelta y se fue.

Cuando Corrie entró en el campamento, el grupo, que estaba sentado alrededor de la hoguera, se quedó en silencio. La agente fue hacia su tienda y Burleson se levantó.

—Ha llamado el agente Morwood al teléfono vía satélite. Quiere que le devuelva la llamada. El teléfono está en la tienda de material.

Corrie fue hacia allí, cogió la caja que contenía el teléfono y se la llevó a su tienda, donde podía hablar en privado.

—¿Cómo va todo? —preguntó Morwood.

Corrie dudó.

—Estoy haciendo progresos. He interrogado a todo el mundo y he recabado bastante información.

—¿Hay pruebas fehacientes que vinculen el cráneo desaparecido de Parkin con su caso?

—Pruebas fehacientes no, pero sigo trabajando en ello.

Tras un silencio, Morwood dijo:

—Tenemos mucho de qué hablar y no podemos hacerlo por este teléfono. Me gustaría que viniera mañana y se reuniera conmigo en el departamento del sheriff de Truckee.

—Pero no he terminado mi investigación aquí arriba…

—Agente Swanson, quiero que venga. Ya he hablado con el sheriff y podremos disponer de una sala de reuniones para hablar en privado. Si sale por la mañana, debería llegar a Truckee hacia las dos. ¿Quedamos a las tres?

—Bueno… Sí, señor.

—Bien. Traiga la tienda de campaña y el material.

37

17 de mayo

La oficina del sheriff del condado de Nevada en Truckee era un feo edificio modernista de mediados de siglo con el tejado plano y rodeado de un aparcamiento. El cielo vespertino estaba cubierto de nubes oscuras cuando Corrie cruzó la zona asfaltada. Le dolía el trasero después de recorrer el camino a caballo y tenía las rodillas rígidas. Se colgó la identificación del cuello al acercarse.

—El agente especial Morwood la está esperando en la sala de reuniones —le dijo la recepcionista cuando entró en el edificio—. Tercera puerta a la derecha.

Corrie echó a andar rápido y con la cabeza gacha. Logró esquivar al sheriff Devlin, que tenía la puerta abierta. Al verla, Morwood se levantó y le tendió la mano.

—Es una ciudad más bonita que la mayoría para realizar una investigación, ¿no le parece? —dijo mientras cerraba la puerta—. Un hermoso escenario de montaña y aire fresco. Es una lástima que esté tan alto, al menos para mí.

Morwood tosió al terminar la frase.

—Gracias por venir hasta aquí, señor.

—Vayamos al grano.

Corrie sacó el cuaderno y pasó las páginas que resumían sus hallazgos. Describió rápidamente el examen practicado a Peel y la zona de alrededor, el hecho de que hubiera desaparecido el cráneo de Parkin, sus sospechas sobre Benton, la supuesta existencia del tesoro y su conclusión de que Peel probablemente había recibido un golpe en la cabeza antes de ser arrojado montaña abajo, lo que convertía el suceso

en un homicidio. Para concluir, repasó los interrogatorios con cada miembro del grupo.

Morwood la escuchó con atención. Luego se recostó en la silla y soltó una larga exhalación. ¿Qué era aquello? ¿Desaprobación? ¿Frustración?

El supervisor sacó una carpeta del maletín y la deslizó sobre la mesa en dirección a Corrie.

—El informe de la autopsia de Peel. —Corrie abrió la carpeta, pero Morwood ya estaba hablando de nuevo—. Conclusión: muerte accidental.

La agente leyó el contenido en diagonal antes de contestar.

—Con el debido respeto, señor, creo que se equivoca.

—No es un novato. Posee una dilatada formación y experiencia, y está licenciado en patología forense.

—Pero yo estoy licenciada en…

Morwood levantó la mano.

—Corrie —dijo muy tranquilo—. ¿Me permite?

La agente se quedó en silencio.

—Volvamos a lo básico. ¿Se ha cometido un delito en ese yacimiento?

—Yo creo que Peel…

—Olvídese de Peel. Oficialmente es un accidente. Aparte de eso, ¿dónde está el delito?

—Antes de venir aquí estaban desapareciendo cuerpos de la familia Parkin por todas partes. Ahora, el cráneo de Parkin que encontraron en el yacimiento también ha desaparecido. Hay veinte millones en oro escondidos allí. Creo que los huesos desaparecidos de los Parkin están relacionados con otros delitos que estoy investigando, y el oro es como mínimo un factor que lo complica todo.

Morwood suspiró de nuevo.

—Resumiendo otra vez: ¿dónde está el delito? La respuesta es que no lo hay. Ha recabado muchas pruebas dispersas y ha sacado conclusiones infundadas, pero eso no constituye una teoría coherente. Las pruebas tampoco ofrecen un vínculo con las otras desapariciones de los Parkin. El FBI no investiga rumores ni delitos basados en conjeturas.

Trabajamos con hechos. Necesitamos un delito real, y aquí no lo hay.

—Sigo pensando que tiene que haber una conexión. No puede ser una coincidencia.

—Corrie, llevo casi diez años como supervisor y esto ha ocurrido muchas veces con agentes jóvenes recién salidos de Quantico. Rebosan energía, quieren hacerse respetar y ven sospechas en todas las caras y conspiraciones en cada coincidencia. Autoricé que viniera aquí para buscar una relación con los Parkin. Como sabe, yo era escéptico, pero fue usted persistente, y al final en eso consiste una supervisión: en dejar que el nuevo agente descubra cosas por sí mismo. Su informe me acaba de convencer de que este es un yacimiento arqueológico legítimo, se está excavando adecuadamente y todo el mundo está haciendo su trabajo. Puede que haya oro y puede que no lo haya, pero no hay ningún misterio al respecto. Todo está claro y contabilizado. —Hizo una pausa en la que Corrie guardó silencio—. Además, ha cometido algunos errores —añadió.

—¿Por ejemplo? —le espetó sin tiempo para pensarlo.

—Bueno, no debería haber hablado de sus sospechas acerca de la muerte de Peel. Quizá esperaba ponerlos nerviosos y conseguir un sospechoso, pero lo hizo antes de saber que era un homicidio. La primera regla de una investigación es no mencionar sus sospechas y revelar información solo si hay una necesidad extrema de hacerlo. Y si la información es consistente. No debería tener que recordarle el procedimiento del FBI: no diga nada. No opine. No hable de sus pruebas. No comente ningún aspecto del caso con civiles.

Corrie notó que estaba sonrojándose. Por supuesto, sabía que Morwood tenía razón. Era una de las cosas que inculcaban en la academia.

—El segundo es que no ha trabajado bien con la policía local.

—¿Se refiere al sheriff Devlin y a los hombres del Servicio Forestal? Se paseaban por el yacimiento como elefantes en una cacharrería. No respetaban mi autoridad y me obligaron a ejercer mi rango.

—No me cabe duda de que le pusieron trabas, pero suele ocurrir cuando aparece el FBI. No les gusta que husmeemos en su territorio.

Tiene que aprender a gestionarlo.

«Conque Devlin le fue llorando al FBI por nuestra pequeña discusión en el desfiladero. Vaya, vaya».

—Pero, señor, fui totalmente respetuosa con ellos.

—Cabreó mucho al sheriff Devlin. Es un buen tipo. Es un poco sexista y no muy listo, pero es una persona decente. Se encontrará a muchos Devlins y Turpenseeds a lo largo de su carrera. Tiene que encontrar una manera mejor de relacionarse con ellos.

—Sí, señor.

—En cualquier caso, voy a cancelar esta rama de la investigación. Es un callejón sin salida. Volverá a orientarlo hacia donde debe: Nuevo México y Arizona.

—Sí, señor —repitió Corrie, que notaba el calor en la cara y esperaba no echarse a llorar.

Morwood extendió el brazo y le dio una palmada en el hombro.

—Corrie, será usted una buena agente del FBI. Sé que es una perogrullada, pero todos hemos sido novatos alguna vez.

—Gracias, señor.

—Le he reservado una habitación en el motel de Truckee para esta noche. Iremos a Albuquerque por la mañana.

Corrie se lo quedó mirando.

—¿Albuquerque?

Era una pregunta absurda. El anuncio de Morwood todavía no había calado del todo y debería habérselo esperado cuando le dijo que llevara todo el material.

Morwood sintió.

—Se acabó. Ahora que la muerte de Peel ha sido catalogada de accidente, no hay nada que investigar.

38

Nora estaba sentada en su tienda de campaña aprovechando la última luz de la tarde para actualizar su diario. En cierto modo había sido un día crucial. Habían terminado la excavación y, aunque faltaba el cráneo de Parkin, habían recuperado la pierna de Samantha Carville y podrían sumarla a los demás restos. No habían encontrado el oro, pero aún tenían tiempo de buscar mientras recogían. A lo mejor la cornisa cedía durante la tormenta prevista para los días posteriores. De lo contrario, siempre podían volver en verano, cuando hubieran desaparecido los ventisqueros.

—¡Champán! —oyó gritar a Clive desde la zona de la cocina—. ¡Venid a por él!

Con una sonrisa, Nora cerró el cuaderno y salió de la tienda. Clive estaba al lado de la hoguera ondeando una botella.

—¡Hora de celebrar!

—¡No lo agite, por el amor de Dios! —le advirtió Burleson, que también había salido de su tienda.

El ambiente había mejorado considerablemente en el campamento desde la marcha de la agente del FBI. Reinaba el buen humor, e incluso Maggie, que en los últimos días se había mostrado un tanto arisca, estaba animada, tal vez porque Nora la había informado del hallazgo de la pierna de Samantha Carville. Estaba delante del fuego, preparándose para lanzar un montón de filetes y mazorcas de maíz sobre la parrilla.

Clive abrió la botella y Wiggett atrapó el corcho con un habilidoso movimiento de su mano izquierda.

—El que lo caza se lleva el primer vaso —anunció Wiggett, tendiéndole la taza.

Clive le sirvió champán y después siguió todo el círculo hasta que se terminó y abrió una segunda botella.

—Por la expedición Donner —brindó, alzando el vaso—, los que murieron y los que vivieron.

—¡Por la expedición Donner!

Todos bebieron y acabaron abriendo una tercera botella.

—Entonces ¿cuál es la conclusión? —preguntó Burleson—. Háganos un resumen de sus descubrimientos.

—En cualquier excavación arqueológica —respondió Nora—, el noventa por ciento de los verdaderos descubrimientos se producen en el laboratorio, pero ya hemos aprendido mucho.

—Somos todo oídos.

—Es obvio que el Campamento perdido fue el que más sufrió de los tres. Hemos encontrado muchos indicios de las penurias que debieron de soportar. Construyeron un refugio y se comieron sus bueyes y sus perros, pero se abstuvieron de consumir carne humana durante mucho tiempo, si exceptuamos ese primer momento de debilidad en el que, por lo que parece, los dos asesinos desenterraron el cuerpo congelado de Samantha Carville y empezaron a comerse su pierna. Pero a finales de febrero, cuando murió Albert Parkin, casi todos sucumbieron. Fue entonces cuando empezó el verdadero canibalismo, seguido de la locura, según el relato de Boardman.

—¿Por qué perdieron la cabeza? —preguntó Maggie.

—Sabemos que el hambre extrema puede causar problemas neurológicos, incluyendo enajenación transitoria. Los otros dos campamentos, que no soportaron condiciones tan extremas, también se vieron afectados, aunque en menor grado.

—¿A cuántos muertos han identificado de momento? —preguntó Burleson.

—Los restos de la gente fueron procesados, hervidos, mordisqueados y vueltos a hervir para extraer hasta el último nutriente. Así de desesperados estaban. Eso es lo que le llevará más tiempo al laboratorio. Hasta ahora hemos identificado a cuatro individuos de manera fiable: Samantha Carville, Spitzer, Reinhardt y Albert Parkin.

—¿Y el oro? —preguntó Wiggett.

—Sigo creyendo que lo encontraremos. —Se dio la vuelta—. Clive, ¿quieres añadir algo?

El historiador bebió un sorbo de champán y ordenó sus pensamientos.

—Solo quiero expresaros mi agradecimiento a todos. De una manera o de otra, los aquí presentes habéis contribuido a que esto fuera posible. Y te estoy especialmente agradecido a ti, Nora. Sabes lo importante que es esto para mí, y no solo ayudaste a poner en marcha la expedición, sino que tuviste paciencia. —Hizo una pausa—. Saber lo que ocurrió aquí es importante. No es solo una historia de canibalismo y muerte. Yo lo veo como un testimonio del valor y la supervivencia.

Cuando el fuego quedó reducido a brasas, Maggie empezó a colocar en la parrilla los bistecs y el maíz, que chisporrotearon al acercarse al calor. Nora se dio cuenta de que la conversación sobre el canibalismo hacía que aquel sonido y el olor le resultaran un tanto repugnantes, pero al menos las mazorcas parecían apetitosas.

Se acostaron todos bastante alegres por culpa del champán. Nora se quedó dormida con el olor de la hoguera y el canto de los grillos, hasta que la despertaron unos gritos. Al bajar la cremallera de la tienda vio haces de linterna en la oscuridad y a Maggie vestida con su voluminoso pijama y dando voces. Al parecer, había tenido otra pesadilla.

Nora se puso la chaqueta y salió. Hacía mucho frío. Los demás no habían oído nada.

—La he visto entre los árboles —estaba diciendo Maggie—. Una luz verde que se movía.

—¿Una linterna? —preguntó Burleson.

—No. Y juro que luego he oído una voz. Era como si alguien intentara gritar. Un grito balbuceante.

Burleson le puso una mano en el hombro.

—¿Estás segura de que no ha sido otra pesadilla? —le dijo con calma —. Hoy han encontrado la pierna desaparecida de Samantha. ¿Has

estado pensando en ello?

—Juro por Dios…

Maggie se vino abajo y empezó a sollozar ruidosamente agitando los hombros.

—Tranquila —le dijo Burleson, que la rodeó con el brazo.

—¿Dónde está Wiggett? —preguntó entonces Clive.

—Tiene un sueño muy profundo —respondió Burleson, que al momento añadió—: Voy a ver. —La luz de su linterna hendió la oscuridad—. No está en su tienda —anunció poco después. Luego volvió con el grupo—. Sus botas no están, y ha dejado el pijama encima del catre. Ha debido de irse.

Hubo un silencio.

—A lo mejor la voz que oí era la suya —murmuró Maggie—. Se parecía un poco.

Burleson negó con la cabeza en un gesto de preocupación.

—Quizá ha ido a echarles un vistazo a los caballos. Voy al cercado.

—Te acompaño —se ofreció Nora.

Wiggett tampoco estaba allí. A su regreso, el grupo los estaba esperando con inquietud.

—De acuerdo —dijo Burleson—. Creo que será mejor que echemos un vistazo por aquí.

—Seguro que ha ido a buscar el oro —opinó Maggie—. No paraba de hablar del tema cuando estabais todos fuera del campamento.

—Vamos a vestirnos. Nos reuniremos aquí en cinco minutos. —Burleson miró a su alrededor—. Haremos una búsqueda rápida por parejas. Que nadie vaya solo a ninguna parte.

Clive se volvió hacia Nora.

—¿Vamos juntos?

Nora asintió.

39

18 de mayo

Cuando se reunieron en la gélida oscuridad, ya vestidos y preparados, alguien echó unas ramas de matorral a las brasas. El fuego se avivó y tiñó sus rostros de una luz amarilla parpadeante. Entre los árboles, un búho ululó como si fuera el repique de una campana.

—Muy bien —dijo Burleson—. ¿Tenéis todos linternas frontales?

El grupo asintió al unísono.

—Nora, Clive, ustedes vayan al yacimiento. Bruce y Jason, seguidlos por el camino y luego tomad un desvío al este y buscad en la zona del lago. Yo peinaré las inmediaciones del campamento con Maggie.

Miró a su alrededor, y el brillo de la hoguera le iluminó los ojos.

—No os alejéis. Tened cuidado y no os separéis. Siempre cabe la posibilidad de que haya alguien ahí fuera.

Enfocó su reloj con la linterna frontal.

—Son las tres y veinte. Buscaremos una hora. Nos vemos aquí a las cuatro y veinte en punto.

Nora y Clive enfilaron el camino que conducía al yacimiento con Adelsky y Salazar siguiéndolos de cerca. Nora iba en cabeza, con paso rápido. Era una noche oscura, y unas nubes densas proyectaban su negrura sobre las montañas. Era como nadar en un mar tenebroso con solo unos diminutos círculos de luz para guiarse. La oscuridad estaba llena de sonidos: el viento silbando en las copas de los árboles, el ulular de los búhos, el canto de los grillos y alguna que otra rana que croaba en el riachuelo.

—Es como si nos hubieran echado una maldición —murmuró Clive amargamente—. En cuanto celebramos nuestro éxito, y con champán,

nada menos, pasa esto.

—No sabemos si ha pasado algo —repuso Nora.

—Puede que Wiggett decidiera marcharse, igual que Peel.

—¿Sin su caballo? Imposible.

—A lo mejor es como ha dicho Maggie y ha ido en busca del oro.

—Si es así, puedes estar seguro de que Burleson tendrá unas palabras con él.

Dejaron atrás los árboles y se adentraron en el extenso prado del Campamento perdido. Nora apenas distinguía el rectángulo gris que marcaba la tienda de trabajo. Las montañas eran como muros negros y el cielo estaba casi igual de oscuro. Adelsky y Salazar se dirigieron hacia el lago. Nora buscó el haz de la linterna de Wiggett por si estaba en las montañas, pero solo vio oscuridad.

—Vamos a mirar en la tienda —propuso Clive.

La iluminaron con las linternas cuando se acercaron. Al entrar, Nora vio que todo estaba exactamente como lo habían dejado. A continuación inspeccionaron la zona de excavaciones, que seguía tapada. Nadie parecía haber tocado nada.

Clive miró a su alrededor, intentando penetrar en la oscuridad.

—Supongo que solo nos quedan las montañas —suspiró.

Echaron a andar por la base, dirigiendo las linternas hacia los flancos de roca, pero no había rastro de Wiggett. El denso rocío de la hierba también parecía intacto. Cuando acabaron de examinar un lado de las montañas se dirigieron hacia el otro, donde tampoco había rastro del vaquero.

—No ha estado aquí —concluyó Nora—, lo cual descarta la idea de que esté buscando el oro.

—A menos que tuviera sus propias ideas sobre dónde está escondido —respondió Clive.

—Es posible. —Nora miró el reloj—. Llevamos casi una hora. Será mejor que volvamos.

Mientras hablaba, oyó un grito proveniente del desfiladero. Era incesante, y resonó grotescamente entre las cimas hasta apagarse.

—Dios mío —murmuró Clive.

Echaron a correr por el camino y pronto se vieron rodeados de bosque. Sus linternas frontales surcaban la oscuridad, iluminando los troncos de los árboles como columnas de una catedral interminable cuando pasaban. Al aproximarse al campamento, Nora distinguió una serie de luces y voces alteradas a orillas del riachuelo. Entonces se oyó otro grito penetrante. Era Maggie.

Abandonaron el camino y corrieron hacia las luces. El resto del grupo estaba reunido a los pies de las montañas más cercanas al campamento. Maggie estaba apoyada en Burleson, respirando ruidosamente y sin dejar de llorar.

—Ahí —dijo Burleson, que enfocó una amplia grieta en la base de las montañas.

Al acercarse, Nora distinguió una bota de senderismo metida en la grieta. Al mirar más adentro distinguió un cuerpo empapado.

Era Wiggett.

—¿Qué coño…? —dijo Clive, situado junto a ella—. ¿Quién lo ha encontrado?

—Nos lo enseñó Samantha —respondió Maggie con voz entrecortada.

—Por favor —protestó Burleson con brusquedad.

—Vi la luz. La luz verdosa nos trajo hasta aquí. ¡Tú también la viste!

—Era solo el reflejo de nuestras linternas —respondió Burleson con impaciencia—. Vamos a sacarlo de ahí, por el amor de Dios.

Nora, Clive y el resto del grupo empezaron a retirar las piedras sueltas que alguien había amontonado en la grieta en un ineficaz intento por ocultar el cuerpo. Habían metido a Wiggett en vertical, con los brazos colgando. Nora agarró un brazo, que estaba frío y húmedo, y tiró de él mientras Clive y Burleson cogían una pierna y el otro brazo. Con dificultad, lograron sacar el cuerpo del hueco y dejarlo sobre la hierba. Tenía los ojos y la boca abiertos y le caían gotas de agua de los labios.

Burleson le tocó el cuello.

—No hay pulso.

Conmocionados, todos se situaron alrededor del cuerpo.

—Pero ¿cómo… cómo llegó hasta ahí y, además, mojado? —

balbuceó Maggie.

Nora se recompuso.

—Perdonad, pero creo que deberíamos dejarlo todo tal como lo hemos encontrado, volver al campamento y —tragó saliva— avisar a la policía.

40

Corrie Swanson se incorporó de un salto en la cama cuando en su teléfono móvil, que tenía en la mesita de noche, empezó a atronar el tema de *The Man from* U.N.C.L.E.

—¿Sí?

—Soy Nora Kelly. Llamo porque…

Su voz parecía muy lejana al otro lado del teléfono vía satélite.

—¿Qué ocurre?

—Ha habido… un asesinato.

Había interferencias constantes.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Wiggett. Lo han encontrado… grieta cerca de…

Corrie se despejó al instante.

—No oigo todo lo que está diciendo, pero sí lo suficiente. No toquen nada y aleje a todo el mundo. ¿Qué es esa grieta de la que habla?

—Su cuerpo estaba metido… escondido con piedras…

—¿Tiene idea de quién lo hizo?

—No… Alguien que nos ha seguido… Sabe Dios…

—Escuche, reúna a todo el mundo en el campamento y que no se dispersen. Nadie debe ir solo a ninguna parte, ni siquiera al lavabo.

—De acuerdo.

Corrie miró el reloj. Eran casi las cinco de la madrugada. Aún faltaba una hora para que amaneciera. Tal vez el sheriff o el Servicio Forestal de la zona tuvieran acceso a un helicóptero.

—Llegaremos lo antes posible.

—Gracias.

—Mientras tanto, avise a todos de que no digan ni hagan nada. Será complicado, lo sé, pero necesito que sus observaciones no estén

contaminadas. Que nadie vuelva a la cama.

La única respuesta fue el crepitar de la electricidad estática.

Corrie colgó y marcó el número de la habitación de Morwood.

El helicóptero del departamento del sheriff se encontraba en Sacramento por labores de mantenimiento, y los dos que tenía el FBI en la zona estaban participando en una operación antidrogas con la DEA. Así pues, Corrie tuvo que montarse de nuevo en un caballo y dirigirse a la montaña con los sospechosos habituales: el sheriff Devlin, su ayudante y dos agentes del Servicio Forestal. Morwood no pudo acompañarlos por su afección pulmonar, pero dejó claro que ella estaba al mando y era la responsable de recabar pruebas y mantener a los elefantes fuera de la cacharrería. Luego le recordó que debía llevarse bien con Devlin y los demás.

Corrie no sabía cómo carajo equilibrar todo aquello.

Justo antes de irse, Morwood concluyó con una observación inoportuna.

—Agente Swanson, este presunto asesinato no demuestra una conexión con el caso Parkin, así que no dé rienda suelta a sus especulaciones. Limítese a buscar pruebas, guárdese sus opiniones… y procure no molestar a los lugareños.

Fantástico.

Por si fuera poco, se acercaba una tormenta, que los periódicos locales denominaban «piña exprés»: un río de aire húmedo que llegaba desde el Pacífico, atravesaba Sierra Nevada y descargaba en las montañas. Era el mismo fenómeno climático que había atrapado a la expedición Donner, pero esta vez llegaría en forma de lluvia y aguanieve.

Corrie procuró cabalgar delante, justo detrás del vaquero, mientras los forestales iban al final de la caravana. Su ruidosa conversación se oía desde la cabeza. De nuevo, parecían estar pasándolo en grande. Al principio se sintió irritada, pero pensó: ¿y por qué no van a pasárselo bien? En ningún sitio ponía que los agentes de la ley tuvieran que ser

serios y silenciosos, e imaginaba que ser sheriff en Truckee no era el trabajo más emocionante del mundo.

Anand, el médico forense del condado, no formaba parte del alegre grupo y prefería mantener la discreción. Era un hombre menudo y distante con pinta de estudioso, gafas redondas y una calva reluciente. Corrie no estaba segura de que fuera tan bueno, teniendo en cuenta que para ella la muerte de Peel no había sido un accidente, pero cruzó los dedos.

Llegaron al campamento hacia la una del mediodía. Todos los esperaban con nerviosismo. Corrie se bajó del caballo cuando vio a Nora acercarse.

—Enséñeme el cuerpo —le pidió la agente mientras desataba las alforjas que contenían el material forense—. Quiero acordonar el lugar inmediatamente. —«Antes de que lleguen otros», pensó para sus adentros—. El resto quédense aquí, por favor.

Vio que Nora comprendía la situación.

—Hay que subir por el riachuelo y cruzar el bosque.

Corrie se echó las bolsas al hombro y siguió a Nora río arriba, atravesando una arboleda de abetos y desviándose después del camino hacia una hilera de montañas. El cuerpo de Wiggett yacía boca arriba en la hierba al lado de una amplia grieta en la ladera que se elevaba ante ellas.

—¿Estaba ahí dentro? —preguntó Corrie, señalando la grieta.

—Sí, metido en vertical y empapado. Esas piedras que hay en el suelo estaban dentro de la grieta para esconder el cuerpo.

—¿Quién lo encontró?

—Maggie y Burleson. Maggie asegura haber visto una luz que la guio hasta aquí.

—¿Una luz? ¿Se refería a una linterna?

—No, jura que era el espíritu de Samantha Carville.

Corrie resopló con desdén, pero lamentó al instante mostrarse irrespetuosa.

—¿Burleson también la vio?

—Dice que vio una luz, pero creía que era un reflejo de sus linternas.

Corrie miró a su alrededor. ¿Un reflejo de qué? Allí no había nada. Era posible que alguien estuviera siguiendo al grupo después de todo.

—¿Qué temperatura tenía el cuerpo cuando lo encontraron?

—Estaba frío.

Corrie sacó un rollo de cinta de la bolsa, la ató a un árbol y rodeó la escena del crimen con ella. Cuando volvió al árbol inicial, hizo un nudo. Estaba sacando unos cubrezapatos, una mascarilla y un gorro cuando llegaron el sheriff Devlin y sus compañeros.

—Sheriff —saludó Corrie intentando sonar amable—, gracias por reunir tan rápido a sus hombres. Me gustaría que me ayudaran mientras examino la escena del crimen.

—Claro. —Con un gruñido, Devlin se subió el cinturón y miró fijamente el cuerpo—. ¿Ve las marcas en el cuello?

Corrie las había visto nada más llegar, pero dijo:

—Ah, se me habían pasado por alto. Gracias por la observación. Es relevante, ¿no le parece?

El sheriff asintió complacido.

—Les agradecería mucho que controlen el perímetro e impidan que entre nadie mientras trabajo —pidió Corrie.

—Por supuesto.

Corrie pasó por debajo de la cinta y se acercó lentamente al cadáver, observando con cautela. La hierba estaba cubierta de abundante rocío, pero por desgracia ya había sido pisoteada por mucha gente cuando se descubrió el cuerpo. Hizo fotos del suelo y los alrededores, y por fin se centró en el cadáver. A juzgar por un tramo de hierba aplastada que había más allá de la zona pisoteada, una cosa estaba clara: Wiggett había sido asesinado en otro lugar y trasladado hasta la grieta. El problema era que la hierba se adentraba en el bosque, y debajo de los árboles no se veían bien las marcas.

Cuando se agachó vio abrasiones y moratones en el cuello típicos de un estrangulamiento. Arrastrar un cuerpo, con independencia de la distancia, y meterlo en una grieta vertical no era tarea fácil. Eso significaba que el asesino era un hombre, lo cual descartaba a Maggie y a Nora. ¿O no? Aunque tenía un poco de sobrepeso, la cocinera parecía

bastante corpulenta, lo cual podía ser una ventaja cuando estrangulas a alguien.

Corrie hizo otra serie de fotos y se arrodilló para examinar el cuerpo. Puso la mano en el esternón de la víctima y, al presionar con fuerza, salió líquido por la boca. Wiggett tenía los pulmones llenos de agua, lo cual significaba que había muerto ahogado, tal vez después de que lo dejaran inconsciente estrangulándolo.

Pero ¿dónde se había ahogado? El riachuelo tenía poca profundidad, así que aquel lago oscuro era el lugar más probable. Corrie hizo fotos de los rastros del suelo y usó la brújula para determinar la ubicación. Lo comprobaría más tarde. Por el momento, parecía obvio que se enfrentaban a un homicidio desorganizado e improvisado.

Examinó las manos de la víctima, pero no encontró restos biológicos debajo de las uñas. A pesar de ello, era posible que el asesino hubiera sufrido arañazos durante la pelea, así que decidió escrutar a todos los miembros del campamento sin llama la atención.

Corrie se dio la vuelta y vio a los cuatro agentes y al forense esperando detrás de la cinta. No parecían contentos, pero al menos estaban cooperando. Después de hacer más fotos y recoger las pocas pruebas que encontró —unos cuantos cabellos, basura y pinaza húmeda —, volvió con el grupo.

—Gracias por esperar con tanta paciencia —dijo.

Los agentes asintieron.

—Doctor Anand, el cuerpo está preparado.

—Gracias, agente Swanson —respondió el forense, que pasó por debajo de la cinta con su instrumental.

Corrie se volvió hacia el sheriff Devlin.

—Cuando el doctor haya terminado, les agradecería a usted y a sus compañeros que hagan uso de su experiencia para buscar pruebas por si se me ha pasado algo por alto.

Corrie pronunció esas palabras forzando una sonrisa autocrítica.

Devlin asintió con brusquedad, y entonces Corrie se dio cuenta de una cosa: en medio de todas las prisas, la actividad y el análisis de la escena del crimen, había olvidado que era novata y acababa de concluir

la investigación preliminar de su primer homicidio irrefutable.

41

La agente Swanson volvió al campamento a buscar el teléfono vía satélite, se lo llevó a su tienda y llamó a Morwood, que seguía en Truckee.

—Soy Corinne Swanson, señor.

—¿Hay noticias?

—Sin duda se trata de un homicidio. Estrangulación y ahogamiento.

—¿Tiene idea de quién pudo ser?

—Es casi seguro que fue un hombre. Es posible que el asesino forme parte de la expedición, pero vieron una luz cerca del lugar donde estaba oculto el cuerpo, así que también podría ser que esté implicado alguien de fuera.

—¿Hay pruebas forenses?

—Recabé lo que pude, pero no hay nada concluyente.

—¿Alguna idea de dónde se produjo el ahogamiento?

—Todavía no. Puede que en el arroyo, si ya estaba inconsciente. También hay un pequeño lago más allá del campamento que parece un lugar más probable, pero todavía no he buscado signos de pelea.

—¿Cuál será su siguiente acción?

En las reuniones semanales, Morwood siempre hablaba de «acciones».

—Creo que deberíamos clausurar el campamento y enviar a todo el mundo a Truckee mientras realizamos una búsqueda exhaustiva.

Hubo una larga pausa, y después Morwood respondió:

—Es una medida drástica.

—Lo sé, pero si ha sido alguien del campamento, podría haber pruebas en su tienda de campaña. Ropa mojada tal vez, o sangre.

Otra pausa larga.

—De acuerdo —aceptó Morwood—. Respeto su decisión.

—Gracias, señor.

—Tal como me recuerda usted siempre, tiene formación en búsqueda de pruebas forenses, así que esta es una oportunidad para maximizar esas aptitudes. Para bien o para mal, este caso es nuestro hasta que podamos traer a la oficina de Sacramento.

—¿Piensa llamar a Sacramento?

—No solo eso, sino que les transferiré el caso.

Corrie se sintió sorprendida y dolida.

—Pero ¿por qué?

—No hay conexión con el caso Parkin. Apuesto diez dólares a uno a que esto es por el oro. Nuestro caso es el de Parkin. Que Sacramento se ocupe de esto. Así que téngalo en cuenta. Siga las reglas y asegúrese de que todas las pruebas son sustanciales. En otras palabras: nada de especulaciones. Solo hechos.

—Sí, señor.

—Adelante.

Corrie colgó el teléfono, lo guardó en la caja y la dejó en la tienda por si necesitaba llamar otra vez a Morwood. Estaba abatida por que fuera a transferir el caso a Sacramento. Estaba convencida de que tenía que existir una conexión entre los huesos desaparecidos de Parkin y el homicidio.

La decepción se disipó temporalmente al pensar en la que sería una labor abrumadora: evacuar el campamento. Sería difícil convencerlos, e intuía que Nora Kelly no lo aceptaría sin presentar batalla.

Cuando salió de la tienda vio que el sheriff y sus compañeros regresaban de la escena del crimen y les hizo un gesto para que se acercaran.

—¿Ha habido suerte?

El sheriff sostuvo en alto una bolsa para pruebas.

—Hemos encontrado algunas cosas, pero nada indicativo. Quizá den con algo en el laboratorio.

—Gracias. —Corrie cogió la bolsa y la incorporó a las otras pruebas. Después respiró hondo—. Acabo de hablar con mi supervisor y voy a

ordenar la clausura del campamento para recabar pruebas.

Devlin la miró fijamente.

—Les va a dar un ataque —dijo.

—Es inevitable.

El sheriff se volvió hacia su ayudante y ambos cruzaron miradas con los agentes del Servicio Forestal.

—Es decisión suya —aceptó el sheriff por fin.

«Decisión suya. Traducción: arréglatelas como puedas».

Pero Corrie se limitó a sonreír y se dirigió hacia el campamento seguida del sheriff y los suyos. Nora Kelly la estaba esperando, y pronto acudieron los otros miembros de la expedición.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó la arqueóloga.

—Lo siento, pero por ahora debo mantener la confidencialidad.

—¿Quién cree que…?

—Nora, ¿podemos hablar en privado? —la interrumpió Corrie. Después se dio la vuelta—. Usted también, señor Burleson.

Se apartaron del grupo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nora.

—Me temo que tendré que solicitar la evacuación del campamento.

—¿Evacuación? ¿A qué se refiere?

—Hay que cerrarlo todo, la zona de excavaciones y el campamento, y dejarlo tal cual. Usted y su equipo tendrán que irse a Truckee hasta que terminemos de recoger pruebas.

—¡¿Está loca?! —exclamó Nora—. ¡No podemos irnos! ¡Tengo un yacimiento abierto con restos humanos desenterrados!

—Me temo que es necesario.

—Y una mierda. —Se dio la vuelta y gritó—: ¡Sheriff!

«Hija de puta», pensó Corrie. Aquella mujer era un verdadero dolor de cabeza.

—¿Sí?

Devlin y su ayudante, que estaban esperando al fondo, se acercaron.

—La agente Swanson dice que tenemos que cerrarlo todo y estoy intentando explicarle que eso es imposible. No solo es imposible, sino que pone en peligro la integridad de la excavación. Los restos humanos

podrían sufrir desperfectos, actos vandálicos e incluso robos. No puedo permitirlo. Es usted el jefe de policía del condado e impugno esta decisión.

Devlin no respondió de inmediato. Sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo del chaleco, se llevó un cigarrillo a la boca y se tomó su tiempo para encenderlo y exhalar el humo.

—Señorita, acordonar una escena del crimen es un procedimiento habitual.

Corrie se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y soltó el aire.

—¡Pero esta no es la escena del crimen! —protestó Nora—. Encontramos el cuerpo de Wiggett como mínimo doscientos metros río arriba. Al menos, mantengan abierto el yacimiento para que podamos protegerlo. Allí no ha ocurrido nada.

—Eso no lo sabemos. —Corrie negó con la cabeza—. Y cuando lo vi por última vez, ya estaba tapado con lonas y cerrado. La policía será muy cuidadosa y no estropeará nada.

Nora soportó la furia en silencio.

—¿Cuándo esperan que nos vayamos?

—Ahora.

—¿Ahora mismo?

—Correcto. Y nadie podrá volver a su tienda de campaña, recoger sus posesiones ni tocar nada.

—Eso es una locura. ¡En la tienda tengo mis notas, la cartera, las tarjetas de crédito, el teléfono y todo lo demás!

—Coja solo lo estrictamente necesario. Nos aseguraremos de que el resto esté a salvo.

—¿No necesitan una orden judicial?

—Como ya le he explicado, estamos en terreno federal y no es necesaria una orden. También he releído sus documentos y he visto que permiten que los agentes federales entren sin previo aviso. Es algo bastante habitual para cualquier actividad en el parque nacional.

Nora se quedó quieta, con los brazos en jarras y una expresión de disgusto.

—¿Quién ha tomado esta decisión? ¿Usted? ¿Qué dice su jefe al respecto?

—El agente especial Morwood está de acuerdo conmigo. —Miró al sheriff—. Y además, yo estoy al mando y no hay más discusión. —Corrie comprobó aliviada que esta vez estaba logrando no levantar la voz. Se volvió hacia Burleson—. Por favor, ensillen los caballos y prepárense para bajar a todo el mundo. No quiero que toquen nada. Y necesito que su personal y el de Nora se queden en Truckee y estén disponibles para un interrogatorio.

—¿Me toma el pelo? —preguntó Nora—. ¿Cuánto tiempo?

—El que sea necesario.

Nora miró a Devlin.

—¿A usted le parece bien, sheriff?

Devlin se aclaró la garganta, dio otra calada al pitillo, frunció los labios y escupió un trozo de tabaco.

—Bueno, a lo mejor podríamos fijar un calendario. ¿Qué le parece, agente Swanson?

El sheriff la miró de soslayo y Corrie contuvo un arrebato de ira. No le gustaba que Devlin interfiriera, pero la propuesta era razonable.

—Setenta y dos horas —dijo Corrie.

—Veinticuatro —contraatacó Nora.

Corrie estaba harta de aquella mujer.

—Cuarenta y ocho, y no vuelvan aquí hasta que yo les dé autorización en persona.

Hubo un largo silencio.

—De acuerdo —aceptó Nora por fin.

—Deduzco que piensa que el asesino de Wiggett es uno de nosotros —aventuró Burleson.

—No puedo hablar de eso. ¿Está todo claro?

—Como el agua —respondió Burleson con una sonrisa irónica—. Tendremos que darnos prisa si queremos volver al rancho antes de que anochezca. ¿Está lista, Nora?

Con la tez pálida de ira, Nora maldijo entre dientes, dio media vuelta y se fue.

—¿Qué hay de esa piña exprés que viene hacia nosotros? —le preguntó Burleson a Corrie.

La agente dudó. Con todo lo que estaba ocurriendo, se había olvidado de la tormenta.

—Lo haremos lo mejor que podamos, pero necesito cuarenta y ocho horas aquí, con tormenta o sin ella.

42

19 de mayo

A las nueve de la noche siguiente, Nora estaba sentada en la barra del pintoresco bar del Truckee Inn. En las paredes había viejos carteles de películas y atracciones de carretera y toda clase de herramientas de minería: picos, palas, cribas, canalones y taladros manuales. Tenía una cerveza en la mano y se sentía agraviada. Había pasado un día largo y aburrido en una ciudad de mierda. La muerte de Wiggett la había horrorizado, y no podía sacarse de la cabeza la cara pálida del vaquero. Su hermano la había llamado. Había empezado a oír rumores sobre el yacimiento, y tardó media hora en convencerlo de que no lo dejara todo y fuera allí de inmediato.

Notó una presencia detrás y Clive se sentó en el taburete de al lado.

—Un Hendrick's con un poco de limón —le pidió al camarero; luego se volvió hacia Nora—. ¿Cómo estás?

—De puta pena.

—Lo sé. Justo cuando creíamos haber terminado… Pero intento ver el lado positivo, y tú deberías hacer lo mismo. La excavación ha sido un éxito sin reservas. Encontramos el yacimiento que estábamos buscando, y encima es increíblemente fértil. Y cuando todo esto acabe, puede que encontremos el oro.

—Si no fuera por los asesinatos, habría sido el sueño de cualquier arqueólogo —reconoció Nora.

—¿En plural? ¿Crees que Peel también fue asesinado?

—Dudo que un hombre experimentado como Peel se cayera por una montaña llevando linterna.

—Según he oído, el forense echará otro vistazo al cuerpo.

—Bien. Si no la hubiera cagado con la autopsia, a lo mejor Wiggett seguiría vivo.

Nora se terminó la cerveza y pidió otra mientras llegaba la copa de Clive.

—Esa agente del FBI parece creer que hemos sido uno de nosotros —añadió Nora.

—Supongo que es normal. —Clive se encogió de hombros—. Pero ¿quién?

—Eso es. ¿Yo? ¿Maggie? ¿Tú? ¿Burleson? ¿Adelsky o Salazar? La idea de que alguno de nosotros seis sea un asesino es totalmente absurda. —Dudó unos instantes antes de continuar—. Antes no quise decir nada, pero empiezo a preguntarme si había alguien vigilándonos en el bosque.

—Ahora pareces Maggie.

Nora hizo un mohín.

—Pero ¿por qué?

—Es todo por el oro. A lo mejor Wiggett o Peel lo encontraron y los mataron por eso. Quizá lo encontraron juntos y tenían un pacto secreto. O a lo mejor se filtró la información y alguien está intentando asustarnos para buscarlo sin obstáculos.

—A lo mejor, a lo mejor, a lo mejor. —Clive bebió un sorbo—. Burleson dice que mañana nos someterán al tercer grado cuando vuelva la agente Swanson.

—Dios mío.

Clive se terminó la ginebra y dio unos golpecitos al vaso para que le sirvieran otra.

—Parece fuerte —comentó Nora.

—Es lo que me ha recetado el médico. —Clive esperó a que el camarero llenara la coctelera—. Hay una cosa que quería comentarte sobre Burleson.

—¿Qué?

—He hecho algunas comprobaciones sobre él. No fue fácil, pero soy historiador y se me da bien encontrar cosas en internet. Sabías que en California fue un importante abogado especializado en divorcios,

¿verdad?

—Sí.

—Dice que cambió de profesión porque se cansó de aquella carrera de locos, pero la verdad es que tuvo problemas. Por lo visto, representaba a una joven que se casó con un gilipollas rico y firmaron un acuerdo prenupcial. Burleson contrató a un detective un poco turbio que entró ilegalmente en la mansión del tipo, fue descubierto y lo delató. Burleson mintió a la policía y, cuando intentaron detenerlo, se cabreó y le dio un puñetazo a un agente. Lo acusaron de perjurio, agresión, allanamiento de morada, mala praxis y obstrucción a la justicia. No fue a la cárcel de milagro. Parecía que iban a expulsarlo del colegio de abogados, así que renunció a su licencia y vino aquí.

—Vaya. Me dijo que le habían dado un empujón poco amigable, pero esto no me lo explicó.

—Si te fijas en los problemas que hemos tenido, todos y cada uno de ellos los ha provocado el equipo de Burleson, no nosotros.

—¿Crees que se trae algo entre manos?

—No lo sé. Tiene mal carácter, bebe mucho y ahora sabemos que es deshonesto, que contrata a delincuentes y que es un mentiroso. Y hay veinte millones en oro enterrados por ahí, motivo suficiente para toda clase de fechorías.

Nora pensó en ello. Aunque Burleson parecía sincero, Clive tenía razón.

—Será mejor que lo vigilemos de cerca —dijo.

—¿Doctora Kelly? ¿Doctor Benton?

Al darse la vuelta vieron a la doctora Jill Fugit, directora del instituto, entrando en el bar.

—Los estaba buscando —añadió con cara de disgusto. Luego miró a su alrededor—. Hablemos en privado. En mi habitación.

43

Fugit se había instalado en el mejor alojamiento del hostal, una espaciosa habitación bajo los aleros del tejado con una pequeña cocina y una sala de estar con chimenea de gas. Unas claraboyas daban al bosque, que se elevaba por la montaña formando una fuerte pendiente. Al entrar, Fugit les indicó que se sentaran en unas butacas situadas a ambos lados de la chimenea y ella ocupó el sofá.

—Ya se imaginarán por qué he venido —empezó—. Estoy muy preocupada por lo que está ocurriendo, sobre todo por la seguridad de nuestra gente. —Hizo una pausa—. Y también me gustaría saber cómo es posible que una simple expedición arqueológica haya degenerado en asesinatos y escándalos.

Se recostó en el sofá de brazos cruzados y miró fijamente a Nora, que se sintió molesta por su actitud. Después de tratar con la altiva agente del FBI, lo último que necesitaba eran las interferencias de Fugit. Pero discutir con su jefa era mala idea, así que tragó saliva e intentó modular la voz.

—Permítame empezar diciendo que la excavación ha sido un éxito rotundo. Hemos mapeado todo el campamento y descubierto abundante información y objetos que serán estudiados en los próximos años.

—A excepción de los huesos robados, claro.

—Doctora Fugit, había que dejar los huesos *in situ* y no había manera de protegerlos o guardarlos hasta que fueran retirados para su clasificación al final de la excavación. Nadie tenía ni idea de que Peel los robaría. Y, en cualquier caso, todos los huesos que habíamos encontrado han sido recuperados, salvo un cráneo y unas cuantas vértebras.

—¿Y qué hay de la muerte de Wiggett?

—El FBI está investigando, pero no nos facilitan información.

—Tengo intención de hablar con esa federal en cuanto vuelva del yacimiento. Hablé con ella una vez y me pareció que la situación la superaba. Iba lanzando acusaciones a diestro y siniestro.

«Que Dios la asista», pensó Nora con satisfacción.

Fugit se volvió hacia Clive.

—¿Qué opina usted?

—Coincido con Nora. La expedición ha sido un éxito. No veo cómo podrían haberse previsto o evitado esos problemas. Desde luego, ninguno es culpa de Nora. Hablando claro, todas las dificultades parecen causadas por los vaqueros contratados por el instituto, no por nosotros.

—Hablando del instituto, ¿tiene idea de cuánto nos ha costado este proyecto hasta el momento? Poco menos de medio millón de dólares. Tienen que volver ahí arriba, terminar la excavación y, si es posible, encontrar el oro.

—La agente Swanson ha dicho que podremos volver en cuarenta y ocho horas.

—Ya, pero no tiene en cuenta la gran tormenta que se acerca. Si es tan fuerte como predicen, tardarán días en poder volver allí.

—Ya solucionaremos eso cuando Nora reciba la autorización de la agente Swanson —le dijo Clive—. Estoy convencido de que el oro está allí. Hemos acotado la búsqueda a una sola zona.

—Espero que sea así. Según tengo entendido, el FBI llevará a cabo interrogatorios detallados. Tengan en cuenta que hay que dar una buena imagen del instituto. —Se inclinó hacia delante—. Como ha dicho, esos problemas son culpa del rancho Red Mountain y sus vaqueros. No tienen nada que ver con nosotros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Clive.

—Gracias. Ahora, si no le importa, me gustaría hablar en privado con Nora.

Fugit se volvió hacia Nora cuando Clive se marchó. Su mirada se había suavizado un poco.

—Siento parecer tan crítica. Sé que todo esto ha sido complicado y sospecho que mi llegada no ha sido precisamente una sorpresa agradable.

Nora no se esperaba el cambio de tono.

—Me preocupé mucho al enterarme de que se había producido una muerte accidental y después un asesinato —prosiguió—. No quería mencionarlo delante del doctor Benton, pero espero que entienda que tenía que venir.

—Me alegro de que lo haya hecho —mintió Nora.

—Ahora tenemos que hablar de la prensa. Hasta el momento no ha trascendido nada, pero lo hará. Tendrá que estar preparada.

—¿Cómo?

—Le harán preguntas, muchas serán incisivas. Mi consejo es que diga lo menos posible sin parecer esquiva. Anticípese a las preguntas y anote sus argumentos con antelación. La excavación ha sido un gran éxito, han conseguido todo lo que se proponían y la importancia histórica del descubrimiento no tiene parangón. Sí, se han producido unos hechos desafortunados, pero solo están relacionados con los vaqueros contratados para ayudar en la expedición. Nada que ver con el instituto.

Nora asintió. Al fin y al cabo era cierto, no las palabras huecas que cabría esperar de la directora de una prestigiosa organización.

—¿Está de acuerdo con el doctor Benton en que encontrarán el oro?

—La verdad es que sí.

Fugit pareció relajarse un poco y acabó sonriendo.

—No quería avergonzarla delante de él, pero quiero que sepa que está haciendo un trabajo excepcional en unas circunstancias muy difíciles. —Se acercó más a ella—. Es usted una arqueóloga de primera, Nora. La mejor del instituto. Y me aseguraré de que esa agente del FBI no le impida terminar su trabajo. Conozco a gente en Washington. Puedo mover hilos y, con suerte, ponerle freno a esa novata ambiciosa.

—Gracias —dijo Nora con sinceridad—. Se lo agradecería mucho.

—Cuando el FBI les permita acceder al lugar, priorice que los huesos sean preparados para el transporte y el yacimiento cerrado por si

intentan causarles más molestias. Y encuentren ese oro. El instituto no puede permitirse perder medio millón de dólares.

—Haremos todo lo que podamos.

Fugit le puso una mano en el hombro.

—Lo conseguiremos. Si necesita cualquier cosa, hágamelo saber.

44

20 de mayo

Corrie bajó a caballo desde el campamento. Había conseguido hacerlo todo en las cuarenta y ocho horas que le habían concedido antes de que llegara la tormenta, y estaba agradecida por ello. Por otro lado, la meticulosa búsqueda en el campamento no había arrojado indicio alguno. De hecho, tenía que reconocer que no habían encontrado ninguna prueba incriminatoria. Si el asesino era un miembro del grupo, había sido mucho más cuidadoso de lo que imaginaba.

No obstante, habían hecho un descubrimiento importante: el lago helado que había en la pequeña hondonada situada detrás del campamento era sin duda el lugar donde se había cometido el homicidio. El asesino había intentado ocultarlo aplanando la tierra a orillas del lago y recolocando piedras volteadas, pero una inspección exhaustiva reveló que allí se había producido un enfrentamiento físico. Más adelante habían encontrado marcas de arrastre en dirección al lugar donde habían hallado el cuerpo.

Pero aquello solo planteaba más interrogantes. ¿Qué hacía Wiggett en el lago en plena noche? ¿Iba a reunirse con alguien? ¿Lo habían llevado allí? Había salido de su tienda de campaña deliberadamente: se había puesto ropa de abrigo y calzado de senderismo en lugar de sus botas de vaquero, lo cual significaba que pensaba atravesar terreno agreste. Con suerte, el informe del forense verificaría la secuencia de lesiones que le provocaron la muerte, pero no estaba segura de que eso fuera a ayudarla a reconstruir el crimen.

Si algún miembro del campamento había matado a Wiggett, no había dejado pruebas obvias. Corrie empezaba a pensar que alguien ajeno al

grupo había estado siguiéndolos y había cometido los asesinatos. Había enviado a Devlin y sus hombres a buscar en el bosque algún indicio de actividad reciente, pero no habían encontrado nada.

Ellos habían partido a mediodía, pero Corrie se negó a abandonar la zona, convencida de que se les había pasado por alto algún elemento que les llevaría hasta el asesino. ¿Cuántas veces había hecho una «última» pasada en el campamento? Pero se habían agotado las opciones y debía bajar a toda prisa. Aun así, probablemente no llegaría antes de que anocheciera y empezaba a arreciar el viento. Estaba previsto que la tormenta llegara al alba. Al principio del camino estaría esperándola Morwood, y quizá también el nuevo agente especial de la oficina de Sacramento que tomaría las riendas de la investigación.

Y ahí se acabaría todo.

Mientras cabalgaba la inundó una sensación de frustración por la falta de pruebas, por su incapacidad para desarrollar una teoría del delito y por no haber encontrado conexión con el caso Parkin. No pudo evitar repasar los errores que había cometido: hablar demasiado, decirle a la gente que creía que Peel había sido asesinado, enemistarse con Devlin y permitir que Nora Kelly la presionara para limitar el cierre del campamento a cuarenta y ocho horas.

Pero quizá el caso era tan simple como creía Morwood, un sórdido asesinato relacionado con veinte millones de dólares en oro y nada más. Él tenía décadas de experiencia y ella solo unos meses. Si algo le habían recalcado en la academia era que la solución correcta para un crimen solía ser la más obvia. «Evitad la tentación de buscar motivos retorcidos y conspiraciones inverosímiles», había dicho un instructor. «La vida no es una novela de Agatha Christie. Los delincuentes son tontos y la mayoría de los delitos son banales y obvios».

Miró hacia arriba y se dio cuenta de que se hallaba en terreno desconocido. Delante tenía una gigantesca pícea partida por la mitad que no había visto nunca. Maldijo en voz alta. Mientras se regodeaba en sus lamentaciones se había apartado de la ruta.

Sacó el móvil y comprobó su ubicación con la aplicación GPS. Aunque no había cobertura, el GPS independiente del teléfono

funcionaba y ya había descargado previamente los mapas necesarios de la zona. En lugar de bajar por Hackberry Creek desde la intersección de Poker Creek, había pasado de largo y había recorrido casi un kilómetro por un desfiladero sin nombre situado en la otra orilla del riachuelo.

Eran las cuatro, unas nubes oscuras cubrían el cielo y el aire olía a electricidad.

—Vamos, Sierra —dijo, haciendo virar torpemente a su caballo—. Vamos, chico. ¡Más rápido!

El caballo, perezoso e impasible a sus ruegos, giró despacio y echó a andar por el desfiladero.

—¡Date prisa, por Dios!

Corrie tiró de las riendas, pero el caballo la ignoró.

Nunca se acostumbraría a cabalgar. Le dolía todo el cuerpo. Al pasar junto al riachuelo atravesó un claro y vio los restos de una hoguera. A lo mejor era el campamento de la persona o personas que habían seguido al grupo, pensó, jadeando de pronto.

—¡Quieto, Sierra! ¡Quieto, maldita sea!

El caballo se detuvo con renuencia. Luego Corrie desmontó y ató el cabestro a un árbol. Avanzó con cautela, intentando no tocar nada, pero al aproximarse se sintió decepcionada al comprobar que se trataba de una vieja hoguera. Se habían acumulado hojas y pinaza en el agujero, lo cual significaba que el rudimentario campamento debía de ser del otoño anterior. Nadie había estado allí desde entonces.

Aun así, era un lugar extraño para acampar: apartado de cualquier sendero, a orillas de un arroyo demasiado pequeño para pescar y en un barranco oscuro y deprimente. Corrie cogió un palo y, al remover las viejas cenizas, desenterró basura un tanto chamuscada pero relativamente intacta. Aunque se sintió un poco estúpida, lo metió todo en una bolsa de pruebas. «En caso de duda, lleváoslo», les había dicho también el instructor de Quantico.

Desató al caballo y volvió a montar. El viento, cada vez más intenso, ladeaba los árboles. Tenía tres horas antes de la puesta de sol para recorrer veinte kilómetros por un camino accidentado. Estaba apurando demasiado.

Corrie propinó a Sierra una vigorosa patada y por fin logró que avanzara al trote. Odiaba correr, porque rebotaba hacia todas partes, pero prefería que le doliera el culo a perderse de noche en las montañas con una tormenta a punto de llegar.

Llegó al rancho Red Mountain cuando desaparecía la luz por el oeste y, en efecto, Morwood estaba esperándola.

—¡Joder, Swanson, empezaba a preocuparme! —le dijo mientras se bajaba del caballo y le tendía las riendas a un vaquero.

Apenas podía caminar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Morwood.

—No sufra. Solo he quedado tullida de por vida después de montar a ese bicho —respondió Corrie.

—No debería haber bajado usted sola.

—Quería visitar el yacimiento por última vez.

—¿Y bien?

Corrie negó con la cabeza y ambos se dirigieron al aparcamiento.

—Quería decirle que le han asignado el caso al agente especial Nick Chen —anunció Morwood—. Llegará de Sacramento mañana por la mañana. Su expediente es impecable, y lo que es igual de importante, tiene fama de buena persona. Creo que disfrutará trabajando con él durante la transición.

—De acuerdo.

Morwood sonrió como si fuera un casamentero.

—Esta noche tomaré un vuelo a Albuquerque. Usted se quedará para poner al día al agente Chen. Le he reservado habitación en el Truckee. Transfiérale todas sus notas y pruebas. Me temo que tendrá que pasar aquí la tormenta que se avecina, pero después quiero que lo lleve al campamento y le presente al grupo. Luego, reúnase conmigo en Albuquerque.

—De acuerdo.

—¿Alguna pregunta?

—No, señor.

Se montaron en el coche de Morwood y entraron en la autopista rumbo al Truckee Inn. Cuando se bajó, él le tendió la mano.

—Si no tuviera que ir al aeropuerto, la invitaría a un bistec de los grandes. Buen trabajo, agente Swanson. Y si necesita algo, no dude en llamar.

Cuando Corrie cruzó el vestíbulo en dirección al mostrador se le acercó una mujer rubia, bien vestida y con unas gafas colgando del cuello de una delgada cadena de oro.

—¿Agente especial Swanson? —preguntó.

—Sí.

—Soy la doctora Fugit, directora del Instituto Arqueológico de Santa Fe. Hablamos por teléfono, como recordará. —Le estrechó la mano y se puso las gafas para examinar a Corrie como si fuera un espécimen arqueológico—. ¿Tiene un minuto?

—Esto… —Recordó que Morwood le había advertido que se llevara bien con todo el mundo—. Sí. ¿En qué puedo ayudarla?

Fugit le indicó una zona privada situada en un lateral del vestíbulo y se sentaron en un sofá naranja. Entonces, Fugit se inclinó hacia la agente con una voz repentinamente gélida.

—Por lo visto, cree usted que en mi equipo hay un asesino. ¿Correcto?

Corrie tardó un poco en ponderar la mejor respuesta. «Mantente neutral, no te ofendas», pensó.

—Nadie ha sido acusado de nada —dijo—, y nadie está haciendo alegaciones. Estamos llevando a cabo una investigación rutinaria por homicidio.

—¿Rutinaria? ¡Han cerrado un yacimiento arqueológico entero!

—Ya hemos terminado de recabar pruebas. En cuanto vea a Nora, le devolveré el yacimiento a ella y a su equipo.

—Ahora que se acerca la tormenta no servirá de mucho.

Su tono se había vuelto mordazmente sarcástico. Corrie no contestó. Por si tratar con Nora no fuera suficiente, su jefa era una auténtica

zorra.

—¿Tienen algún sospechoso? ¿Un móvil? ¿Algo?

—Lo siento, pero no podemos dar detalles —repuso, cambiando de postura—. Lo que sí puedo decirle es que la investigación será transferida a la oficina de Sacramento.

—¿Y qué se supone que debo deducir de eso?

—Que se ocupará el agente especial Chen y yo volveré a Nuevo México. Puede trasladarle a él sus inquietudes.

«Y él le dirá por dónde puede meterse su yacimiento arqueológico».

Corrie sonrió y Fugit se quitó las gafas.

—A mí me parece que, hasta el momento, la investigación se ha llevado de manera incompetente y desconsiderada. Presentaré una queja.

—Está en su derecho, por supuesto —respondió Corrie—, pero descubrirá que se ha hecho todo conforme a la normativa.

—Eso ya lo veremos.

—Permítame asegurarle que el FBI espera resolver este caso y atrapar al delincuente.

Corrie se esforzó en mantener un tono neutral mientras le soltaba aquella perogrullada a la directora, que se puso de pie.

—Eso espero, sinceramente. —Hizo una pausa—. Supongo que está enterada de la existencia del oro.

—Me han informado de ello.

—¿Y cómo encaja en este caso? ¿El asesinato tiene alguna relación?

—Doctora Fugit, como le he dicho antes, no puedo comentar nada al respecto.

—¿Y sobre qué puede comentar?

—Tal como le he explicado repetidamente, sobre nada.

Fugit frunció el ceño y, sin mediar palabra, dio media vuelta y se fue sin tenderle la mano. Los tacones de sus zapatos negros repiqueteaban en el suelo de madera.

Corrie hizo una temblorosa inspiración. No podía permitir que personas como Fugit la intimidaran y la alteraran. De adolescente había sufrido acoso y era hipersensible a él. Era uno de sus puntos débiles,

pero si algún día quería ser una buena agente del FBI, tendría que aprender a sobrellevarlo.

45

21 de mayo

Burleson insistió: ni caballos, ni vaqueros ni nada.

—No podemos subir con este tiempo —dijo, todavía somnoliento después de que Nora llamara a su puerta a las siete de la mañana—. Y, desde luego, no podemos responsabilizarnos de su bienestar.

Llevaba diez minutos diciendo lo mismo, y ni ruegos, ni amenazas ni halagos lo harían cambiar de opinión.

—Pero no le estoy pidiendo que usted vaya… —insistió Nora.

—Fin de la discusión. Lo siento. Tendrá que esperar.

Ya en la ciudad, camino del hostal para tomarse un café que necesitaba con urgencia, Nora dobló una esquina y estuvo a punto de tropezar con la agente Swanson, que iba en la otra dirección.

Nora frunció el ceño y apartó la mirada para intentar esquivarla, pero no hubo suerte.

—¿Tiene un momento? —preguntó Corrie.

La arqueóloga no estaba de humor para hablar con ella.

—¿Qué pasa ahora?

—Quería decirle una cosa. El asesinato de Wiggett será transferido a la oficina de Sacramento. Hoy llegará el agente especial Chen para ocuparse del caso.

Nora asintió con brusquedad y se dirigió hacia la entrada del hostal. A lo mejor era más fácil trabajar con ese tal Chen.

Corrie se dio la vuelta y la siguió.

—En cuanto termine la transición volveré a Albuquerque.

—Le deseo lo mejor.

«Y hasta nunca».

—Por desgracia, con la tormenta es posible que no pueda enseñarle el campamento y las excavaciones al agente Chen.

—Por desgracia, supuestamente debía autorizar mi regreso al yacimiento después de cuarenta y ocho horas. Eso era ayer a las dos de la tarde, pero no ha cumplido el trato. Volvió por la noche y ahora nosotros tampoco podemos ir.

Entró en el hostal, con Corrie Swanson todavía tras ella.

—Me demoré, lo siento. Pero ayer por la tarde tampoco habría podido ir por culpa de la tormenta.

Nora no respondió. Después de hablar con Burleson sabía que era cierto, pero no estaba de humor para reconocérselo a una agente del FBI que no hacía más que ponerle trabas.

—Tengo una última pregunta —añadió Corrie—. Es un cabo suelto, pero no sé cómo incluirlo en el informe. ¿Conoce a alguien que pudiera haber acampado cerca del yacimiento el verano o el otoño pasado?

—No, lo siento.

Nora revisó el vestíbulo buscando los termos. Necesitaba un café con urgencia.

—Lo pregunto porque ayer encontré en un desfiladero lateral los restos de una hoguera del año pasado o antes.

—Como sabrá, no conocí la existencia del yacimiento hasta diciembre. Debía de ser un campista cualquiera.

Corrie frunció el ceño.

—De acuerdo.

Nora vio el termo de café y fue hacia él, pero algo la hizo dudar. Recordó la sensación cada vez más intensa de que alguien había estado vigilando el campamento.

—¿Está segura de que la hoguera no era más reciente?

—Encima de las brasas apagadas había pinaza, hojas de álamo y un poco de nieve, así que imaginé que el campamento había sido abandonado antes de que cayeran las hojas en otoño.

Nora esperó.

—Es un sitio raro para acampar —prosiguió Corrie—. No se puede pescar y el paisaje no es bonito. Solo hay un desfiladero sin salida y un árbol partido en dos.

Nora titubeó. Un árbol partido en dos. ¿De qué le sonaba?

—A lo mejor era el campamento de un cazador.

—La temporada de caza empieza a finales de noviembre, cuando las hojas ya han caído.

Aquello era un poco raro.

—¿Encontró algo más allí?

—Exploré el lugar, pero estaba bastante limpio. Solo había un poco de basura: un envoltorio de chicle, una colilla de puro y un trozo de cinta adhesiva, nada más.

Nora hizo una pausa.

—¿Una colilla de puro? ¿Aún tenía la vitola?

—No me fijé. Tendría que comprobarlo.

—¿La guardó?

—Por supuesto.

Nora prefirió considerarlo una coincidencia irrelevante. Si se lo mencionaba a la agente del FBI, solo crearía más sospechas innecesarias. Aun así, aquello le provocó inquietud.

—¿Dónde está exactamente el desfiladero?

Corrie meditó un momento.

—Bajando por Poker Canyon, cruzando Hackberry Creek y subiendo el desfiladero del otro lado. El nombre no aparece en el mapa.

Nora respiró hondo. Ahora recordaba el árbol partido en dos. Cuando subieron Hackberry Creek por primera vez, antes de encontrar el Campamento perdido, Clive había mencionado un árbol gigantesco que había sido alcanzado por un rayo. Pero ¿en qué contexto?

—¿Dónde está la colilla de puro? —preguntó Nora.

—En mi habitación.

—¿Podemos echarle un vistazo?

Corrie le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué?

—Vamos a verla —insistió Nora—. Se lo diré más tarde.

—De acuerdo.

Nora y Corrie subieron las escaleras y fueron a su habitación. La agente abrió un maletín de pruebas que había en una estantería para equipajes y sacó un sobre de plástico con varios objetos, incluida una gruesa colilla de puro. Luego le entregó el sobre a Nora, que le dio la vuelta y sintió un extraño nudo en el pecho.

—Dunhill —murmuró, y le devolvió el sobre a Corrie.

—¿Es relevante? —preguntó la agente.

Nora vaciló. ¿Debía responder? Solo causaría más problemas, pero se descubrió diciendo:

—Clive a veces fuma Dunhill.

—¿En serio?

—Sí. Dice que lo tranquiliza cuando está frustrado. Y… —Nora temía estar dando un paso del que se arrepentiría—. Mencionó usted un árbol partido por un rayo.

—Sí, estaba justo al lado de la hoguera, y una mitad estaba inclinada como si fuera a caerse. Yo jamás acamparía allí por miedo a que me golpeara mientras duermo.

—Cuando buscábamos el campamento, subiendo Hackberry Creek por primera vez… Clive mencionó un árbol partido.

—¿De qué hablaban?

—No lo recuerdo bien. Creo que estaba bromeando sobre el peligro de ser alcanzado por un rayo en esas montañas. Mencionó una pícea partida de arriba abajo. Era espectacular, según dijo. ¿El árbol se ve desde el camino?

—No.

Nora se quedó callada.

—¿Dunhill es una marca de puros conocida? —preguntó Corrie.

—No tengo ni idea. —Provocar más especulaciones era justo lo que se temía—. Mire, cualquiera pudo haber dejado ese puro. No fue Clive. ¿Por qué iba a acampar allí el año pasado? Me dijo que no había estado nunca en esta zona.

Corrie tardó un momento en contestar.

—Para buscar el oro.

—Venga, ¿en serio? ¿Y por qué iba a presentar el proyecto al instituto? ¿Por qué no se quedó con el oro?

—A lo mejor lo intentó pero no tuvo suerte, así que recurrió a su experiencia para localizar el yacimiento.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo iba a hacerse con el oro cuando lo encontráramos? ¿Se lo robaría al instituto?

—A lo mejor ya tiene el oro, y por eso no lo han encontrado ustedes —propuso Corrie.

Nora se rio con desgana.

—Está basando toda esta historia en una colilla de puro.

—Y en un árbol partido.

—Tiene que haber docenas en el bosque.

Al cabo de un momento, Corrie le cogió la bolsa de pruebas.

—Aquí habrá ADN, puede que incluso una huella. Lo mejor será enseñárselo y preguntarle si acampó aquí el año pasado.

—Dirá que no.

—Por supuesto que dirá que no, pero así podremos calibrar su reacción a nuestra pregunta.

—A su pregunta. Yo no pienso preguntarle eso a la cara. Es un socio de la expedición. Y un amigo.

—Lo comprendo —dijo Corrie en dirección a la puerta.

46

Clive no contestó cuando llamaron a su puerta.

—¿Cree que sigue durmiendo? —preguntó Corrie en voz muy baja.

—Siempre me ha parecido madrugador —respondió Nora en el mismo tono susurrante.

—No ha bajado a desayunar, y a estas horas de la mañana y con una tormenta acercándose no hay muchos sitios donde ir en esta ciudad.

Corrie llamó de nuevo, esta vez con más fuerza; la puerta se entreabrió.

—Es curioso —comentó Corrie inspeccionando el pomo—. Parece que la cerradura está atascada. Si cogemos la ducha de mi habitación como referencia, los materiales de este hotelucho son de tan mala calidad como las tuberías.

Nora asomó la cabeza en el umbral.

—¿Clive?

La habitación era un revoltijo de maletas, cajones abiertos y enseres personales tirados por todas partes. Lo único que llamaba la atención era la cama, que aún estaba hecha.

—Parece que anoche no se acostó —dijo—. Y que se fue apresuradamente.

—Eso explicaría lo de la puerta —respondió Corrie—. No se aseguró de que había quedado bien cerrada. ¡Eh, espere!

Mientras lo decía, Nora entró en la habitación.

—No puede entrar ahí sin una orden judicial —le advirtió Corrie.

—¿Qué orden judicial? Soy la líder de la expedición y amiga suya. Clive dejó en su habitación algo que me pertenece, vine a buscarlo y encontré la puerta abierta.

—¿De qué se trata? —preguntó Corrie.

—No estoy segura, pero lo sabré cuando lo vea.

—Yo esperaré aquí, si no le importa.

Nora observó el desorden intentando entender las cosas. Su amistad y respeto por Clive desentonaban con el inexplicable caos que la rodeaba. No parecía que se hubiera llevado ropa. Incluso su cámara seguía en la mesita de noche. Nora se acercó a la mesa, que estaba llena de documentos históricos, entre los cuales encontró fotocopias de viejas cartas, recortes de periódico antiguos, reproducciones amarillentas de microfilmes e incluso novelas baratas que aseguraban contar la historia horripilante y completa de la tragedia de los Donner. Había docenas de papeles. Clive era muy exhaustivo en sus investigaciones.

—¿Está el abrigo? —preguntó Corrie asomándose a la puerta.

—No. Debe de haber salido.

Nora siguió rebuscando entre los documentos que había encima de la mesa. Cogió una fotocopia grapada y al instante se dio cuenta de que era el diario de Tamzene Donner. Por supuesto, Clive había guardado a buen recaudo el original en Santa Fe. Al pasar las páginas desgastadas cayó una y la cogió.

Aquello era nuevo. Nuevo y extraño. Era otra fotocopia escrita en una caligrafía desigual y enmarañada, con nombres, fechas, citas bíblicas e incluso dibujos lúgubres que servían de puntuación: lápidas, ángeles llorando y muros de fuego que parecían representar el Apocalipsis. En algunos lugares vio marcas más recientes: unas cuantas frases subrayadas y breves notas incorporadas a los márgenes por Clive.

Parecía un documento histórico importante, pero Nora no lo había visto nunca. Si Clive lo había encontrado dentro del diario original de Tamzene, no se lo había mencionado.

—Debe de haber salido —insistió Corrie—. Vámonos.

—Un segundo.

Nora se acercó a la puerta y le enseñó la fotocopia.

—¿Qué es eso? —preguntó la agente—. Parecen los garabatos de un loco.

—A lo mejor es lo que son. —Nora dobló la hoja y se la metió en el bolsillo—. De acuerdo. Usted primero.

En el vestíbulo, la recepcionista les dijo que Clive se había ido antes de que amaneciera, pero no indicó adónde se dirigía.

Nora y Corrie se miraron. La agente sacó el teléfono móvil y marcó el número de Clive, pero saltó el contestador, así que volvió a llamar, esta vez al rancho Red Mountain.

Minutos después colgó.

—Esta mañana, los trabajadores del rancho han visto que faltaba un caballo —le explicó a Nora—. Burleson pensó que quizá había sido usted.

—No fui yo.

—Evidentemente —respondió Corrie arqueando las cejas.

—Por favor. ¿Clive robando un caballo? ¿Por qué iba a llevarse uno, y encima con este tiempo?

Corrie no contestó.

—No deja de sacar conclusiones precipitadas —comentó Nora dubitativa—. Clive no es un delincuente.

—Todo el mundo es un delincuente en potencia —repuso Corrie—. Solo hace falta el incentivo adecuado.

47

Burleson salió al porche con un café en la mano. Tenía la tez colorada.

—Nunca habíamos tenido un problema de seguridad —masculló furioso—. Pero ha venido alguien y se ha llevado un caballo, una silla y unos arreos.

—¿Cuándo? —preguntó Corrie.

—Después de que les diéramos de comer por la mañana. Como es habitual, uno de mis ayudantes sacó a los caballos de los establos para que hicieran ejercicio. Fue a las seis, más o menos cuando empezó a llover y como una hora antes de que viniera Nora a despertarme. A las ocho vi que alguien había cerrado mal la puerta trasera, salí y me di cuenta de que faltaba Blaze. Y no solo eso. Se han llevado mi Springfield 30-06, que estaba colgado encima de la chimenea de la cabaña. Putos desvergonzados.

Corrie miró a Nora y después a Burleson.

—Blaze era el caballo que montaba el doctor Benton, ¿verdad?

—Correcto. ¿Cree que ha sido Clive?

—Sí —confirmó Corrie.

—Pero ¿por qué? Le habría prestado a Blaze cuando mejorara el tiempo. ¿Por qué iba a robar un caballo que podía tener gratis?

—Porque no quería que nadie supiera lo que estaba haciendo —respondió Corrie—. ¿Y el arma? ¿Se llevó munición?

—No tengo munición suelta y el arma estaba descargada. —Burleson negó con la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¿De verdad cree que Clive me ha robado el caballo? ¿Para qué? ¿Para subir al yacimiento?

Corrie asintió.

—Yo también tengo que ir. Espero que pueda prescindir de otro caballo.

—Ya le he dicho a Nora que mis caballos no pueden salir con este…

—Ya ha salido uno. Lo traeré de vuelta. No me obligue a requisarle a Sierra.

Burleson maldijo entre dientes.

—Si se pone así, tengo un vaquero excelente que…

—Nada de vaqueros —interrumpió Corrie. No podía implicar a civiles en aquello.

—No puede subir sola. No es usted jinete y solo tiene un arma pequeña. La acompañaré.

—No.

—Iré yo —terció Nora.

Corrie se volvió hacia ella.

—Discúlpenos un momento —le dijo a Burleson.

La agente se llevó a Nora al fondo del porche y bajó la voz.

—No puede venir conmigo. De esto tiene que ocuparse la policía.

—Es mi yacimiento. Ir sola es una locura. Ya está lloviendo, y mire cómo se ha puesto el cielo. Si no me lleva con usted, que al menos la acompañe el sheriff y alguien más.

—No hay tiempo. Tengo que ir ahora.

—¿Por qué? ¿Qué prisa hay?

—Estoy segura de que lo adivinará. Creo que Clive ha ido a recuperar el oro que ya ha encontrado.

Nora se mostró insegura.

—¿Lo cree de verdad?

—Sí, es la única teoría que encaja. No podía encontrarlo él solo, así que la reclutó a usted para que localizara el Campamento perdido. En cuanto lo descubrieron, empezó a buscar el oro y lo encontró. Y ahora que el campamento ha sido clausurado, es su oportunidad de recuperarlo. —Respiró hondo—. Si lo atrapo con el oro, será un caso cerrado. De lo contrario, todo serán especulaciones.

—¿Y el nuevo agente del FBI al que mencionó? Espere y vaya con él.

—Clive ha salido hace unas dos horas. Cuando llegue el agente Chen podría ser demasiado tarde.

—Razón de más para que la acompañe. No puede ir sola.

—Olvídelo. Es usted civil.

—También soy una jinete experta y usted no tiene ni puta idea.

—Me está haciendo perder el tiempo con esta discusión —le espetó Corrie acaloradamente, y se volvió hacia Burleson—. Prepare a Sierra. Me voy ahora mismo.

—Prepare también a Stormy —ordenó Nora.

Burleson se quedó quieto un momento y le dijo a Corrie con firmeza:

—Voy a ensillar dos caballos, uno para usted y otro para Nora. Y les traeré ropa impermeable. Esa es mi decisión, las dos o ninguna. Me da igual que sea policía.

Cuando enfilaron el camino, el cielo gris se oscureció y parecía más el anochecer que el alba. Hasta el momento, la lluvia era relativamente ligera, aunque hacía un frío espantoso. Por suerte, Burleson les había facilitado chaquetas y pantalones impermeables. Corrie iba detrás de Nora, agarrando el cuerno de la silla con una mano y sintiéndose como si estuvieran golpeándola con un martillo neumático.

Corrie llevaba la Glock y un cargador adicional, pero Clive iba armado con un Springfield 30-06. No sabía si había conseguido munición, pero debía dar por hecho que sí. En caso de enfrentamiento, su arma de mano —con una precisión de unos quince metros— no sería rival para el rifle.

Obviamente, todo dependía de si su teoría sobre Clive y el oro era acertada. Volvió a preguntarse si estaba sacando conclusiones precipitadas, pero la marcha repentina del historiador, el estado de su habitación y, sobre todo, el robo del caballo le parecían motivos para sospechar.

¿Qué diría Morwood de todo aquello? No había podido contactar con él por teléfono. Y quizá tendría que haber esperado a Chen. No debería haberse llevado a Nora. Tendría que haber avisado al sheriff y su ayudante.

Pero quién sabía cuándo llegaría Chen con ese tiempo, y sacar al sheriff de su cómodo agujero le habría llevado como mínimo una hora.

Además, no sabía si sería un refuerzo eficaz. Sin embargo, debía reconocer que Nora era resolutiva, inteligente y dura.

Al cabo de un rato, el camino se puso resbaladizo y distinguió en el barro los cascos del caballo de Clive. Habían avanzado rápido y, a pesar de la ventaja que les llevaba, no le iban muy a la zaga, al menos a juzgar por lo recientes que eran las huellas. Cuando se desviaron del camino marcado y subieron por Hackberry Creek, vio que Blaze había dejado huellas en la hierba y la pinaza.

—Nora, espera un momento.

La arqueóloga detuvo el caballo y lo hizo girar.

—Ese 30-06 es un rifle de caza con un alcance de mil metros. Si Benton es el asesino, sería un suicidio enfrentarse a él.

—Yo estaba pensando lo mismo, pero no puedo creerme que sea un ladrón y un asesino. ¿Hasta qué punto está convencida? No podemos cometer ningún error que acabe en tragedia.

Tenía razón, y Corrie respondió con prudencia.

—No estoy segura, pero Benton se trae algo entre manos y tenemos que averiguar qué es. Y robó un arma, lo cual indica que está dispuesto a usarla.

—Entonces, lo que deberíamos hacer es encontrar una manera de observarlo desde lejos antes de decidir cómo respondemos —propuso Nora.

—Tiene lógica. ¿Alguna idea?

—Sí. —Nora sacó el GPS portátil del bolsillo, esperó a que conectara con los satélites y consultó la pequeña pantalla—. Podemos ir hasta Sugarpine Creek y subir el risco que lo separa de Poker Canyon. Una vez arriba, deberíamos poder divisar el valle.

—¿Se puede ir a caballo?

—Seguramente podamos subir la mitad de la cresta, pero la última parte tendremos que recorrerla a pie.

Corrie asintió.

—Vamos.

Subieron desde Hackberry Creek y Sugarpine y entraron en el desfiladero. Nora iba delante. Tuvieron que cruzar varias veces el

riachuelo burbujeante. Seguía lloviendo, y el cielo se oscureció hasta adquirir un tono férreo. El viento soplaba aún con más fuerza y las copas de los pinos se ladeaban y despedían un fuerte olor a resina.

El riachuelo las condujo hasta una hondonada cubierta de prados que se elevaban hacia una serie de crestas de granito. Estaban cerca de la línea arbórea, y los pocos árboles que las rodeaban eran pequeños y estaban retorcidos a causa del fuerte viento y el clima.

Ataron los caballos y echaron a andar por una pendiente cada vez más pronunciada, hasta convertirse en una maraña de peñascos salpicados de liquen. Cerca de la cima, se agacharon para llegar a la cresta y miraron hacia abajo.

«Bingo», pensó Corrie. Era un puesto de vigilancia perfecto.

Unos cuatrocientos metros más abajo vio el extenso prado en el que se encontraba el yacimiento. La tienda de trabajo era un rectángulo blanco situado junto a la zona de excavación, tapada con las lonas de color azul chillón. El camino que había abierto la expedición durante semanas de trabajo serpenteaba por el prado y se adentraba en la arboleda para reaparecer en el campamento ochocientos metros más abajo. Todo parecía estar exactamente como lo habían dejado la víspera, aunque mucho más mojado. Corrie sacó los prismáticos y examinó la zona. No había rastro de Clive, ni en el campamento ni en la excavación. ¿Se habría llevado ya el oro?

Pero entonces vio a Blaze atado a un árbol unos cuatrocientos metros por encima del yacimiento. Luego detectó movimientos y vio a Clive a los pies de la montaña. Estaba trabajando con ahínco, pero al principio no pudo distinguir qué hacía exactamente. Lo vio coger un par de piedras y llevarlas a la base de la montaña, donde las introdujo en una pequeña cavidad situada al nivel del suelo para tapar la entrada.

—Lo veo —dijo, y le ofreció los prismáticos a Nora.

—Está escondiendo algo.

—Eso he pensado —convino Corrie entusiasmada—. Está escondiendo el oro. O, mejor dicho, trasladando a un lugar más seguro el oro que ya estaba escondido. Mi búsqueda de cuarenta y ocho horas debió de asustarlo.

—Está en la zona roja —añadió Nora—. Es la parte de las montañas donde no nos hemos atrevido a buscar por esa cornisa enorme de ahí arriba.

Corrie desvió la mirada hacia la cima. La cornisa seguía allí, colgando amenazadora entre ventisqueros.

—Tiene lógica. Sabe que justo ahí no buscará nadie. Páseme los prismáticos.

Corrie vio al historiador mover las piedras y tapar hábilmente la cavidad. Entonces, la agente hizo unas fotos de la escena con la cámara que le había facilitado el FBI.

—Estoy segura de que planea volver a buscarlo cuando la cornisa se haya caído. Se inventará alguna excusa por lo del caballo y el rifle y vendrá cuando las cosas se hayan calmado, probablemente en verano.

Corrie siguió observando a Clive mientras colocaba piedras en el agujero de modo que parecieran una configuración natural. Después, el historiador cogió pinaza y hojas y las esparció por la zona.

—De acuerdo, agente Swanson. ¿Cuál es el plan? —preguntó Nora.

—No podemos enfrentarnos a un hombre armado con un rifle, pero no es necesario. Ahora ya sabemos dónde está el oro. Cuando Clive se vaya podemos recuperarlo. Lo que acabamos de ver puede utilizarse en un juicio. Es mejor que no haya un enfrentamiento.

—Eso significa entrar en la zona de avalancha.

—Esa nieve lleva semanas ahí —respondió Corrie—. No ha disuadido a Clive y no se caerá en los pocos minutos que tardemos en sacar las piedras y coger el oro.

—Clive escapará.

—Una de las primeras cosas que aprendes en la academia es que las pruebas son la clave. Si consigues las pruebas, tendrás al autor del delito. La prueba que necesitamos está justo debajo de esas piedras.

Volvió a observar a Clive con los prismáticos. Ahora estaba borrando con una rama las huellas que había dejado en la hierba. Después caminó hacia atrás, desató a Blaze y se lo llevó. Cuando se encontraba a una distancia segura, montó e inició el descenso por el desfiladero. Corrie lo siguió con los prismáticos mientras pasaba cuidadosamente

junto al yacimiento y enfilaba el sendero. Momentos después había desaparecido en el bosque.

Esperaron quince minutos para cerciorarse de que se había ido y bajaron hacia el desfiladero. La pendiente era abrupta y la resbaladiza pinaza y el barro dificultaban el descenso. El rumor de un trueno rebotó en las montañas, y el fuerte viento aplastaba la hierba. La lluvia era cada vez más intensa.

Una vez en el prado, solo tardaron unos minutos en llegar al lugar donde Clive había escondido el oro.

—Déjeme hacer unas fotos primero —pidió Corrie con la cámara en la mano. Tras captar varias imágenes desde un par de ángulos, la guardó—. De acuerdo. Vamos a sacar esas piedras.

Por fin había llegado el momento de demostrar que sus sospechas eran fundadas. Con el corazón a mil por hora y conteniendo una sonrisa de alivio y orgullo, Corrie se arrodilló junto a Nora y empezó a destapar la cavidad.

De repente oyó un disparo lejano.

—¡Agáchese! —gritó, e instintivamente agarró a Nora y la tiró al suelo.

Ambas se tumbaron en la hierba mientras el eco de unos disparos espaciados rebotaba en las paredes del desfiladero. Era imposible saber de dónde provenían, pero sonaban lejanos y, curiosamente, no parecían ir dirigidos a ellas. Hubo una pausa, y luego se oyeron otros cinco disparos a intervalos regulares, como si fueran unas prácticas de tiro.

—No va a por nosotras —dijo Corrie—. Esos disparos suenan demasiado lejos. Además, es imposible que nos vea desde allí abajo.

—Entonces ¿a qué coño le está disparando? —preguntó Nora.

Mientras hablaba, Corrie oyó un sonido que recordaba a un trueno, seguido de una vibración y un viento cada vez más intenso. Y fue entonces cuando supo a qué le estaba disparando Clive.

48

La enorme cornisa de nieve se precipitó desde lo alto de las montañas a gran velocidad. Nora echó a correr a la vez que Corrie, pero era demasiado tarde. La avalancha la alcanzó por detrás, mojada, fría y aterradoramente pesada, la derribó y empezó a voltearla sin parar. De repente se vio atrapada en una furia como nunca había conocido: vapuleada, golpeada, impotente e incapaz de respirar. Recordaba haber oído que si se veía atrapada en una avalancha debía intentar nadar hacia arriba. Pero ¿qué dirección era hacia arriba? La violencia repentina la había dejado desorientada y medio aplastada. Entonces empezó a mover las extremidades, pero tenía la sensación de estar hundiéndose aún más en su gélida tumba.

De repente, el feroz movimiento cesó. Todo su cuerpo se hallaba inmovilizado. Tenía las orejas llenas de nieve y el sonido quedó reducido a un susurro. Por un momento, Nora permaneció allí, aturdida. Entonces abrió los ojos y solo vio un borrón gris. Intentó respirar, pero se le llenó la boca de nieve derretida y se puso a toser. Entonces trató de gritar, pero no le quedaba aire en los pulmones y solo acertó a emitir un gemido distante. La invadió el pánico, el terror de haber quedado enterrada en vida. El corazón le latía cada vez más rápido.

Frenéticamente, intentó mover las extremidades hasta que se dio cuenta de que había conseguido liberar un brazo. Debía de sobresalir por encima de la nieve, de modo que ya sabía cuál era el camino hacia arriba. Hundió la mano en la masa helada y, a pesar de que le faltaba el aire, empezó a sacar nieve. Justo cuando pensaba que iba a perder el conocimiento, con los pulmones ardiéndole, pudo quitarse la nieve y el hielo de la boca y respirar hondo.

Hizo una pausa para descansar, inhalando el delicioso aire y recuperando fuerzas mientras los destellos desaparecían de sus ojos y remitía el dolor en el pecho. Al cabo de un minuto o dos empezó a mover lentamente los brazos y las piernas para ver si tenía algo roto. Se sentía como si estuviera cubierta de moratones, pero por lo demás parecía ilesa. Entonces empezó a cavar de nuevo, despejando la zona de alrededor de la cara y retorciéndose para intentar zafarse de la pesada tumba blanca que la aprisionaba. La nieve era densa y fue una labor extraordinariamente difícil, pero en cinco minutos consiguió liberar el torso y salir a la superficie.

—¡Corrie! —gritó, mirando a su alrededor—. ¡Corrie!

La avalancha cubría al menos un tercio del valle, y había peñascos de nieve mezclados con ramas y escombros. No veía a la agente del FBI por ninguna parte.

—¡Corrie! —gritó de nuevo, tosiendo mientras se ponía de pie.

Empezó a vadear la nieve, pero se hundía a cada paso. Llamó a Corrie y buscó algún indicio, cualquier cosa —una mano, un pie, una prenda de ropa— que le dijera dónde estaba. Pero en la base de las montañas no había más que un vasto y grumoso campo de nieve que se extendía y dispersaba a medida que avanzaba hacia el centro del valle.

Necesitaba una sonda, así que buscó un palo entre los escombros y empezó a hundirlo en la nieve.

—¡Corrie! ¡Corrie!

El palo se quedaba clavado continuamente y no tardó en romperse, así que lo lanzó maldiciendo y buscó otro.

—Qué valiente —dijo una voz.

Cuando se dio la vuelta, vio a Clive apuntándola con el rifle.

—¡Has sido tú! —gritó—. ¡Has tirado la cornisa a propósito!

Clive asintió.

—Sabía que me estabais siguiendo y os tendí una trampa. Es una lástima que no os haya cazado a las dos. Ahora, bájate de esa montaña de nieve.

—¡Pero Corrie está…!

—Muerta, por supuesto. ¿Cuánto lleva ahí? ¿Diez minutos? Se habrá

ahogado hace cinco o seis.

—Cabrón.

Clive levantó el arma y disparó por encima de la cabeza de Nora.

—O te callas o te mato aquí mismo.

Después bajó el cañón y volvió a apuntar hacia ella.

Nora se quedó callada.

—Ahora ven aquí y haz lo que yo te diga.

La arqueóloga cruzó la nieve y llegó a terreno firme. Era horrible pensar en lo que debió de sufrir Corrie. No había logrado escapar de aquella blancura horrible y asfixiante. Sus pensamientos se agolpaban y apenas podía procesar la conmoción y la tragedia de los últimos minutos.

Pero Corrie tenía razón. La tuvo desde el principio. Fue Clive, que llevaba una caja azul atada a la mochila.

—Conque solo querías el oro —dijo Nora amargamente.

Clive se echó a reír.

—¡Ah, el oro! —Ladeó la cabeza hacia la caja—. ¿Sabes qué? El oro me importa una mierda. De hecho, cuando todo el mundo se enteró de que existía, mi trabajo se volvió diez veces más difícil: Maggie con sus orejas biónicas y la gente buscando de noche. Gente como Wiggett. No me puedo creer lo rápido que encontrasteis su cadáver. A lo mejor es verdad que os estaba ayudando un puto fantasma. Pero, al final, el oro me fue útil. Os trajo hasta aquí. Os creísteis la misma historia que vuestro amigo muerto. —Dio una sacudida al cañón del rifle—. Ya basta de cháchara. Camina.

—¿Adónde?

—Al yacimiento.

Iba a matarla. Lo sabía. ¿Por qué no lo había hecho ya? Supuestamente debía morir en la avalancha, igual que Corrie. Dispararle podía plantear demasiados interrogantes y dejar pruebas. Supuso que lo haría de otra manera; haría que pareciese un accidente. Nora intentó desterrar la sensación de miedo y pensar en cómo huir de él. Puso la mente en blanco.

Justo entonces vio un movimiento, y segundos después aparecieron

al otro lado del prado un caballo y un jinete que se dirigían hacia ellos entre las sombras de los árboles. A Nora le dio un vuelco el corazón. ¿Era Burleson? Por supuesto. Había ido a cerciorarse de que todos estaban bien. Era muy propio de él.

—¡Cuidado! —gritó Nora—. ¡Va armado!

Clive negó con la cabeza.

—Pobre idiota —musitó, sin mostrar preocupación alguna por la figura que seguía acercándose entre las sombras. Esperó sin dejar de apuntar a Nora con el rifle.

El viento había arreciado, los árboles se balanceaban de un lado a otro y la lluvia caía con fuerza. Nora estaba temblando sin control y empezó a sentir mareos y un calor inexplicable. Hipotermia. A lo mejor su plan era así de simple: dejarla morir de frío.

Cuando la figura montada a caballo apareció en el claro, Nora comprobó asombrada que era la doctora Fugit.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Fugit a Clive, señalando a Nora con la cabeza.

—¡Doctora Fugit! —gritó Nora, que no entendía nada—. ¿Qué está pasando?

Clive la apuntó con el arma.

—Cierra la puta boca.

Fugit detuvo el caballo y dedicó a Nora una fría sonrisa.

—Es una arqueóloga espléndida, Nora, pero cuando se trata de entender cómo funciona el mundo, es una pobre idiota, tal como acaba de decirle Clive. Lo siento por usted.

Fugit sacó un revólver de una funda que llevaba debajo del brazo y apuntó a Nora. A pesar de tener la sensación de estar soñando, la arqueóloga vio que llevaba guantes de nitrilo.

—Se suponía que debía ocuparse usted de esto —dijo la doctora Fugit a Clive.

—Tuvo suerte y consiguió salir. Pero la agente del FBI está muerta.

—Bueno, deje de alardear y deme la caja. Y baje el arma. Ya me ocupo yo de Nora, pero tenga cuidado.

Clive bajó el rifle, se quitó la mochila, desató la caja y se la tendió

cuidadosamente a Fugit. Montada aún en el caballo, se metió el revólver debajo del brazo y abrió la caja, observó el contenido unos instantes y volvió a cerrarla. Después la guardó en una alforja y apuntó de nuevo a Nora.

—¿Se la va a cargar? —preguntó Clive—. Pensaba tirarla al lago y hacer que pareciera un accidente, igual que con Wiggett.

—Un accidente. Ahí la cagó pero bien. Ya me encargo yo de ella, no se preocupe.

—Dijeron que iba a hacer usted la transferencia. ¿Ya la ha hecho?

—No sufra, doctor Benton. Cobrará. Es más, puedo hacerlo ahora mismo.

El revólver dejó de apuntar a Nora y se desvió hacia Clive. Entonces se oyó un disparo y la cabeza del historiador retrocedió súbitamente. El resto de su cuerpo se quedó quieto un momento y luego cayó hacia atrás con un ruido sordo. Clive yacía bajo la lluvia totalmente inmóvil, a excepción de un dedo que dio varias sacudidas.

—Menudo imbécil —murmuró Fugit, que apuntó a Nora y abrió fuego.

49

Los dos disparos no fueron simultáneos. El primero llegó inesperadamente desde atrás y desequilibró lo suficiente a Fugit como para que soltara el arma y su bala se desviara. El otro la alcanzó por encima del cuerno de la silla de montar. Aterrado, el caballo se encabritó y lanzó el cuerpo de Fugit hacia arriba y hacia un lado antes de que impactara en el suelo. Sin embargo, la directora del instituto seguía viva y empezó a gritar, tirándose de la ropa de manera horripilante, como si intentara encontrar una herida.

Nora volvió la cabeza y vio a Corrie empuñando la Glock. Estaba ensangrentada y empapada, y fue tambaleándose hacia el montón de escombros que había provocado la avalancha. Entonces cayó de rodillas, todavía con la pistola en la mano, y trató de levantarse.

Nora corrió hacia ella y la cogió antes de que se desplomara.

—Ayúdenme —pidió Fugit con voz débil.

Nora la ignoró y se inclinó sobre Corrie.

—Está herida —dijo.

—Estoy viva —respondió la agente.

—¿Cómo…?

—Una bolsa de aire y espacio suficiente para salir. Gracias a usted.

—La daba por muerta.

—Si no me hubiera cogido de la mano y hubiera tirado de mí, lo estaría.

Nora la miró fijamente.

—Yo no la cogí de la mano.

—Pues claro que sí. Me estaba quedando inconsciente cuando sentí su mano…

Corrie empezó a parpadear y a perder el conocimiento por

momentos. Nora no dijo nada. Obviamente, eran alucinaciones por falta de oxígeno.

—Ayúdenme, por favor —repitió la patética voz de Fugit.

Nora se acercó a ella. La directora estaba tumbada boca arriba y tenía sangre en el hombro. Le desabrochó rápidamente la camisa y vio un horrible orificio de salida en la parte delantera. Temblando, se arrancó un trozo de camisa, hizo una bola con él y se lo dio a Fugit.

—Ejerza presión con esto.

Fugit lo cogió.

—Tengo frío —dijo.

A Nora le castañeaban los dientes.

—Todas tenemos frío. No deje de presionar.

Después volvió hacia Corrie, se arrodilló y le cogió la mano. La agente abrió de nuevo los ojos.

—Nora…

—¿Sí?

—Vaya a ver qué hay en esa caja azul.

Nora se dio la vuelta. El caballo de Fugit se encontraba a cincuenta metros, todavía asustado y dando sacudidas. En la alforja izquierda asomaba una esquina de la caja.

—Eso puede esperar. Tengo que protegerla de la lluvia.

Corrie le apretó la mano.

—Por favor, vaya a ver qué contiene la caja.

Nora se dio cuenta de que no dejaría de insistir, así que se levantó y fue hacia el caballo con los brazos extendidos para intentar calmarlo. El animal retrocedió unos pasos hasta que Nora pudo agarrar las riendas y acariciarle el cuello.

La arqueóloga cogió las alforjas y se las echó al hombro. Después ató al caballo y volvió con Corrie, que se había incorporado.

La agente asintió para indicarle que la abriera.

Nora sacó la caja azul de la alforja y se la dio a Corrie, que levantó la tapa. En su rostro se dibujó una tenue sonrisa mientras contemplaba lo que había dentro.

—Lo sabía.

—¿Qué?

—Es el cráneo de Parkin.

Corrie le tendió la caja a Nora, que miró dentro.

—¿Cómo va a valer esto más que el oro?

—Esa —dijo Corrie— es la pregunta de los veinte millones de dólares.

50

Nora sostuvo con fuerza a Corrie bajo la lluvia e intentó buscar soluciones.

—Tengo mucho frío —dijo la agente, que estaba temblando como una hoja.

—Tenemos que cobijarnos. ¿Puede levantarse?

Nora le pasó los brazos por debajo de las axilas e intentó ayudarla a ponerse de pie. Corrie empezó a gritar y, arrodillada, se agarró el brazo izquierdo.

—Creo que me lo he roto —gruñó entre jadeos.

—Sosténgalo con el brazo bueno —respondió Nora—. La tienda está a solo cien metros.

Ayudó a Corrie a levantarse, cogiéndola de los hombros e intentando evitar el brazo fracturado. Corrie logró mantenerse de pie y llegaron a la tienda con gran esfuerzo. Por desgracia, no había mantas ni sacos de dormir, tan solo lonas, que Nora utilizó para tapar a Corrie. Después rebuscó en la caja de material y sacó un hornillo, unas bolsas de té, azúcar y cacao.

—Será mejor que traiga a Fugit —sugirió Corrie.

—Que le den a Fugit —bufó Nora, que montó el hornillo, lo encendió y vertió agua en un cazo.

El viento sacudía la tienda de campaña y la lluvia caía con un ruido casi ensordecedor.

Corrie negó con la cabeza.

—No, es un testigo clave. No podemos dejarla morir.

—Primero voy a preparar cacao. Las dos tenemos hipotermia.

Nora echó cacao en el agua y lo removió. Cuando empezó a hervir, sirvió dos tazas y le puso una a Corrie en la mano.

—Gracias.

Nora la ayudó a llevarse la taza a los labios. Entre trago y trago, Nora bebía de la suya, notando el calor que le bajaba por la garganta. El efecto fue increíble y recuperó de inmediato la fuerza y la agudeza mental.

Nora sacó el botiquín de primeros auxilios, le dio dos ibuprofenos a Corrie y ella se tomó otros dos. Cuando la agente se terminó el cacao, Nora sirvió dos tazas más.

—Déjeme ver el brazo —le dijo.

Corrie sacó el brazo izquierdo de debajo de la lona con un gesto de dolor. Después, Nora cogió unas tijeras del botiquín y le cortó cuidadosamente la manga. La agente tenía el antebrazo torcido y ya se apreciaba un moratón enorme. Era una fractura grande, pero al menos no era compuesta.

—Eso tiene que doler —supuso Nora.

—Ni se imagina —respondió Corrie, ahora con una voz más enérgica —. Si no ayuda a Fugit, morirá.

Nora asintió.

—Voy a buscarla.

A pesar de que ya estaba empapada, se puso un impermeable. Al salir de la tienda, el viento y la lluvia le golpearon la piel. Se agachó para hacer frente a la tempestad y se dirigió hacia Fugit, que yacía boca abajo. La directora tenía los ojos cerrados y había un charco de sangre diluido debajo de ella. Parecía muerta.

Nora se arrodilló y le puso el dedo en el cuello. Aún había pulso.

—Voy a llevarla a la tienda.

Fugit gimió.

¿Cómo iba a hacerlo? Tenía el hombro destrozado.

Mientras sopesaba el problema, Fugit se quejó de nuevo y volvió la cabeza hacia Nora, que no sabía si la mujer estaba realmente consciente.

—Voy a tener que arrastrarla por los pies —dijo Nora.

La agarró de las botas y empezó a tirar. La hierba estaba mojada, lo que facilitaba el deslizamiento del cuerpo. Tiró, descansó y tiró de

nuevo, avanzando unos metros cada vez. Fugit no emitía ningún sonido. Al parecer, había perdido la consciencia.

Con un último esfuerzo, Nora la metió en la tienda y la dejó encima de una lona. Ahora podía examinar más de cerca la herida, así que le cortó el impermeable, el abrigo, la camisa y la tira del sujetador para dejar la zona a la vista. Una bala solo la había rozado, pero la otra había entrado por la parte trasera del hombro, había salido por delante y se había expandido en el interior. La herida tenía mal aspecto, pero ya no sangraba profusamente, y el agua la había limpiado.

Cogió el botiquín, puso crema antibiótica en un disco de algodón, presionó con suavidad la herida y lo sujetó con una venda. Cuando hubo terminado, cubrió a Fugit con lonas de plástico y volvió con Corrie.

—¿Cómo está? —preguntó.

La agente intentó sonreír.

—Mejor —le aseguró, y miró a Fugit—. Necesitamos un helicóptero medicalizado. ¿Dónde está el teléfono vía satélite?

—En el campamento.

Corrie dudó.

—Detesto tener que pedirle…

—Iré a hacer la llamada. Usted vigile a Fugit por si revive.

Corrie sacó el brazo bueno de debajo de la lona y Nora vio que llevaba la Glock en la mano.

—Siento no poder acompañarla, pero no quiero que muera.

—Yo tampoco. Tiene que responder a muchas preguntas. —Nora se levantó—. Volveré.

Después de pedirle el número a Corrie, volvió a salir y fue tambaleándose hacia el caballo de Fugit. El animal tenía muy mal aspecto; estaba empapado y soltaba vaho. Nora lo ensilló y salió a toda prisa.

Bajo el aguacero, el campamento vacío parecía desvencijado. Ató al caballo y corrió a la tienda de material; buscó el teléfono y marcó el número que le había facilitado Corrie.

El agente Morwood respondió en el acto.

—¿Swanson?

—Nora Kelly. Es una emergencia. Estoy en el campamento con la agente Swanson…

—¿En el campamento con esta tormenta?

—Es una larga historia. Corrie está herida. Se ha roto un brazo. Ha habido un tiroteo. Clive Benton está muerto y la doctora Fugit ha recibido un disparo y está herida de gravedad. Necesitaremos un helicóptero medicalizado.

—¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Puedo hablar con ella?

—No está aquí y hay demasiado que explicar. Envíen a los servicios médicos al yacimiento.

—De acuerdo, estoy en ello. Quédese al lado del teléfono.

Nora colgó, cogió una mochila del almacén, guardó el teléfono dentro, ató dos sacos de dormir y salió de nuevo bajo la tormenta.

Diez minutos después llegó al yacimiento temblando. Ató al caballo delante de la tienda y cogió los sacos de dormir. Tapó a Fugit con uno de ellos y el otro se lo llevó a Corrie.

—¿Puede quitarse la ropa mojada y meterse aquí? —preguntó Nora —. Estará mucho más caliente.

—Creo que sí.

Nora la ayudó a quitarse la ropa empapada y a meterse desnuda en el saco de dormir. Le sorprendieron los moratones que le cubrían el cuerpo. Debió de hacérselos durante la avalancha. Probablemente ella tenía el mismo aspecto.

—¿Qué ha dicho Morwood? —preguntó Corrie mientras se subía el saco hasta la barbilla.

—Ha llamado a los servicios médicos.

Nora asintió, todavía temblando.

En ese momento sonó el teléfono y activó el altavoz.

—Agente Swanson, ¿está ahí?

—Aquí estoy.

—Dígame qué lesiones presenta.

—Un brazo roto y unos cuantos moratones. Me pondré bien, pero Fugit morirá si no la evacúan pronto.

—Estoy trabajando en ello. Es muy complicado despegar con esta tormenta, pero van de camino un helicóptero de búsqueda y otro de rescate. Tardarán noventa minutos desde Sacramento. ¿Resistirán?

—Nora y yo sí. Fugit no lo sé. Y, señor, habría que poner a Fugit bajo arresto.

—¿Qué ha hecho?

—Asesinato e intento de asesinato.

—Dios mío. Enviaré a un agente federal con el helicóptero.

—Gracias.

Hubo una pausa.

—Corrie —dijo Morwood—, ¿de qué va todo esto?

Corrie pareció dudar.

—Es por Parkin, señor. El cráneo de Parkin. Aparte de eso, no tengo ni idea.

51

Después de la llamada, Nora preparó té caliente y puso un extra de leche en polvo y azúcar.

—Más ibuprofeno —pidió Corrie.

—Ya le he dado…

—Démelo.

Nora sacó otro comprimido del frasco y Corrie lo engulló con un trago de té. La tormenta y la lluvia racheada sacudían la tienda de campaña.

Fugit soltó un gemido. Parecía estar volviendo en sí. Nora observó las vendas y vio que estaban empapadas de sangre. En lugar de quitárselas, añadió otra capa y ejerció presión.

—¿Por qué es más valioso el cráneo de Parkin que un cargamento de oro? —preguntó Corrie tras un largo silencio.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde.

La agente hizo un gesto de dolor.

—Quiero preocuparme ahora.

—¿Por qué?

—Es importante para mí. Tengo la sensación… —Titubeó un instante —. Es como si tuviera toda la información que necesito y debería poder encajarla. No quiero ver a Morwood y tener que decirle: «Lo siento. Han muerto cinco personas y no sé por qué».

Al principio, Nora no respondió. Todo aquello era más extraño de lo que había imaginado. Un cráneo que al parecer valía millones de dólares. ¿Cómo era posible?

—A lo mejor hay un coleccionista chiflado que está dispuesto a pagar una fortuna por un cráneo histórico. Mire lo que pagan algunos por un cromo de béisbol.

Corrie negó con la cabeza.

—Este cráneo no es lo bastante antiguo como para ser raro. No estamos hablando del niño de Taung o el hombre de Cheddar.

—Cierto —reconoció Nora—. A lo mejor alguien quiere el cráneo para identificar el ADN y demostrar una herencia familiar.

Corrie volvió a negar con la cabeza.

—Yo creo que esto es algo más que dinero.

Para Nora, eso parecía lógico.

—Por lo visto, alguien, o alguna organización, ha estado buscando restos de la familia Parkin por todo el mundo, abriendo tumbas e incluso secuestrando, y puede que asesinando, a un Parkin vivo. Clive mató a dos personas por ese cráneo. Fugit ha matado a una y estaba dispuesta a matar otra vez. —Corrie cerró los ojos y volvió a abrirlos al cabo de un momento—. Después de tachar todo lo demás de la lista, lo único que se me ocurre es que sea algún rasgo genético que poseen Parkin y sus descendientes, algo deseable.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé, pero si nos olvidamos de teorías estrambóticas, como un loco aficionado a los cráneos de los Parkin, ¿qué nos queda?

—Nada —reconoció Nora—. Pero la genética es un campo tremendamente amplio. ¿Una mutación que en teoría podría ofrecer resistencia al cáncer o una vida más larga? Obviamente, algo así valdría millones, incluso miles de millones. —Miró la caja de plástico azul que contenía el cráneo—. ¿Encontró alguna conexión como las que había entre los descendientes de los Parkin a los que investigó? ¿Un intelecto extraordinario, una vida larga o resistencia a las enfermedades?

—No, pero nunca investigué nada tan específico. —Corrie miró a Nora—. ¿Y el propio Albert Parkin? ¿Hay algo peculiar en su vida?

—No sabemos gran cosa. Abandonó a su mujer e hijos en Missouri para irse a California. Una flecha le rompió la clavícula durante un ataque indio en Utah, lo cual nos ayudó a identificarlo. Murió de hambre a finales de febrero de 1847 y fue la primera víctima del canibalismo. Sin contar, por supuesto, a Samantha Carville, cuya pierna

fue parcialmente devorada.

Corrie puso cara de disgusto.

—¿Es todo lo que sabemos de Parkin?

—Me temo que sí.

—¿Y qué hicieron con él exactamente?

—Asaron su cráneo boca abajo y sacaron el cerebro cocinado. Supuestamente, el resto fue troceado y cocinado.

El viento agitó la tienda.

—¿Y qué ocurrió con el resto de los miembros del Campamento perdido?

—Siguieron pasando hambre, se volvieron locos, murieron y se los comieron. Igual que a Parkin. Simplemente, él fue el primero. Hubo dos excepciones: uno llegó hasta el campamento de los Donner en Alder Creek y otro fue encontrado por un miembro del equipo de salvamento, pero perdió la cabeza y murió más tarde.

—¿Se volvieron todos locos?

—No es raro. El hambre extrema suele provocar una crisis mental antes de la muerte.

—¿En qué sentido se volvieron locos?

—Boardman, el hombre que huyó del Campamento perdido, contó que su mujer había intentado matarlo y comérselo. Decía que se peleaban y tenían alucinaciones, ese tipo de cosas.

—¿Qué fue de Boardman? —preguntó Corrie.

—Murió de hambre en el campamento de Donner.

—¿Boardman se comió a Parkin?

Nora meditó durante unos segundos.

—Le aseguró a Tamzene Donner que él no había participado del canibalismo. Era predicador y decía que era pecado mortal, o eso escribió ella en su diario.

—Así que, básicamente, tenemos un relato de segunda mano de lo que le dijo Boardman a Tamzene, que después lo anotó.

—Correcto. Aunque el diario de la señora Horne mencionaba la llegada por sorpresa de Boardman al campamento, solo conocemos los detalles por boca de Tamzene. —A Nora la asaltaron las dudas—.

Pero…

Buscó rápidamente en el impermeable y sacó la hoja que se había caído del diario que había encontrado en la habitación de Clive. La desdobló y observó la vieja y desigual caligrafía, las citas de la Biblia y los extraños dibujos intercalados entre las palabras. Parecía una lista de nombres y fechas con información adicional, mayoritariamente en latín:

MORS COMMENTARIUS

En este funesto lugar, tras la ventisca del 23 de octubre de 1846, abandonados por el hombre y olvidados por Dios:

Viuda Morehouse, 50 años; murió de enfermedad de Cupido el 20 de diciembre del 46.

Sam. Carvil, 6 años; murió el 25 de diciembre del 46. «Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios».

Spitzer et Reinhartt non potuerunt incipere
Aug. Spitzer murió el 21 de enero del 47 sin arrepentirse; Joseph Reinhartt, 35 años, confesó su pecado de asesinato antes de expirar el 28 de enero del 47. Ambos fallecidos de hambruna. «De la persona que mate a otra exigiré su vida».

‡ *Nobis maledictum*: ‡

Albert Parkin, 38 años; murió el 20 de febrero del 47.

Coeperunt malis festum
«Destruiré vuestros lugares altos, y derribaré vuestras imágenes, y pondré vuestros cuerpos muertos sobre los cuerpos muertos de vuestros ídolos, y mi alma os abominará».

† Jul. Carvil †, *anthropgs*., 27 años; murió el 23 de febrero
ex insania

† Leander Widnall †, *anthropgs*., 17 años; murió el 24 de febrero
ex insania

† Sra. Jul. Carvil † *anthropgs*., 30 años; murió el 24 de febrero
ex insania

«Apártate del mal y haz el bien, y vivirás para siempre».
25 de febrero de 1847
Presenciado por Asher Boardman
marido de † Edith Boardman †
lamentado y lamentable
***et anthropgs*.**

—¿Es el documento que cogió en la habitación de Clive? —preguntó Corrie.

—Sí, el que se cayó del diario de Tamzene.

—¿Qué es?

—Es una lista de nombres, una especie de almanaque de defunciones del Campamento perdido. Teniendo en cuenta las citas bíblicas y el uso del latín, es posible que la confeccionara el propio Boardman.

—¿Sabe latín?

—Si hubiera hecho tantos cursos de zoología como yo, usted también sabría.

Leyó el documento una y otra vez. Era como un puzle taquigrafiado.

—Continúe —la animó Corrie.

—Dice que la viuda Morehouse fue la primera en morir de «enfermedad de Cupido», un eufemismo para una enfermedad venérea, seguida al poco tiempo de Samantha Carville. Después menciona a los dos asesinos, Spitzer y Reinhardt. Hay una anotación sobre ellos: *non potuerunt incipere*. La traducción aproximada sería «solo pudo empezar».

—Dejó la nota—. ¿Solo pudo empezar qué?

—A comerse a Samantha Carville —respondió Corrie—. ¿Recuerda dónde encontramos el hueso de la pierna que faltaba?

—Dios mío, tiene razón. —Nora empezó a examinar de nuevo el documento—. Entonces, los asesinos murieron en enero de 1847. Boardman escribe que Spitzer no llegó a arrepentirse, pero que Reinhardt confesó el asesinato. Debe de referirse a Wolfinger.

—Siga —dijo Corrie, pero Nora hizo una pausa.

—Después, el tono del documento parece cambiar. Boardman introduce al resto con *nobis maledictum*, «nuestra maldición». Destaca la muerte de Parkin a finales de febrero, y a continuación incluye una lúgubre cita bíblica y algo en latín que significaría «el comienzo del terrible banquete».

—Entonces, el canibalismo empezó en serio tras la muerte de Parkin.

—Y los fallecimientos también empezaron a sucederse con más rapidez —añadió Nora—. Julius Carville. Leander Widnall. Afirma que la mujer de Carville, Julius Carville y Widnall se habían vuelto locos cuando murieron. Los nombres de los tres están rodeados de pequeñas dagas y hay una abreviatura en latín: *anthropgs*. No tengo ni idea de qué significa. —Levantó la cabeza—. La última fecha registrada es el 25 de febrero. Boardman concluye con una mención a su mujer. Ella también tiene dagas alrededor de su nombre y la extraña abreviatura *anthropgs*.

—¿No dice que Boardman huyó del campamento porque su mujer se había vuelto loca, que quería matarlo y comérselo?

—Eso contaba Tamzene en su diario.

Hubo una pausa, durante la cual solo se oía el silbido del viento y la lluvia martilleando la tienda de campaña.

—Entonces, Boardman escribió este almanaque de la muerte tras llegar al otro campamento —siguió Corrie.

—Es la única posibilidad.

Nora miró las breves y crípticas notas que había incluido Clive en los márgenes del documento. Una decía «¡Dagas!» con un círculo alrededor.

—Qué raro —murmuró.

—¿El qué?

—Los nombres anotados con pequeñas dagas. Parece que Clive los consideraba importantes.

Corrie cambió de postura dentro del saco de dormir.

—¿Por qué?

—Los tres —Carville, su mujer y Widnall— tienen la anotación *anthropgs*. Y Boardman también los calificó de *ex insania*, o locos. El nombre de su mujer está rodeado por esas dagas.

—Bueno, a diferencia de los demás, él no la vio morir. Estaba demasiado ocupado huyendo de ella todo el tiempo. Lo más probable es que su mujer también se volviera loca. Creo que es lo que significan esas dagas al lado de los nombres: la gente que sabía que se había vuelto loca.

Corrie se incorporó, hizo un gesto de dolor y volvió a tumbarse.

—Era una portadora —murmuró—. Una María Tifoidea. A lo mejor es lo que buscaba ese grupo desconocido que estaba desenterrando los cuerpos de los Parkin. Querían su cráneo para obtener los microbios de una enfermedad.

Nora negó con la cabeza.

—Los microbios no pasan de una generación a otra. Las enfermedades infecciosas no se contagian genéticamente. Y las enfermedades genéticas no son infecciosas. No puedes contraerlas comiéndote a alguien.

Corrie cerró los ojos.

—Joder, espero que traigan morfina.

Nora consultó su reloj.

—Llegarán en cualquier momento.

La agente permaneció un buen rato con los ojos cerrados.

—Boardman no se volvió loco, y Samantha Carville tampoco. Los dos asesinos que empezaron a comerse su pierna no perdieron la cabeza. Parkin no se volvió loco. Solo los que se comieron su cuerpo. Si no era una enfermedad, ¿qué podría ser?

Era una pregunta aletargada, más retórica que otra cosa, pero

despertó algo en Nora. Volverse loco por comer carne. Había estudiado un caso como ese en la universidad, un caso famoso. Era la historia de la tribu Fore de Nueva Guinea.

—¡Dios mío! —exclamó.

Corrie abrió los ojos por el cambio de tono repentino.

—¿Qué?

—Hay un caso que estudian todos los alumnos de antropología. Había una tribu en Nueva Guinea, los Fore. Hace unos cien años, muchos empezaron a volverse locos y a morir. Hasta la década de 1960, los médicos no descubrieron la causa de la epidemia: el canibalismo ritual. Cuando una persona moría, se la comía la familia como muestra de amor. Los médicos averiguaron que el agente mortal no era una enfermedad corriente, sino un prion.

—¿Un prion?

—Como las vacas locas, o la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob en humanos. Los priones no son microbios, como un virus o un parásito. Ni siquiera están vivos. Son una partícula proteínica con una propiedad muy extraña. Cuando te los comes, los priones se propagan por tu cuerpo y, al entrar en contacto con otras proteínas, estas se convierten en algo mortífero. Los priones atacan sobre todo a las proteínas del cerebro… y la gente se vuelve loca.

—Pero ¿cómo empezó algo así?

—Hacia el año 1900, un miembro de los Fore sufrió una mutación repentina y su cuerpo empezó a producir priones. Se convirtió en el primer portador. Cuando murió y fue devorado, la enfermedad comenzó a propagarse.

Corrie soltó un quejido.

—Entonces ¿piensa que Albert Parkin era como ese hombre de la tribu, un portador mutante?

—Es posible. La ECJ es una enfermedad terrible. No hay vacuna ni cura, y no se pueden matar las proteínas mediante esterilización o desinfectantes. Es inevitablemente mortal. —Nora frunció el ceño—. Pero los priones tardan hasta cincuenta años en matar, y la gente del Campamento perdido murió una semana después de comerse a Parkin.

—A lo mejor Parkin era portador de una forma de la enfermedad que actuaba con una rapidez increíble.

—Puede ser —respondió Nora.

Corrie volvió a incorporarse, ignorando el dolor.

—Piénselo, Nora. Es una enfermedad que mata en cuestión de días, que no tiene vacuna ni cura y es mortal en un cien por cien de los casos. La esterilización no puede acabar con ella. ¿Qué describe eso?

—Algo terrible, demoníaco.

—Es algo más. Describe el arma definitiva.

—Hostia puta.

—Exacto, hostia puta. Un arma biológica que hace que el carbunco, el ébola o la viruela parezcan un resfriado. No es de extrañar que valga más que el oro y que merezca la pena matar por ella, que merezca la pena hacer cualquier esfuerzo. Piense en lo que ocurriría si utilizara como arma el prion y lo dispersara sobre una ciudad con un avión fumigador, o si lo incorporara a una bomba o al suministro de agua…

De repente, Nora oyó un sonido grotesco, un gorjeo de Fugit, que estaba tumbada boca abajo al otro lado de la tienda. El sonido acabó convirtiéndose en una risa grave y desagradable. Fugit tenía los ojos abiertos y estaba mirando a Corrie con un hilo de sangre cayéndole de la boca.

—Así que ha estado escuchando —le dijo Corrie.

Fugit las miró fijamente.

—¿Hemos acertado?

Fugit abrió de nuevo la boca ensangrentada, pero Nora no llegó a descubrir si pensaba explicarse o tan solo emitir otra risotada, porque el aullido de la tormenta se vio ahogado repentinamente por el zumbido de un helicóptero.

52

27 de mayo

Corrie Swanson aparcó su viejo Camry de 2002 frente al 7227 de la calle Noventa y ocho Norte y apagó el motor. Era un día despejado y hacía un calor terrible. El coche solo tardó un minuto en empezar a calentarse como un horno a la máxima potencia. Pero si pensaba quedarse en Albuquerque, sería mejor que fuera acostumbrándose.

Contempló la fachada del edificio de apartamentos que tenía ante ella. Aparte del BMW serie 3 aparcado al final del camino, estaba igual que la última vez que lo vio hacía menos de un mes. Entonces ¿qué había cambiado exactamente?

«Yo», pensó. Era ella quien había cambiado.

El GPS Garmin que había instalado en el salpicadero —su coche era demasiado viejo para llevar esas exquisiteces de serie— seguía activado y consumiendo batería. Cuando lo desconectó del encendedor vio que se encontraba a un kilómetro y medio de Troon North, el famoso campo de golf. Había jugado allí al menos cincuenta veces y recordaba bien el lugar, sobre todo el par cinco número tres, con su brutal *dogleg* y su hierba alta rodeada de cactus. Por supuesto, había sido en una simulación para ordenadores durante su época en Phillips Exeter. Siempre había querido aprender a jugar al golf de verdad, disfrutando de las hermosas vistas y la sensación de libertad. Tal vez encontraría tiempo para hacerlo allí.

Se dio cuenta de que esos recuerdos solo estaban demorando lo inevitable.

Cuando recibió el alta en el hospital, Morwood le había dado unas vacaciones obligatorias que no necesitaba en absoluto. Nora y su

equipo también habían quedado atrapados en una especie de limbo entre la burocracia ocasionada por los tres asesinatos y el escándalo que estalló en el instituto tras la pérdida repentina de Fugit. Estaban esperando a que les permitieran regresar al yacimiento para acabar de recoger los objetos y devolverlo a su estado natural anterior. Pero ese retraso forzado no explicaba aquel viaje que había decidido emprender ese día. ¿Por qué había ido hasta allí? ¿Creía que, como agente del FBI, su deber era atar todos los cabos sueltos? ¿O era otra cosa?

«Ya basta de psicoanálisis. Sal, sube las escaleras y llama al puto timbre».

La demora perdió importancia cuando se abrió la puerta y apareció una figura con un enorme fardo de ropa y se dirigió al BMW. Lo reconoció al instante. Antes de que pudiera verla allí sentada, Corrie se bajó del coche con la torpeza habitual de quien lleva el brazo en cabestrillo, y se acercó. Estaba como la última vez que lo vio —vaqueros raídos, camiseta desteñida—, pero no apreció tatuajes nuevos y un vistazo rápido confirmó que tampoco había más cortes en sus brazos.

El chico frunció el ceño al verla acercarse. No llevaba ropa de trabajo y era obvio que había tardado un poco en reconocerla. Corrie aprovechó ese momento para inspeccionar sus rasgos con más atención: iba bien peinado, incluso afeitado, y no presentaba moratones ni marcas. Bueno, relativamente.

La inquietud que notaba en el pecho durante el trayecto hasta Scottsdale empezó a disiparse.

—Eres esa agente del FBI —dijo—. Agente…

Corrie sabía que no recordaría el nombre.

—Swanson, pero llámame Corrie.

El chico asintió, abrió la puerta del BMW y tiró la ropa dentro. Corrie reparó en que su equipo de música y su colección de discos ya estaban en el asiento trasero, organizados con bastante más cuidado que esa última remesa de pertenencias.

—No hay un verdadero motivo para mi visita —empezó Corrie antes de que él pudiera decir nada—. Se me ocurrió pasarme y ver si tenías

alguna pregunta importante. Ya sabes, es parte del trabajo.

No lo era, pero él no tenía por qué saberlo.

—No tengo preguntas. Ya he oído más de lo que quiero saber.

Días antes, el cuerpo sin cabeza de Rosalie Parkin había sido hallado en una alcantarilla situada a las afueras de Gary, Indiana. Su hermano pequeño había sido descartado como sospechoso, al igual que Damon, el capullo que había estado utilizando a Rosalie como distracción de su matrimonio. Pero Corrie quería ver cómo estaba el chico de todos modos. Si le hubiera ocurrido a ella, habría querido que alguien lo hiciera. Por supuesto, en su caso no lo hizo nadie. Hasta que…

Una camisa se cayó a la acera y el joven la cogió, la tiró de nuevo dentro del coche y cerró la puerta. Después se dio la vuelta.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Corrie.

El chico pensó unos instantes y se encogió de hombros.

—Claro.

Se sentaron en las escaleras del edificio. Parecía lo más sencillo: menos formal y amenazante.

—¿Ese es el coche de tu hermana?

El joven asintió.

—Parece que vas a algún sitio.

—A Tucson.

—¿Sí? ¿Qué hay allí?

—Un par de amigos tienen una casa.

Era una respuesta bastante lógica, pero Corrie prefirió dejarle tiempo para explicarse.

—Les gusta el vinilo, igual que a mí —añadió por fin—. Uno de ellos trabaja en el Museo del Rock del Sudoeste. Me ha conseguido un puesto como investigador.

Corrie lo miró fijamente.

—¿En serio? Eso es genial.

El chico volvió a encogerse de hombros.

—De momento solo media jornada. Ya veremos. —Señaló el cabestrillo—. ¿Qué te ha pasado?

—Me corté afeitándome.

Corrie apartó la mirada y ambos observaron los patios que se extendían al otro lado de la calle, algunos con un césped bien cuidado y otros con roca volcánica de colores.

—Ernest, solo quería decirte que siento lo de tu hermana —dijo, bajando el tono de voz—. Lo siento mucho. Y ya sé que viniendo de mí no significa gran cosa, pero me han dicho que no sufrió.

—Ese policía, Porter, me dijo lo mismo —repuso él, todavía mirando hacia delante. Hubo una pausa—. Pero gracias.

Corrie respiró hondo.

—¿Crees que estarás bien?

La estaba cagando. Quizá había sido mala idea ir allí, pero le pareció lo correcto.

—Supongo —contestó Ernest al cabo de un momento—. Sí, creo que sí. —Otra pausa—. Suena retorcido pero, en cierto modo, su muerte y la conmoción que me provocó fueron un toque de atención. Estaba sumiéndome cada vez más en la autocompasión. Ahora… —Dejó que el pensamiento se diluyera—. Duele de la hostia. Todo el tiempo. Pero al menos tengo ese dolor para seguir adelante. Antes ni siquiera tenía eso.

Corrie asintió. Parecía que había iniciado el ciclo de duelo. Con suerte, lo gestionaría de manera saludable. No había pistas sobre los asesinos de su hermana y Corrie no quería perder el tiempo con especulaciones. De hecho, se dio cuenta de que había actuado por instinto para dar la cara y asegurarse de que el joven estaba bien, y sabía que tenía que irse.

—Te he traído una cosa —dijo Corrie.

—Espero que no sea una citación judicial.

Corrie sonrió mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba un pendrive.

—Cuando iba al instituto, muchos chicos grababan cintas. No es como ahora. Eran recopilatorios de sus canciones favoritas para regalárselos a sus amigos o crear un ambiente determinado. —Le entregó la memoria USB—. Te he hecho uno. En su día teníamos que copiarlo en un CD. Esto es mucho más cómodo.

Ernest le dio la vuelta.

—¿Has hecho esto para mí?

—Claro. ¿Recuerdas el sermón sobre *The Ocean* que te di aquella noche en tu habitación? Pues considéralo el resto del sermón. Mis favoritos del hard rock: Zep, Guns N' Roses, Aerosmith, AC/DC. Disfrútalos. Y cuando lo tengas controlado, házmelo saber y a lo mejor te envío un recopilatorio de mi otra debilidad: el dark ambient.

El joven permaneció en silencio un momento y luego se guardó el pendrive en el bolsillo de la camisa.

—¿Ha conseguido los derechos de todas estas canciones, agente Swanson?

—Es tu palabra contra la mía.

Entonces, Corrie se levantó soltando un gruñido, se acomodó el cabestrillo y volvió al Camry. Luego lo puso en marcha y, con una mano en el volante, ejecutó un giro de ciento ochenta grados.

—¡Eh, Corrie! —oyó gritar a Ernest, y miró por la ventanilla.

El chico se dio una palmada en el bolsillo.

—Gracias.

Corrie sonrió y levantó el pulgar. Después aceleró el débil motor del Camry y puso rumbo a Albuquerque.

EPÍLOGO

Una semana después

En la tienda de trabajo, Nora Kelly retrocedió para examinar el esqueleto que había reensamblado cuidadosamente. Los huesos y fragmentos estaban dispuestos en una bandeja con una tela de terciopelo encima. Después de un exasperante cierre temporal del yacimiento mientras se calmaban las cosas, todo había vuelto a su cauce. Los huesos de la excavación del Campamento perdido iban camino del laboratorio de Santa Fe, excepto el esqueleto de Samantha Carville.

Por primera vez en ciento setenta y cinco años, Samantha Carville volvía a estar entera y el hueso cortado, quemado y mordisqueado de su pierna había regresado con el resto del cuerpo.

Faltaba una cosa antes de que Nora pudiera desmontar la tienda de trabajo, recoger el material que quedaba y dejar el valle del Campamento perdido a los ciervos, los cuervos, la nieve y la lluvia. Utilizando unas largas pinzas de goma, empezó a pasar los huesos de Samantha Carville de la bandeja a un pequeño ataúd que había fabricado. Estaba hecho de madera de pino en bruto, sin adornos ni revestimiento, tal como exigía la religión de la familia de Samantha, de la cual, por lo que sabía, no quedaban descendientes vivos.

—Toc, toc.

Al darse la vuelta, Nora vio a la agente Swanson asomando la cabeza.

—Hola, Corrie. Pasa —le dijo Nora, ya dejando a un lado los formalismos—. Llegas justo a tiempo para el entierro.

Corrie entró con el brazo en cabestrillo.

—Quiero presentarte a una persona muy especial para mí.

Nora levantó la cabeza mientras Corrie apartaba la puerta de la tienda para dejar entrar a un hombre alto, pálido y vestido de negro con unos ojos que brillaban como diamantes entre sus rasgos cincelados. Por un momento, a Nora le pareció estar alucinando. Aquel hombre era la viva imagen del agente especial Pendergast.

Era el agente especial Pendergast.

—Saludos, mi querida Nora —dijo Pendergast, tendiéndole la mano.

Nora se la estrechó.

—Agente Pendergast, ¿qué… qué carajo estás haciendo aquí?

—Un momento —interrumpió Corrie, mirándolos con asombro—. ¿Os conocéis?

Pendergast respondió con una sonrisa pícara.

—Nora y yo trabajamos en varios casos interesantes en Nueva York.

—¡¿Qué?! —exclamó Corrie—. No me dijiste nada. ¡Llevo semanas enviándote información sobre este caso!

—Te pido disculpas. Cuando me enteré de que estabais trabajando juntas por pura casualidad, reconozco que me callé el hecho de que os conocía. No puedo resistirme a un poco de teatralidad —añadió, extendiendo las manos.

Nora intentó recomponerse.

—Siento mi reacción. Me alegro de volver a verte. Pero ¿de qué conoces a Corrie?

—Para mí es un placer ser una especie de mentor para ella, tanto en su vida anterior como ahora en el FBI. Hace unos años me ayudó en un caso inusual en Kansas y trabajamos en otro complicado en Colorado. Fui yo quien la animó a ser una agente de la ley. Qué agradable casualidad que hayáis coincidido las dos en su primer caso.

Nora se echó a reír y negó con la cabeza.

—Eres una caja de sorpresas. Nunca olvidaré la primera vez que visitaste mi despacho en el museo. Casi me da un infarto cuando te colaste de esa manera.

—Discrepo con esa descripción —protestó Pendergast—. Yo nunca me cuelo. Me deslizo. —Se dirigió hacia el ataúd y miró en su interior —. ¿Quién es el querido difunto?

—Son los restos de Samantha Carville, una niña de seis años que murió en el campamento. —Nora respiró hondo—. He decidido enterrarla aquí como es debido.

—¿En serio? —preguntó Corrie—. ¿No mandarás sus restos al laboratorio?

—No. Ya se ha confirmado su identidad, así que no es necesaria una prueba de ADN. Dejar descansar a su espíritu me pareció lo correcto.

—¿Aquí?

—Sí, aquí y ahora.

—¿No habrá sacerdote? —preguntó Corrie.

—Samantha y sus padres eran cuáqueros, que no entierran a sus muertos con ceremonias, música, sacerdotes… ni siquiera una lápida. Solo un ataúd sencillo sepultado en presencia de sus amigos. —Siguió metiendo los huesos y fragmentos uno a uno en el ataúd—. ¿Hay novedades en el caso?

Corrie titubeó.

—Lo siento, es confidencial.

—Por supuesto —respondió Nora arqueando las cejas inquisitivamente.

Corrie esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, pero que no salga de aquí. Fugit intentó salvar el trasero y nos lo explicó todo. Era tal como imaginábamos. Una oscura organización internacional quería utilizar el prion como arma.

—¿Quiénes son?

—La omnipresente y siempre esquiva «oscura organización internacional» —terció Pendergast arqueando las cejas.

Nora no sabía si hablaba en serio o no.

—El FBI no lo sabe, y puede que no lo sepa nunca. La organización borró su rastro con un cuidado increíble y muchos intermediarios. Su alcance y sofisticación indican que detrás hay un gobierno que está buscando posibles armas de destrucción masiva. Al parecer, su investigación se centró en el canibalismo de la expedición Donner y en el interesante hecho de que todos los miembros del Campamento perdido que se comieron a Parkin perdieron la cabeza y presentaban los

típicos síntomas de la enfermedad de prion. Su conclusión fue que Parkin probablemente era un portador genético extremadamente infrecuente de una forma de ECJ de acción rápida. Y así empezó todo.

—Entonces ¿tenían que hacerse con su cráneo?

Corrie asintió.

—Tenían que secuenciar el genoma de Parkin para averiguar cómo se formaba el prion antes de poder emplearlo como arma. Además, necesitaban una muestra de la proteína, que solo se encuentra en el tejido cerebral, para sintetizarla. Así pues, iniciaron un doble ataque: encontrar el Campamento perdido y recuperar el cráneo de Parkin. Y empezaron a desenterrar o incluso a matar a descendientes de Parkin para ver si llevaban el código genético. Esto último no funcionó, pero lo primero sí.

—¿Y cómo encajaba Clive en todo esto?

—Lo contrataron por su experiencia en la historia de la expedición Donner. El hecho de que fuera descendiente de un miembro del convoy fue la guinda del pastel. No lo sabemos a ciencia cierta, pero parece que lo pusieron sobre la pista del diario de Tamzene y le plantearon la posibilidad de un gran descubrimiento que le valdría prestigio y limpiaría el nombre de la familia Breen. Además, le ofrecieron una enorme suma de dinero que probablemente no tenían intención de pagar. Era más fácil matarlo. Cuando Clive supo para quién trabajaba era demasiado tarde, y echarse atrás habría supuesto una muerte segura. Después de dar con el diario de Tamzene el otoño pasado, intentó encontrar el campamento él mismo, pero no lo consiguió. De ahí la hoguera que descubrí. Se dio cuenta de que necesitaba la ayuda de un experto en arqueología y recurrió a ti.

—¿Y por qué participó Fugit?

—Era un seguro de vida. La ficharon cuando empezó a preocuparles que Clive estuviera teniendo dudas. Se había mostrado reacio y fue difícil seducirlo. Pero resulta que Fugit ansiaba el dinero y era moralmente flexible. La convencieron el invierno pasado, mientras se organizaba la expedición. Encontrar los restos de Parkin en el Campamento perdido era la última oportunidad del grupo para obtener

las muestras necesarias de prion y el ADN, así que no querían correr riesgos.

—¿Y el oro? —preguntó Nora.

—No tenía nada que ver con el caso. Era una distracción, pero Wiggett lo estaba buscando en secreto cuando se encontró con Clive en el lago, donde había escondido el cráneo de Parkin hundiéndolo en esa caja hermética. Por eso lo asesinó Clive tras arrebatarle el cráneo a Peel. Clive descubrió a Peel robando los huesos y aprovechó la oportunidad para seguirlo, matarlo y tirar la mayoría de los huesos montaña abajo y quedarse con el cráneo. De ese modo esperaba crear confusión y puede que incluso ocultar la ausencia del cráneo. Era un hombre inteligente, pero volviste a juntar todos los huesos.

Nora negó con la cabeza.

—Todas esas muertes por un motivo tan triste. Y ni siquiera encontramos el oro.

—Estoy segura de que desapareció hace mucho tiempo —dijo Corrie.

—La investigación ha llegado a los más altos niveles del departamento de Seguridad Nacional —les informó Pendergast—. Dudo que me entere algún día del pronunciamiento final. Ahora mismo, los restos de Parkin están custodiados bajo un secretismo excepcional. Pero lo importante es que la carrera profesional de Corrie en el FBI ha empezado con buen pie.

—Algo es algo. —Nora metió el último hueso en el ataúd—. Ayúdame con la tapa.

Ambos colocaron la tapa y Nora la atornilló a unos agujeros realizados previamente.

—Vamos.

Corrie y Nora precedieron al agente Pendergast con el ataúd al hombro, que era bastante ligero. Lo sacaron de la tienda bajo el reluciente sol. Nora los guio por el valle y recorrieron varios cientos de metros hasta el lugar donde había cavado la tumba. Era un emplazamiento espectacular, aunque poco alegre, rodeado de montañas oscuras y flanqueado por esqueletos de árboles muertos.

Bajaron el ataúd utilizando dos cuerdas.

—Ahora, todos diremos unas palabras —propuso Nora—. Así lo hacen los cuáqueros.

Tras unos momentos de silencio, Corrie fue la primera en tomar la palabra:

—No sé quién llevó a Maggie y al resto de nosotros hasta el cuerpo de Wiggett, ni quién me sacó de la nieve, pero si fuiste tú, Samantha, gracias. Descansa en paz, pequeña.

—Tu vida fue corta y tu muerte trágica —dijo Nora después—, pero hallo inspiración en tu valentía y espíritu, tanto en la vida como después. Lo mínimo que podía hacer era lograr que estuvieras entera una vez más. Espero que te reúnas con tu familia en un lugar mejor.

Ambas miraron a Pendergast, que levantó la cabeza y se aclaró la garganta.

—*Samantha Carvilleae ossua heic. Fortuna spondet multa multis, praestat nemini, vive in dies et horas, nam proprium est nihil*.

Corrie se volvió hacia él.

—¿Qué significa eso?

—Aquí yacen los huesos de Samantha Carville. La fortuna hace promesas a muchos y no las cumple con nadie. Vive el día a día, cada hora, pues nada es tuyo para siempre.

—Eso es bastante tétrico —comentó Corrie.

—Es una de las citas preferidas de Constance, mi tutelada. Además, una tumba no es lugar para cumplidos.

Los tres se turnaron para lanzar paladas de tierra, que golpeaba la tapa del ataúd con un sonido hueco. Cuando terminaron, Nora aplanó la zona y colocó de nuevo la hierba que había retirado.

—Nunca te imaginarías que está ahí —comentó Corrie.

—He registrado la localización del GPS por si algún día tenemos que buscarla.

Cuando se alejaban de la tumba, Pendergast murmuró:

—Cuéntame más sobre el oro desaparecido, por favor.

Nora le hizo un rápido resumen sobre Wolfinger, la retirada del oro en el banco, su asesinato, la muerte de los dos criminales en el Campamento perdido y las monedas de oro que habían encontrado ella

y Clive en sus botas.

Pendergast escuchó con atención.

—Es una historia curiosa. ¿Y dónde habéis buscado exactamente?

—Peinamos la parte baja de las montañas, desde la base hasta unos cuatro metros de altura.

—¿Por qué elegisteis esa zona?

—Imaginamos que debieron de esconder el oro antes de desarmar el carromato para fabricar un refugio. Sabemos que la nieve tenía un grosor de dos metros cuando lo desmontaron a mediados de noviembre, así que dedujimos que estaría en las montañas, a entre dos y cuatro metros de altura. En relación con la nieve, dos metros debía de ser el nivel del suelo. Cuatro metros era por si lo habían ocultado lo más alto que podían. Las montañas eran el único lugar donde se podía esconder algo, porque el suelo estaba helado.

Pendergast asintió.

—Todo perfectamente lógico.

—Buscamos en todos los puñeteros huecos a ambos lados del valle, y a menos de dos metros también, por si lo habían enterrado en una grieta por debajo de la línea de la nieve. Ayer incluso busqué en la zona situada debajo de la cornisa que nos cayó encima y le rompió el brazo a Corrie, pero nada.

Pendergast volvió a asentir muy despacio.

—¿Tenéis un registro de grosores de nieve y fechas?

—Sí. Tamzene Donner incluyó una gráfica en su diario.

—¿Cuándo murieron los dos ladrones?

—Spitzer, el 21 de enero, y Reinhardt el 28.

—¿Qué grosor de nieve había el 1 de enero?

—Tendría que consultar el diario. Está en la tienda.

Cuando llegaron, Nora sacó el diario fotocopiado y buscó la página en la que Tamzene había registrado los grosores de la nieve.

—El 5 de enero había cinco metros y medio.

—¿Y el día 15?

—Veamos… Seis y medio.

—¿Y el 28?

—También seis y medio.

—¿Cuál era el grosor máximo?

—A principios de marzo llegó a ocho metros y luego empezó a bajar.

—Sumamente interesante.

—No entiendo qué relevancia tiene la acumulación de nieve posterior. Tuvieron que enterrarlo en noviembre, cuando el grosor era mucho menor.

Pero Pendergast se limitó a salir de la tienda y contemplar las montañas con unos ojos plateados que centelleaban bajo la luz del sol.

—Investigar cada agujero y grieta de ahí arriba sería un ejercicio fútil.

—No me digas —repuso Nora.

—Antes mencionaste que el campamento estaba marcado por el perfil de una anciana que más tarde se cayó. ¿Dónde estaba?

Nora lo señaló.

—¿Ves esa zona de roca más clara en la parte alta del desfiladero? Creemos que la anciana estaba ahí.

Pendergast entornó los ojos para observar el desfiladero.

—¿Tenéis unos prismáticos por casualidad?

—Aquí mismo.

Nora sacó unos prismáticos de la mochila, Pendergast examinó la pared de la montaña y se los devolvió.

—¿Ves esos agujeros por debajo de la roca más clara?

—Sí.

—Cuenta cinco agujeros hacia abajo.

—Hecho —dijo Nora.

—El tesoro está ahí.

Nora bajó los prismáticos.

—¡Pero eso está a más de seis metros de altura!

—Efectivamente.

—¿Y por qué iban a esconderlo ahí?

Corrie resopló.

—Se está cachondeando de nosotras. Subiremos y no encontraremos nada, y él se partirá el culo.

Pendergast se volvió hacia ella.

—Agente Swanson, lo mío no son las bromas fáciles y el humor innoble. Te aseguro que el oro está ahí, o en un agujero situado justo encima o debajo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Te lo explicaré cuando tengamos el tesoro en nuestras manos.

Nora miró a Corrie.

—El material de escalada sigue en la tienda. ¿Quieres asegurarme y subo yo?

—¿Por qué no?

Nora sacó el material y lo llevaron a la base de las montañas. Una vez allí, se puso el arnés y el mosquetón e hizo un nudo en ocho. Corrie también se puso el arnés y se preparó para asegurar a su compañera.

Nora empezó a trepar. No era difícil, ya que la irregularidad del basalto ofrecía numerosos puntos de apoyo. En poco tiempo había llegado al agujero en cuestión. Ancló una pitón y pasó la cuerda mientras Corrie la sostenía desde abajo. Entonces miró dentro.

—¡Dios mío! —A un metro pudo distinguir el perfil opaco de una caja fuerte de hierro—. ¡Está aquí!

—¡Excelente! —exclamó una melodiosa voz desde abajo.

Nora extendió el brazo hacia atrás y sacó una pequeña red de carga de la mochila, se la pasó alrededor del pecho y la arrastró hasta el borde del agujero. Luego montó una polea, la fijó a la pitón, pasó una segunda cuerda por ella y dejó caer al suelo el extremo de la cuerda.

—Eso es para bajar la caja. Que alguien coja el extremo de la cuerda y lo sostenga con fuerza, porque esto debe de pesar al menos veinte kilos.

Pendergast agarró la cuerda y Nora la tensó y sacó la caja, que tuvo que afianzar con la mano para impedir que oscilara.

—Lista para descender.

Pendergast deslizó la cuerda y la caja fue bajando poco a poco. Cuando llegó al suelo, Nora inició el descenso y quitó las pitones.

La caja estaba sobre la hierba, oxidada pero intacta. Llevaba un candado de latón.

—¿Lo rompemos? —preguntó Corrie.

Pendergast se arrodilló. Una mano pálida se deslizó bajo su americana y sacó una pequeña y extraña herramienta con la que hurgó en el candado hasta que se abrió.

A Nora se le aceleró el pulso.

Pendergast abrió la caja. Dentro había varios paquetes envueltos en cuero. Al otro lado de las partes podridas y encogidas se veían relucientes monedas de oro.

El tesoro de Wolfinger.

Nora lo miró fijamente.

—No me lo puedo creer. Ahí arriba hay mil agujeros. Llevamos semanas buscando, y en diez minutos señalas uno y ahí está. ¿Cómo es posible?

Pendergast cerró la puerta de la caja, volvió a poner el candado y se levantó.

—Es por los grosores de la nieve. Sin duda, acertasteis al suponer que Spitzer y Reinhardt escondieron la caja fuerte en ese rango de dos a cuatro metros. Pero la nieve era cada vez más alta. Aún tenían la esperanza de ser rescatados y querían conocer la localización exacta del oro, así que, a medida que se acumulaba la nieve y amenazaba con enterrarlo y hacerlo inaccesible, iban subiéndolo. Lo hicieron hasta que estuvieron demasiado débiles. Teniendo en cuenta que murieron a finales de enero, calculé que ese punto llegó a principios de mes, cuando la nieve tenía un grosor de cinco o seis metros, así que busqué en la pared de la montaña un agujero situado más o menos a esa altura.

—Muy inteligente, pero en estas montañas hay innumerables agujeros a ese nivel. ¿Cómo supiste dónde buscar exactamente?

—Me pregunté qué referencia habrían elegido, y me vino a la mente la cara de la anciana que mencionaste. Basándome en lo que puedo ver ahora mismo, debía de ser la única referencia singular, y esa montaña es como un queso suizo. Si hubieran escondido el tesoro en cualquier otro agujero, habría sido muy difícil encontrarlo otra vez. Sabiendo eso, observé los agujeros situados justo debajo de la cara de la anciana antes de que se desprendiera. Vi agujeros probables a unos cinco, seis y siete

metros y supuse que era el del medio. Correctamente, tal como habría predicho la teoría de juegos.

—Dios mío —murmuró Corrie, que se volvió hacia Nora—. ¿Por qué no se te ocurrió?

—Porque no siguió la lógica hasta el final —respondió Pendergast—. Es un error humano habitual, incluso en personas bastante inteligentes. —Sopesó la caja fuerte—. ¡Madre mía, cuánto oro! Creo que ya hemos terminado. Yo lo organizaría todo para sacar esto de aquí lo antes posible, tal vez en helicóptero. Después, un coche blindado debería llevarlo a una cámara acorazada del Golden Pacific Bank en Sacramento.

—Parece buena idea —aceptó Nora.

—Os felicito a las dos por haber resuelto este caso. Tengo entendido que el agente Morwood obtendrá un reconocimiento por su excelente labor.

Pendergast esbozó una sonrisa cínica.

—¿Y Corrie no? —preguntó Nora.

La aludida sonrió pesarosa.

—Lo que quiere decir Aloysius es que estoy aprendiendo cómo funciona el FBI.

—Exacto. Ya llegará tu turno.

—Nunca es pronto.

Pendergast las miró a ambas.

—La antropóloga forense y la arqueóloga. Cabe preguntarse si encontraréis motivos para trabajar juntas en un caso futuro.

—¿Profesionalmente? —bromeó Corrie, mirando de soslayo a Nora —. No parece probable. Nora puede ser un verdadero coñazo.

—Y tú una gamberra con mal genio. —Nora se volvió hacia Pendergast—. ¿Yo soy un coñazo? Pues ella el doble. Nos mataríamos.

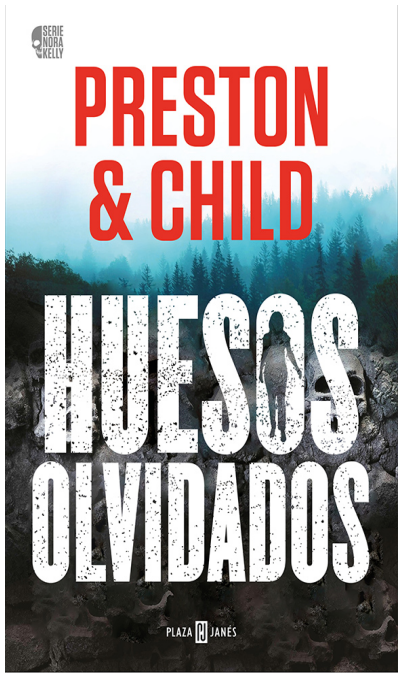
—Justo por eso podría funcionar esa sociedad —respondió Pendergast plácidamente.

NOTA AL LECTOR

Huesos olvidados es una obra de ficción. Como tal, mezcla la historia de la expedición Donner con hechos, lugares, objetos e individuos imaginarios. Por ejemplo, Samantha Carville, Albert Parkin y otros personajes que aparecen en la novela nunca existieron. Que se sepa, tampoco existe un Campamento perdido. Sin embargo, muchos detalles históricos de la novela son reales. Animamos a quienes estén interesados en conocer más acerca del destino de la expedición Donner a leer uno de los numerosos libros de no ficción dedicados al tema.

Crimen, canibalismo, una expedición maldita y un misterio enterrado en el tiempo.

Preston & Child inauguran una irresistible serie que mezcla arqueología, historia, crimen y suspense.



La joven arqueóloga Nora Kelly recibe una extraordinaria propuesta: liderar un equipo en busca del llamado «Campamento perdido» de la expedición Donner. Su misterio se remonta a 1847, cuando un grupo de pioneros quedó atrapado en las montañas de California y se perdió su pista hasta que algunos famélicos supervivientes pudieron salir del desierto, delirando sobre hambre, asesinatos... y canibalismo.

Ahora, el sorprendente hallazgo del diario de una de las víctimas que

contiene una enigmática descripción del campamento promete ser la pista definitiva para localizarlo. Nora acepta dirigir una expedición para revelar sus secretos tanto tiempo enterrados pero, una vez en las montañas, se da cuenta de que este es solo el primer paso en una espeluznante aventura.

Porque a medida que descubren antiguos huesos y monedas de oro, la verdad que sale a la luz es mucho más impactante y extraña que el mero canibalismo. Y cuando esos horrores del pasado conducen a nueva violencia en el presente, la novata agente del FBI Corrie Swanson es asignada al caso... solo para descubrir que su primera investigación bien podría ser la última.

La crítica ha dicho:

«Un inicio fantástico para una nueva serie. El talento de los autores brilla en esta mezcla de historia, exploración de la naturaleza y crimen que sin duda acabará en lo más alto de las listas de best sellers».
Associated Press

«*Huesos olvidados* supera todas las expectativas a cada oportunidad. Un thriller extraordinario que da un giro a sucesos históricos para crear la base de una narración fascinante e implacable».
The Providence Sunday Journal

«Cuando encuentras los nombres de Preston & Child en un libro solo quieres dejarlo todo a un lado para leer las fantásticas palabras que han escrito... Una novela del mejor equipo de escritores que hay actualmente que no vas a querer perderte».
Suspense Magazine

«Un thriller que gustará tanto a los fans de siempre de Preston & Child como a nuevo devotos atraídos por la siempre atractiva historia de un

crimen del pasado que llega para atormentar el presente».
CrimeReads

«*Huesos olvidados* lo tiene todo: escalofríos, emoción y una combinación de historia y conocimientos arqueológicos que uno solo puede conseguir en una novela de Preston & Child. Me encantó disfrutar de la compañía de Nora Kelly y Corrie Swanson y espero verlas en futuras aventuras».
Bookreporter

Douglas Preston y **Lincoln Child** son coautores de las exitosas series de novelas protagonizadas por el agente especial del FBI Aloysius X. L. Pendergast, por un lado, y por el brillante Gideon Crew, por otro. Todos sus libros se han convertido en *best sellers* internacionales.

Douglas Preston ha trabajado en el Museo de Historia Natural de Nueva York y en la Universidad de Princeton. También ha publicado numerosos artículos científicos para *The New Yorker*.

Lincoln Child nació en Westport, Connecticut, y se graduó en Northfield, Minnesota. Tras trabajar unos años como editor de novelas, empezó a compaginar su trabajo con la escritura, su verdadera pasión, hasta que finalmente decidió dedicarse a escribir en exclusiva.

Ha escrito una serie de novelas de gran éxito junto a Douglas Preston, con quien forma un compenetrado tándem (*La ciudad sagrada*, *Los asesinatos de Manhattan*, *Naturaleza muerta*, *La mano del diablo*, todas ellas publicadas por Plaza & Janés).

Actualmente vive en Nueva Jersey con su esposa y su hija.

Título original: *Old Bones*

Primera edición: noviembre de 2022

© 2020, Splendide Mendax, Inc. y Lincoln Child
Esta edición se publica por acuerdo con Grand Central Publishing, Nueva York, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Efrén del Valle Peñamil, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de la cubierta original de Grand Central Publishing diseñada por Flag / Penguin Random House Grupo Editorial / David Ayuso
Fotografías de portada: montañas: Getty/E+; calaveras: Getty/Digital Vision; mujer: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02776-5

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Huesos olvidados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Nota al lector

Sobre este libro
Sobre Preston & Child
Créditos